

## REPOSITORIO ACADÉMICO DIGITAL INSTITUCIONAL

# Del individuo a la persona: el proceso de personalización como metodología de una nueva conducta ético-social en el personalismo de Emmanuel Mounier

**Autor: José Luis Magaña Aguilar**

**Tesis presentada para obtener el título de:  
Lic. En Filosofía**

**Nombre del asesor:  
Enrique Rangel Aguilar**

Este documento está disponible para su consulta en el Repositorio Académico Digital Institucional de la Universidad Vasco de Quiroga, cuyo objetivo es integrar, organizar, almacenar, preservar y difundir en formato digital la producción intelectual resultante de la actividad académica, científica e investigadora de los diferentes campus de la universidad, para beneficio de la comunidad universitaria.

Esta iniciativa está a cargo del Centro de Información y Documentación "Dr. Silvio Zavala" que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados.

Esta Tesis se publica bajo licencia Creative Commons de tipo "Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada", se permite su consulta siempre y cuando se mantenga el reconocimiento de sus autores, no se haga uso comercial de las obras derivadas.





**UVAQ**

M.R.

**UNIVERSIDAD  
VASCO DE QUIROGA**

**ESCUELA DE FILOSOFÍA**

CLAVE: 16PSU0024X

RVOE ACUERDO: No LIC 100409

**DEL INDIVIDUO A LA PERSONA: EL PROCESO DE  
PERSONALIZACIÓN COMO METODOLOGÍA DE UNA  
NUEVA CONDUCTA ÉTICO - SOCIAL EN EL  
PERSONALISMO DE EMMANUEL MOUNIER**

**TESIS**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:  
LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

**PRESENTA:**

**JOSÉ LUIS MAGAÑA AGUILAR**

**ASESOR DE TESIS:**

**LIC. ENRIQUE RANGEL GUERRERO**

**MORELIA, MICH.**

**MARZO DE 2012.**

1. INTRODUCCIÓN .....	4
2. MARCO TEÓRICO .....	2
2.1 Biografía .....	2
2.2 Cronograma biográfico .....	18
2.3 Obras .....	21
2.4 Influencias .....	23
2.5 Hipótesis.....	54
2.6 Problemática.....	56
2.7 Justificación .....	65
2.8 Aportaciones filosóficas .....	66
3. ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LA REFLEXIÓN SOBRE LA PERSONA .....	80
3.1 Los griegos .....	80
3.2 La Patrística.....	81
3.3 La Escolástica.....	83
3.4 La Modernidad .....	85
4. EL PERSONALISMO COMUNITARIO.....	87
4.1 Contexto histórico. ....	87
4.3 Contexto filosófico .....	107
5. EL INDIVIDUO HUMANO. ....	139
5.1. El individuo humano y la naturaleza .....	139
5. 2 Personalización de la naturaleza.....	144
6. CRÍTICA AL INDIVIDUALISMO BURGUÉS.....	155
6.1 Origen y conformación del humanismo burgués .....	155
6.2 El dualismo cartesiano en el origen del problema .....	160
6.3 Actualidad del humanismo burgués.....	173
7. EL UNIVERSO PERSONAL: EXPLORACIÓN Y DIMENSIONES. ....	186
7.1 Metafísica de la persona.....	186
7.2 Vocación: dimensión trascendental de la persona.....	189
7.3 Encarnación: dimensión corporal de la persona.....	200
7.4 Comunicación: dimensión comunitaria de la persona .....	206
8. CONCLUSIÓN .....	209
9. BIBLIOGRAFÍA .....	220
9. 1 Básica. ....	220

9.2 Complementaria.....	220
10. GLOSARIO.....	223

Con cariño a mi abuela

María Virrueta Virrueta

de quien aprendí

lo que significa

en toda su extensión

ser persona.

# 1. INTRODUCCIÓN

“No hay dos clases de seres humanos, pero hay dos polos de humanidad. Ningún ser humano es pura persona, ningún individuo puro. Cada uno vive en un yo doble. Pero hay seres humanos tan marcadamente personales que podrían denominárseles personas, y otros tan marcadamente individuales que podría denominarles individuos. Entre aquellos y éstos acontece la verdadera historia”.

Martín Buber

El trabajo presente, responde a una de mis inquietudes más profundas, con él pretendo explicar, dos actitudes que subyacen en lo más profundo del hombre, de mí, de ti, amigo lector, del hombre que como tú y yo, convive de ordinario con su propio yo y el de los que le rodean, dos polos que parecen contribuir a dividirnos, a polarizar nuestro ser y finalmente a dislocarnos en una separación a la que contribuyen algunos elementos de nuestra “civilización” que trataré a su tiempo, ayudado de variedad de autores, pero siempre desde la perspectiva de uno que me ha parecido no sólo completo, sino original a la hora de explicarnos la tensión entre individuo y persona: Emmanuel Mounier. Algunos filósofos antropólogos<sup>1</sup> han visto con claridad el problema que trataré:

“El punto decisivo que permite comprender la problemática antropológica que preocupa a la época actual y que al mismo tiempo nos introduce en el misterio eterno del hombre parece centrarse en este interrogante: ¿el hombre es un ser (individual) orientado en primer lugar hacia el mundo (en el que hay también otros hombres), o bien es ante todo un ser en comunión con otras personas en el mundo? Según la respuesta que se dé, la antropología será profundamente distinta”.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> La distinción entre individuo y persona, tal y como aquí la voy a describir, fue muy habitual en muchos de los pensadores e intelectuales que vivieron el periodo entre las dos Guerras Mundiales, sobre todo en los personalistas. Así, la encontramos en Jean Lacroix, Maurice Nédoncelle, Gabriel Marcel, Martín Buber, Emmanuel Lévinas y, sobre todo, en Emmanuel Mounier.

<sup>2</sup> Gevaert Joseph, *El problema del hombre*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2005. p. 31.

Llevaré a cabo aquí un cierto análisis de la persona, entendida a la vez objetivamente como individuo metafísico y como persona que se realiza a través de la apertura, la relación, y de las dimensiones que a juicio de Emmanuel Mounier contribuyen en el hacerse de la persona. ¿La persona es o se hace? Dice Emmanuel Mounier que:

“La persona es el volumen total del hombre”,<sup>3</sup> como si hubiera grados o tonos de ser persona, como si la persona no fuera ya persona, sino que se hiciera a través de sus actos, pero si afirmo que la persona se hace, entonces me coloco ante un dilema:

Primero, ¿mediante qué actos la persona se hace persona? ¿Mediante el compromiso con los valores, las acciones éticas? De ser así, ¿los niños que están en el vientre materno no serían personas por no manifestar compromiso alguno con los valores (o realizar la acción que sea que nos haga personas? Igual cuestionamiento se podría realizar con una persona en estado de coma. ¿Valida esto la eutanasia o el aborto?.

Segundo, podría decirse que el no nacido es una persona en potencia; pero la potencia implica imperfección respecto al acto. ¿Cabe una persona imperfecta? o en otros términos, ¿cabe hablar de un más y un menos en las personas? ¿Hay hombres que son más personas que otras y por ende más dignas que otras, en la medida en que se ha hecho más o de mejor manera?. Creo que no es esto a fin de cuentas a lo que se refiere Emmanuel Mounier quien por cierto, teniendo la experiencia de una hijita en estado vegetativo, cuidó de ella fervorosamente. Y ¿no tendría dignidad? ¿y no participaba a su modo del ser persona ese pequeño ser al que Emmanuel Mounier se dirige con tanta devoción?. Aquí el problema parece orillarnos a la cuestión ética que requiere ser iluminada por una metafísica de la persona.

Contextualizar cualquier problema, es decir, ponerlo en su perspectiva histórica y de origen me ayudará a comprenderlo. Por tanto, presentaré en el tercer capítulo algunas líneas donde expondré el origen histórico y la evolución de la reflexión sobre la persona, no sin antes revisar el tema del hombre en los filósofos griegos y los problemas que heredan a occidente a partir de su concepción, es el caso del dualismo y del substancialismo, contra los que Emmanuel Mounier dirigirá su crítica.

---

<sup>3</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I. Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme Salamanca 1992, p. 212

En el cuarto capítulo presento un contexto histórico del autor, puesto que, ciertamente las dos Guerras Mundiales – sesenta millones de muertos- pusieron en evidencia el drama de la deshumanización de las sociedades quizá sin precedentes en la historia de la humanidad. Emmanuel Mounier, uno de los humanistas más completos del siglo pasado lo advertía con un optimismo que no deja de ser trágico.

“Después de Auschwitz e Hiroshima, nuestra razón de ser, sigue siendo hacer posible el camino de una irreductible fidelidad al hombre en un mundo desbordante de inhumanidad”.<sup>4</sup>

Hoy se sabe, en efecto, que los pensadores llamados de “entreguerras” fueron muy sensibles al proceso de deshumanización de la persona, conscientes de que ese proceso alienante estaba conectado con el siglo XIX y el mito del “eterno progreso”, nos advierten, cada uno de forma muy original la urgente necesidad de una re-humanización de la persona. Proyecto que asume de forma especial el personalismo. Así lo asegura Gabriel Marcel:

“El desarrollo del personalismo, parece no haber sido posible más que en un mundo cada vez más deshumanizado, en el que la realidad que entendemos por persona es diariamente pisoteada”.<sup>5</sup>

Las causas de esta despersonalización las encuentra Emmanuel Mounier, de raíz en la antigüedad griega pero más acentuadas a partir del Renacimiento, periodo lleno de esplendor artístico, donde el antropocentrismo substituye al teocentrismo de la Edad Media, este antropocentrismo precisamente...

“Pronto se desvió hacia una idea tan estrecha del individuo que llevaba en sí desde el comienzo su principio de decadencia”.<sup>6</sup>

Para Emmanuel Mounier es necesario *Rehacer el Renacimiento*, pues el individualismo que opone como primer enemigo del *personalismo* consiste en una decadencia del individuo antes de ser un aislamiento del mismo, pues aísla a los hombres en la medida en que los ha envilecido en una despersonalización masiva.<sup>7</sup>

<sup>4</sup> Mounier Emmanuel, O. C. IV, *La esperanza de los desesperados*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 405. En adelante citaré las Obras completas del autor de modo abreviado (O.C) y el tomo correspondiente en número romano.

<sup>5</sup> Marcel Gabriel, *Los hombres contra lo humano*, Caparrós, España 2001. p. 129

<sup>6</sup> Mounier Emmanuel, O.C. I, *Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.592

<sup>7</sup> “El mundo moderno es un desplome colectivo, una despersonalización masiva. En este mundo inerte, indiferente, inquebrantable, la santidad es en lo sucesivo la única política válida, y la inteligencia, para acompañarla, debe conservar la pureza del relámpago”. Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002, p. 199

En el quinto capítulo expongo la realidad del individuo humano y el tipo de relaciones que establece con la naturaleza en el proceso de personalización que culmina con la persona creadora. Este proceso que para Emmanuel Mounier responde a una lucha de fuerzas contrarias, en el que, el proceso de despersonalización amenaza constantemente a la persona a quien degrada en individuo, concluye al diferenciar nítidamente ambas categorías (individuo-persona) indicando que, mientras que el individuo es fruto de un doble movimiento de dispersión en lo exterior y de repliegue en lo interior, la persona responde al doble dinamismo de apertura y donación exterior y de unificación interior desde el núcleo de la propia vocación. De este modo, el individuo sería una persona irrealizada, una persona malograda o una degradación de la persona, cerrada en los límites de su yo hipertrofiado. Debilitado, enervado por la civilización contemporánea, el hombre se repliega sobre sí mismo o se pierde en la superficie de su vida.

En el capítulo seis presento el humanismo burgués o individualismo donde explico cómo se da la despersonalización por la materia. Donde el pesador de Grenoble caracteriza al individualismo como un sistema que elimina radicalmente la comunicación y el compromiso.

Un mundo completamente distinto surge del universo personal, cuyos trazos pueden súbitamente formar un nuevo rostro del hombre bajo la mirada de este filósofo. En este caso con la reflexión sobre el individuo y la persona se marca el camino para una nueva teoría del conocimiento, centrada no en las cosas sino en la persona y sus dimensiones.<sup>8</sup>

En el capítulo siete presento el universo personal, su exploración y dimensiones; la dimensión de la persona es la cuestión de nuestro propio misterio. Casi no existe un tema más vivo en el pensamiento contemporáneo que la verdadera constitución de la persona y la deducción de todas sus consecuencias. De forma profética auguraba el gran tomista Étienne Gilson al introducir el tema *El personalismo* en su obra, *El espíritu de la filosofía medieval*:

“No hay nociones más familiares para los espíritus modernos, que los de individualidad y personalidad. Lo individual y lo personal reivindican a su vez el valor de sagrado, se dirá que los

---

<sup>8</sup> “Recíprocamente, la solución biológica o económica de un problema humano, por próximo que se halle a las necesidades elementales, es incompleta y frágil si no se han tenido en cuenta las más profundas dimensiones del hombre. También lo espiritual es una infraestructura”. Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme Salamanca 1990, p. 468

hombres son incapaces de plantear esta antinomia, sin ahondar en los términos de ella y aún se ofrecen como los únicos fundamentos posibles de toda religión”.<sup>9</sup>

La distinción entre individualidad y personalidad tiene sus primeras resonancias en el mundo antiguo. Los griegos tenían dos palabras para indicar la vida: *βίος* y *ζοε*. La primera se refiere a la vida individual, la vida contenida en una cosa viviente singular. La segunda, sin embargo, se refiere a una forma de vida trascendente, que puede ser compartida.

La doctrina cristiana de la Trinidad sigue una línea similar. Cada persona en la Santísima Trinidad tiene su propia individualidad. Más, sin embargo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo poseen una abundancia de vida que comparten uno con otro en forma tan íntima que los tres juntos constituyen un Dios único y singular.

La persona no es sólo un individuo, un ser solitario, el ejemplar o número de una especie. Según Aristóteles analógicamente a las relaciones que el animal establece con la naturaleza en la caza, de igual forma el hombre es un ser o gregario o solitario.<sup>10</sup> Emmanuel Mounier se opone rotundamente, el hombre no es ni un ser aislado, ni un ser gregario. Su filosofía, en cierto modo, podría interpretarse como una cruzada en contra del individualismo y del colectivismo amorfo; debido a que ambas posturas han rebajado al hombre al nivel de una cosa intercambiable o bien, lo han llevado hasta el anonimato; perdido y confundido, en medio de una masa sin rostro, el hombre se torna indiferente ante sus semejantes. Ninguna sociedad es posible donde ya no existen prójimos, entre gente que se ignora y a veces se oponen.

Mediante esta cruzada, (*revolución personalista y comunitaria*) nuestro autor intentará recuperar al hombre de ese anonimato y de esa individualidad cosificante en la que se encuentra perdido.

“Todo nuestro esfuerzo doctrinal, no lo olvidemos, se dirige a liberar el sentido de la persona de los errores individualistas, y el sentido de la comunión de los errores colectivistas”.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> Renouvier Charles, *El personalismo*, F. Alcan, París 1903. (sobre la relación del personalismo a la noción de creación, p. 16) Citado en Gilson Etienne, *El espíritu de la filosofía medieval*, Rialp, Madrid 2004. p. 195

<sup>10</sup> “De los animales salvajes unos son gregarios y otros solitarios, según los alimentos que les son provechosos, ya que unos son carnívoros, otros herbívoros y otros omnívoros...Y lo mismo con las demás vidas, pues los hombres pasan la existencia en estas combinaciones, según sea la necesidad que a ello les apremie”. Aristóteles, *Ética Nicomaquea – Política*, Porrúa, México 1982. p. 164

<sup>11</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, La cristiandad difunta*, Sígueme Salamanca 1990, p. 582

La relación del hombre con la materia y su influencia en él son descritas por Emmanuel Mounier de forma dialéctica: “La miseria nos abrumba tanto como la abundancia, el hombre está como tendido entre una y otra”.<sup>12</sup>

El *individuum* palabra latina se dice de algo que en última instancia es indivisible, significa lo mismo que la palabra griega "átomo". La individualidad es lo que lo separa, identifica y distingue de los demás seres de su especie.<sup>13</sup>

Para Emmanuel Mounier no es una mera coincidencia que viviendo en la época que inaugura la era atómica (Hiroshima y Nagasaki), el hombre atomizado en sí mismo haya sido el que liberando su energía destructiva, requiera canalizar el cúmulo de energía espiritual que transforme positiva y creativamente el mundo.

“Parece muy significativo que todo el siglo XIX haya soñado la síntesis de la materia, y que el siglo XX venga a turbar sus sueño inventando justamente la destrucción industrial del átomo”.<sup>14</sup>

El trabajo intelectual de Emmanuel Mounier será análogo en cierto sentido, destruir el individualismo que ha mantenido al hombre encerrado en sí mismo y llevarlo a desplegar todo su potencial que alcanza las cimas del amor, que no destruya, sino que construya comunitariamente una civilización nueva, la era atómica representa para él, el fin de la civilización individualista que prepara una nueva civilización, la civilización personalista.

“Seguido, a partir de sus raíces más biológicas, el problema del hombre, de su aparición, de su despertar, de su futuro, nos conduce a su vez al punto de tener que reconocer que el único clima en que el hombre puede continuar mejorando es el de la entrega y la renuncia dentro de un sentimiento de fraternidad. En verdad, a la velocidad con que aumentan su conciencia y sus ambiciones, el mundo hará explosión si no aprende a amar. El porvenir de la tierra pensante se encuentra orgánicamente ligado a la transformación de las fuerzas del odio en fuerzas de caridad”.<sup>15</sup>

Se busca crear las bases de una sociedad en la que la persona pueda realizarse plenamente, pero no es la auto-realización por la que aboga Emmanuel Mounier como meta del proceso de personalización, sino por la auto-realización como base para una auto-trascendencia y esta sólo es posible por medio del compromiso solidario con la comunidad.

<sup>12</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 464

<sup>13</sup> “Parece, en efecto, que los filósofos se las ingeniaron, de acuerdo con los sabios, para vaciar el mundo de la presencia del hombre. Por una suerte de dejación fundamental, cuyo análisis ético necesitaría hacerse, han constituido la ficción de un mundo que no es mundo delante de nadie, pura objetividad sin sujeto para constatarlo”. Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p. 92

<sup>14</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p.225

<sup>15</sup> De Chardain Teilhard, *Ser más*, Taurus, Madrid 1974, p. 266

“Personalismo no es para nosotros más que un santo y seña significativo, una cómoda designación colectiva para doctrinas distintas que, en la situación histórica en que estamos situados, pueden coincidir en las condiciones elementales, físicas y metafísicas, de una nueva civilización”.<sup>16</sup>

El hombre es *persona* en la medida en que no se esconde en la masa, ni se deja negar por la tecnología, ni cae en abstracciones conceptuales individualistas. El hombre en la tradición filosófico cristiana es existencia encarnada, espíritu encarnado; tal forma de unidad lejos de dividir al hombre, lo integra, tanto al universo material u objetivo por su individualidad o encarnación, como a los valores y realidades espirituales por su forma personal o espiritual, ese tipo de unidad es nada menos que su vocación última, pues su vida se realiza y adquiere sentido sólo en la unidad materia-espíritu.

El individuo separado de su vida personal es sólo eso, materia, y el hombre no sólo es materia es también espíritu, es persona, ahí radica su dignidad. Hay unidad, pero también hay interdependencia, no hay nada tan personal que no se concrete en una materia.<sup>17</sup> Y al contrario ninguna materia que no esté dirigida a un ser personal. Tocando fondo diré que los ideales, proyectos, esperanzas, el pensamiento y el mismo amor, si no se concretan en una materia, si no se hacen carne, si no se manifiestan en un gesto, en una entrega, en algo pequeño que fuera, todo queda volando como sueños o palabras bonitas, ilusiones vanas, proyectos estrepitosos; y al contrario aquellas cosas que no se dirijan por el don hacia el ser personal carecen de sentido.

“Hace falta pues, que el pensamiento se haga carne, carne de existencia, y en cada hombre carne de su existencia”.<sup>18</sup>

Durante siglos de dominación burguesa, el racionalismo, el individualismo, y el reino del dinero han abismado al hombre, le han disociado de la naturaleza, de la comunidad y de sí mismo. Triple tarea del personalismo que identifica Emmanuel Mounier:

“El humanismo burgués está esencialmente basado en el divorcio entre espíritu y materia, entre el pensamiento y la acción...Nuestro humanismo es voluntad de totalidad. El mundo moderno ha dividido al hombre: cada trozo se debilita aisladamente: nosotros pretendemos recomponerlo, aunar en él el cuerpo y el espíritu, la meditación y las obras, el pensamiento y la acción...Pretendemos volver a encontrar una fraternidad de pensamiento y de acción entre hombres que se ignoran y a veces se oponen”.<sup>19</sup>

<sup>16</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.583

<sup>17</sup> Es a lo que se refiere el filósofo personalista Maurice Nedoncelle “Recíprocamente, el espíritu no llega a su propio destino más que por una encarnación y un desarrollo en la naturaleza” Nedoncelle Maurice. La reciprocidad de las conciencias, Caparrós España p. 59

<sup>18</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p. 94

<sup>19</sup> Mounier Emmanuel, *O.C.III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 255

El personalismo se convierte a la vez como lo contrario al colectivismo, donde el sujeto se convierte en un número, y como lo contrario al individualismo, que nos vuelve incapaces de comunicarnos. En esta especie de dialéctica aparentemente indestructible el Estagirita apuntaba una tercera alternativa no menos errónea...

“Hay, con todo, otro género de adquisición al que llamamos de modo especial, y con razón es llamado así, crematística; y a él se debe el que se crea que no hay límite ninguno a la riqueza y a la propiedad. Instituida pues la moneda del valor, nació la otra forma de crematística, o sea el comercio lucrativo que concierne especialmente a la moneda, y que su función consiste en poder indagar de dónde podrá haber abundancia de dinero. La riqueza que proviene de esta crematística es ilimitada ya que su fin es esta riqueza en numerario, y la posesión de bienes económicos, por esto paréceles a algunos que la función de la economía doméstica es acumular dinero, y están siempre con la idea de que tu deber es o bien atesorar su capital o aumentarlo al infinito. Más no es, en efecto, propio de la valentía producir dinero, sino aspirar confianza. El dinero en efecto, hizo-se por causa del cambio, pero en el préstamo el interés multiplica el dinero...De todas las especies de tráfico, ésta es pues la más contraria a la naturaleza”.<sup>20</sup>

En una singular síntesis expresa Herman Hesse en *El lobo estepario* el problema:

“Ahora bien, el burgués trata de vivir en un término medio confortable entre ambas sendas. Nunca habrá de sacrificarse o entregarse ni a la embriaguez ni al ascetismo, nunca será mártir ni consentirá en su aniquilamiento. Al contrario, su ideal no es el sacrificio, sino la conservación del yo, su afán no se dirige a la santidad ni a su contrario; la incondicionalidad le es insoportable; sí quiere servir a Dios pero también a los placeres del mundo; sí quiere ser virtuoso, pero al mismo tiempo pasarlo en la tierra un poquito bien y con comodidad”.<sup>21</sup>

La *revolución personalista* que propone Emmanuel Mounier comprende la lucha contra el mundo del dinero y las instituciones capitalistas, la instauración de un nuevo régimen social y económico basado en las necesidades espirituales y materiales de la persona, y la propuesta de un estilo de vida basado en la pobreza.

“Por pobreza no entendemos un ascetismo indiscreto, o cierta avaricia vergonzosa, sino una desconfianza del lastre de las ataduras, un gusto por la simplicidad, un estado de disponibilidad y ligereza que no excluye ni la maginificencia, ni la generosidad, ni siquiera un importante movimiento de riqueza, si es un movimiento atrincherado contra la avaricia. La extensión de tal ética pertenece a la acción individual y únicamente a ella”.<sup>22</sup>

La lucha contra el capitalismo, no es por su universalización, es contra el espíritu burgués, no porque todos lleguemos a ser burgueses; para Emmanuel Mounier la felicidad, en el

<sup>20</sup> Aristóteles, *Ética Nicomaquea – Política*, Porrúa, México. 1982, p. 168

<sup>21</sup> Hesse Herman, *El lobo estepario*, Ed. Mexicanos Unidos, México 2005. p. 51

<sup>22</sup> Mounier Emmanuel, *O.C I, Mnifiesto al servicio del personalismo*. Sigueme Salamanca 1992 p. 698

sentido de acumulación y de seguridad burguesa es el enemigo directo de la libertad espiritual de la persona y de las sociedades.<sup>23</sup>

El tratamiento original de la idea de persona en conexión con la idea de individuo fue propuesto por el cristianismo, concretamente en su teología cristológica (en la *Cristología*). Puede afirmarse, por tanto, que fue la teología cristológica el marco en el cual se plantearon originariamente las principales cuestiones en torno a las relaciones entre la persona y el individuo humano. Estas cuestiones (que no habían sido tocadas por la filosofía griega clásica) darán lugar al planteamiento filosófico de la persona en su conexión con el individuo humano. En oposición al dualismo platónico Emmanuel Mounier escribe:

“Todo el cristianismo medieval y post-medieval está ciertamente penetrado de un mal olor maniqueo, que lanza el anatema sobre el cuerpo y la materia como tales. Pero ésta es una tradición que ha recibido de la baja antigüedad, más platónica y plotiniana que cristiana”.<sup>24</sup>

La personalidad del ser humano radica en su alma trascendente, que junto con el cuerpo que anima, es una sola sustancia, material y espiritual a la vez. El alma no es puro pensamiento, como creía René Descartes; ni el cuerpo es mera extensión.

“Según la teología medieval, nosotros no podemos llegar comúnmente a las más altas realidades espirituales y a Dios mismo, sino atravesando la materia y por la presión que ejercemos sobre ella. De hecho es el desprecio griego por la materia lo que se ha transmitido de siglo en siglo hasta nuestros días bajo falsas justificaciones cristianas”.<sup>25</sup>

Espíritu y materia son dos co-principios sustanciales de una sola y única realidad llamado ser humano.

“Mi persona es en mí la presencia y la unidad de una vocación intemporal que me llama a superarme indefinidamente a mí mismo, y opera, a través de la materia que la refleja, una unificación siempre imperfecta, siempre recomenzada, de los elementos que se agitan en mí”.<sup>26</sup>

En estos ambientes de los años 30, la distinción entre individuo y persona, tenía un cierto resabio dualista, considerándose al individuo como algo ligado a la materia, y despreciable por tanto, y a la persona como expresión de la pura cualidad, la virtud.

<sup>23</sup> Un cúmulo de malentendidos y confusiones surgen a partir de esta propuesta como la que Vicente Guillamón presenta en *Neopersonalismo Cristiano*, ...“No se entiende muy bien cómo logrará la persona sobreponerse a las necesidades materiales sin satisfacerlas. Si un individuo no come se muere, y si no se abriga cuando hace frío corre el riesgo de congelarse...”. A propósito Vicente Guillamón, crítica que demuestra más el desconocimiento que tiene de E, Mounier. Cfr. Guillamón Vicente Alejandro, *Neopersonalismo Cristiano, una teoría para la participación en la vida pública*. Ed. San Pablo Madrid 1997. p.22

<sup>24</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 236

<sup>25</sup> Bueno Gustavo. *El sentido de la vida, individuo y persona*. Pentalfa, Oviedo. p. 688

<sup>26</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992. p. 212

“La aberración del grosero dualismo, que es necesario evitar aquí, alcanza su máximo de nocividad cuando cabalga sobre la escisión clásica del idealismo, dando al individuo todo lo que es del cuerpo, particular, temporal, mundano, y haciendo de la persona una especie de virtud abstracta o de existencia angélica, soberana apenas encarnada, con un pie puesto en la punta de nuestra alma, uniéndose al individuo como servidor para los trabajos ordinarios. Más adelante veremos como la antropología cristiana excluye tal escisión.”<sup>27</sup>

En realidad, es sus primeros escritos -1934- pesa bastante en Emmanuel Mounier toda una tradición que arranca de Severino Boecio, con su carga neo-platonizante en la que se considera la individualidad como algo accidental e insignificante mientras que sitúa lo personal en el conjunto de estados o de actos por los que el hombre se constituye como tal; esta tradición, con sus matices, está presente en los círculos neo-tomistas de los años treinta, siendo acogida entre otros, por Jacques Maritain. En la propuesta de Emmanuel Mounier no hay solución parcial; es necesario empezarlo todo de nuevo bajo una luz nueva. *Rehacer el Renacimiento*, significa nada menos que rehacer al hombre en todas sus dimensiones. De lo material a lo espiritual por lo que el hombre...

“Debe realizarse por el cuerpo a cuerpo tanto como por la vida interior. No hay un gesto espiritual que no se apoye en un movimiento y no se exprese en un movimiento. No hay una creación que no sea al mismo tiempo producción. No hay, pues, para el hombre vida del alma separada de la vida del cuerpo, reforma moral sin arreglo técnico, y, en tiempo de crisis, revolución espiritual sin revolución material...”<sup>28</sup>

La relación entre las nociones de individuo y persona me permitirán dar unos pasos más en la clarificación del contenido mounieriano de estas categorías. Es sabido que la contraposición individuo-persona era una nota común a los movimientos inconformistas de los años treinta, conjunto en el que Emmanuel Mounier presenta rasgos propios. No se trata de despreciar la materia o el cuerpo pues...

“No puedo pensar sin ser, ni ser sin mi cuerpo: Yo estoy expuesto por él, a mí mismo, al mundo, a los otros. Al impedirse ser totalmente transparente a mí mismo, me arroja sin cesar fuera de mí, a la problemática del mundo y a las luchas del hombre. Por la sollicitación de los sentidos, me lanza al espacio, por su envejecimiento, me enseña la duración, por su muerte, me enfrenta con la eternidad. Hace sentir el peso de su servidumbre, pero al mismo tiempo está en la raíz de toda conciencia y de toda vida espiritual. Es el mediador omnipresente de la vida del espíritu”.<sup>29</sup>

La distinción era sin duda, muy importante para quienes pretendían marcar las distancias tanto del liberalismo como de las corrientes totalitarias en boga. Si importaba como

<sup>27</sup> Mounier Emmanuel, *O.C I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992 p. 871

<sup>28</sup> “...Es gran mérito del marxismo haber puesto en evidencia esta solidaridad y haberla analizado en la realidad moderna. Todo problema de destino – lo ha señalado bien- comienza con un problema de condicionamiento: cierto que es preciso con frecuencia, desde este punto de vista, desespiritualizar, no “elevantar” las cuestiones, sino, en primer lugar, envilecerlas. Nosotros nos sentimos frecuentemente de acuerdo con el marxismo en estas exigencias de método...” Cfr. *Óp. cit.* Mounier Emmanuel, *O.C III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 237(643)

<sup>29</sup> Mounier Emmanuel, *O.C.III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p.463 (693)

proyecto de futuro, salvar lo personal en un colectivismo atosigante, y en una masificación amenazadora de la conciencia y de las libertades, tampoco podía pasarse por alto el vaciamiento de la realidad personal en las estructuras burguesas que hacían del pensamiento un espiritualismo desencarnado.

“Pensemos en este vasto cuerpo que nos propone el universo. A él estamos también íntimamente mezclados, desde la influencia de los elementos sobre nuestros humores hasta los ritmos de la vida que laten bajo nuestra piel en unión con él, en esta película de materia organizada que ponemos a nuestro servicio.”<sup>30</sup>

¿Por qué, en fin, una tesis sobre Emmanuel Mounier? Pues porque su mensaje es extremadamente actual. A una civilización literalmente desgarrada por las utopías de la clase, la raza y el individuo, utopías todas ellas de la materia, Emmanuel Mounier propone una filosofía de las realidades del espíritu: la persona y la comunidad, como una vía para llegar a una forma superior de vida. Hoy las utopías de la raza y de la clase ocupan un lugar marginal en el debate público, pero sigue viva, y en posición de hegemonía, la utopía materialista del individuo: un individuo abstracto y desencarnado, sostenido sobre la técnica y el dinero en una promesa ilusoria de libertad sin lazos. Esta última utopía moderna ya nos ha mostrado su verdadero rostro: dominación técnica y económica.

Nihilismo moral. Frente a esto, el personalismo cristiano de Emmanuel Mounier sigue siendo una alternativa muy sugerente. Un camino que vale la pena explorar.

---

<sup>30</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 199. 2 p. 899

## 2. MARCO TEÓRICO

“En las más de las historias de la filosofía que conozco, se nos presenta a los sistemas como originándose los unos de los otros, y sus autores, los filósofos, apenas aparecen sino como meros pretextos. La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofan, ocupa un lugar secundario. Y es ella, sin embargo, esa íntima biografía la que más cosas nos explica”.

Miguel de Unamuno

### 2.1 BIOGRAFÍA.

“Soy como una fuerza sosegada, dispuesta no para conquistar, sino para persuadir, no para atacar, sino para dar testimonio”.<sup>31</sup>

Emmanuel Mounier, es uno de los pensadores más sugestivos del siglo XX. La muerte se lo llevó pronto, pero a este trabajador incansable le dio tiempo a configurar un pensamiento que sigue conservando su vigencia. A ese pensamiento se le ha llamado *revolución personalista* o *personalismo cristiano*. En torno a él se podría edificar uno de los mayores focos de disidencia de nuestro tiempo.

Voy a poner al hombre en su contexto. La primera guerra mundial había conducido a la convicción generalizada de que el viejo mundo había muerto. En el horizonte aparecen

---

<sup>31</sup> Texto citado en [universitaties.cat/emmanuelmounierelpersonalismo\\_gomez](http://universitaties.cat/emmanuelmounierelpersonalismo_gomez). Citado el 10 de diciembre de 2010.

formas nuevas de ambición inagotable. El capitalismo de la máquina y el dinero, la dictadura del proletariado y las revoluciones nacionales en nombre del Estado y, más tarde, de la raza. En ese ambiente, hay muchos jóvenes que se niegan a aceptar la alternativa entre el capitalismo y el marxismo. En la cultura francesa se los conocerá como los *no conformistas*. Algunos se cargarán hacia el nacionalismo, en este ambiente *Acción Francesa* es condenada por el Vaticano en 1926. Otros inconformistas explorarán salidas a través del cristianismo. Entre éstos figura Emmanuel Mounier.

“Cuántas veces me he sentido dolorosamente dividido entre estas dos perspectivas: Ser un hombre retraído, cuya obra no trascienda el papel donde se imprima, o: Actuar y ser aprisionado en cuadros o partidos donde es preciso mentir, y sacrificarse a la agitación y a la elocuencia”.<sup>32</sup>

Emmanuel Mounier nació en Grenoble, cerca de los Alpes, en 1905, en una modesta familia de campesinos. Desde niño orienta su vida hacia dos pasiones: la filosofía y la religión. Trabaja mucho y muy en serio. Ha aprendido a luchar: casi ciego de un ojo y, además, bastante sordo, se forja con el temple de quien tiene que superar todos los días sus limitaciones. Termina sus estudios en la Sorbona, en París: primero Medicina –que no completa-, Filosofía después. En 1928 obtiene una cátedra de Filosofía con el número dos. Su primer objeto de estudio es la mística española, que le fascina. Incluso viaja a España en 1930 para conocer a los místicos sobre su terreno. Luego cambia de idea y bajo la tutela de Jacques Maritain se inclina hacia la obra de Charles Péguy, entonces relativamente poco conocido. A Charles Péguy dedicará su primer libro.

“Yo no conozco nada más seductor, quizás, en esta figura contemporánea de las inquietudes y de los divorcios consentidos de la inteligencia y el corazón, que esta amistad imperturbable, dentro de una misma vida, entre el hombre que piensa y el hombre que actúa. Este éxito no era un logro personal obtenido en una búsqueda sutil. El pueblo había enseñado a Péguy lo que es un destino común y unas necesidades compartidas. Él no pensaba para sí mismo más de lo que actuaba para sí mismo. Ciudadano que comulgaba en la ciudad, cristiano que comulgaba en la parroquia, ignoraba hasta el deseo de separarse. Su instinto le decía que el pensamiento no es una aventura individual que pueda ser proseguida fuera de la humanidad o incluso contra la humanidad, sino que se jugaba en el corazón del pueblo”.<sup>33</sup>

He dicho que eran tiempos de efervescencia intelectual. En 1932 Emmanuel Mounier abandona la enseñanza, que le aburre por estéril; se traslada a París y funda la revista *Esprit*, que enseguida aglutina a un nutrido grupo de jóvenes intelectuales inconformistas. ¿Qué se propone *Esprit*? Romper con la cultura burguesa, petrificada y muerta, y volver a

<sup>32</sup> Mounier Emmanuel, *Cartas desde el dolor*, Jus, México 2005. p.30

<sup>33</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, El pensamiento de Charles Péguy*, Sígueme Salamaca 1992, p. 37

examinarlo todo desde el principio: la propiedad, el trabajo, la conciencia cristiana, la autoridad, la idea de comunidad... Al principio, *Esprit* está vinculada a un movimiento de tipo político-cultural: *Tercera Fuerza*, pero enseguida cobrará vida autónoma.

“Los colaboradores de *Esprit* son hijos de la Iglesia; no quieren ser semi-católicos ni neocatólicos. Reciben íntegramente el depósito de la fe y tratan de hacerse con ella de una manera cada vez más viva y rigurosa... Dentro de este espíritu de sumisión filial llevan a cabo una gran aventura. » « No conciben en absoluto que, en ella, pueda ponerse en duda su fidelidad a la Iglesia; muy al contrario, la inspiración y la consagración sólo la esperan de esta felicidad”.<sup>34</sup>

Pasada la caída de *Wall Street* Emmanuel Mounier se marcha a Bruselas a dar clase. Es 1933. Allí se casa con Paulette Leclercq. En los años siguientes va a publicar lo esencial de su pensamiento. En 1935, *Revolución personalista y comunitaria*. En 1936 aparecen el ensayo *De la propiedad capitalista a la propiedad humana* y, acto seguido, *Manifiesto al servicio del personalismo*.

El personalismo no es un sistema filosófico, sino una manera de ver los problemas humanos y de incitar a los hombres a pensar y a crear. Pero “Hay que sufrir para que estas verdades no sean doctrinas, sino que salgan de la carne”. El marxismo y el existencialismo son dos “enajenaciones” que anulan la vida de la persona; el personalismo se propone explorarla y dar a conocer sus dimensiones. Asegura -“Desconociendo a la persona, aunque exalten al hombre, lo aplastarán un día”- Eso no se va a lograr a través de la política, y por eso el personalismo descarta convertirse en una “máquina política”; se trata de actuar sobre la política, no desde ella.

El eje de toda la reflexión de Emmanuel Mounier es la persona. Es la persona, lo que el orden nuevo debe asegurar. El individualismo liberal y el colectivismo marxista están en los antípodas de ese imperativo: el primero, porque concibe a la persona como un objeto económico y conduce a la explotación; el segundo, porque disuelve a la persona en una colectividad sin rostro.

“El verdadero mal del siglo está en que, comúnmente, la persona falta a todos. Dos enfermedades la atacan permanentemente: el individualismo y las tiranías colectivas. Ellas están hoy en día en el máximo de su virulencia, y sus efectos se suman, pues no son, sino dos fases de un mismo mal”.<sup>35</sup>

Frente al liberalismo y al marxismo, Emmanuel Mounier postula un orden que garantice a la persona la realización de su vocación singular. Pero como la persona no es un átomo sin raíces, sino que está inmersa en un mundo de lazos con el prójimo, el orden debe

<sup>34</sup> Mounier Emmanuel, *Cartas desde el dolor*, Jus, México 2005. P. 38

<sup>35</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme Salamanca 1992 p. 213

asegurar también el intercambio entre las personas y la convivencia en comunidad. El personalismo es comunitario.

“Rehacer el Renacimiento decíamos antes. Hay que rehacerlo doblemente, si es completo tiene que ser doble: personalista y comunitario. El primer Renacimiento fracasó en el renacimiento personalista y descuidó el renacimiento comunitario. Contra el individualismo hemos de retomar el primero. Pero no llegaremos a él sino con el apoyo del segundo. Tratemos de no fracasar nosotros, pues si no, pronto vendrán los legistas y los burgueses del colectivismo, parecidos a los legistas y a los burgueses del individualismo, como aquellos parásitos de una gran causa, nefastos como ellos”.<sup>36</sup>

Esta consideración del hombre como persona, no como individuo ni como clase, implica un cambio profundo en muchos conceptos esenciales. Por ejemplo, el de libertad. Para Emmanuel Mounier, el hombre libre es aquel que se esfuerza por dar la respuesta adecuada a las preguntas, retos, desafíos que el mundo le plantea. O sea que la libertad es, literalmente, responsabilidad. En tanto que responsable, la libertad ha de tender un lazo también con los demás, con el prójimo. La libertad así entendida no es una fuerza que divide, una fuerza que pueda tender a la anarquía, sino una fuerza religiosa en el sentido original del término, porque religa, une y una fuerza devota, porque implica entrega a los demás.

“No hay libertad de hombre más que madurando un compromise; que no hay, a su vez, compromise de hombre más que madurado en libertad. Y que tida otra libertad, como todo otro compromise, conduce a la servidumbre”<sup>37</sup>

Los planteamientos personalistas tienen también consecuencias necesarias en el plano económico. Ni el capital, que es una cosa, puede sojuzgar al trabajo, que es fruto de la persona, ni el trabajo puede ponerse al servicio de una dictadura estatista, porque borraría igualmente la huella de las personas. Ni capitalismo, pues, ni marxismo. A partir de este doble rechazo, Emmanuel Mounier formula unos principios de economía personalista que entroncan directamente con la doctrina social de la Iglesia: primacía del trabajo, consumo responsable y ético, tendencia a la autogestión, fórmulas de copropiedad de las empresas... El Estado es necesario para hacer eso, pero sólo es un instrumento material, no una entidad de rango espiritual ni trascendente.

Lo que Emmanuel Mounier propone es una subversión completa. Hay que regenerar a la familia rescatándola del egoísmo burgués. Hay que reafirmar el papel de la mujer como una reserva de amor, la más rica reserva de la humanidad. Hay que reordenar la vida en

<sup>36</sup> Mounier Emmanuel, *O. C. I. Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme Salamanca 1992 p. 219

<sup>37</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002 p. 626

torno a las comunidades reales, concretas: en la familia, la iglesia, el sindicato, las asociaciones civiles... En una carta de 1934 lo expresa de manera taxativa:

“Nunca se denunciará lo bastante la mentira democrática en régimen capitalista. La libertad capitalista ha entregado la democracia liberal, utilizando sus fórmulas mismas y las armas que ella le daba, a la oligarquía de los ricos (oligarquía de poder y de clase); después, en la última etapa, a un estatismo controlado por la gran banca y la gran industria, que se han apoderado, no solamente de los mandos ocultos del organismo político, sino de la prensa, de la opinión, de la cultura, a veces hasta de los representantes de lo espiritual, para dictar las voluntades de una clase y modelar incluso las aspiraciones de las masas a imagen de las suyas, al mismo tiempo que les negaban los medios para realizarlas (...). No quitemos importancia al problema: se trata del dominio, sobre una estructura democrática desfalleciente, de una estructura capitalista inaceptable. Así pues, no se trata de purificar, sino de rehacer, desde las raíces, valerosamente, todas las estructuras sociales (y por añadidura, el corazón del hombre, pero esto es cosa aparte)”.<sup>38</sup>

En 1940 ocurre lo que parecía inevitable: Hitler invade Francia. La doblega en apenas mes y medio. Como la mayoría de los intelectuales franceses, Emmanuel Mounier asiste a la invasión alemana con una actitud entre la resignación y el estupor. Francia se ha deshecho: el norte, bajo administración alemana; el sur, bajo el régimen de Vichy.

Emmanuel Mounier se siente atraído por la posibilidad de ejercer alguna influencia en la Francia de Vichy: al fin y al cabo, el mariscal Petain predica una revolución nacional edificada sobre conceptos como la tierra, la familia, la patria y la religión, que no son incompatibles con el espíritu del personalismo. Así Emmanuel Mounier participa en *Jeune France* (Joven Francia), un organismo dependiente de la Secretaría de Juventud del Gobierno de Vichy. Era diciembre de 1940. Se trata de llevar a cabo una revolución cultural acercando a los jóvenes a un arte, una estética, una cultura de la tradición y de la tierra.

“La juventud es lo que es. Injusta, brutal, ingenua, rebelde en cuanto puede a referencia y deferencias. No puedo hacer que estas virtudes acres tengan la última palabra de la espiritualidad. Pero si ellas no perforaran constantemente las protecciones del adulto, ¿Qué quedaría del frescor del mundo?...Si a esta edad el hombre naciente no niega con todas sus fuerzas, ni se indigna con todas sus fuerzas, si se preocupa de notas críticas y armonías intelectuales antes de haber soportado el mundo en sí mismo, hasta gritar, entonces es un pobre ser, alma bella que siente ya la muerte”.<sup>39</sup>

En efecto, la actitud de *resistencia interior* propia del personalismo pronto choca con la realidad oscura de una Francia sometida. Primero se prohíbe la revista *Esprit*. Luego – marzo de 1942- el Gobierno disuelve *Joven Francia*. Y después el propio Emmanuel

<sup>38</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.335

<sup>39</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 24

Mounier es encarcelado por supuestos contactos con las fuerzas de *De Gaulle*. Durante su cautiverio, el filósofo protagonizará una sonada huelga de hambre.

“A un hombre le hace falta haber conocido la enfermedad, la desgracia o la prisión...La prisión no era una vergüenza para los cristianos de Roma, nunca lo es para el inocente: por el contrario permíteme que te lo diga, es portadora de la gloria de las Bienaventuranzas: “Bienaventurados los perseguidos a causa de la justicia...”<sup>40</sup>

En octubre será juzgado y absuelto de todos los cargos, pero ya es una persona *non grata*. Se refugia en el *Drôme*, no lejos de su Grenoble natal, y allí aguardará el final de la guerra.

La revista *Esprit* resucita en cuanto termina la guerra. En diciembre de 1945 ya está de nuevo en la calle. Emmanuel Mounier trabaja sin descanso. Él estaba convencido de que su trabajo, su movimiento, era capaz de generar una revolución cristiana en Europa. *Esprit* crece en tirada e influencia social.

“Veinte siglos de de experiencia histórica no pueden darse por perdidos...Debe ser posible operar a Europa sin desfigurarla. Por este éxito apostamos, por él combatimos”<sup>41</sup>.

Por encima de la manera tradicional de entender el cristianismo, en franca oposición al comunismo y al capitalismo, muy lejos también del estatismo fascista y, por supuesto, en los antípodas del existencialismo que empezará a tomar alas con Jean Paul Sartre, la revolución personalista y comunitaria ofrecía una alternativa que salvaba la dignidad de los hombres. Donde los existencialistas predicaban desesperanza, Emmanuel Mounier describía la existencia como un empuje de energía, una búsqueda por esperanza y amor, una invocación de aquello que está más allá de la existencia del hombre.

“Parece poco discutible que una filosofía de la esperanza hace más hombre de acción que una filosofía de la desesperación. No es un argumento para quien prefiere la autenticidad al número. Pero lo es para quien piensa que la existencia no es una madrastra y que debe encontrar una amplia complicidad en el corazón del hombre”<sup>42</sup>.

El hombre –sostiene Emmanuel Mounier- es persona porque no es sólo un objeto biológico, un animal. La persona es cuerpo y espíritu o, más precisamente, es todo cuerpo y todo espíritu. Sin cuerpo no puede existir, pero lo que le hace persona, lo que completa su antropología, es el reconocimiento de su espíritu. A la existencia objetiva del cuerpo se añade, en un todo, la experiencia subjetiva del espíritu, y ambas cosas son indisolubles. Ese espíritu nos orienta, entre otras cosas, hacia una vocación moral que consiste en

<sup>40</sup> Mounier Emmanuel, *Cartas desde el dolor*, Jus, México 2005 p. 57

<sup>41</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 265

<sup>42</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p. 162-163.

darnos al prójimo, a los otros. Tal entrega moral, sólo puede darse en el seno de la comunidad. Por eso lo comunitario no es algo contrario a la persona, sino al revés: la comunidad permite a la persona ser plenamente tal.

“Yo no me realizo como persona sino el día en que me doy a los valores que me llevan más allá de mí. Paralelamente, el nosotros de un grupo no es más que un receptáculo de individualidades más o menos impersonales. No comienza a ser un nosotros comunitario hasta el día en que cada uno de sus miembros ha descubierto a cada uno de los otros como una persona y comienza a tratarlos como tal”.<sup>43</sup>

Y aquí es donde el cristianismo resulta fundamental, porque ese darse al otro, ese amor al prójimo, es precisamente el orden establecido por Dios.

“Sólo se realiza como comunidad a partir del día en que cada uno de sus miembros ha descubierto a cada una de las demás por encima de sí hacia cada uno de los valores singulares de su vocación propia, y así se eleva con cada una de ellas”.<sup>44</sup>

La comunidad es y ha de ser comunión. Nadie nace persona: es un proceso que cada cual debe aplicar a su propia existencia. Nunca terminaremos de completar el proceso, pero en esa construcción reside precisamente el sentido de la vida. De ahí, por cierto, la importancia de la educación, que debe ser un instrumento puesto al servicio de la tarea de “despertar personas”. Y todo, siempre, contra el desorden establecido, un mundo moderno que Emmanuel Mounier jamás dejará de criticar.

Es sugestivo pensar cómo habría vivido Emmanuel Mounier el Concilio Vaticano II, el colapso de las socialdemocracias, el hundimiento del bloque soviético, el triunfo de la globalización... Sin duda su voz se habría hecho sentir. No pudo ser: en fecha tan temprana como 1950, en la madrugada del 22 de marzo, con sólo 45 años, nuestro autor moría víctima de una crisis cardíaca, literalmente agotado, consumido, exhausto.

## 2.2 CRONOGRAMA BIOGRÁFICO

1905	1 de abril, nace en Genoble en el seno de una familia que se lee mucho, se discute,....
1910-1923	Primeros estudios y Bachillerato en Grenoble. Inicia Medicina por no contrariar a sus padres y abandona en el tercer curso. Se inscribe en la Facultad de Filosofía
1924-1927	En Genoble, estudia filosofía con Jaques Chevalier durante los cuales participa activamente en diferentes grupos de formación religiosa. Participa en un grupo que se denomina “los platonizantes”.
1927	Prolonga estudios en la Sorbona (París).El 23 de junio presenta una memoria <i>–El conflicto entre antropocentrismo y teocentrismo en la filosofía de Descartes–</i> para

<sup>43</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 88

<sup>44</sup> Ibid. p. 88

	<p>obtener el diploma en Filosofía.</p> <p>De la Sorbona dirá “siempre seré impermeable a su veneno”.</p> <p>Aprende Teología dos días por semana de P.Pouget.</p>
1928	<p>En enero, muere su mejor amigo George Barthelemy.</p> <p>Presenta y consigue la cátedra de filosofía con el numero 2. el número 1 es Raymon Aron. Jean Paul Sartre suspende.</p>
1929	<p>Catedrático en el liceo de Saint-Omer. Becario para el doctorado (que no acabaría nunca).</p> <p>J.Chevalier le propone como tema a Fray Juan de los Ángeles, pero inscribe como objeto de tesis dos temas: La personalidad, por un lado y Juan de los Ángeles, por otra.</p>
1930	<p>Del 21 de abril al 11 de mayo, viaja a España para documentarse sobre místicos españoles.</p> <p>El 3 de mayo, da una conferencia en la Universidad de Salamanca sobre Charles Peguy.</p> <p>Maritain le anima a desistir del tema sobre Juan de los Ángeles y lo encamina hacia la persona y obra de Charles Peguy. Con George Izard y Marcel Péguy escribe <i>El Pensamiento de Charles Péguy</i>, dentro de una colección que dirige Maritain.</p>
1931	<p>Preparación del Movimiento y de la revista Esprit. Reuniones mensuales en casa de Jacques Maritain con Gabriel Marcel, Jean Danielou, Ch. du Bos, Nicolás Berdiaev, Gheon y Arland entre otros.</p>
1932	<p>En agosto se efectúa el Congreso fundacional en Font Romeu, del Movimiento Esprit.</p> <p>En octubre sale el primer número de la revista <i>Esprit</i>.</p> <p>Escriben Emmanuel Mounier, Jean Lacroix, Nicolás Berdiaev, etc. entre otros.</p> <p>Los fundadores de Esprit son Emmanuel Mounier, Georges Izard, André Deleage y Louis-Emile Galey.</p>
1933	<p>Una editorial de Esprit anuncia que Emmanuel Mounier pasa a ser el redactor en jefe.</p> <p>Este critica los pseudo-valores del Fascismo.</p> <p>Esprit alcanza los 500 abonados.</p>
1934	<p>Desaparece <i>Tercera Fuerza</i> que es absorbida por el <i>Frente Social</i> de Bergery.</p> <p>Números especiales de <i>Esprit</i> donde se publican <i>Por una revolución personalista</i>, <i>El arte y la revolución espiritual</i>, <i>Los pseudo-valores fascistas</i>.</p> <p>Se crean “<i>los Amigos de Esprit</i>”</p>
1935	<p>Contrae matrimonio con la belga Paulette Leclercq.</p> <p>Da clases en el Liceo francés de Bruselas.</p>

	<p>Publica <i>Revolución Personalista y Comunitaria</i>.</p> <p>Asiste al Congreso por la defensa de la Cultura.</p> <p>Emmanuel Mounier pone en marcha “<i>la técnica de los medios espirituales</i>”, consistente en oponer al desorden establecido el testimonio público de candidatos honestos como Madaule<sup>45</sup> frente a otros corruptos.</p>
1936	<p>Publica <i>De la propiedad capitalista a la propiedad humana y Manifiesto al servicio del personalismo</i>.</p> <p>Escribe varios artículos relacionados con la situación española.</p>
1937	Escribe artículos sobre Guernica y el problema vasco.
1938	<p>Nace su hija Francoise, que enferma a los siete meses de encefalitis.</p> <p>Se crea en los grupos <i>Esprit</i> Cédulas de Acción, cuya finalidad básica es analizar los problemas políticos, directrices a tomar, etc.</p>
1939	Se incorpora a los cazadores alpinos como soldado de servicios auxiliares.
1940	<p>Cae prisionero de los Alemanes y es desmovilizado.</p> <p>Se instala con su familia en Lyon.</p> <p>En Mayo <i>Esprit</i> deja de publicarse y en Noviembre se reabre.</p>
1941	<p>EL gobierno de Vichy en Agosto prohíbe la revista <i>Esprit</i>.</p> <p>Nace su segunda hija, Anna.</p>
1942	<p>En enero es detenido y encarcelado, acusado de ser uno de los dirigentes del movimiento Combat.<sup>46</sup></p> <p>Comienza una huelga de hambre. Es juzgado y puesto en libertad.</p>
1943	Escribe el <i>Tratado sobre el carácter</i> .
1944	Reaparece de nuevo <i>Esprit</i> .
1945-ss	<p>Frenética actividad del Personalismo en Alemania, Suiza, Inglaterra, Holanda, Polonia, Latinoamérica, España.</p> <p>Los abonados son ya 5,000.</p>
1946	Monunier escribe: “ <i>después de Auschwitz y Hiroshima , nuestra razón de ser, sigue siendo hacer posible el camino de una irreductible fidelidad al hombre en un</i>

<sup>45</sup> **Jacques Madaule**, nacido el 11 de octubre de 1898 a Castelnaudary (Aude) y murió el 19 de marzo de 1993, es un escritor e intelectual católico y un hombre político francés. Historiador, profesor, pensador crítico, periodista y militante político. Jacques Madaule recibió primero a la agregación de historia en 1922. Miembro de la escuela francesa de Roma, es nombrado profesor y terminó su carrera en el colegio Michelet de Vanves de 1935 a 1958. Discípulo de Emmanuel Mounier y del historiador Jules Isaac, colabora en el estudio *Espíritu*. Consagra varias obras a Paul Claudel. Fundador de la Amistad cristiana judío de Francia, actuó mucho para que la Iglesia Católica renunciara oficialmente al antisemitismo, en particular, en el concilio Vaticano II. Obras: *Los Judíos y el mundo actual*, *La vuelta de Israel* (1951), *El drama de Claudel*, *La ingeniería de Claudel*, *El Drama albigense y la unidad francesa*, *El Cristianismo de Dostoievski*, *Nacionalismo de Barras*, *Historia de Francia*, *Papel del Cristiano en la ciudad*, *Cristianos de derecha e izquierda*, *Peregrinos como nuestros padres*.

<sup>46</sup> **Combat**, que antes se había llamado Movimiento de Liberación Nacional, es un movimiento de Resistencia que actuó en Francia en la zona sur libre y en la zona norte ocupada durante la Segunda Guerra Mundial. Fue creado en agosto de 1940 en Lyon por Henri Frenay y Berty Albrecht. Mediante jefes regionales, implantó el movimiento en seis "regiones" de la zona libre. Poco a poco, el MLN que pronto se convierte en Movimiento de Liberación Francesa (MLF), se fusiona con otras redes menores en las regiones en las que se implanta. Tras la fusión con Liberté a finales de 1941 el movimiento pasa a llamarse Combat. Sin embargo, cuando a finales de 1941, Combat se decanta por *De Gaulle* se produce la ruptura con los seguidores de Pétain, por lo que las fuentes de información se reducen. En la zona ocupada, especialmente en París se crea *Combat-zone nord* gracias a Robert Guédon, quien muy activo amplía esta red a varias regiones de la zona ocupada como el Nord-Pas-de-Calais.

	<i>mundo desbordante de inhumanidad</i> ".
1947	Publica <i>Introducción a los existencialismos</i> ; y "Que es el personalismo?".  Nace su tercera hija Martine.  Se reúne con Albert Camus, Sartre, y Merleau Ponty para manifestar a la opinión pública que no se debe dejar en manos de América o Rusia todas las iniciativas internacionales.
1949	Publica <i>El Personalismo</i> .
1950	El 22 de marzo muere de un infarto.

### 2.3. OBRAS

Tras la publicación, entre 1926 y 1931, de unos primeros artículos, básicamente en las revistas, *Après ma classe*, *Aux Davidées*, *La Vie Catholique* y la *Revue de Culture Générale*, unas veces con su nombre propio y otras con los pseudónimos de Jacques Mersennes, Jean Sylvestres o Francois Chauvières, es en 1930-31 cuando Emmanuel Mounier comienza la que ha venido a ser su producción más consistente y conocida.

- El pensamiento de Charles Péguy . . . . . 1931
- Revolución personalista y comunitaria . . . . . 1935
- De la propiedad capitalista a la propiedad humana. . . . . 1936
- Manifiesto al servicio del personalismo . . . . . 1936
- ¿Pacifistas o belicistas? . . . . . 1939
- Tratado del Carácter . . . . . 1942
- Introducción a los existencialismos . . . . . 1942
- El afrontamiento cristiano . . . . . 1945
- Montlambert . . . . . 1945
- Libertad bajo condiciones . . . . . 1946
- ¿Qué es el personalismo? . . . . . 1947
- El despertar del África negra . . . . . 1948
- El personalismo . . . . . 1949
- El pequeño miedo del siglo XX . . . . . 1948
- Muerte de la cristiandad . . . . . 1950
- Las certitudes difíciles (Póstuma) . . . . . 1951
- La esperanza de los desesperados (Póstuma). . . . . 1953

- Mounier y su generación (Póstumo, correspondencia y notas) . 1954

Sus escritos van naciendo junto con la problemática que se encuentra en su mundo. Los escritos de Emmanuel Mounier son muchos y es bien sabido que su obra más grande es *Esprit*, la revista fundada por él mismo, por medio de la cual, mientras que los países y las naciones se bombardeaban intentado destruirse, él bombardeaba al mismo tiempo el pensamiento de la juventud de su tiempo para crear una nueva mentalidad que fuera capaz de parar las guerras al reencontrarse consigo mismo y con el otro, como personas que pueden tener una relación “yo-tú”. Es imposible hablar de la obra Emmanuel Mounier sin hablar de *Esprit*, la revista fundada por él para transmitir su pensamiento. Él, decidiéndose a dejar de lado la docencia para llevar su pensamiento a la práctica, decide fundar esta revista-movimiento donde hace que su pensamiento se extienda, por una revolución desde el pensamiento, llamando en especial a la juventud para que se den cuenta que la realidad puede cambiar.

*Esprit* no es una obra de Emmanuel Mounier solo, es un trabajo de equipo. Inicia en octubre de 1932, se presenta como el órgano de información de un movimiento, *Tercera Fuerza*, pero que muy pronto, en octubre del mismo año, se separa del movimiento, para esto Emmanuel Mounier y Georges Izard, el animador del movimiento, dan el aviso que se separa de éste.

En una conferencia que da en 1944 Emmanuel Mounier, haciendo un recuento de la historia, divide las etapas de *Esprit* en cinco, las cuales pueden expresar la evolución de su pensamiento:

1. (1932 - 1934): él mismo la declara doctrinaria y deficiente en el terreno político.
2. (1932 - 1939): es la etapa de los compromisos.
3. Ésta llega hasta el armisticio de 1940.
4. De (marzo a septiembre de 1941): trata de los siete meses de reparación bajo Vichy; en esta etapa se muestran polémicas entre las políticas que circulaban en Francia a principios de la guerra.
5. Esta es la etapa de la post-guerra. Con *Esprit* resume magistralmente las instituciones de partida: la preocupación por evitar la revolución, por no responder con cierto espiritualismo desapegado a los acontecimientos y de la condición histórica del hombre.

Si se quiere ver un lugar donde Emmanuel Mounier haya plasmado su pensamiento sin dudarle es su revista, que al paso de los años va evolucionando; es necesario decir que todas las obras de Emmanuel Mounier fueron primero, de alguna forma, publicadas en

*Esprit* y después se recopilaron y se editaron como bibliografía. Uno de sus mayores logros como filósofo es haber renovado la filosofía como ciencia, sacándola de las aulas y llevándola a la vida diaria. Hacer libros nunca fue su meta, sino hacer hombres, de antemano Emmanuel Mounier es uno de los autores del siglo XX que propone los medios para escapar de las perversiones de la modernidad, pero sin separarse de ella.

Toda la obra de Emmanuel Mounier es construida sobre la columna de la experiencia concreta del hombre de su tiempo; así él da una respuesta práctica a la situación de Europa. Pero no se le puede considerar como una simple corriente o doctrina filosófica más, sino que es todo un estilo de vida para la humanidad; en el cual devuelve el orden en la jerarquía de valores, poniendo en la cúspide de éstos a la persona en sí misma. Todo su pensamiento tiene un nombre, al cual él le dio vida: *Personalismo*.

## 2.4 INFLUENCIAS

Emmanuel Mounier pertenece a una tradición compleja y difícil de perseguir en la historia de la filosofía de Occidente, que se inicia con san Agustín y se renueva con Blaise Pascal. Son los filósofos del descentramiento. Para todos ellos lo sagrado, lo indecible, la religión y el temor reverente, se convirtieron en una obsesión fundamental; o incluso en un proyecto vital como se lee en una carta de Emmanuel Mounier a su hermana.

“Ya ves, es necesario a cualquier precio que hagamos algo por nuestra vida. No lo que los demás ven y admiran, sino la proeza que consiste en imprimir el infinito en ella”.<sup>47</sup>

En la base, Emmanuel Mounier está fuertemente inspirado por la fe cristiana, más exactamente por su fe católica: En ella ve no un opio, sino un combate generador de inquietud social que se prolonga en una apuesta (en la línea de Blaise Pascal). En contra de una concepción confortable de la religión, parece responder a aquella sentencia de otro pensador que le ha influido profundamente: Teilhard de Chardain:

“Que nunca más, pueda decirse de la religión que su influencia ha vuelto a los hombres más perezosos, más tímidos, menos humanos. Que jamás su actitud pueda dar pie a la sospecha, mortal, de que tiende a remplazar la ciencia por la Teología, el esfuerzo por la plegaria, la lucha por la resignación, y que sus dogmas corren el riesgo de desflorar el interés por el mundo al limitar de antemano el horizonte de las investigaciones y la esfera de las Energías”.<sup>48</sup>

<sup>47</sup> Op cit. Monier Emmanuel, *Cartas desde el dolor*, Jus México 2005. p. 16

<sup>48</sup> De Chardain Teilhard, *Ser más*, Taurus, Madrid 1974 p. 36

### 2.4.1 Blaise Pascal

Cuando Emmanuel Mounier escribe sobre los orígenes del personalismo reconoce:

“Blaise Pascal, padre de la dialéctica y de la conciencia existencial moderna, sería el más grande de sus maestros si el pensamiento jansenista no lo hubiera desviado hacia la religión solitaria y altiva que retendrá también a Sören Kierkegaard”.<sup>49</sup>

Con Blaise Pascal se inicia una especial manera de *pensar*, (*yo diría de hacer*) la religión: el estilo de los hombres que se toman en serio el dolor del mundo; tipos duros –casi siempre en un cuerpo débil– que desconfían hasta de sí mismos<sup>50</sup> y que consideran la calma y la belleza tranquila como algo sospechoso, casi indigno del Dios poderoso que aspiran a encontrar y cuya ausencia les conmueve.

“La fe no debe ser confundida con un estado de tranquilidad; está hecha inversamente, de in-certeza e incluso de angustia; nos corresponde batallar contra esta derilección, pero tal labor nunca se hará sola: es preciso que nos empleemos en ella y sin relajamiento”.<sup>51</sup>

Para ellos el mundo tiene un sentido trágico. Y Emmanuel Mounier como Blaise Pascal vive la angustia de lo trágico.

“La angustia se vale de nosotros a veces: (ya te he contado.) Hay momentos en que hasta los santos dudan de todo, de su amor y de Dios. Ninguna luz se entrega sin esta noche. Cristo ha cargado en una sola noche de angustias y de dudas (“Padre, ¿por qué me has abandonado?”).<sup>52</sup>

Blaise Pascal forma parte del pequeño grupo de filósofos que escriben para conocerse a sí mismos, -para eso viven– y no para resolver problemas conceptuales. Igual que Emmanuel Mounier, sería abusivo reducirlo a pensador religioso, porque en ellos lo religioso es condición necesaria pero no suficiente de su obra.

“Nuestra acción se desarrolla en el tiempo. Allí nuestro corazón desea aún a Dios con un deseo fascinante, aunque parcialmente cegado, que no sabe reconocer infaliblemente su objeto. Uno le buscará en la soledad, el otro en la acción, aquél en el arte, o en el amor, o en los combates...”<sup>53</sup>

Blaise Pascal no quiere “salvar” el humanismo, sino redimir al hombre de su propia miseria para llevarlo a Dios.

<sup>49</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p457

<sup>50</sup> A propósito Mounier dirá: “Humor, turbulencia, autoridad, proceso de fómulas repetidas y ese sentimiento propio rebelde que nos hace insensible preferir antes que el éxito de la verdad el orgullo de ser agentes de la misma, antes que la calidad de nuestros amigos, la cifra que ellos aportan a nuestro cuadro. El Yo, ese yo ante el cual deberíamos tener un insuperable pudor al pronunciarlo cuando manejamos esas grandes causas, es él quien les asesta el primer golpe. Por nuestro instinto de propietarios introducimos la mentira. Y a no sabemos reconocer la injusticia en el interior de la secta, ni la justa fuera de su marco. De testigos nos convertimos en partidarios, una mediocridad se insinúa en nosotros, una grosería con los hombres y con las ideas, y como por inercia o ambición no hemos abandonado la causa, unimos ese escándalos a nuestro carro”. Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.183

<sup>51</sup> Guy Alan, *Emmanuel Mounier (1905-1950) o el optimismo trágico*, Comunicaciones. p. 61

<sup>52</sup> Mounier Emmanuel, *Cartas desde el dolor*, Jus, México 2005. p. 35

<sup>53</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 876.

Los pensadores de la estirpe que se inicia en Pascal se tienen a sí mismos como el único problema existencial verdaderamente significativo y buscan a Dios entre tinieblas. Así lo reconoce Emmanuel Mounier sintiéndose parte de:

“Sin embargo este absoluto (nos unimos en este punto a la gran tradición que enlaza a Dionisio Areopagita con San Juan de la Cruz, Blaise Pascal, Sören Kierkegaard y Franz Kafka) es un absoluto oculto. Es inconmensurable para el mundo tal como va. Lo atraemos hacia nosotros por las representaciones que nos hacemos de él, siempre desvaídas, a veces grotescas”.<sup>54</sup>

Los filósofos de esa extraña cofradía dan por hecho, además, que pertenecer a, obliga pagar un precio casi imposible; sólo se salda la deuda con lo Absoluto dejando jirones de la propia vida en el empeño. De igual modo que a este tipo de autores se describe Emmanuel Mounier describiéndolos a ellos:

“Yo me sentía muy bien retratado en lo que dice Péguy en *Jeanne d’Arc*, a propósito de los hombres (o de las mujeres) que están hechos para creer: su actitud para el mundo no es una actitud crítica (la tienen con frecuencia, ciertamente, pero en el plano de la cultura, no en el corazón) sino la actitud edificante (¡en activo, en activo!): todo les resulta bueno para seguir construyendo el edificio y aumentando la luz interior – no para volver a poner en cuestión el conjunto cada momento. La misma crítica es para ellos un medio de perfeccionar el edificio, de darle la delicadeza de la verdad, no de librar batalla, de excitar al enemigo. El mismo drama es una oscilación de la ascensión, una lucha entre el ser y el menos-ser, no entre el ser y la nada...la duda cae encima de ellos un día como una enfermedad grave (yo la tuve en 1927-1929); ¡Esto los tira por tierra completamente y después los deja inmunizados de por vida!”.<sup>55</sup>

Es curioso constatar que tanto Blaise Pascal como Charles Péguy y Emmanuel Mounier después de apegarse a una vida de privaciones y sufrimiento, fallecen apenas llegados a la edad madura. Blaise Pascal a los 39, Charles Péguy a los 42 y Emmanuel Mounier a los 45.

“...No se es decididamente grande... hasta que la vida no te ha puesto en la prueba de negarte rotundamente y sin apelación algo que deseabas con todas tus fuerzas”.<sup>56</sup>

De hecho su obra es su vida y la escritura viene a ser como el latido de su corazón: viven porque escriben de la misma manera que los demás mortales vivimos porque el corazón no sabe ni puede pararse. Ese es el tipo humano que escribe los *Pensées* para defender la religión incluso contra ella misma (Blaise Pascal es jansenista<sup>57</sup>) escribe para no

<sup>54</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p.202

<sup>55</sup> Mounier Emmanuel, *Cartas desde el dolor*, Jus, México 2005. p. 34

<sup>56</sup> *Ibid.* p. 38

<sup>57</sup> En 1643 Arnauld, uno de los teóricos más importantes del jansenismo, publica «La comunión frecuente» y al año siguiente se traduce el «Discurso sobre la reforma del hombre interior» del propio Jansenio. El joven Pascal leyó ambas obras y para él significaron un profundo revulsivo, suficiente para marcarlo de por vida. Su propia hermana Gilberte dirá más tarde que: «Dios le iluminó de tal modo con esta santa lectura que comprendió perfectamente que la religión cristiana nos obliga a vivir sólo para Dios, y a no tener más mira que él. Y esta verdad se manifestó tan evidente, tan necesaria y tan útil que dio al traste con todas sus investigaciones. De forma que a partir de entonces renunció a todos los otros conocimientos para consagrarse a la única cosa que Jesucristo llama necesaria». Alcoberro Ramón, *Una introducción a las pensées de Blaise Pascal* (1623-1662) p. 61

perderse y para mostrar un camino de salvación, conseguido al precio de la propia negación; un camino que en su caso no es otro que el de la paradoja.

“El cristianismo, por su sentido abrupto de la trascendencia, incluye un fuerte poder de negación. Se le deben a todo lo largo de la Edad Media los primeros filósofos del absurdo. Nadie ha dado más lugar a la nada en la realidad humana, que San Juan de la Cruz, y así el acto supremo de Cristo no puede ser más que la recogida de toda la esperanza del mundo, se olvida con demasiada facilidad que su última palabra expresa fue una palabra de desolación”.<sup>58</sup>

Sin embargo, y a diferencia de Sören Kierkegaard especialmente, pero también de Franz Kafka o Wittgenstein, Pascal no llega nunca de forma explícita a las cimas de la desesperación, ni a las de la brutalidad, ni a las del cinismo. Jean Mesnard dijo que lo esencial de Blaise Pascal se resume en la idea de “miseria del hombre sin Dios” y esa convicción existencial conduce a la piedad, más que al cinismo.

Ciertamente está convencido de que a Dios no se conseguirá llegar jamás mediante el razonamiento; pero el hombre según Blaise Pascal es un ser doble: lleno a la vez de miseria y de grandeza; y ello le salva. He aquí la paradoja de la existencia.

“Cuando considero la breve duración de mi vida, absorbida en la eternidad que la precede y la que la sigue, el pequeño espacio que lleno y cuando, por lo demás, me veo abismado en la infinita inmensidad de los espacios que ignoro y que me ignoran, me aterro y me asombro de verme aquí antes que allá, ya que no hay razón porque esté aquí antes que allá, porque exista ahora en vez de entonces. ¿Quién me ha puesto aquí? ¿Por orden de quién me han sido destinados este lugar y este tiempo? El silencio eterno de los espacios infinitos me aterra, ¡cuántos reinos nos ignoran!. ¿Qué es el hombre? No es más que una nada respecto al infinito, un todo respecto a la nada, un punto medio entre la nada y el todo, infinitamente alejado de poder comprender los extremos. El fin de las cosas y sus principios le están invenciblemente escondidos en un impenetrable secreto, igualmente incapaz de ver la nada de la que es sacado y el infinito por el que es engullido...Somos algo y no somos todo; aquel poco que poseemos de ser nos impide el conocimiento de los primeros principios que nacen de la nada; y el poco ser que tenemos nos esconde la vista del infinito”.<sup>59</sup>

Mientras que sus herederos espirituales olvidarán la grandeza de lo humano para centrarse en su miseria, Pascal, que inicia un existencialismo no pesimista, será siempre un católico, y en consecuencia no puede creer en un Dios de predestinación (protestante) o de destino (judío) aunque coincida con Sören Kierkegaard, Kafka o Wittgenstein en conceptualizar la miseria humana como impotencia, es decir, como imposibilidad absoluta y total para lograr la plenitud a la que se aspira. En este punto Emmanuel Mounier los supera.

Para Blaise Pascal, la miseria del hombre proviene de la contradicción ente la realidad de lo que es y el ideal al que aspira. Aspira a la verdad y sólo encuentra error; aspira a la

<sup>58</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 223

<sup>59</sup> Pascal Blaise, *Pensées*, Garnier-Flammarion Paris 1897, p. 110

felicidad y sólo encuentra aburrimiento; aspira a la verdadera justicia y no encuentra más que falsa justicia; aspira al infinito y sólo encuentra finitud.

“Las revelaciones hechas al espíritu por la trascendencia sólo pueden apreciarse en una nueva forma, mezcla íntima de saber y no saber, provocación más que certidumbre. Tal es precisamente la paradoja. Brota del punto de unión de la eternidad con la historicidad, de lo infinito con lo finito, de al esperanza con la desesperación, de lo transracional con lo racional, de lo indecible con el lenguaje. Rompe insolentemente todas nuestras instalaciones en lo menos que humano: La inmanencia lógica, la indiferencia estética, el bienestar moral. La paradoja se impone por su autoridad abrupta”.<sup>60</sup>

En ese mismo tono se pregunta Emmanuel Mounier:

“¿Cómo negar sin ilusión que este mundo sea un mundo roto y oscuro, que parece aliarse contra la razón a medida que la razón lo penetra, que sus significaciones finales se nos escapen, que parezca perdido el lazo de unión entre los hombres e interminablemente obstaculizado el camino que nos conduce a nosotros mismos, que el hombre se esclavice con sus propios gestos de liberación, que se hunda en todos sus impulsos, se oscurezca con sus propias luces, que nosotros podamos dudar en saber si la ley de la historia es el fracaso o el progreso? En todo lo que somos, en todo lo que hacemos, la angustia se mezcla con la alegría, la malicia con la buena voluntad, la nada con el ser”.<sup>61</sup>

El hombre se halla, pues, escindido; su vida es un perpetuo drama.

“Es así, sin duda, como se explica el éxito de las doctrinas que declaran al mundo absurdo y describen al hombre como un solitario maldito por los cuatro costados, cuya sola grandeza es aceptar con un valor duro un universo que no tiene nada que pedirle, nada que decirle. Expresiones fuertes de una impotencia, testimonios viriles de una decadencia, estas doctrinas de fin de siglo tienen sin embargo la ventaja, como toda doctrina de crisis, de enfrentarnos a nuestra condición dramática”.<sup>62</sup>

Convertir ese drama en discurso es lo que hace a Blaise Pascal tanto como a Emmanuel Mounier pensadores imprescindibles para la antropología filosófica, incluso desde una óptica no creyente.

En sus *Pensées* se encuentran los fundamentos del debate entre razón y fe en la modernidad y, en cierta manera, con él aparece también el complejo tema – luego central en el existencialismo del siglo XX de la relación entre la fe y el absurdo existencial.

“Este ser absurdo, que abrumba, se traducirá también, en Heidegger, por el sentimiento de nuestra derrelicción absoluta en su nada de presencia...Estoy como arrojado y abandonado por esta nada sin mirada ni respuesta en un rincón perdido del universo. No sólo de una vez para siempre, a mi entrada en el mundo, sino que encada segundo se renueva este abandono entregándome sin defensa al mundo extraño; introduce en mí la extrañeza que me rodea y me priva incluso de esta cálida intimidad conmigo mismo, en la que la desesperación se convierte en una promesa familiar”.<sup>63</sup>

<sup>60</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II*, Introducción a los existencialismos, Sígueme, Salamanca 1990 p. 108

<sup>61</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III*, ¿Qué es el personalismo?, Sígueme, Salamanca 1990 p.229

<sup>62</sup> *Ibíd.* p.208

<sup>63</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II*, Introducción a los existencialismos, Sígueme, Salamanca 1990 p. 107

Con Sören Kierkegaard, Pascal es, entre los clásicos, quien mejor asume el reto que significa para el cristianismo una modernidad racionalista, pero a la vez instrumental. A la *razón geométrica*, Pascal opondrá el conocimiento profundo del corazón humano que le lleva a encontrar un hombre desorientado y, por ello mismo, sediento de Absoluto. A la concepción mecánica del mundo, Pascal le enfrentará una radical afirmación de la insuficiencia y de la provisionalidad de la razón que sólo un Dios puede colmar, muy semejante a la de san Agustín:

“La pereza pretende apetecer la quietud; pero ¿qué quietud cierta se puede encontrar fuera de Ti? La lujuria quiere pasar por abundancia y saciedad; pero la Plenitud eres Tú; la indeficiente abundancia de suavidades incorruptibles. La prodigalidad pretende hacer pasar por largueza; pero Tú eres el afuentísimo Dador de todos los bienes. La avaricia ambiciona poseer muchas cosas, pero Tú todo lo tienes. La envidia pleitea por la superioridad; pero ¿Qué hay que sea superior a Ti? La ira busca vengarse; pero ¿qué venganza puede ser tan justa como las tuyas; el temor es enemigo de lo nuevo y lo repentino que sobreviene con peligro de las cosas que se aman y que quieren conservar; pero ¿qué cosa hay más insólita y repentina que Tú”.<sup>64</sup>

Mientras René Descartes y el racionalismo ponían el énfasis en el orden (y en el principio de evidencia, que es el fundamento de la racionalidad misma), Pascal se precia de todo lo contrario, repudia cualquier principio metódico y, mucho más aún, denuncia la insuficiencia de la razón como criterio:

“Escribiré mis pensamientos sin orden y no tal vez en una confusión sin designio. Es el verdadero orden y él marcará siempre mi objetivo por el desorden mismo”.<sup>65</sup>

El orden pascaliano proviene del “corazón”, que considera más adecuado al conocimiento que de verdad le importa, es decir, al de la transcendencia. Tal como dice en un texto bien conocido:

“El orden. Contra la objeción de que la Escritura no tiene orden/ El corazón tiene su orden, la inteligencia [esprit] tiene el suyo que es por principio y demostración. El corazón tiene otro. No se prueba que se deba ser amado exponiendo las causas del amor. Ello sería ridículo”.<sup>66</sup>

La estrategia pascaliana en el debate entre razón y fe propone una novedad radical: ya no se trata de “defender” la fe ante el incrédulo (algo que el racionalismo ha vuelto difícil, o tal vez imposible), sino de mostrar que “la razón” aunque poderosa como herramienta resulta, a la vez, insuficiente como finalidad en sí misma, para animarnos de esta manera a dar el salto a la dimensión trascendente y sobrehumana. La razón deja insatisfecha a la propia razón y, en ese mismo acto, abre la puerta a la necesidad de la fe. Por ello Blaise Pascal

<sup>64</sup> Agustín, *Confesiones*, Orbis, Barcelona 1963. p. 36

<sup>65</sup> (L 532). Citado en Cfr. Alcoberro Ramón, *Una introducción a las pensées de Blaise Pascal* (1623-1662) p.4

<sup>66</sup> (L 298).Ibid. p.1

asume de entrada que “el cristianismo es extraño”.<sup>67</sup> Pero lo es precisamente porque toda la realidad está entretejida de paradoja y contradicción. O en su propio vocabulario de *contrárietés* ante las cuales la razón se halla impotente.

“Allí donde la persona lleva luz, la naturaleza, cuerpo o materia, insinúa su opacidad: Ante la fórmula del sabio, ante la claridad de la razón, ante la transparencia del amor. Allí donde se propone la intimidad, la naturaleza exterioriza, expone, generaliza...”<sup>68</sup>

Debería quedar claro que Blaise Pascal no se opone a la razón de ninguna de las maneras. Si chocase con los principios de la razón «nuestra religión sería absurda y ridícula» y es en el pensamiento donde se manifiesta la grandeza humana. Pero claramente considera que existe una instancia superior y más decisiva que la razón calculadora: se trata de la razón que nace del “coeur”, hecha de “instinct” y “sentiment”, (el ámbito del sentimiento, el corazón, la intuición emocional...),<sup>69</sup> y es allí donde se pone en juego lo realmente valioso, que ya no es racional y que nos permite situarnos ante lo trascendente, es decir, ante lo decisivo.

Las *Pensées* expresan una búsqueda de la trascendencia y, a la vez, la conciencia de la crisis existencial como único horizonte de lo humano, de ahí su éxito literario, en la medida en que modernidad y crisis han tendido a ser líneas paralelas a la largo de la historia.

“El movimiento de la persona hacia lo trans-personal es un movimiento combativo; y muchos idealismos y espiritualismos provocan náuseas porque lo han reducido a un éxtasis afectado. La experiencia muestra que no hay valor que no nazca en la lucha y no se establezca en la lucha, desde el orden político hasta la justicia social, desde el amor sexual a la unidad humana, y para los cristianos al Reino de Dios”.<sup>70</sup>

Blaise Pascal fue el primer creyente para una modernidad que se construye desde la duda; por primera vez un pensamiento religioso se elabora desde la consciencia de que en la modernidad el deseo se ha convertido en motor de la acción –y que en el núcleo mismo de tal deseo habita la insatisfacción.

“Cuando sigo las solicitudes de mis voluntades empíricas y discordantes me siento libre, aunque actuando realmente como esclavo, puesto que me aparto de la libertad liberadora. Entonces es cuando mi corazón está modelado a la imagen de mis deseos; y en el mismo estado, cuando yo sigo con temor la ley de Dios, la siento pesar como una esclavitud sobre las inclinaciones de mi naturaleza pervertida”.<sup>71</sup>

<sup>67</sup> (L 351), *Ibíd.* p.4 Citado en Alcoberro Ramón, *Una introducción a las pensées de Blaise Pascal* (1623-1662)

<sup>68</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 472

<sup>69</sup> (L110) Citado en Cfr. Alcoberro Ramón, *Una introducción a las pensées de Blaise Pascal* (1623-1662) p.5

<sup>70</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p.511

<sup>71</sup> Mounier Emmanuel, *O. C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 877

Un profundo reconocimiento de lo contradictorio como necesario, es decir, de la necesidad de la fe y a la vez de la dificultad de su fundamentación, recorre toda la obra pascaliana y la convierte en la primera reflexión estrictamente moderna elaborada en el marco del catolicismo.

#### 2.4.2 Main de Biran

Maine de Biran es, para Emmanuel Mounier, el precursor real del personalismo francés. ¿En qué sentido?: en el de la plasmación de la actividad del yo, que encuentra en su acción la resistencia de aquello que no es el yo, lo que culminará en la orientación práctica del pensamiento biraniano. Efectivamente, para el autor de la *Memoire sur la décomposition de la pensée* (1805), en gran manera repetida en el marco de la conocida *Memoria de Berlín* de 1807 De “*l’aperception immediate*” y de las “*Nouvelles considerations sur les rapports du physique et du moral de l’homme*” (1820), el yo sólo es comprensible en el marco de su acción.

“El día en que Main de Biran escribía: El yo no es la sustancia abstracta que tiene como atributo al pensamiento, sino el individuo completo del que el cuerpo es una parte esencialmente constituyente”, reanudaba, desconocido por todos, la tradición cristiana perdida en la algarabía del mundo moderno desde hace más de dos siglos”.<sup>72</sup>

La teoría de “*l’effort*”.<sup>73</sup> como aquello que caracteriza al sujeto, al yo, es lo que le permitirá, de una parte, reconocer y alterar la concepción cartesiana del *cogito*,<sup>74</sup> que aparecerá como unido a la producción libre del esfuerzo que determina el movimiento voluntario más simple como el acto espiritual más elevado”<sup>75</sup> y, por otro —y precisamente por lo anterior—, se establece la apertura de una conciencia que ha de permitir encarar el estricto sentido de la objetividad. Por eso, Main de Biran, será consciente de esa cierta espacialización de la conciencia que es, precisamente, lo que va a dar lugar a la tradición de esa existencia o conciencia corporeizada, subjetividad carnal, tan querida, tanto por Emmanuel Mounier como por Sartre, Merleau-Ponty, G. Marcel y Paul Ricoeur, entre otros, si nos fijamos sólo en la filosofía francesa. Como el mismo Emmanuel Mounier señala :

“Main de Biran es el precursor moderno del personalismo francés. Denuncia la mecánica mental de los ideólogos, que disolvían la existencia concreta en los falsos elementos del pensamiento y busca

<sup>72</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 898 (592)

<sup>73</sup> *L’effort: del francés “esfuerzo”*.

<sup>74</sup> *Cogito: pensamiento*

<sup>75</sup> Cfr. de Biran Main, *De l’aperception immédiate: Memoire de Berlín*, 1807, p. 236

el yo en el esfuerzo motor por el cual gravitamos en el mundo. Unidad de una iniciativa muscular, esta experiencia descubre en el corazón de toda conciencia una relación de exterioridad y de objetividad: No se debe pues, contraponer la conciencia y el espacio; toda conciencia es espacializante, se afirma en el espacio. El pensamiento de Main de Biran ha iluminado notablemente las raíces de la persona y su zona de surgimiento".<sup>76</sup>

### 2.4.3 Maurice Blondel

"Maurice Blondel define una dialéctica del espíritu y de la acción que destruye completamente los decorados espiritualistas".<sup>77</sup>

Respecto a las influencias se debe decir que Emmanuel Mounier es heredero de la gran tradición espiritualista francesa que remontándose a filósofos como *Ollé Lapruné*<sup>78</sup> asume la tesis de considerar el pensamiento como una forma de acción, pero el que mejor tratará este tema será nada menos que *Maurice Blondel* quien aspiraba a crear una filosofía que era reclamada por el pensamiento de Pascal, Blondel veía el aristotelismo como una notable expresión del racionalismo, es decir, la tendencia de la razón a afirmar su competencia en todo e incautarse inclusive en la religión. Con Aristóteles se divinizó al pensamiento, y la especulación teórica fue tenida por la suprema actividad y finalidad del hombre. En la Edad Media el aristotelismo fue naturalmente armonizado con la teología cristiana de un modo que limitó el alcance de la filosofía, siendo Spinoza uno de los grandes racionalistas, partió del sujeto activo y de los problemas de la existencia y del destino humano, mientras Emmanuel Kant abría un sisma entre el pensamiento y el ser, y entre la teoría y la práctica siguiendo el polo opuesto. La divinización de la razón llega a su culmen en Hegel quien identifica el pensamiento humano con el pensamiento absoluto y a absolver a la religión en el seno de la filosofía. El contrapeso se eleva de la tradición viva de Pascal a Ollé-Lapruné, pasando por Main de Biran, tradición que parte del sujeto activo concreto y reflexiona sobre las exigencias de su actividad. Sin embargo a esta tradición le falta un método que posibilite la construcción de una filosofía de la immanencia que conduzca o apunte a la vez hacia la trascendencia trabajo que realizará Maurice Blondel.

<sup>76</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p 458

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 459 – 460

<sup>78</sup> Filósofo espiritualista francés, nacido y muerto en París. Profesor de filosofía en la École Normale, tuvo como discípulo a M. Blondel. Renueva las tesis del espiritualismo clásico francés que había sido renovado a principios del siglo XIX. La originalidad de Ollé-Lapruné consiste en haber puesto de relieve la importancia de la voluntad, que está a la base de la fe. En efecto, aunque a la fe no le repugna la demostración racional de sus principios, sin embargo creer no consiste en un "saber", sino más bien en un acto de la "voluntad, que es al mismo tiempo compromiso total del hombre y fuente vivificante de sus facultades espirituales. De este principio partirá Blondel para la elaboración de su "filosofía de la voluntad". Además de su obra más importante, *Le prix de la vie* (1894), destacan *De la certitude morale* (1880), *La philosophie de Malebranche* (1870), *De Aristotelis ethicae fundamentum* (1880), *Les sources de la paix intellectuelle* (1892) y dos póstumas: *La raison et le rationalisme* (1906) y *Croyance religieuse et croyance intellectuelle* (1908). Texto extraído de [www.mcnbiografias.com](http://www.mcnbiografias.com) Citado el 20 de enero de 2012

Maurice Blondel deseaba seguir un método de inmanencia que condujese a afirmar al Trascendente como una realidad objetiva, tal concepto hacía posible por primera vez una filosofía que, a la vez que apuntara hacia la Trascendencia, se abstuviese, mediante su propia autolimitación crítica, (Maurice Blondel intenta ver el desarrollo de sus propias ideas en diálogo con las de otros pensadores) de querer capturar al Trascendente en una red racionalista, en otras palabras, siguiendo el método de la inmanencia, Maurice Blondel opinaba que sólo con un enfoque así podría desarrollarse una filosofía de la religión que tuviera algún significado para el hombre moderno. Que Dios llegue a ser una realidad para el hombre, y no simplemente un objeto de pensamiento o de especulación, hemos de redescubrirle desde nuestro interior.

Estaremos pues hablando de las fuentes de una filosofía de la religión que se proyecta a una filosofía de la acción por excelencia en la superación de la antinomia conocimiento-acción: “El conocimiento no es nada más que el término medio, el fruto de la acción y la semilla de la acción”.<sup>79</sup>

#### 2.4.4 Henri Bergson

“Quise permanecer entre aquellos que mañana serán perseguidos”.<sup>80</sup>

Cuando los nazis ocuparon París, dispensaron a Henri Bergson – famoso y ya muy enfermo- de inscribirse en el registro en el que debían constar todos los judíos. Sin embargo no aceptó tal dispensa y se presentó personalmente a ser fichado. Murió en 1941, en un París ocupado por los nazis.

Bergson es considerado uno de los filósofos más originales y brillantes de inicios del siglo pasado, de familia polaca, de origen judío. Es llamado *filósofo de la intuición*, por la temática central de su especulación, y es el representante más original y destacado de la nueva *filosofía de la vida*. La filosofía de Henri Bergson puede definirse con el nombre de *Evolucionismo espiritualista*. Constituye el punto de referencia del pensamiento francés entre finales del siglo XIX y primeras décadas del XX. En esta filosofía se funden los temas del espiritualismo francés antiguo (por ejemplo, el de *Agustín*) y los de la tradición introspectivo-espiritualista francesa, cuyos paradigmas son *Descartes* y *Pascal*. Dichos temas convergen, dentro de una síntesis rica y original, con los problemas del evolucionismo *spenceriano* y con la crítica de las “verdades científicas”.

<sup>79</sup> Blondel Maurice, *Letres philosophiques* p. 84

<sup>80</sup> Lozada Salvador María, *Bergson, Mounier y el catolicismo*. Persona, Testimonios, p. 7

Aunque recibió múltiples influencias (*Spencer, Ollé Laprunne y Boutroux, Stuart Mill y William James*) con *Durkheim* y *Jaurés* por discípulos, su filosofía lleva un talante muy personal. En líneas generales, Bergson desarrolla el espiritualismo de *Maine de Biran* y de *Ravaisson*.<sup>81</sup> Es en este punto donde entraré propiamente en materia:

“Ravaisson, en efecto, había esbozado ya en su obra *L’Habitude* el doble impulso de la vida subyacente en el fondo de toda realidad: el movimiento ascendente hacia la conciencia y la espontaneidad libre, y el otro, inverso, hacia la degradación y la pasividad de la materia inerte. Lo que constituye el núcleo mismo de la concepción Bergsoniana del “*Elan vital*”.<sup>82</sup>

El propósito básico de la filosofía de Bergson era la defensa de la creatividad y de la irreductibilidad de la conciencia o espíritu contra todo intento reduccionista de cuño positivista. Sin embargo, la defensa del espíritu que elabora Bergson adquiere un carácter peculiar debido a que, con la finalidad de entender plenamente la vida concreta de la conciencia, hace suyos los resultados de la ciencia y no minimiza para nada la presencia del cuerpo y la existencia del universo material. En *La evolución creadora* Bergson escribe:

“El gran error de las doctrinas espiritualistas ha sido el creer que aislando la vida espiritual de todo lo demás, suspendiéndola tan alto como fuese posible por encima de la tierra, la ponían a salvo de todo atentado”.<sup>83</sup>

En realidad con operaciones de esta clase, los espiritualistas exponían la vida espiritual al verse confundida “con el efecto de un espejismo”. Según Henri Bergson las cosas ocurren de otra manera: la conciencia o vida espiritual es irreductible a la materia; es una energía creadora, finita, que se enfrenta continuamente con condicionamientos y obstáculos que pueden bloquearla o degradarla.

De este pensamiento tomaré algunos puntos concretos de influencia del pensamiento de Bergson en Emmanuel Mounier. En la obra de Henri Bergson “*La energía espiritual*”,

---

<sup>81</sup> Filósofo francés, discípulo de V. Cousin en París, y de Schelling en Munich. Contribuyó notablemente al renacimiento de los estudios aristotélicos en Francia. Son interesantes sus reflexiones sobre el *hábito* o *costumbre adquirida*, elemento esencial para conocer la realidad. El *hábito* es un término medio entre la voluntad y la naturaleza, un límite que se desplaza continuamente y que va de un extremo a otro. Por eso, puede considerarse como el único método real para conseguir una aproximación a la relación entre la naturaleza y la voluntad. Solamente el hábito hace posible la vida moral. La virtud es al principio un esfuerzo y fatiga. Sólo con un ejercicio prolongado la virtud se vuelve atractiva y se convierte en un goce. De esta forma el hábito de la virtud se aproxima paulatinamente a la santidad de la inocencia. Ajeno por temperamento a las grandes construcciones metafísicas, Ravaisson buscó en un hecho sencillo, en el hábito, la ley de la continuidad entre el espíritu y la materia que le había enseñado el maestro Schelling en sus lecciones de Munich. Su interpretación de la naturaleza como espiritualidad inconsciente y automática inspiró la reacción frente al positivismo por parte de Lachelier, Boutroux y Bergson, y de los pragmatistas W. James y C. S. Peirce. Sus obras principales son: *Essai sur la métaphysique d’Aristote* (dos vols., 1837-46), *Speusippi de primis rerum principiis placita qualia videantur ex Aristotele*(1839), *Habitude* (1839), *Rapport sur la philosophie en France au XIX siècle*(1867).

<sup>82</sup> Cfr. URDANOZ Teófilo, *Historia de la filosofía VII*, BAC, Madrid, 1998, p. 82 p. 22

<sup>83</sup> García Morente Manuel, *Obras completas I (1906 -1936)* Vol. 1 Barcelona 1996p. 115

encontramos un análisis en que Emmanuel Mounier toma inspiración y basa sus reflexiones:

“Dos caminos se abren a la materia en su forma elemental para que se engrandezca y evolucione. En la primera puede orientarse en el sentido del movimiento y de la acción- movimiento cada vez más eficaz, acción cada vez más libre-: este es el riesgo y la aventura pero es también la conciencia con sus grados crecientes de profundidad y de intensidad. Y puede, por otra parte, abandonar la facultad de actuar y de elegir que lleva en sí misma, y arreglárselas de tal manera que obtenga inmediatamente todo lo que le es preciso en lugar de ir a buscarlo: tiene entonces la existencia asegurada, tranquila, burguesa, pero también la torpeza, primer efecto de la inmovilidad; enseguida el amodorramiento definitivo, esto es, la inconsciencia. La materia viviente está, en parte, ligada a uno de ellos; en parte, al otro”.<sup>84</sup>

En esta misma idea Emmanuel Mounier dirige su postura personalista, para él, la materia viviente de la que participamos, está permanentemente en una tensión de pasividad-acción; el *conformismo*, *adormilamiento* y de *dimisión* que hace del hombre un simple “individuo” y en otro polo; el *despertar*, *arriesgarse*, *moverse*, *decidir* y *aventurar*, que logra hacer del individuo una “persona”, ganando con ello profundidad e intensidad en la vida.

“La persona no es una arquitectura inmóvil: vive, persevera y se exige de continuo. Su estructura es en verdad más semejante a un desarrollo musical que a una arquitectura, porque no puede ser imaginada fuera del tiempo. ¿Es por ello, un líquido fluir que no presta asidero al pensamiento? No; como contrapunto, conserva bajo su movilidad siempre renovada una arquitectura axial formada por temas permanentes y una regla de composición”.<sup>85</sup>

Emmanuel Mounier va ir descubriendo y sacando conclusiones muy ricas que forman el cuerpo de lo que en esta tesis nos corresponde con el concepto de individuo y de persona. En la siguiente frase, encuentro de forma muy nítida las conclusiones de Emmanuel Mounier a propósito de la “evolución creativa” del hombre, presentes en Henri Bergson;

“El surgimiento de la persona creadora puede leerse en la historia del mundo. Aparece como una lucha entre dos tendencias en sentido contrario:- Una es una tendencia permanente a la despersonalización. No afecta solamente a esta materia que es la impersonalidad, la dispersión, la indiferencia misma, que tiende a la nivelación (degradación de la energía), a la identidad o a la repetición homogénea como a su fin; ataca a la vida, rebaja su impulso, la expone en especies de ejemplares indefinidamente repetidos, hace degenerar el descubrimiento en automatismos, repliega la audacia vital sobre formaciones seguras de las que se aleja la invención, continúa por inercia movimientos que inmediatamente se vuelven contra su objetivo. Detiene en fin, la vida social y la vida del espíritu por relajamiento del hábito, de la rutina, de la idea general, de la charlatanería cotidiana”.<sup>86</sup>

<sup>84</sup> Bergson Henri, *La energía espiritual*, Obras escogidas, p. 846

<sup>85</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. II, Tratado del carácter*. Sígueme, Salamanca 1988, p. 56

<sup>86</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. (690)

En este sentido Henri Bergson había ya anotado:

“La conciencia, originalmente inmanente a todo lo que vive, se adormece allí donde no hay movimiento, y se exalta cuando la vida se inclina hacia la actividad libre. ...la materia es necesidad, la conciencia libertad y la vida consiste precisamente en la libertad que se inserta en la necesidad y modela en su provecho”.<sup>87</sup>

Como es sabido, la última obra de Henri Bergson, publicada después de veinticinco años y poco antes de su muerte “*Las dos fuentes de la moral y la religión*”, hace la distinción entre religión estática que identifica con las religiones primitivas incluyendo a la que él pertenece, la judía; y la religión dinámica, que relaciona directamente con el cristianismo, en ella afirma que para cambiar al hombre, para despertarle y elevarle al amor de toda la humanidad es necesario una fuerza externa superior a la suya. Henri Bergson halla la cuna de la religión dinámica en el corazón del místico cristiano, que manteniendo su identidad personal, permanece unido con el esfuerzo creador y participa de él, el cual es de Dios, si no es Dios mismo. De este modo el místico, trasciende los límites impuestos por la materia a la especie humana, continúa y extiende la acción divina. Su experiencia es la más alta y la más positiva al alcance del hombre. Los místicos integran al mismo tiempo; inclinación a la acción, firmeza y flexibilidad, discernimiento, espíritu de simplicidad y supremo buen sentido – todo esto caracteriza a los grandes místicos, nombre que él reserva para los santos cristianos como *Pablo de Tarso, Teresa de Ávila, Catalina de Siena, Francisco de Asís, Juana de Arco*, y muchos más. El estudio que hace de la mística es valioso, pues lo hace desde fuera de la Iglesia, o sea sin ser cristiano, pero es más interesante porque se acerca a un análisis de tipo psicológico sobre los fenómenos místicos separándolos y purificándolos de trastornos psíquicos o esquizoides.

“El pensamiento de Bergson, con referencia sobre todo a la última parte de la moral y religión dinámicas, ha recibido interpretaciones divergentes...nutrido grupo de franceses (*Chevalier, Rideau, Thonnard*, etc) han saludado con sumo elogio el bergsonismo como un camino abierto hacia la espiritualidad cristiana, una especie de preparación y apologética desde fuera de la fe católica, y tratan de completarlo, depurándolo de sus errores, según las doctrinas de la filosofía cristiana”.<sup>88</sup>

## 2.4.5 Jacques Chevalier

“*Todo nos unía en los pensamientos profundos, todo nos separaba en sus incidencias actuales*”.<sup>89</sup>

La primer influencia que recibe Emmanuel Mounier, corresponde, a la de su maestro de Grenoble Jacques Chevalier<sup>90</sup> de quien recibe teóricamente, y casi de primera mano la

<sup>87</sup> Bergson Henri, *La energía espiritual*, p. 845

<sup>88</sup> Urdanoz Teófilo, *Historia de la filosofía VII*, BAC, Madrid, 1998, p. 82

<sup>89</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. IV, Mounier y su generación, correspondencia y conversaciones*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 800

filosofía de Henri Bergson, no extrañe pues al biógrafo, asentir en la forma en que se dirigieron a Emmanuel Mounier en su primer encuentro con alumnos, lo catalogaron como *bergsoniano*, como característica de un joven que se insertaba en una filosofía de moda en los círculos Parisienses. Esta influencia de Henri Bergson será ratificada años más tarde, a su encuentro con la obra del poeta *Charles Peguy*, de quien recibirá el bergsonismo por decir práctico o vivencial. Este hecho le concede un conocimiento y cercanía muy completa y singular a Bergson, dándole además tendrá la oportunidad, de confrontar pensamiento y acción.

En 1924 después de abandonar la carrera de medicina, Emmanuel Mounier llega a Jacques Chevalier con la intención de “estudiar filosofía en orden al apostolado”, gracias a Jacques Chevalier, Emmanuel Mounier adquiere familiaridad con el pensamiento de Henri Bergson, cuya fama en la Francia de la época va mucho más allá de los círculos filosóficos. Jacques Chevalier, discípulo y amigo de Henri Bergson, introduce a Emmanuel Mounier en su metodología y pensamiento. Jacques Chevalier al igual que Henri Bergson lamenta la decadencia de lo religioso, el antropocentrismo y el colectivismo como las causas principales de la crisis moderna. Rechaza el idealismo y considera, al modo de Henri Bergson, que la intuición es el mejor instrumento de aproximación a lo real.

“Para Jacques Chevalier, entre los grandes filósofos modernos sólo Henri Bergson logra dar cuenta de la unidad del ser en el tiempo – la duración. Con el autor de *“L’évolution créatrice”* mantiene una correspondencia y comparte en interés por la mística, sin embargo, mientras Henri Bergson profundiza en el estudio de la relación entre contemplación y acción en el místico, Jacques Chevalier se detiene en la experiencia interior de éstos”.<sup>91</sup>

Jacques Chevalier se convierte así, en su primer maestro de filosofía, le aporta una orientación inicial y surge entre ellos una profunda amistad: Emmanuel Mounier quedó también fascinado por la personalidad de su maestro. A continuación presento un resumen del pensamiento de Jacques Chevalier realizado por otro de sus insignes alumnos, el hispanista *Alain Guy*.<sup>92</sup>

Jacques Chevalier no es amante de una estrecha especialización en Filosofía: pensador esencialmente metafísico y moralista, procura abarcar el todo de la existencia humana y del universo material y espiritual, aunque sin pretender construir propiamente una síntesis

<sup>90</sup> “Católico y bergsoniano, estudioso de la mística y cultivador de la tradición introspectiva francesa, desde Pascal a Blondel” Cfr. Bombaci Nuncio, *Una vida un testimonio Emmanuel Mounier*, Kadmos, Salamanca 2002. p.14.

<sup>91</sup> Bombaci Nuncio, *Una vida un testimonio Emmanuel Mounier*, Kadmos, Salamanca 2002, p.15

<sup>92</sup> Filósofo hispanista francés (La Rochelle 1918 - Narbonne 1998) Estudió en la Sorbona y en la Universidad de Grenoble y reconoce como maestros principales a Jacques Chevalier y a Jean Serrailh. Guy Alain. *Jacques Chevalier, testimonio del bergsonismo católico. Convivium*, n. 2, 1956, p. 189-198.

o un sistema. Quiere, más bien, practicar sondeos en la entraña de lo real, trata de descubrir su sentido profundo, con el fin de determinar después lo que debe ser nuestra conducta cotidiana.

El maestro parte de un análisis despiadado de la crisis postmoderna, a la cual asigna como causa la irreligión y el orgullo del absolutismo humano. Más particularmente, denuncia el advenimiento exagerado del hombre colectivo y el culto de la multitud anónima.

La edad contemporánea sufre un olvido de las bases reales de la civilización y del orden: parece debido al triunfo de la moral cerrada (según la terminología Bergsoniana) y al abandono de la moral abierta. Por un lado, una libertad sin freno, que llega hasta la opresión de los débiles por los fuertes, por otro, un autoritarismo inhumano, ejercido por una minoría o una oligarquía es su único provecho, con olvido de la persona y de la más elemental justicia.

El origen lejano de aquellas perturbaciones sin precedente se ha de buscar, según el decano borbonés, en la desaparición del maravilloso equilibrio del pensamiento medieval bajo los golpes del nominalismo y de sus secuelas, que han engendrado especialmente el escepticismo, el fideísmo y el inmanentismo.

“Todas las revoluciones duraderas, proclama Chevalier, proceden del espíritu. Hoy también, como en tiempos de *Sócrates* o de *Descartes*, el impulso ha venido de él” (*Leçon de philosophie*). Por esto la paz y el orden sólo podrán ser restaurados por una renovación espiritual, ¡y no por el brazo seglar!<sup>93</sup>

En esta restauración Jacques Chevalier no se enlaza con el *neotomismo*, a pesar de que admira al *Aquinas redivivus*. Formado por la Universidad francesa de la tercera república – rigurosamente laica y algunas veces positivista-, el maestro piensa en la estela de Bergson, que influye mucho en él por su claridad lógica y por la fundamentación científica y experimental de sus obras.

De la meditación sobre el principio de la degradación de la energía –que nos muestra el universo encaminándose hacia la nivelación, la simetría, la inercia y la muerte-, Jacques Chevalier infiere la gran probabilidad de un gesto creador en el origen, de un impulso dado por Dios y que habría introducido el movimiento y el desnivel, fuentes de riqueza, de variedad y de grandeza en el mundo. La ley de *Carnot-Clausius* le parece, de esta

<sup>93</sup> Guy Alain. *Jacques Chevalier, testimonio del bergsonismo católico*. *Convivium*, n. 2, 1956, p. 189

manera, que lleva, por sus implicaciones, a una explicación dinamista y *leibniziana* de la Creación. De los hallazgos de Claude Bernard, cuidadosamente estudiados (ha publicado un gran escrito del gran sabio, titulado *Philosophie*), saca una enseñanza de humildad intelectual, de obediencia escrupulosa a los hechos y de método estricto y sobrio. De la observación de la selva natal guarda el espectáculo de la caída inagotable del *Trieb* vegetativo, cuya ley es el sacrificio y la aspiración obscura hacia lo mejor y lo más alto (la poda es la condición necesaria para que las encinas puedan crecer siempre más y rectamente).

Finalmente, sus pesquisas personales acerca del hábito, muy famosas en Francia, llevan al decano a descubrir, siguiendo la línea de *Main de Biran* y de *Ravaisson*, el aspecto activo, espiritual y positivo de la εξιζ.

De todo este conjunto de investigaciones, Jacques Chevalier saca unas conclusiones espiritualistas; y así, escribe por ejemplo:

“Si bien es verdad que nuestra civilización material y mecánica, fruto de la ciencia que agranda indefinidamente el cuerpo del hombre a costa de su alma, amenaza sumergir el espíritu...,no lo es menos, y aún con la verdad más profunda y substancial, que el espíritu, atravesando con ímpetu seguro los lindes del Espacio y del Tiempo, ve y quiere más allá de lo que puede y, para poder realizar lo que quiere y lo que ve, llama en su ayuda al Espíritu de fuerza y de luz, cuyas vías son desconocidas por el hombre, porque jamás ha faltado a quien lo busca con toda su inteligencia y con todo su corazón”.<sup>94</sup>

Jacques Chevalier acude a una experiencia integral, que tiene en cuenta tanto el examen de la vida interior y del misticismo, como los fenómenos de la vida exterior y de las leyes científicas. En esa perspectiva rechaza enérgicamente el idealismo, culpable de confundir nuestras proyecciones imaginativas o conceptuales con lo objetivamente dado.

En esta búsqueda de lo real, el mejor instrumento no será el discurso –demasiado humano y artificial, destinado (como observó Bergson) a facilitarnos el dominio práctico del mundo de la extensión, geoméricamente concebido-, sino la intuición, que es una visión o captación directa y desinteresada, contemplación pura sin intermediario. Esta intuición es, dice en su *Bergson*.<sup>95</sup>

<sup>94</sup> Cfr. *Leçon de philosophie*. Citado en Guy Alain. *Jacques Chevalier, testimonio del bergsonismo católico*. Convivium, n. 2, 1956, p. 189

<sup>95</sup> Chevalier Jaques, *Bergson* p. 103 Citado en Guy Alain. *Jacques Chevalier, testimonio del bergsonismo católico*. Convivium, n. 2, 1956, p. 189

“El conocimiento por simpatía intelectual, que, si es aplicable, debe permitirnos asir lo real mismo detrás de los símbolos que lo expresan o lo ocultan, aprender las cosas por dentro, en lo que tienen de simple y de absoluto”.<sup>96</sup>

Este procedimiento, especie de comunión con el objeto, nos revela, más allá de las ilusiones y de los fantasmas, ciertos aspectos esenciales de lo real, entre los cuales se destacan Dios, la inmortalidad y el precio incomparable del amor y de la ascensión espiritual. Mediante tal método, el maestro explora los misterios del alma, como se puede ver en sus meditaciones de *Cauterets*, transcritas en la última parte de *Cadences* (t. I), donde la introspección se une curiosamente con las enseñanzas de la psicología extrínscita más avanzada (como, por ejemplo, en la teoría de la inversión de la imágenes).

Aquí, el mensaje de la alta mística ortodoxa, interrogada por una intuición perfectamente donada, aporta una contribución sugestiva al conocimiento filosófico. Sabido es cuán afectuosamente ha escuchado Jacques Chevalier la voz de los grandes contemplativos, especialmente de los españoles, y, sobre todo, de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Ávila. El itinerario del alma escogida es un modelo para el alma humilde; la noche de los sentidos preludia la subida espiritual; la noche de la razón orgullosa se impone en seguida; y, finalmente, el motor de todo el movimiento, el don de sí, aparece como siendo el cimiento de toda vida individual o social.

La forma de filosofar de Jacques Chevalier es a la vez clásica y moderna, intentando hacer converger a *Descartes* y *Bergson*, si bien parece que su aspiración más profunda sería lograr un platonismo cristiano.

Jacques Chevalier no era un hombre que lanzase a sus discípulos rápidamente a grandes aventuras. Cuenta Emmanuel Mounier como su consejo es: “Leed poco y medita profundamente”.<sup>97</sup>

Los tres años que Emmanuel Mounier pasa en Grenoble están más dedicados a temas de vida interior que a una estricta ciencia filosófica. Aún así va introduciéndose en contenidos filosóficos. De los que son una pista el cuadro de cursos que siguió con Chevalier: desarrollo y evolución, continuo y discontinuo (en 1924); lógica de Aristóteles, Pascal, la inmortalidad del alma, el sentido de lo real y determinismo y libertad (en 1925); *Bergson*,

---

<sup>96</sup> *Ibíd.*, p. 189

<sup>97</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. IV, Mounier y su generación, correspondencia y conversaciones*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 804

*Hume* y *J.J Rousseau*(en 1926), la forma, los órganos del pensamiento y el tiempo (en 1927).

Emmanuel Mounier nace así a la sombra de un pensamiento de innegable inspiración cristiana que casaba perfectamente con sus inquietudes y talante, ya que en su carácter y pensamiento el cristiano era connatural. Esto se hará patente cuando Chevalier, hispanista y difusor del hispanismo, convencido de que en los místicos españoles está implícita una gran filosofía, le oriente hacia *Fray Juan de los Ángeles* como tema de su tesis doctoral.

Pese a esta notable influencia, las relaciones entre maestro y discípulo van a ser más tarde tormentosas. Cuando Emmanuel Mounier va abandonando sus proyectos de investigación, y bajo la influencia de Maritain, “el otro Jacques”, como le llama Chevalier, vaya introduciéndose en la línea del compromiso social.

#### 2.4.6 Jacques Maritain

“Ha devuelto el gusto del rigor y de la salud intelectual a toda una generación alejada incluso de sus técnicas de pensamiento”.<sup>98</sup>

Maritain había descubierto en Tomás de Aquino una armoniosa síntesis de razón y fe, un modelo de ejercicio de la razón, que superaba en rigor y precisión las pretensiones intuicionistas y permitía la superación del dualismo filosofía y revelación; avanzaba, además, en la afirmación de la primacía de lo espiritual, resituaba la fe cristiana y comenzaba a abordar los problemas de la filosofía política. Había escrito en esa época *La primacía de lo espiritual* (París 1927) y perfilaba ya los temas que habría de desarrollar en el *Humanismo Integral* (París 1936). Dos obras con similitudes de intención, si bien con discrepancia de planteamientos, a la problemática que agitaría a Emmanuel Mounier en su época parisina. Emmanuel Mounier trata con Jacques Maritain en los círculos de Meudon y en la casa de Nicolás Berdiaeff.<sup>99</sup>

Jacques Maritain es considerado generalmente como uno de los representantes contemporáneos del tomismo y personalismo, pues fue el primero que desarrollo técnicamente algunos temas personalistas, además de inventar parte de la terminología e influir de este modo en Emmanuel Mounier y éste es sin duda la fuente principal de su pensamiento; pero también debe decirse que el pensamiento filosófico de Jacques Maritain tiene una predominante vertiente antropológica que luego se proyecta a la ética y

<sup>98</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002, p. 169

<sup>99</sup> Vela López Fernando, *Persona, poder, educación, un lectura de Mounier*.p.49

a la filosofía política. Por ello, si el tomismo es la fuente, no es el caudal: Jacques Maritain parte del tomismo pero avanza decididamente por sendas que Tomás de Aquino no recorrió, como las anteriormente señaladas.

En los años de Meudon, Jacques Maritain invita a Emmanuel Mounier a leer a santo Tomás, pero su joven interlocutor recogerá sólo parcialmente la invitación. Emmanuel Mounier no estudiará sistemáticamente el tomismo, doctrina que permanece en su conjunto, en el fondo de sus reflexiones. De él asimilará el sentido de la jerarquía de los órdenes y aceptará las líneas de una antropología fundamentalmente optimista sobre la naturaleza humana, que la gracia eleva y lleva a cumplimiento. Mientras Jacques Maritain, fiel a la perspectiva tomista, se adhiere a una noción sustancialista de la persona, Emmanuel Mounier tiende a valorar en ella lo “relacional” y la acción como tensiones originarias en ella presentes. Puesto que hay en el pensamiento cristiano una tensión entre la visión sustancialista y la visión relacional de la persona, la noción de *persona* presente en los escritos de Emmanuel Mounier parece situarse más bien en la línea de la tradición agustiniana que en la tomista y más precisamente en la de Buenaventura que en la de Sto. Tomás de Aquino. Sin embargo y aunque se han encontrado algunas influencias muy claras de Jacques Maritain en Emmanuel Mounier sobre todo en su pensamiento político, veremos cómo la distinción de Maritain entre individuo y persona intenta resolver el problema social. En el libro *La Persona y el Bien Común*, que es su más claro y profundo tratamiento de la persona, Maritain pregunta si la persona es simplemente nada más que el yo. Ésta es una pregunta muy apropiada para destacar, a la luz de la cultura moderna, el lugar común de la identificación de ambas. Encontramos esta identificación en las más variadas expresiones del individualismo, que afirma que un individuo tiene el derecho a perseguir los objetivos de su deseo sin consideración alguna de los efectos que esta acción pudiera tener en otros. La pregunta de Maritain pudiera tener hoy mayor validez que nunca antes, considerando la desmesurada preocupación por el egoísmo de la sociedad presente.

Jacques Maritain quiere llevarnos a una mayor profundidad en este asunto. En efecto, visto superficialmente, pareciera que aquí existiese una contradicción. Por una parte, se refiere a la afirmación de Pascal “el yo es detestable”, mientras que, por otra, recuerda que Santo Tomás afirma que “la persona es lo más noble y lo más perfecto en toda la naturaleza”. Resulta extremadamente claro que el yo no puede ser igualado con la

persona, puesto que aquello que es “detestable” no puede ser lo mismo que aquello que es “lo más perfecto en toda la naturaleza”. ¿Cómo resolver esta aparente contradicción?

Jacques Maritain elude esta contradicción estableciendo una distinción crucial entre individualidad y personalidad. Notemos aquí que aquello que es distinguible en la mente no lo es necesariamente en la naturaleza. Así por ejemplo, podemos mentalmente distinguir los lados derecho e izquierdo de una hoja de papel, pero, si cortamos el lado derecho, no logramos removerlo para dejar un pedazo de papel que sólo tiene el lado izquierdo. Cortando el lado derecho solamente conseguimos un papel más pequeño que todavía tiene un lado derecho de igual proporción a su contraparte izquierda. No podemos separar la derecha y la izquierda en la realidad no obstante ser posible lograr una distinción muy útil y práctica de ambas en la mente.

Del mismo modo, aunque es posible distinguir entre individualidad y personalidad, no es posible separar una de otra en el ser humano concreto. Se ha dicho que el lema de la vida filosófica de Maritain fue “distinguir para unir”. La filosofía consiste en distinguir, pero no con el propósito último de descomponer las cosas en fragmentos, sino de apreciar más profundamente la diversidad dentro de la unidad, la multifacética constitución del ser, la manera en que el objeto de la preocupación filosófica se integra. Maritain nos propone entender cómo la individualidad y la personalidad (que son principios y no realidades independientes) se combinan, como el cuerpo y el alma, para formar la unidad singular del ser humano.

La afirmación de Blaise Pascal de que “el yo es detestable” se encuentra en su obra clásica, ‘Pensamientos’. El gran científico, matemático, filósofo y pensador religioso del siglo XVI, explica que detestamos el yo porque puede imponerse como el centro de todo, una imposición que está en directa oposición a la justicia. En otras palabras, el yo tiene dos cualidades: es injusto porque se auto convierte en el centro de todo; es detestable para otros porque trata de intimidarlos, puesto que cada yo es el enemigo y procura ser el tirano de todos los otros. Puede eliminarse su aspecto desagradable, pero no su injusticia.<sup>100</sup>

Jacques Maritain argumenta en forma similar que el “polo material”, que es “la sombra de la personalidad”, tiende a atraerlo todo hacia sí mismo. Por el contrario, el “polo espiritual”,

<sup>100</sup> Blaise Pascal, *Pascal's Pensées*, tr. by Martin Turnell (New York: Harper & Row, 1962), # 141, p. 78. Citado en De Marco Donald, El personalismo cristiano de Jacques Maritain, [http://www.humanismointegral.com/DOCUS\\_SS/b\)%20HUM/04\\_512\\_HUM.html](http://www.humanismointegral.com/DOCUS_SS/b)%20HUM/04_512_HUM.html). citado el 19 de enero de 2012.

que corresponde a la verdadera personalidad, es lo que Santo Tomás tiene en mente cuando habla de la fuente de la generosidad y la bondad.

“El hombre es una personalidad no por naturaleza sino por espíritu. Por naturaleza es solamente un individuo. Por personalidad es un microcosmos, un universo completo. Como tal, es un contenido universal y, al mismo tiempo, puede ser un universo potencial en la forma de un individuo... En cuanto personalidad es infinitamente abierto, entra en lo infinito, y admite lo infinito en sí mismo; en su auto-revelación se dirige hacia un contenido infinito”.<sup>101</sup>

Resuelta la aparente contradicción distinguiendo las polaridades material y espiritual, Jacques Maritain se adentra con mayor profundidad en la discusión de la individualidad.

La solución al problema de la forma como principio de individuación del hombre, sólo aparece con toda claridad, *si se distingue*, a la luz de los análisis precedentes, la noción de *individualidad de la de individuación*. El principio de individuación es la materia; así pues ella es la que causa la individualidad; pero la individualidad del individuo no consiste en su materia; por lo contrario, no es individual, es decir, indiviso en sí y dividido del resto, sino porque es una substancia concreta tomada como un todo. En este sentido, la materia individuante sólo es tal en virtud de su integración al ser de la substancia total y como el ser de la substancia es el ser de la forma, es menester necesariamente que la individualidad sea una propiedad de la forma tanto como de la materia. Aún le pertenece mucho más que a la materia, puesto que, como la materia, la forma participa de la individualidad de la substancia y porque, además, en esta substancia, es ella y no la materia la fuente de la substancialidad. *La materia es la que individualiza la forma, pero una vez individualizada, la individual es la forma*. En una palabra: el alma es una forma individual, aunque no lo sea en cuanto forma, y la subsistencia de esta forma individual, al conferir a la materia su propia existencia, es la que permite subsistir al individuo. Es un principio común a Aristóteles y a Santo Tomás, que *la materia existe siempre en vista de la forma y no la forma en vista de la materia*. Este principio permite comprender cómo la materia puede ser el principio de individuación en la doctrina tomista sin que la individualidad se halle sometida a la materia.

La individualidad es, por consiguiente, común a todas las cosas que existen. Así, los ángeles y Dios son individuos. Los espíritus puros son individuos en virtud de su forma.<sup>102</sup> Los ángeles, por tanto, difieren unos de otros no porque son altos o bajos, gordos o delgados, etc., porque no tienen una dimensión material. Se diferencian entre sí así como

<sup>101</sup> Ibid. Marco Donald, El personalismo cristiano de Jacques Maritain p. 38

<sup>102</sup> Cfr. Maritain, *Scholasticism and Politics* (Garden City: Doubleday, 1960), p. 65 Citado en De Marco Donald, *El personalismo cristiano de Jacques Maritain*.

las especies se diferencian unas de otras, por ejemplo, como un caballo se diferencia de una vaca. Los seres espirituales son individuos, no obstante no seres “individualizados”.

<sup>103</sup> Esto es, “individualizados por la materia”.<sup>104</sup>

Las personas humanas, porque son materiales, tienen su individualidad enraizada en la materia. La materia, en sí misma, es una mera potencia de recibir formas. Su naturaleza está esencialmente referida a aquello que puede dar forma. En términos muy simples, podría decirse que es algo análogo al “hardware” de un computador, que es la mera potencialidad de recibir la información contenida en la programación de “software”.

A causa de esta naturaleza radicalmente parasitaria de la materia, Maritain se refiere a ella a una clase de “no-ser” en sí misma. Y porque es esencialmente relativa a la forma, también habla de la materia como una “*avidez de ser*”. Juntas, materia y forma, constituyen una unidad sustancial. La persona humana es una sustancia singular unificada, un todo dinámico que es la síntesis de cuerpo y alma.

La vida de la persona no es la auto-preservación ni el auto-engrandecimiento como lo es la vida del individuo, sino el auto-desarrollo y el don de uno mismo.

Supone sacrificio, y el sacrificio no puede ser impersonal. El individualismo psicológico, tan característico de los siglos XIX y XX es exactamente lo opuesto al personalismo. La personalidad comparte su vida cultivada con la vida de otros. En el proceso de desarrollo de esta comunión personal con otros, es indispensable el diálogo. Sin embargo, como lo señala Jacques Maritain, en la actualidad semejante comunicación es raramente posible.

El amor rompe así las barreras que mantienen a las gentes a la distancia, mirándose unos a otros como objetos. El amor perfecciona nuestra personalidad; nos ayuda a alcanzar más completamente el propósito mismo de nuestra existencia, el cual, en palabras de Jacques Maritain es “la maestría con el propósito de darse uno mismo”.<sup>105</sup>

En esto consiste el paso de individuo a persona que, para Jacques Maritain es otra forma de considerar la existencia plena y radicalmente humana. Además de como tomista, Jacques Maritain es considerado como un personalista; la síntesis de ambas dimensiones

<sup>103</sup> Ibid. p. 65 Citado en De Marco Donald, *El personalismo cristiano de Jacques Maritain*.

<sup>104</sup> Ibid p. 233.

<sup>105</sup> Maritain, *Existence and the Existent*, tr. by L. Galantiere & G. Phelan (Garden City: Doubleday, 1957), p. 89 Citado en De Marco Donald, *El personalismo cristiano de Jacques Maritain*. [http://www.humanismointegral.com/DOCUS\\_SS/b\)%20HUM/04\\_512\\_HUM.html](http://www.humanismointegral.com/DOCUS_SS/b)%20HUM/04_512_HUM.html). Cit12 citado el 12 de enero de 2012.

está en su personalismo cristiano que, junto con Gabriel Marcel que, por cierto, también fue discípulo de H. Bergson, le distingue de otras visiones o pensamientos personalistas.

El cultivo del hombre culmina en la dimensión religiosa, en la apertura a Dios, la radical indigencia originaria de la existencia humana sólo puede ser completada por Dios. Tal es el sentido su *Humanismo Integral*, título de uno de sus más difundidos libros y posiblemente el nombre más adecuado y más fiel para la filosofía de Jacques Maritain, que no es una teología particular, sino una antropología filosófica.

Jacques Maritain es también maestro de Emmanuel Mounier en su conocimiento del tomismo: Jacques Maritain estaba convencido de que su filosofía que podía responder a la crisis de los años treinta tenía ya sus principios formulados en la tradición tomista. Pero este tipo de filosofía no interesó mucho a Emmanuel Mounier –quizá por el aparente exceso de sistematización y el riesgo que eso conlleva, a su juicio, de anquilosamiento. Incluso parece que del tomismo como tal no tuvo Emmanuel Mounier sino una visión superficial y rápida, con un acusado molde de escuela.<sup>106</sup>

Pero no son sólo matices diversos, sino enfoques filosóficos bien distintos. En efecto, el método de filosofar de Emmanuel Mounier es muy distinto al de Jacques Maritain...Cuando Jacques Maritain se ocupa de los conceptos de individuo y persona empieza por definirlos ontológicamente para después extraer consecuencias. Emmanuel Mounier opera por el camino inverso: el psicológico prima sobre el metafísico, comienza observando al hombre en su condición concreta para, lentamente, elevarse luego a las alturas metafísicas y deducir reglas de conducta. La diferencia entre ambos, se ha dicho, no es accidental, es decir, sólo de generación, de mentalidad, de lugar de combate, sino más bien de discurso y de proyecto. Entre ambos, en efecto, hay distintas valoraciones de la posible-imposible evolución de la sociedad burguesa, una diferente concepción de la democracia, de las relaciones entre cristianismo y praxis política: Emmanuel Mounier rechaza abiertamente el intento de hacer una nueva cristiandad; su empeño es una nueva civilización concebida en moldes no confesionales y en concurrencia con alternativas distintas a lo que se viene llamando el humanismo cristiano. Emmanuel Mounier rechaza el retorno al teocentrismo – tanto como la continuidad del antropocentrismo-; la urgencia de la acción le lleva a una lectura menos dualista de la primacía de lo espiritual, liberada de angelismo maritainiano. En la cercanía de la segunda guerra mundial, Emmanuel

<sup>106</sup> (C. Díaz, 1975, p. 20) Citado en Vela López Fernando, *Persona, Poder, educación, una lectura de Mounier* p. 51

Mounier pensaba que a Jacques Maritain desde la metafísica tomista se le escapaba la historia”

La distinción entre individuo y persona basada en el análisis del hombre como el ser más noble y perfecto de toda la naturaleza pero con un algo que tiende a hundirlo, que lo debilita y obstaculiza su realización, ha sido apuntada por muchos, y especialmente por Maritain. Fue él quien la introdujo y desarrolló en sus obras : *La personne et le Bien Común*, *Principios de un humanismo político* y *Humanismo Integral*. Maritain ve la individualidad humana como enraizada en el ser de la materia. Es decir, el hombre concreto existente se distingue numéricamente de los demás por el tiempo y espacio que ocupa la historia.

Para G.Lurol, las posiciones de Jacques Maritain y respecto al mundo moderno son profundamente distintas. Según el primero, el mundo moderno quiere compensar su distanciamiento de la metafísica clásica con el naturalismo, el racionalismo y el antropocentrismo conducentes al ateísmo radical. Frente a este proceso, mientras Jacques Maritain propone a la cultura moderna la metafísica clásica, Emmanuel Mounier no cree en esta posibilidad, cuyo correlativo histórico es el ideal de la nueva cristiandad.<sup>107</sup>

Emmanuel Mounier coincide con los existencialistas en el hecho que recuerdan el sentido trágico del hombre y de su destino en oposición al optimismo ligero de la expansión liberal a la vez que afirman la primacía del sujeto frente a cualquier forma de alienación despersonalizante. Pero no por ello niega la existencia de una naturaleza humana ni entiende que la persona sea únicamente un proyecto que se hace.

La persona es para Emmanuel Mounier -entre otras cosas- existencia incorporada; unión indisoluble de alma y cuerpo. Esta afirmación lleva necesariamente a otra: la unidad de la humanidad en el espacio y en el tiempo. A través de ella, Emmanuel Mounier se distancia de los existencialistas ateos, quienes al negar a Dios, niegan la existencia de una naturaleza o esencia humanas. La principal crítica realizada por Emmanuel Mounier es que una cosa es negarse a la tiranía de una definición que pueda resultar insuficiente o equivocada y otra cosa muy diferente es negar al hombre. Si del hombre sólo puede

---

<sup>107</sup> Al artículo de G. Lurol que, por cercano al clima de Esprit, considera superado el proyecto Maritainiano, ha respondido críticamente C. Journet en *J.Maritain et E.Mounier* ( *Nova et Vetera*”, Genève, n.1/1974, pp. 61-65), denunciando los límites del pensamiento mounieriano.

decirse que es “projectum”, lo que él se hace, queda negada la humanidad como género, la historia y la comunidad.

Emmanuel Mounier no teme al diálogo con las diferentes doctrinas, ideologías y hasta partidos. Se lanza tras la verdad que habita en cada una de ellas, superando resquemores, antipatías y aversiones, en la construcción de su humanismo que, siendo voluntad de totalidad, comporta un espíritu de síntesis y de reconciliación. Y si bien se distancia de su maestro, entra constantemente en diálogo con su pensamiento.

Jacques Maritain nos demanda una mayor contemplación para profundizar en el ser, mientras que Emmanuel Mounier exige hundir manos y pies en el fango de lo continuo para comprenderlo y actuar en él.

Más bien me inclino a ver las grandes diferencias entre uno y otro en la interpretación de la persona como relación amorosa en Emmanuel Mounier, que es y se hace a la vez, y más clausurada y sustantivista en Maritain aunque abierta a lo comunitario, y en las distintas lecturas sobre la esencia de la Iglesia y la cristiandad, Jacques Maritain más ortodoxo y Emmanuel Mounier un revolucionario, al punto de dirigir su discurso de denuncia contra la cristiandad difunta y la burguesía cristiana de aquella época, no tan distintas de las nuestras.

#### **2.4.7 Charles Péguy.**

Una segunda influencia de Henri Bergson en Emmanuel Mounier transmitida probablemente de forma vivencial es la del místico poeta Charles Peguy *“Aunque en menor medida respecto a Chevalier, Peguy – autor de una “Note sur M. Bergson y la filosofía Bergsoniana”- media también en la influencia de Bergson sobre Emmanuel Mounier”*.<sup>108</sup>

Sin embargo no es difícil para él que se acerca al pensamiento de Mounier descubrir que si Henri Bergson se encuentra en el fondo del espíritu creativo de su personalismo, Charles Peguy no es un simple puente entre ellos, sino que ocupa un lugar aparte y muy importante y que a continuación expongo.

“Llegará un día (ya está próximo) en que se le reconozca como uno de nuestros más grandes poetas y como un pensador profético...y no será solamente para goce de unos pocos”.<sup>109</sup>

<sup>108</sup> Cfr. El artículo de E. Mounier: *Péguy, médiateur de Bergson*, en *Temps nouveaux*, Lyon, 17, 1, 1941.

<sup>109</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, El pensamiento de Charles Péguy*, Sígueme, Salamanca 1992 p.29

Así introduce Emmanuel Mounier el prólogo en *El pensamiento de Charles Peguy*. En la obra de los grandes pensadores hay influencias que se reciben por medio de ideas, escritos, análisis y disertaciones, pero las hay también de vidas, testimonios y compromisos apasionantes con la verdad, la justicia y la vida. Sin Charles Peguy, el pensamiento de Emmanuel Mounier por más que se admire no se comprende, la obra de este poeta místico cristiano a quien Emmanuel Mounier dedica su primer trabajo es determinante hasta el punto en que asegura que “debería dársele el título de metafísico además del de poeta, escritor y padre de una *Nueva Teología* título de una de sus obras. Emmanuel Mounier conocía la obra de Charles Péguy desde sus estudios en Grenoble bajo la dirección de Jacques Chavalier. Pero, es J.Danielou (1950, p.251), quien reclama para sí la iniciativa de haber orientado a Emmanuel Mounier a su relectura. El reencuentro se produce durante las navidades de 1929. Como ha escrito G.Campanini (1966. P. 446) este encuentro condicionaría toda la vida y pensamiento de Emmanuel Mounier. Casi todos los temas del personalismo mounieriano están anticipados en la obra del autor de los *Cahiers de la Quinzaine*. No se puede comprender a Emmanuel Mounier sin Charles Péguy y, sobre todo, no se puede comprender el cristianismo de Emmanuel Mounier sino a la luz del cristianismo de Charles Péguy.

Nada va a ser igual en Emmanuel Mounier después de descubrir esta trayectoria personal y este pensamiento que, con matices propios, por supuesto, le sirve de modelo en la reorientación de su actividad filosófica: pasa del uso de la filosofía como instrumento de apostolado al compromiso temporal. Péguy va a ser el contenido de su primer trabajo, *El pensamiento de Charles Péguy*.

Todo hace pensar que el acercamiento a algunos místicos como *Teresa de Leseux*, *Teresa de Ávila* y *San Juan de la Cruz* fue interrumpido por así decirlo por éste poeta místico secular muy cercano a la fe católica, que a consejo de Jean *Maritain* y Jean *Danielou*, Emmanuel Mounier va a rescatar.

Charles Péguy constituye una de las fuentes más valiosas de donde bebe el personalismo comunitario; inmerso en el ámbito de una generación huérfana de referencias y modelos, Jean *Lacroix* reconoce que: “Charles Péguy es el maestro de nuestra generación”.<sup>110</sup>

Cuestiones como la polaridad entre mística y política, la necesaria articulación entre pensamiento y acción, la encarnación en lo real, el compromiso como

---

<sup>110</sup> Aranguren González Luis Alfonso, *Persona y Dios en el pensamiento de Jean Lacroix*, Universidad Complutense de Madrid, p.12

dimensión constitutiva de la persona o la primacía de lo espiritual como forma de afrontar la crisis de fondo que late en los comienzos de siglo, en el corazón de Occidente, constituirán la fuente de continuas referencias y motivo de profundización y sistematización para no pocos filósofos personalistas.

Charles Péguy representa una veta reflexiva distante de los parámetros positivistas del momento, al tiempo que pone en juego intuiciones a las que los autores personalistas irán dando forma y contenido progresivamente. En palabras de Emmanuel Mounier: “Péguy no está muerto, está inacabado”.<sup>111</sup>

En su análisis, Emmanuel Mounier destaca, en primer lugar, la posición intelectual de Charles Péguy, la reivindicación de una filosofía abierta al espíritu y al mundo, crítica con el mecanicismo de las ciencias y beligerante con el determinismo que se deriva con respecto al hombre, que llega a eclipsarle. En esta línea reflexiva, Charles Péguy bebe de Henri Bergson su apego a lo real.

“Si Péguy está incomparablemente vivo, es porque en todas las cuestiones se encuentra fuertemente apegado a lo real. Su anti-intelectualismo, que en nada se opone a la inteligencia, es ante todo unión al ser y a la vida. Lo que persigue no es, pues, la verdad abstracta”.<sup>112</sup>

Es esta fidelidad a la realidad lo que despierta en Emmanuel Mounier una posición filosófica original y llena de posibilidades. Una de las aplicaciones de esta primera intuición será su desarrollo en el campo social y político. Desde este punto de vista, para Péguy el primer deber de quien se abre al mundo será combatir la miseria existente. Por eso, la miseria no debe ser objeto tan sólo de tratamiento como fuente de creación literaria o como pretexto para la fácil oratoria política: “Para tener derecho a hablar de la miseria, es necesario haberla vivido”.<sup>113</sup>

¿Qué hacer para aliviar esta miseria?. Para Charles Péguy no cabe más alternativa que una revolución, bien entendido que ésta o es una revolución moral o no será nada. He aquí otra de las constantes en el pensamiento personalista y en la obra de Emmanuel Mounier durante esta primera etapa de su obra intelectual:

---

<sup>111</sup> Ibíd. p.13

<sup>112</sup> Ibíd.,p.13

<sup>113</sup> Aranguren Gonzales Luis Alfonso, *Persona y Dios en el pensamiento de Jean Lacroix*, Universidad Complutense de Madrid, p.13

“La Revolución no es la persecución de una ambición, sino la afirmación de la justicia. El espíritu revolucionario consiste en no aceptar el mundo tal como está y hacerlo tal y como debe ser”.<sup>114</sup>

Ese deber ser, para Charles Péguy, como para Emmanuel Mounier, presupone un espíritu revolucionario que coincide con el espíritu cristiano.

Si en el mundo moderno el triunfo de lo temporal-político ha sido en definitiva el triunfo del dinero como valor absoluto, en la revolución lo que primará será el reinado del espíritu y del trabajo bien hecho. Puesto que el dinero ha suplantado todos los valores espirituales es preciso destronar al dinero de su pedestal para poder retomar a los valores espirituales.

Con el consiguiente peligro de desvirtuarse en cada momento, la política -para Charles Péguy- acaba por corroer y degradar las causas más nobles. Si la mística es la pasión de libertad interior, Charles Péguy desoye las voces de la política que en el fondo convocan al dogmatismo del juego de las mayorías y minorías, a la pertenencia acrítica al rebaño o a la estrecha razón del voto. También es cierto, advierte Emmanuel Mounier –siguiendo a Charles Péguy- que la mística puede degenerar en política. En palabras de Emmanuel Mounier, “una política es el producto de descomposición de una mística”<sup>43</sup>, de modo que toda mística, si no se renueva constantemente puede caer en el ámbito de la corrompida política. Aquí Charles Péguy se reencuentra con su maestro Bergson:

“En los movimientos donde se afirma nuestra libertad pueden crearse nuevos hábitos que la ahogarán si esa libertad no se renueva a través de un constante esfuerzo: el automatismo la amenaza”<sup>45</sup>.

En esta profunda intención coincide con Charles Péguy de tal modo que, a juicio de Emmanuel Mounier, será la filosofía bergsoniana únicamente la que nos permite ser verdaderamente revolucionarios ya que: “Ella es la que nos enseña a remontar la cuesta de nuestro espíritu”.<sup>46</sup>

Por lo tanto, vivir en el ámbito de la mística presupone la experiencia de no habituarse a la miseria, a la penuria, a la política y al mal en todas sus formas. De este modo podemos comprender cómo para afrontar la miseria de nuestro mundo

---

<sup>114</sup> Ibíd. p.14

en todas sus versiones, la revolución que le haga frente ha de ser moral o, de lo contrario, no será nada. El carácter moral de esta revolución supera la presencia del tiempo y el triunfo del instante, que pudieran acaso erigirse como ejes centrales en la política. Charles Péguy como Emmanuel Mounier unen, en esta cuestión, el carácter ético de la revolución con la apertura de la misma a la salvación eterna.

A pesar de la innegable vigencia en Emmanuel Mounier de todas las corrientes analizadas hasta ahora, es sin duda, Charles Péguy la influencia que más constantemente gravita sobre sus actitudes y su obra como él mismo lo constata:

“Puedo atestiguar personalmente que el descubrimiento de Péguy alrededor de los veinte años representó, para muchos de nosotros, la decisión que nos llevó a buscar en torno a *Esprit* el vínculo entre las grandes tradiciones revolucionarias francesas y sus grandes tradiciones espirituales”.<sup>115</sup>

Jaques Maritain va a ser de puente entre Charles Peguy y Henri Bergson y luego entre Emmanuel Mounier y Peguy aunque él se declare enteramente tomista.

Charles Peguy tuvo para Henri Bergson el reconocimiento que se tributa a un libertador. A decir del mismo Emmanuel Mounier “tal vez no sea una paradoja decir que coincidió con el pensamiento de Bergson más allá del punto en que el propio Bergson llegó a ser Bergsoniano, así parece confirmarlo esta frase de Bergson acerca de Charles Peguy:

“Tenía un don maravilloso para franquear la materialidad de los seres, para sobrepasarlas y penetrar hasta el alma. Así ha sido como ha conocido mi pensamiento más secreto, como yo no le he expresado pero hubiera querido expresarlo”.<sup>116</sup>

Según el ensayo de Emmanuel Mounier sobre *El pensamiento de Charles Peguy*.<sup>117</sup> éste no partió de Bergson para mirar el mundo a través de las fórmulas que le aportaba, sino de un conjunto de aspiraciones humanas que buscaron *a posteriori* un lenguaje.

Charles Péguy no es sólo mediador y realizador de la filosofía de Henri Bergson, para Emmanuel Mounier, CharlesPéguy “Sin Henri Bergson hubiese sido por encima de todo Péguy”.<sup>118</sup> Nunzio Bombaci ha escrito, “Charles Péguy, autoriza a Emmanuel Mounier a ser sí mismo”. En las biografías de los dos autores se encuentran no pocas analogías, tantas que algún crítico ha hablado de “destinos paralelos”.<sup>119</sup>

<sup>115</sup> E.Mounier, BAEM 1945, p. 3)

<sup>116</sup> Citado por Mounier Emmanuel, *El pensamiento de Charles Péguy, O. C.I*, p. 44 de J. y J. Tharaud, *Notre cher Peguy II*, 265- 266).

<sup>117</sup> Bergson llegó a conocer esta la obra de Mounier y ante las variadas interpretaciones que daban a la obra de Peguy, Escribe: “nadie ha captado mejor a Peguy que Mounier” Cfr. Bombaci Nuncio, *Una vida un testimonio Emmanuel Mounier*, Kadmos, Salamanca 2002, p. 53

<sup>118</sup> *Ibid.*, p.44

<sup>119</sup> Cfr. Campiti, MM: La presenza di Charles Péguy nel pensiero di E. Mounier, introducción a E. Mounier, “El pensamiento de Charles Péguy” O.C. I. El autor señala cómo ambos pierden a su mejor amigo a los veintitrés años, abandonan el ambiente universitario, fundan una revista a los veinte años, y mueren prematuramente.

En el examen de la redacción provisional de *El pensamiento de Charles Péguy*, Jacques Maritain sugirió a Emmanuel Mounier que aclarase con rigor la relación entre lo espiritual y lo temporal en Charles Péguy, para el cual “lo espiritual se... en la tienda de campaña de los temporales”. El joven atenderá a esta indicación, constituyendo dicha reflexión uno de los puntos clave de su meditación posterior. Según el filósofo de Meudon, Charles Péguy – partiendo de una mística socialista- subrayó la encarnación de lo espiritual omitiendo otros que debería haber explorado. Emmanuel Mounier concuerda con él: Charles Péguy: “Ha visto bastante mejor el reflejo de lo eterno en lo temporal, que lo eterno en sí mismo”.<sup>120</sup>

La fascinación que emana del hombre Charles Péguy está en su infancia espiritual, en su libertad, en la pobreza solidaria con la pobreza del pueblo. A la generación de Emmanuel Mounier, que como pocas otras tiene hambre de maestros que sean también testimonios, Charles Péguy aparece como un hombre que:

”Pensaba su vida y vivía su pensamiento, cruzando ambas como se cruzan dos manos para una plegaria”. Ha sido más un poeta que un filósofo, no ha construido sistemas, pero según Mounier no puede negársele estatura de metafísico”.<sup>121</sup>

No se llega a revolucionario sin un enderezamiento moral dice Charles Péguy, para ambos autores la mística es una constelación de valores que inspiran la acción auténtica. Según él, el poeta Charles Péguy afirmó el primado del heroísmo sobre la inteligencia, de los valores activos sobre los cognoscitivos y la inexistencia de lo espiritual fuera de lo temporal. Charles Péguy propone un humanismo cristiano afirmando que

“Dios ha querido por amor interesarse en el mundo hasta por el más pequeño de los seres humanos, y con la Encarnación ha querido que el mundo se interesase por él”.<sup>122</sup>

Para Emmanuel Mounier, Charles Péguy no sólo es auténticamente cristiano, sino que logra evidenciar la raíz cristiana del Bergsonismo. Quizá pudiéramos añadir, leyéndolo hoy- que dan la verdad de un Péguy que anticipa, si no los temas, al menos el espíritu de los promotores del cambio de marcha antropológicos en la teología cristiana de nuestro siglo.

“El pueblo descubrirá en él, tal vez el primero, a uno de los raros hombres que han cantado su alma conservando su propia voz, y se dará a él como esos campesinos que en la inauguración de su busto, contra las rejas de una pequeña glorieta de Orleáns, escuchaban con la mano en la oreja, la lenta prosa que dice el honor de su trabajo y la gracia de su tierra”.<sup>123</sup>

<sup>120</sup> Bombaci Nuncio, *Una vida un testimonio Emmanuel Mounier*, Kadmos, Salamanca 2002, p.53

<sup>121</sup> Ibid. p. 54

<sup>122</sup> Ibid. p.55

<sup>123</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, El pensamiento de Charles Péguy*, Sígueme, Salamanca 1992, p.29

Del cantor de “Juana de Arco” interioriza Emmanuel Mounier la atención al “*événement*”, la centralidad del misterio de la Encarnación en la experiencia cristiana, la acentuación de la virtud de la esperanza – que en su pensamiento animará el optimismo trágico, la capital distinción entre mística y política, la aversión por el mundo del dinero tan caro al burgués, la exigencia de dissociar el cristianismo de los compromisos con dicho mundo.

*La Ciudad armoniosa* de Charles Peguy, en la que conviven y sin valoradas las diferencias individuales, figura entre los modelos de la “civilización personalista” de Emmanuel Mounier.

Pero de todo esto creo que es ante todo la vivencia de una mística que se puede descubrir en los temas que trata Emmanuel Mounier de su pensamiento.

“Peguy nos reconcilia con todo lo que proviene de la tierra. Ignora a los hombre de letras y los problemas que estos discuten. Surgido del pueblo, no quiere salir del pueblo... Voluntariamente sin estrépito, renuncia a la ascensión gradual que conduce al éxito y se desposa con la pobreza de todo el mundo, sin salirse de la fila”.<sup>124</sup>

Dentro de la mística éste será un punto clave para Mounier, una especie de mística socialista, que se traducirá en Emmanuel Mounier en la simplicidad venida de la sencillez del pueblo, no por conformarse rehúsa aliarse con los ricos y los sabios, para solidarizarse con la causa del pobre, la causa del pueblo. En Emmanuel Mounier no hay persona sin compromiso comunitario. Emmanuel Mounier aprendió que el pueblo sabe mucho más de lo que pueda saber una ciencia libresca cuando conoce el amor, el nacimiento y la muerte, la enfermedad y la salud, los celos y el odio, la miseria y la prosperidad, la naturaleza, la infancia, la vejez.

Veamos otros puntos que rescata Emmanuel Mounier de Charles Peguy en sus propias palabras. Para los que conocemos la vida de Emmanuel Mounier , nada de esto nos parecerá extraño, Desde el prólogo de su obra destaca Emmanuel Mounier:

“El había renunciado a la estima, al éxito “Me abandono. Ya no me intereso por nada. Me burlo de la gloria por la que me interesaba. Me abandono” *Lettres eb perse*, 1898 – 1908. Es parte de la mística que recibe de él, el abandono, la simplicidad.

Algunos renglones de Peguy que resalta Mounier en su obra, nos ayudarán a saber lo que más influyó en su vida “la pasión de la verdad y la pasión de la justicia se unen en él en una misma fidelidad que vibra e toda su obra.”<sup>125</sup> pues “Quien no grita a voz en cuello la verdad, cuando sabe la verdad, se hace cómplice de los mentirosos y de los falsarios”<sup>126</sup> Charles Peguy es más, y mejor un apasionado por la verdad. y el culto de la

<sup>124</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, El pensamiento de Charles Péguy*, Sígueme, Salamanca 1992 p. 28

<sup>125</sup> *Ibid.* p. 41

<sup>126</sup> *Ibid.* p.41

verdad es el más escrupuloso de los cultos. La verdad es preciosa en si porque es divina”<sup>127</sup> En este tono encausa Mounier su combate personalista.

Emmanuel Mounier reconoce el legado de Charles Peguy y muy bien se podría decir que es de él de quien toma el espíritu de su revolución, revolución que será mística y mística que será tal por ser revolucionaria o combativa por la causa del pueblo.

“No hemos abusado de las referencias a Charles Peguy. Le debíamos demasiado para hacer de esa deuda una valla publicitaria. Teníamos un sentimiento demasiado exacto de su talla, un respeto demasiado vivo de su riqueza, abundante e inacabada a la vez. Habríamos oído el sonido mismo de su voz, de una voz que nos dice que no se sigue siendo joven, ni se vuelve a empezar, sino que se acoge un impulso, después se olvida su huella y se le descubre de nuevo en una aventura inédita; peleando”.

Podríamos tomar como conclusión la afirmación del Dr. Silvio Zavala:

“Nada debe Emmanuel Mounier a la fenomenología, fundada, como es sabido, por Edmund Husserl, nada al neo-kantismo ni a la filosofía inglesa dentro de la tradición de Russell. Mucho debe, a Henri Bergson cuyas *Dos fuentes de la moral y de la religión* constituyen un modelo de pensamiento cristiano y, también, de pensamiento a secas. Bergson tuvo una influencia decisiva de dos filósofos católicos. Maurice Blondel, uno de los pensadores originales del siglo XX, sobre todo en su libro *La acción* y tal vez, no se ha verificado suficientemente, de Teilhard de Chardin. No olvidemos aquí a los teólogos franceses contemporáneos, Garrigou-Lagrange, Sertillanges, De Lubac.etc”.<sup>128</sup>

## 2.5 HIPÓTESIS

Un análisis a la obra de Emmanuel Mounier basta para comprender que es un autor que requiere de un detenido estudio. En su filosofía busco un fundamento antropológico y metafísico de la persona con vistas a la comunidad humana y sobre todo a las relaciones interpersonales. Busco un fundamento capaz de sostener el desarrollo de las relaciones, con la naturaleza y con otras personas en toda su complejidad: jurídica, económica, pedagógica y familiar. Esta fundamentación requiere alcanzar el punto de fusión del núcleo constitutivo de la persona con la flexibilidad necesaria para evitar manipulaciones dualistas y cosificadoras. De hecho Mounier se ubica entre estos dos fallos de la filosofía griega por los que aún estamos influidos: El sustancialismo aristotélico que se manifiesta como un individualismo materialista y el dualismo platónico que se expresa como un espiritualismo desencarnado. Cómo interpretar ese dualismo que nos inquieta presentado magistralmente en obras de literatura como la ya clásica del *Lobo estepario* de Herman Hesse donde se habla de:

<sup>127</sup> Ibid., p. 42

<sup>128</sup> Zavala Silvio, *Emmanuel Mounier: de la persona humana*, Miembro del Colegio Nacional. p. 166

“Esos hombres que tienen dentro de sí dos almas, dos naturalezas; en ellos existe lo divino y lo demoniaco, la sangre materna y la paterna, la capacidad de aventura y la capacidad de sufrimiento, tan hostiles y confusos lo uno junto y dentro de lo otro como estaban en Harry el lobo y el hombre”.<sup>129</sup>

Donde el dualismo muestra el lado malo del hombre y el lado bueno...

“...Y estas personas, cuya existencia es muy agitada, viven a veces en sus raros momentos de felicidad algo tan fuerte y tan indeciblemente hermoso, la espuma de la dicha momentánea salta con frecuencia tal alta y deslumbrante por encima del mar del sufrimiento, que este breve relámpago de ventura alcanza y encanta también a otras personas”.<sup>130</sup>

A nuestro lobo estepario ocurría, como a todos los seres mixtos, que, en cuanto a su sentimiento, vivía naturalmente unas veces como lobo, otras como hombre; pero que cuando era lobo, el hombre en su interior estaba siempre en acecho, observando, enjuiciando y criticando, y en las épocas en que era hombre, hacía el lobo otro tanto.

“Mi persona es en mí la presencia y la unidad de una vocación intemporal que me llama a superarme indefinidamente a mí mismo, u opera, a través de la materia que la refleja, una unificación siempre imperfecta, siempre recomenzada, de los elementos que se agitan en mí”.<sup>131</sup>

Por otra parte el sentimiento o experiencia personalizante lo han vivido algunos místicos, moralistas o espiritualistas, como Federico Amiel lo refiere en su *Diario íntimo*:

“Me he sentido órgano de lo absoluto, he sentido la profunda voluptuosidad de renunciar a mí mismo, de verme sometido a una voluntad divina, de comprender y realizar momentáneamente el amor sin límite, la plena dedicación, el sacrificio del yo. Mi alma se llenó de una luminosa serenidad. Toda la felicidad consiste en querer lo que Dios quiere. Asimismo he sentido un reconocimiento infinito por el enorme e inmenso privilegio de vivir la vida universal y poder sumirme en los mundos del espíritu y de la naturaleza, de lo inmutable y del movimiento, de poder comprenderlo todo. He sentido que nada me era extraño de hecho, sino en posibilidad. Puedo comprender todas las actividades, todas las ciencias, todas las almas; simpatizar con todo lo grande, lo bello, lo verdadero, con todo lo divino, en una palabra. Y para colmo, tener la esperanza y la convicción de deber ampliar perpetuamente esta posesión espiritual. La seguridad de un Dios personal me ha conmovido y hecho reflexionar”.<sup>132</sup>

Los peligros proceden del individualismo sea éste teorizado o no, y de la disolución de la persona en una colectividad anónima o en la subjetividad concienical. Si uno no permanece en guardia acabará entendiendo y viviendo las relaciones interhumanas como dominio, sea éste explícita voluntad de poder o inconsciente superficialidad en el reconocimiento del otro como persona.

Fruto de esta estructura encontramos una sociedad en que las relaciones interpersonales son mera carrera hacia el triunfo, intercambio de favores, pisotones y zancadillas. De lo que Mounier era consciente:

<sup>129</sup> Hesse Herman, *El lobo Estepario*, Editores Mexicanos Unidos S.A México 2002. p. 44

<sup>130</sup> *Ibíd.*, p. 44

<sup>131</sup> *Op. cit.* Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 212 (74)

<sup>132</sup> Amiel Henri Federico, *Diario íntimo*, Biblioteca EDAF, Madrid 1968. p. 55-56

“Vuestro corazón erizado de odio, de desprecio, de codicia, vuestros retiros hormigueantes de celos, de vigilancias, de conjuras, de idiotez, de despechos. ¿Es este el viejo tesoro de civilización que nosotros tenemos que salvar?”

## 2.6 PROBLEMÁTICA

Siempre me había preguntado por qué algunas personas, a mi parecer, coincidían en ciertas actitudes y formas de actuar de manera muy egoísta, sin tener en cuenta al otro, incluso consiguiendo aquello que se proponían por encima, contra el otro, o peor, a costa de los otros. Donde en el mejor de los casos se es indiferente a todo lo que el prójimo, el amigo, el compañero, el familiar, el hijo, la pareja pasa o vive, mi inquietud fue creciendo a través de las lecturas de ciertos filósofos que tratan el tema de diversas maneras teniendo la mayoría de ellos como denominador común, la corriente del personalismo o personalismos, así pues, cuando me encontraba con líneas como la que reproduzco a continuación, mi inquietud sobre profundizar en este tema iba en aumento.

“No hay dos clases de seres humanos, pero hay dos polos de humanidad. Ningún ser humano es pura persona, ningún individuo puro. Cada uno vive en un yo doble. Pero hay seres humanos tan marcadamente personales que podrían denominárseles personas, y otros tan marcadamente individuales que podría denominarles individuos. Entre aquellos y éstos acontece la verdadera historia”.

Dice Miguel de Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*:

“Y el hombre, esta cosa, ¿es una cosa? Por absurda que parezca la pregunta, hay quienes se la han propuesto”.<sup>133</sup>

Los primeros filósofos griegos concebían al espíritu como completamente trascendente a la realidad cotidiana material y situaban al hombre como un ente entre los otros entes del cosmos. El ser humano venía a ser como una individuación de un espíritu universal. Cada hombre concreto no era sino un exponente o arquetipo individual de la especie *hombre*. En Grecia el interés filosófico se dirigió, por consiguiente, hacia esa especie abstracta, en lugar de a su individuación; el ser humano concreto pareciera ser un adjetivo, una concreción alienada y singular del sustantivo *hombre*. En este sentido el hombre es concebido como una cosa, y por ende como algo que puede ser manipulado. Esto explica

<sup>133</sup> Unamuno Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Espasa Calpe, México 1976. p. 14

que no hicieran mucho caso del análisis de cada persona concreta, pues el horizonte intelectual de su interés era otro.

Frente a ello, la doctrina aristotélica del alma como forma del cuerpo representó una nueva postura fundamental. Aristóteles se acerca sobremedida a la unidad del hombre como constitución espiritual-material. Sin embargo, no consigue escapar por completo al dualismo. Para él lo más noble del hombre es el *entendimiento activo*, el cual imprime su cuño al *entendimiento pasivo*, que en cierto modo lo es todo, porque está abierto a las formas del ente mediante la realización activa del conocimiento de las formas. Precisamente este principio de la más alta y mejor actividad del hombre no participa, según Aristóteles, en la formación de la materia mediante el alma.

Ha sido Martín Buber, filósofo de nuestro tiempo quien en su opúsculo titulado *¿Qué es el hombre?* Ha logrado presentar de un modo muy sintético que no obstante el altísimo grado en la escala de perfecciones, el hombre, para los pensadores griegos, no difiere esencialmente de las demás cosas, pues es una cosa entre las demás...(esto)para los griegos no fue un problema tan agudo, puesto que el hombre tenía un lugar asignado dentro del cosmos, es decir dentro del mundo entendido como *physis*, el hombre es entendido desde el mundo. Se inicia, por tanto, el estudio filosófico del hombre bajo el signo de lo corporal y biológico. De esta preocupación por las cosas desde los griegos, renovada ampliamente en el Renacimiento, y que ha tenido además grandes consecuencias doctrinales para la elaboración posterior del tema del hombre, he de ocuparme en la presente tesis. Como con razón afirma Julian Marías:

“En el momento en que la meditación filosófica ha venido a recaer sobre el hombre, se le ha considerado una cosa más”.<sup>134</sup>

En efecto, para los griegos el hombre era considerado como un ser objetivo individual, vinculado a la noción de sustancia y, por tanto, a la de cosa; los griegos podían denominar *προσωπον* tanto a un hombre como a una mesa, es decir, se refería a cualquier realidad individual, desde un ser espiritual hasta cualquier objeto cósmico.

“Es con Aristóteles con quien esa imagen óptica del universo llega a su clara decantación insuperable, como un mundo de cosas, y el hombre es también una cosa entre las del mundo, una especie, objetivamente captable, entre otras muchas”.<sup>135</sup>

<sup>134</sup> Marías Julian, *El tema del hombre*, Espasa Calpe, Madrid 1981. p. 11

<sup>135</sup> Buber Martín, *Yo y tú*, Caparrós, Madrid 1998. p.26

El individualismo será fuertemente acentuado a partir de Descartes quien afirma en sus *Meditaciones Metafísicas* :

“Estoy cierto de que soy, pero no sé con claridad lo que soy...Hablando con precisión no soy más que una cosa que piensa. Luego soy una cosa verdadera y verdaderamente existente; pero ¿qué cosa? Ya lo he dicho: una cosa que piensa. No soy ese conjunto de miembros llamado cuerpo humano, no soy un aire desleído y penetrante extendido por todos aquellos miembros; no soy un viento, un soplo, un vapor, ni nada de lo que yo pueda imaginarme porque he supuesto que todo es dudoso. Sin dejar de suponerlo he hallado que hay algo cierto: que yo soy algo”<sup>136</sup>

Finalmente el existencialismo ateo representa de alguna forma la cumbre del individualismo, donde el hombre como lo describe Sartre, experimenta la náusea de la nada en esa cosificación.

“Nunca sentí como hoy la impresión de carecer de dimensiones secretas, de estar limitado a mi cuerpo, a los pensamientos ligeros que suben de él como burbujas. Construyo mis pensamientos con el presente. Estoy desechado, abandonado en el presente...Mi cuerpo es lo único que poseo; un hombre solo con su cuerpo no puede retener los recuerdos; le pasan a través...La Cosa, que aguardaba, se ha dado la voz de alarma, me ha caído encima, se escurre en mí, estoy lleno de ella. La Cosa no es nada: La Cosa soy yo. La existencia liberada, desembarazada, refluye sobre mí. Existo”.<sup>137</sup>

En cambio para Emmanuel Mounier:

“La experiencia del ser humano no me entrega ni esta pura conciencia ni la opacidad impenetrable del cuerpo. Yo me conozco a mí mismo como persona encarnada, es decir, en mi cuerpo, yo no capto ni lo puramente objetivo ni lo puramente subjetivo, sino una ambivalencia intermedia entre los dos, que me compromete en la objetividad sin sumergirme en ella y me apropia mi experiencia de cuerpo aunque uniéndome con el mundo mediante ella y haciéndome sujeto en el mundo, a través de esta experiencia, la objetividad domesticada deja de aparecer como lo extraño absoluto, lo desconocido amenazante”.<sup>138</sup>

Creo que aquí radica la posibilidad de comprender nuestra época, nuestras dificultades actuales y los caminos de salida posibles del mundo de hoy. Porque las preguntas que se nos presentan cotidianamente, es evidente, no nacen de una curiosidad científica de los hombres de hoy, incentivadas por los avances de la ciencia y la técnica; nacen de la vivencia diaria, de una soledad e incertidumbre que nos abrumba y de una miseria que avanza. Personalmente no creo en un doble yo de la persona, sino más bien en una disgregación o dispersión de la persona que como la que habla Mounier.

““El hombre entero, individuo y persona, está presente y actuante en cada una de sus acciones. Pero desde que se aparta del principio de unidad que asegura toda coherencia y comunicación se

<sup>136</sup> Descartes, *Discurso del método, Meditaciones metafísicas, Reglas para la dirección del espíritu, principios de la filosofía*. Porrúa, México 1990 p. 60

<sup>137</sup> Sartre Jean Paul, *La Náusea*, Época, México 2008, p. 43, 81 y 120.

<sup>138</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. IV, La esperanza de los desesperados*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 407

produce en él mismo una especie de postración entitativa que le descompone, le separa y le dispersa".<sup>139</sup>

Mi hipótesis consiste en que, existe realmente una despersonalización que se expande de manera significativa en la sociedad contemporánea, que las relaciones interpersonales están en crisis puesto que la relación o convivencia es posible sólo entre personas, y me encuentro con la tragedia de encontrarme con individuos con los que lejos de mantener una relación cordial y consentida, se llega fácilmente al conflicto, a la sumisión, a la violencia o a la indiferencia como únicas alternativas, mientras que habiendo conocido el tema del individuo y la persona en varios autores contemporáneos, es en Emmanuel Mounier donde la dialéctica que él propone es válida para purificarse del individuo y aspirar por un esfuerzo siempre renovado a las dimensiones que constituyen a la persona.

"Este movimiento para ir siempre más lejos, que lanza al hombre fuera de sí, llamándolo a constante revisión de sí mismo, es la fuerza cohesiva que recrea perpetuamente el equilibrio dialéctico de la expansión y de la interiorización".<sup>140</sup>

Responderé a la cuestión de ¿Qué es lo que despersonaliza a la persona? Haciendo un análisis del humanismo y en concreto de la reflexión sobre la persona desde sus orígenes, me detengo especialmente en el humanismo Renacentista o humanismo individualista, que ha impuesto como paradigma contemporáneo de hombre al burgués. Individuo hermético, replegado sobre sí mismo a la vez que disperso en la superficie de su vida.

"La persona contempla su sí mismo, el ser individual se ocupa con su "mi": mi fortuna, mi raza, mi actuación, mi genio. El ser individual no toma parte en ninguna realidad y no obtiene nada. Se contrasta frente a lo otro, y de ello busca tanto como puede tomar en posesión mediante la experimentación y el uso. Ésta es su dinámica: el auto-diferenciarse y la toma de posesión, ambas ejercidas en el Ello, ambas en lo irreal. El sujeto que cree ser, por mucho que pudiera apropiarse, no extraerá de ello ninguna substancia, permanecerá puntual, funcional, experimentador, utilizador, nada más. Todo su ser así extenso y completo, toda su celosa "individualidad" a él no le puede ayudar en orden a ninguna substancia".<sup>141</sup>

Al decir *Del individuo a la persona*, frase o término nunca explícito en la filosofía de Emmanuel Mounier intentó marcar un camino, el de personalización<sup>142</sup> propuesto como una conquista a todo este mundo despersonalizado, des-espiritualizado, lleno de violencia,

<sup>139</sup>Cita a Sto Tomás "la actividad pertenece a los supuestos y a los todos, y no propiamente a las partes o a las potencias; en efecto, no se dice que la mano mata, sino el hombre por su mano" santo Tomás, Sum. Th II, II, q. 8, a. 2  
Op. cit. Mounier Emmanuel, *O. C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 871(565)

<sup>140</sup>Op. cit. Mounier Emmanuel, *O. C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p.230 (636)

<sup>141</sup>Ibidem. Buber Martín, *Yo y tú*, Caparrós Madrid 1998, p. 59

<sup>142</sup>...aunque para algunos autores sea muy difícil dar criterios más precisos que no sean meramente empíricos sobre este concepto, y este es precisamente uno de los aportes más originales de Mounier, el tema de la despersonalización o individualismo.

de indiferencia, de egoísmo, de evasión, de separación, de posesiones, de envidias, etc, en que se viene convirtiendo la convivencia cotidiana.

“El pequeño burgués no comulga ya con nada. Tampoco con grandes empresas como el rico. Ni siquiera con grandes desgracias como el mísero. Un metro cuadrado de acera, su tienda, la caja dentro de la tienda, el ideal de la caja. ¿El periódico? Pero el periódico no es el mundo, es un sillón, una buena digestión, algunos chismes. Añadid, en el hogar, la obstinación indiferente, la amargura que nace de la envidia mezclada en la mediocridad, el vacío lamentable de las horas sin trabajo frente a un mundo sin colores, sin amores, sin diálogo. Este mes un diez por ciento de aumento”.<sup>143</sup>

A este propósito el proceso de personalización me parece además una hermosa teoría evolutiva que incorpora las realidades más cercanas a mi universo como es, el cuerpo, no como parte, sino como un todo espiritual.

“Mi cuerpo puede sufrir, o ser considerado como un objeto, un medio de algo, un instrumento para algo, y entonces se convierte en la más gravosa, la más opaca de mis propiedades, la que me ofusca a la vez la percepción de Dios, la comprensión del otro, el conocimiento de mí mismo y el gusto de la vida personal. O bien elijo el aceptarlo a título de cooperador en mi esfuerzo de liberación mediante un acto que le salva y le hace participar en todas las dignidades que alcanzo. Entonces no es un esclavo, está fundido a mí mismo por entero, avanzando o retrocediendo en el camino de la santidad...”<sup>144</sup>

Creo y así me propongo, demostrar que el *regressus*, que la raíz de esta degradación hay que buscarla en la individualidad; pero la individualidad depende también de su entorno. Por tanto fuera de un medio social adecuado, la persona que alienta en el individuo puede degradarse por la miseria o por el hambre, puede quedar poseído por otras personas; el dolor, el terror o la depresión pueden hacer que un individuo cualquiera pierda su dignidad personal. La persona demanda pues ciertas condiciones de vida que le permiten realizarse como tal.

“La obra de personalización, no olvidamos que este porvenir no es de ningún modo automático. La materia es rebelde, y no meramente pasiva: ofensiva y no meramente inerte... Investida por el universo personal, la naturaleza amenaza constantemente con investir a su vez a éste... Nada hace prever que esta lucha pueda acabar en un plazo apreciable, nada nos insta a dudar que ella sea constitutiva de nuestra condición...”<sup>145</sup>

*Como individuo*, sometido a las condiciones propias de la materia y de la sociedad de su tiempo y de su cultura, con todas las situaciones geográficas, históricas y económicas que incluye su exterioridad. La utilidad por decir así de este proyecto, está en que hay muchísimas personas que, por la miseria a la que están sometidas, no pueden desarrollar

<sup>143</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002.p . 139

<sup>144</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.898 (592)

<sup>145</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 472 (696)

estas exigencias de la persona. Su única urgencia es la de sobrevivir cada día. El individuo quiero decir, no vive plenamente su vida, sólo sobrevive, hasta que por su propio esfuerzo y sólo por él transforma su universo material por medio de las dimensiones personales para lograr este estatuto nunca logrado en plenitud.

“Hay que nutrir al que tiene hambre, dice Santo Tomás, antes de darle sermones (II, q. 32, a. 1) No se trata de hacer pasar lo material antes que lo espiritual, sino de asegurar a lo espiritual las condiciones materiales indispensables para que pueda establecerse”.<sup>146</sup>

Por eso no pueden haber una revolución personal, un cambio profundo de la persona, si no lo hay también en las estructuras que la oprimen. Y Martín Buber como Emmanuel Mounier lo expresa con mucha simpleza: “Sin el ello no puede vivir el ser humano. Pero quien sólo vive con el Ello no es ser humano”.<sup>147</sup>

Estoy ante una dialéctica. El hombre es persona porque no es sólo un objeto biológico, un animal. El hombre –la persona- es cuerpo y espíritu o, más precisamente, es todo cuerpo y todo espíritu. Sin cuerpo no puede existir, pero lo que le hace persona, lo que completa su antropología, es el reconocimiento de su espíritu. A la existencia objetiva del cuerpo se añade, en un todo, la experiencia subjetiva del espíritu, y ambas cosas son indisociables.

“No se opone entre sí, sino por la manera en que se refractan en nuestra imaginación, hecha para enmarcar la materia más que para expresar a la persona. Toda exclusión de una u otro introduce un desequilibrio profundo en el sosiego de los individuos y de las colectividades”.<sup>148</sup>

Ese espíritu nos orienta, entre otras cosas, hacia una vocación moral que consiste en darnos al prójimo, a los otros. Tal entrega moral sólo puede darse en el seno de la comunidad. Por eso lo comunitario no es algo contrario a la persona, sino al revés: la comunidad permite a la persona ser plenamente tal. Y aquí es donde el cristianismo resulta fundamental, porque ese darse al otro, ese amor al prójimo, es precisamente el orden establecido por Dios.

Nadie nace persona: es un proceso que cada cual debe aplicar a su propia existencia. Nunca terminaremos de completar el proceso, pero en esa construcción reside precisamente el sentido de la vida. De ahí, por cierto, la importancia de la educación, que debe ser un instrumento puesto al servicio de la tarea de “despertar personas”.

“La evolución biológica y el movimiento de la historia siguen dos direcciones convergentes que no se oponen más que dialécticamente, en una sucesión indefinida de crisis...La una tiende a la formación de personas autónomas, dotadas de un poder de opción, revestidas de la “dignidad de la causalidad”. La vida personal es la más alta flor de la vida, pero trasciende ya la vida y prima todas las formas de impulso o de sueño vital, más o menos impersonalizados, que la amenazan permanentemente..La otra tiende a la universalización progresiva de los grupos humanos en

<sup>146</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 353

<sup>147</sup> Buber Martín, Yo y tú p. 35

<sup>148</sup> Mounier Emmanuel, *O. C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. (696)

comunidades cada vez más vastas que pueden llegar a preparar la comunidad total de los hombres; ella tiende al mismo tiempo a la expansión progresiva de las personas en un mundo cada vez más dominado, que puede llegar a preparar en el límite la organización universal de las cosas. Estos dos movimientos de expansión y de interiorización son las dos pulsiones indisolubles de la vida personal...”<sup>149</sup>

La misma etimología de la palabra persona demuestra que es un concepto sobreañadido al concepto de hombre. Más no tautológico como afirma erróneamente el periodista autor del libro *Neopersonalismo Cristiano*.

“No deja de ser una redundancia calificar a la persona de humana, defecto verbalista muy común al perifrasismo clerical. Las personas no son nunca animales, por ende sólo las personas pueden ser humanas, y sólo los seres humanos pueden ser personas. Esa duplicación equivale a llamar perro animal al “mejor amigo del hombre”.”<sup>150</sup>

Si el concepto de persona es distinto del concepto de hombre, ¿cuál es su *conexión*? Y si fueran, al menos sustancialmente, conceptos de «lo mismo», ¿por qué pudieron llegar a disociarse? El «desajuste» entre la idea de persona y la idea de hombre es, sin duda, el más profundo problema filosófico que se plantea en torno a la persona humana.<sup>151</sup> ¿Qué conexión hay entre la persona y el hombre o el individuo humano? ¿Habrá que hablar de un proceso de transformación del hombre en persona o bien, habrá que decir que la persona es co-origenaria con el hombre?

El modo como estos dos aspectos tan diferentes se han de entender en sí mismos y en su relación recíproca es la aspiración expresa de esta arriesgada aventura de exploración de una realidad: la persona. ¿Cuál es la razón del *nexo* entre el hombre (individuo humano) y la persona, si es que son diferentes, y cuál es la razón de la *diferencia*, si es que son idénticos? Tal es el punto de partida de mi planteamiento del problema filosófico principal que suscita la persona humana cuando se la sitúa en el terreno más cercano posible al mismo plano conceptual ordinario o *mundano*, que se refleja en el lenguaje corriente.

El ser humano es individuo y persona, términos que parecen sinónimos y, sin embargo, no significan exactamente lo mismo.

Dentro del Derecho, el principio supremo de justicia consiste en asegurar a cada hombre una esfera de libertad dentro de la cual pueda convertirse de individuo en persona, pero la

<sup>149</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 229(635)

<sup>150</sup> Cfr. Guillaumon Vicente Alejandro, *Neopersonalismo Cristiano, una teoría para la participación en la vida pública*. Ed. San Pablo Madrid 1997. p. 22 y que por cierto hace una crítica bastante equivocada de E.Mounier tomando el título de *Neopersonalismo* como un título para vender y confundir, pues el personalismo nunca ha estado de moda porque va naciendo, menos se podría hablar de *Neopersonalismo* en los términos que él plantea.

<sup>151</sup> Óp. cit. Bueno Gustavo, *El sentido de la vida, individuo y persona*, Pentalfa, Oviedo 1996 p. 119

justicia no dictamina cómo un individuo se convierte en persona, para ello intervienen otros valores.

La idea de persona no se superpone, con la idea de hombre. Intercepta con ella y esta intersección es un hecho histórico cultural, en torno al cual haré girar el problema filosófico de la persona. Pero, en la medida en que se trata de un *hecho cultural*, la intersección entre las ideas de persona y de individuo constituye, por de pronto, un material abundante para el análisis para el análisis.

La más divulgada vía hoy propuesta para llegar a una renovada concepción de la persona, que no caiga en las citadas salidas re-ductivas o abstractas de su evolución semántica, no es la de la profundización de la comprensión de la realidad estructural expresada o expresable con la noción de persona. La vía es otra, que tiene su punto de partida en la *distinctio per oppositionem* entre persona e individuo. Este último y no aquella encarnaría ya la particularidad del propietario y a la formalidad extrínseca del “actor” jurídico, que viene pensado representando fielmente el desarrollo histórico fenomenológico de la sociedad occidental moderna.

Es claro: los términos persona e individuo son atribuidos al mismo ente, al hombre, del cual designan dos modos de ser, distintos a otros títulos a los que es reconducible *in apicubus*, a la categoría de autenticidad (definitoria de la persona) o de inautenticidad (que define al individuo).

El individuo es pura pasividad, abandono a sus reacciones, impulsos e instintos; sin embargo, es posible encontrar en él una fuerza activa, capaz de desear el propio bienestar, lo mejor para sí. El llamado de Emmanuel Mounier es a “despertar”, en la línea de Charles Péguy, que denunciaba los sistemas pedantes y pueriles, redes que se creen espirituales y que sirven a un solo designio: *vivir tranquilos*, adormilados por un mundo invasor del espacio interior, de la mente y del ser para evitarle la inquietud que mana naturalmente de las profundidades inquietantes del ser.

Pero en nuestra sociedad no sólo se ha dado una degradación de la persona en individuo, sino todo un *êthos social* o carácter moral colectivo que responde a estos mismos parámetros: es el individualismo. Esta realidad social, tan definitoria de la sociedad

neoliberal, economicista y burguesa contemporánea, no es sino el fruto de la promoción social y cultural del individuo en el sentido preciso que lo hemos definido aquí.<sup>152</sup>

Digamos también que aunque esta doble posibilidad radical, persona e individuo, está estudiada de modo explícito por algunos pensadores personalistas, en el siglo XX, la distinción está ya presente a lo largo de la historia del pensamiento, especialmente en los existencialistas. Así, distinguía Kierkegaard entre vida estética y vida ética o Heidegger entre vida auténtica e inauténtica.

“El hombre puede vivir a la manera de una cosa. Pero como no es una cosa, tal vida se le aparece bajo el aspecto de una dimisión; es la “diversión” de Pascal, o el “estado estético” de Kierkegaard, la “vida inauténtica” de Heidegger, la “alineación de Marx, o la “mala fe” de Sartre. El hombre de la diversión vive como expulsado de sí, confundido con el tumulto exterior: así, el hombre prisionero de sus apetitos, de sus relaciones, del mundo que lo distrae. Vida inmediata, sin memoria, sin proyecto, sin dominio, es la definición misma de la exterioridad”.<sup>153</sup>

Para el individualismo, los otros o son ayuda para la propia realización o son obstáculos. El 'yo' exige, ante todo, realizarse (postura recogida por los existencialistas y por Maslow). El infierno es el otro (decía Sartre) si no coadyuva a este fin. Ya no hay, por tanto, ideales comunes. La persona existe, al margen de toda comunidad (aunque viva con otros). Coexiste pero no convive.

La actualidad de Emmanuel Mounier se puede entender ya que es un “apasionado” del hombre concreto, histórico, a quien hay que no sólo rescatarle su “ser” personal. La tarea de convenirse en persona sólo será posible en una lucha por "purificarnos" del individuo y ello sólo es posible "haciéndose disponible" a los demás en el servicio. La característica básica de la persona, enfrente del individualismo, es que aquélla, si quiere ser auténticamente persona, sólo se encontrará dándose a los otros. No busca primero la autenticidad, sino que ésta le viene de la creatividad con que se dona en la solidaridad y en el amor.

---

<sup>152</sup> No resultará baladí aclarar, dado que el término 'individuo' es polisémico y de uso coloquial frecuente, a qué acepciones del mismo no nos referimos. Ante todo, tenemos que distinguir la acepción concreta que le confieren algunos personalistas de las acepciones más cotidianas. Así, en nuestro empleo del término 'individuo' no nos referimos a un miembro singular dentro de una especie o género. Tampoco 'individuo' tiene, en este contexto, el sentido peyorativo de referirse a 'un cualquiera'. Y, por supuesto, tampoco es sinónimo de 'persona'. Por último, señalemos que esta acepción personalista difiere de la empleada en la filosofía griega (individuo como lo opuesto a lo universal), en la filosofía tomista (individuo como lo incommunicable e irrepitible que existe por sí mismo). Diccionario de Pensamiento Contemporáneo. Dir. Mariano Moreno Villa. Ed. San Pablo. Madrid 1997.

<sup>153</sup> *Ibid.* p. 485 (709)

## 2.7. JUSTIFICACIÓN

Lo que se ha ignorado, digámoslo ahora dando un paso más, es la doble posibilidad que encierra toda vida humana en cada uno de sus actos: o bien hacerse dueña de sí o dimitir de sí, es decir, vivir como persona o dimitir de sí y vivir como individuo. Y estas ya no son categorías psicológicas sino antropológicas. ¿Cuál es, en este nivel en el que nos situamos, la diferencia entre persona e individuo?

Entre persona e individuo la distinción es antigua, clásica, pero no equivale a oposición. Para comprender cómo viene determinada conviene poner en claro las perspectivas filosófico-metodológicas, por medio de las cuales se llega a la identificación de los dos supuestamente opuestos modos de ser.

- La primera perspectiva comporta la prevalencia del criterio “valorativo” sobre el “cognoscitivo”. Persona e individuo son materialmente el mismo dato existencial, que va apreciando positiva o negativamente según tenga o no valores en su actuar.

Podríamos mencionar a N. Berdiaev:

“La persona no es una categoría biológica o psicológica, sino una categoría ética y espiritual”(), en cambio “individuo es una categoría naturalista, biológica y sociológica [...] El hombre es también un individuo, pero no solamente un individuo [...] El individuo y la persona se encuentran unidos en el mismo hombre, no como dos entidades distintas, sino como dos calificaciones, como dos fuerzas [...] El hombre individuo vive en el aislamiento, preocupado egocéntricamente de sí mismo [...] El hombre-persona es el mismo hombre pero que busca superar su propio aislamiento egocéntrico, de descubrir en sí al Universo”.<sup>154</sup>

Como se ve por los fragmentos de este texto ejemplar, la oposición no es estructural, sino axiológica: persona es una “categoría ética”, en cuanto se presenta ya en la superación del egocentrismo, ya en la “libertad adquirida” mediante “una elección”.<sup>155</sup>

Sin duda, esta perspectiva axiológica desemboca en una descripción fenomenológica de las dos “figuras” opuestas una abierta y la otra cerrada, que parece hacer prevalecer en definitiva la operación cognoscitiva sobre el inicial sentido axiológico.

<sup>154</sup> De l'esclavage, cit., 25

<sup>155</sup> “...también Lavelle, *Les puissances du moi*, Parigi, 1948, 165 y ss: la persona “es síntesis del individuo en la libertad [...] La persona es fruto de una libertad que choca en nosotros contra las tendencias”. Citado en Cotta Sergio. *Persona*, La Sapienza de Roma p. 21

Pues bien, el individuo es indudablemente un sí mismo; lo confirma el antiguo *principium individuationis*, cualesquiera que sean (en sus diversas formulaciones) los referentes que recorra incluso de quienes repelen este tema.<sup>156</sup>

- La segunda perspectiva definitoria comporta la prevalencia del criterio del *actuar* sobre el *ser*. Bajo este perfil, el individuo es presentado como un dato naturalístico, como pasividad. Así se expresa drásticamente Jacques Maritain:

“En cuanto individuos, estamos sometidos a los otros”.<sup>157</sup>

e incluso:

“yo soy todo individuo en razón de lo que me viene de la materia”.<sup>158</sup>

Sin embargo la persona es definida por su hacer, por su dinamismo “hacerse”, según la incisiva fórmula de Charles Renouvier: “hacer y, haciéndose, hacerse”.

El tema renouvieriano es retomado y reformulado más tarde; así para Marcel la palabra de orden de la persona “no es sum, sino sursum”.<sup>159</sup>

Y para Nicolás Beriaev “esta no es nunca un dato del todo hecho: es [...] el ideal del hombre”, “se hace” persona, aunque estoy seguro también que el “hacerse” de Mounier tiene un sentido trascendental, porque la persona va actualizando su potencia y de alguna manera -quizás histórico-biográfica- podría decir que también “se va haciendo”. Creo que hasta en el momento de morirse, cuando la causa de muerte se lo permite, la persona como último acto está haciendo su muerte, a su modo y con todo lo que ha integrado su mundo.

Porque haciéndose, supera la facticidad naturalística, la persona es valor más sólo llega al valor por el esfuerzo. Esto lo toma Emmanuel Mounier de Teilhard de Chardain

“El mayor sacrificio que podemos hacer, la mayor victoria que podemos llegar a alcanzar sobre nosotros mismos, consiste en superar la inercia, la tendencia al menor esfuerzo”.<sup>160</sup>

## 2.8 APORTACIONES FILOSÓFICAS.

<sup>156</sup> Para Sergio Cotta Resulta claro: es innegable que se dan, hoy como ayer, un modo de vida auténtico y otro inauténtico, pero no está justificado encarnarlos, por así decir, aquél en la persona y éste en el individuo. Las definiciones opuestas resultan meramente estipulativas, convencionales, por no decir arbitrarias. Cfr. Cotta Sergio, Persona, Catedrático de la Universidad La Sapienza de Roma p. 19 <http://www.ucm.es/BUCM/revistas/der/02120364/articulos/ANDH0000110013A.PDF> citado el 26 de Noviembre de 2011.

<sup>157</sup> Maritain Jacques, *Trois réformateurs*, Parigi, 1925, 17,

<sup>158</sup> Maritain Jacques, *La persona e il bene comune*, trad. It., Brescia, 1948, 19

<sup>159</sup> Marcel Gabriel, *Homo viator*, Sígueme, Salamanca 2005, p. 37

<sup>160</sup> De Chardain Teilhard, *Ser más*, Taurus, Madrid 1974, p. 13

Un aporte importante a la filosofía por parte de Emmanuel Mounier, es la realidad del *acontecimiento*. El concepto de *acontecimiento* es central en su filosofía.

El hombre no es sólo espíritu corporalizado o materia espiritualizada ubicado en la naturaleza; es además ser cometido, interpelado, proyectado en el tiempo. Mucho antes que el historicismo, y luego el marxismo resaltasen esta condición, el cristianismo había aportado la temporalidad como una dimensión constitutiva de la persona. La historia es para Emmanuel Mounier una llamada al hombre para realizarse como tal en el reto del acontecimiento. Y esto porque el acontecimiento...

“Esboza el encuentro del universo con mi universo. Índice de todo lo que en mí ha chocado con el mundo, advertencia de mis rigideces y de mis egoísmos, él llega en ocasiones a formar extrañas frases. Es propiamente lo que yo no poseo, lo que yo no creo, la catástrofe, la llamada a salir”.<sup>161</sup>

Dice Emmanuel Mounier, “El acontecimiento será nuestro maestro interior”. Esta afirmación, aparentemente enigmática y contradictoria, se encuentra en una carta de Emmanuel Mounier a J. M. Domenach, bajo la forma de un enunciado programático para uso colectivo. Da a entender la irreductible soberanía de una subjetividad libre y apasionadamente entregada a una misión a la que se mantiene insobornablemente fiel. Para que haya acontecimientos es condición necesaria un punto de encuentro entre el universo y la persona, el macrocosmos y el microcosmos. Pero no es suficiente que esto suceda, nada acontece sin la atención y la disponibilidad de la persona para hacer y padecer. En el acontecimiento se da una revelación y un enriquecimiento mutuo de la persona y la realidad que la circunda. Partiendo de esta perspectiva vamos a intentar describir y analizar sus grados y su significado.

“En el nivel más bajo – pero ya nos encontramos elevados en la esfera humana- habría que colocar el sentido del misterio, que yo llamaría el sentido de la profundidad o de lo que hay debajo de las cosas. Algo parecido a un instinto vago del volumen espiritual antes de que la mirada de la inteligencia sea capaz de esbozar si figura...No se trata en modo alguno de ese amor difuso y lírico de lo misterioso que empuja hoy a todas las formas de ciencia, de filosofía y de poesía ocultas. Instinto puro, impregnado de orgullo y de vulgaridad, hecho de un deseo de separarse de lo común, de una impotencia intelectual radical y de un horror por la firmeza cuyo gusto por lo maravilloso no es sino una expresión pueril y sensual”.<sup>162</sup>

Mounier sintetiza con coherencia los planos de la exterioridad y la interioridad en un pensamiento riguroso.

<sup>161</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.204 - 205

<sup>162</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 64

“El sentido del misterio no es en modo alguno el amor por el misterio; ni el gusto por la gnosis, ni las sociedades secretas con las cosas. El misterio es tan banal y universal como la poesía: bajo cualquier luz, bajo cualquier gesto. Lo que no es banal es reconocerlo. El misterio es la simplicidad, desde la mirada de un niño hasta un campo de trigo, es la forma más emotiva de grandeza. No es la ignorancia solidificada, miedo proyectado sobre el camino, es la profundidad del universo”.<sup>163</sup>

Cuanto acontece en el universo, en la historia y en la sociedad este encuentro, no transcurre yuxtapuesto o disociado de la vida personal, caracterizada por la singularidad irreplicable, constituida por una libertad interior, capaz de comunicación y de responsabilidad, dotada de una vocación que responde a una llamada percibida en el mundo, en un tiempo en el cual el instante tiene un valor único y una significación propia, asimismo, se hacen presentes en ella negatividades como el mal, el fracaso, el sufrimiento, la muerte... que, en primera instancia, suponen una impugnación parcial o total del sentido de la existencia individual, es el suyo un optimismo trágico.

Ahora bien, para reconocer este hecho quizás haga falta desenmascarar un prejuicio al que nos ha llevado toda nuestra cultura occidental: concebir a los humanos como seres autónomos (idea ilustrada) omnipotentes, dueños y señores de su propia vida, de su destino y del destino del mundo. Pero hay momentos en la vida de toda persona -unos, dolorosos: una grave enfermedad, la muerte de un amigo, la pérdida o ruptura con un ser dilecto, un fracaso profesional o personal; y otros, inesperados: un encuentro decisivo, un enamoramiento, una circunstancia inesperada, una propuesta profesional que parecía imposible, un golpe de fortuna- que nos muestran que nuestra vida tal vez no esté tan en nuestras manos como imaginábamos.

“Suceden cosas, el misterio proyecta actos. Los acontecimientos, segunda sociedad detrás de la sociedad de los hombres, oponen cambios más sólidos a nuestra primera emoción ante el ser. A veces, durante largo tiempo, resbalan sin despertar la atención, en fila monótona como un sueño sin relieve. Otros días los más enjutos aparecen henchidos de luz y nos procuran, con nada, jornadas de alegría. Tres o cuatro en nuestra vida equivalen a caballeros solemnes de nuestro destino. Sólo después de su partida llegamos a conocer su grandeza. Hay los que nos asaltan en un recodo del camino, los que nos atacan como el vuelo de una mosca, y esas barretas obstinadas, esos ángeles fríos que descienden con el rayo y se vuelven a marchar dejando el silencio sobre las ruinas”.<sup>164</sup>

El dolor, el fracaso, la muerte y todas las llamadas por Jaspers ‘experiencias límite’, nos muestran claramente y nos hacen asumir que no somos los protagonistas absolutos de nuestra vida. La destrucción de ‘lo nuestro’, de nuestras perspectivas, de nuestras ambiciones, nos sustrae a nosotros y nos muestra que no somos los protagonistas

<sup>163</sup> Ibid. p. 64 -65

<sup>164</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 66

absolutos de nuestra vida. Nos hace más libres porque nos descentra (o, mejor, excentra). Cuando llega la enfermedad, la muerte, la pérdida, la limitación, perdemos pie en nosotros mismos, nos vemos obligados a vaciarnos, sucede aquello con lo que no contábamos y se nos abre a la realidad tal cual es. Abrirse a la realidad y confiar en ella exige hacerlo siguiendo los signos interiores y los exteriores, que confluyen en nuestra plenificación, pero también cuando no se presentan como elementos felices sino dolorosos.

La persona es un ser abierto al mundo y a los otros. El pensamiento contemporáneo se ha hecho cargo de esta característica del ser humano y lo ha expresado con fórmulas que han hecho fortuna, tales como “ser en el mundo” (Heidegger), “yo soy yo y mis circunstancias” (Ortega), etc., que, sin embargo, todavía son tributarias de un sentido de la mundanidad un tanto físico (physis), por un lado, y de la egocentricidad del sujeto propia del pensamiento moderno, también insuficiente para dar cuenta de la realidad personal, por cuanto la parte más importante y crucial de ese mundo, de esas circunstancias, no es inorgánica ni simplemente animada, sino personal, no es sólo el mundo que vemos y conocemos, es el que nos ve y nos conoce.

“Yo no soy, en verdad, este glóbulo de carne y de pensamiento que se puede abarcar de una mirada, sino que por la potencia expansiva de mi conciencia yo soy estas montañas mismas que veo, todo este país cuyo destino yo abarco, estos amigos lejanos de los que vivo. Sin embargo, arrancado de este modo más allá de los lindes mezquinos de mi cuerpo y de mi individualidad aparente, este universo de espacio y de duración que soy yo, lo soy desde un punto de vista que no puede cambiar, ya que da a mi ser una parcialidad irreductible, una limitación definitiva. Si quisiera rechazar este punto de vista, esquivar esta situación, yo no me elevaría sobre mí mismo, sino que perdería mi vida en vagos delirios”.<sup>165</sup>

Entre lo mundano y lo humano la frontera sublime donde emerge el acontecimiento es la experiencia yo-tú y, en ella, y por mucho que insista la filosofía moderna, más decisivo que conocer es amar y ser amado.

“Mi vida, mi acción, mi pensamiento, toda mi espontaneidad no crean nunca una presencia. Yo no me soy presente a mí mismo si no me doy al mundo, he aquí el drama. Sólo se posee lo que se da... sólo se posee aquello a lo que nos damos”.<sup>166</sup>

Así pues, tiene la persona un espacio de intercambio de actividad con lo otro y con los otros, a través del cual influye y es influido, se comunica y acoge, actúa y padece. De este modo, podemos ser víctimas del universo, pero también el universo puede ser un juguete en nuestras manos, la humanidad puede ser una amenaza o una promesa, pero en todo

<sup>165</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.136

<sup>166</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 64

caso, aunque el mundo es ancho y ajeno, hemos de dar la razón al clásico: humano soy y nada humano me es ajeno.

“Sería todavía necesario hablar del sentimiento de intercambio o del acontecimiento recíproco. Es el acontecimiento que por violencia nos penetra, nos impulsa y nos lanza transfigurados allá a donde no sabemos ir cuando trazamos los caminos. La revelación del universo, aquí también, termina en un don”.<sup>167</sup>

Además, la persona se realiza en la dimensión temporal, su interacción con el mundo se realiza de una forma sucesiva, los hechos se ordenan según van apareciendo y desapareciendo ante nuestra conciencia. La persona registra y ordena, olvida o recupera, aminora o agranda en su memoria la representación de lo acontecido y lo incorpora en su mundo interior, con el que establece una relación no menos real que con el mundo exterior. Los recursos de la memoria pueden ser fuente de gozo o de tristeza, de paz o de inquietud, de aislamiento o de comunicación, de debilidad o de fortaleza, de destrucción o de creación, de inhibición o de impulso vital. No solo tenemos memoria, ella nos tiene a nosotros, y toda nuestras experiencias están influidas por ella. Hacemos memoria, pero también la memoria nos hace.

Pero no sólo en la infancia sino también a lo largo de la vida experimentamos que somos un vocativo, menesterosidad. Se hace esto patente cuando surge lo inesperado, doloroso o gozoso. Cualquier persona experimenta cómo su vida es continuo acontecer de lo inesperado, de lo imprevisto, del acontecimiento con el que no se contaba, del don o del dolor no pretendido ni incluso imaginado. La experiencia de monotonía en la vida constituye, en realidad, una forma de ceguera, pues la vida es acontecimiento continuo. Es más: la vida es exceso de acontecer, exceso de sentido. Y justo este desbordarse de lo real y su acontecer sobre la persona y desde la persona es lo que muestra su finitud y el hecho de que no todo depende de ella. Incluso, en algunos momentos de la vida se hace presente lo imprevisto como algo que desbarata nuestras previsiones y cálculos, nuestras esperanzas y temores, de forma sobrecogedora. Semejante sobrecogimiento al mostrar que no somos la medida de lo divino y que esto se nos escapa en el mismo momento en que no escapamos a ello, nos relaciona esencialmente con ello. De alguna manera, lo real se apodera de nosotros, sentimos el poder de lo real.

“

---

<sup>167</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 67

Y esto que sucede en la vida personal, también tiene su correlato en la vida social, el nosotros se constituye sobre el fondo de una memoria comunitaria que acoge los grandes acontecimientos en los que se fundan solidaridades irrenunciables.

“El universo está fragmentado, discordante. Arranquemos las facilidades y las armonías de nuestros corazones. Injurias, revueltas, odios cargados de amor que yo he reencontrado en los países del amor, estáis más cercanos del espíritu que esas almas armoniosas y consolidadas de las desgracias del mundo”.<sup>168</sup>

La experiencia del tiempo es ambigua, se nos presenta con una cara perversa y otra amable, como enemigo y como aliado.

En la mitología griega es *Kronos* que engendra hijos para devorarlos. En efecto, la cara feroz del tiempo tiene una mirada torva, contempla la caducidad de todo lo que existe, todo lo corroe, todo lo devalúa, hasta la inflación se la podemos imputar. La experiencia natural del tiempo es la imposibilidad de detenerlo, el tiempo fluye sin parar y huye irreversiblemente, es más, destruye, es ladrón y asesino:

Este sentimiento del tiempo, este resentimiento contra el tiempo, prolonga su queja desde la antigüedad (Eclesiastés, Lucrecio, etc.) hasta nuestros días (Heidegger, Sartre, etc.), consciente o inconsciente, probablemente sea la más poderosa fuente de angustia para el ser humano y el origen de numerosas y profundas patologías psicológicas individuales y sociales.

Por nuestra condición de seres temporales, cuya existencia se realiza en superación constante, hemos de contar con el tiempo que nos permite hacernos. Pero entonces no nos situamos en un tiempo cuya cualidad esencial es el ser homogéneo y, por tanto, apto para servir de sistema de coordenadas exterior a la persona, útil para establecer una secuencia de sucesos y la distancia objetiva entre ellos.

Gracias al tiempo es posible el desenvolvimiento de la creatividad, la espera y la esperanza activas, la capacidad proyectiva, la recuperación de un sano sentido de la culpa que, superando el mórbido remordimiento, posibilita la responsabilidad y la libertad.

La confluencia del tiempo personal (biográfico) con el tiempo comunitario (histórico) es única, es el *Kairós*, es “el momento decisivo”, “la hora de la verdad”, “el tiempo propicio”, “connota un punto del tiempo en el que la decisión del hombre y su realización deben ser llevados a cabo”, exige decisión y acción... hasta el punto en que negarse significaría

<sup>168</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 68

renunciar a la existencia Ese tiempo viene grávido de posibilidades y promesas que se realizan o se malogran dependiendo de nuestra decisión y actitud. Tal como lo expresa el profesor Carlos Díaz

“Por esa con-vivencia entra de retorno el yo en su propia morada, cabe sí mismo, actúa ensimismadamente. Por esto mismo el acontecimiento es único, irrepetible, irremplazable, insustituible, siendo su antípoda el plural uniformador de «las experiencias», mero sumatorio de eventos o eventualidades sin arraigo en la propia identidad. A ese momento único de anidamiento profundo llamaban los griegos **kairós**, presencia de aquel personajillo calvo y escurridizo al que no resultaba fácil «coger por los pelos», y los romanos **occasio** (también ellos decían que «a la ocasión la pintan calva», a la que adjetivaban de «praeceps», fugaz). Magia, ángel que pasa por tu ventana a cuya vibración debes estar atento porque a veces no se presenta nunca más, ese talento no debe ser enterrado por miedo a ningún encuentro.” . (comunicación personal, diciembre, 2002):

Martin Buber (1993) ha expresado bien este rescate y liberación del tiempo humanizado:

“El Tú aparece, en efecto, en el espacio, pero precisamente en el espacio del interlocutor exclusivo en que todo lo demás solamente puede constituir el trasfondo del que el Tú se destaca, no su límite y su medida; el Tú aparece en el tiempo, pero en el del acontecimiento cumplido en sí, que es vivido no como parte de una secuencia rígida y sólidamente articulada, sino en una ‘duración’ cuya dimensión puramente intensiva sólo resulta determinable a partir de sí mismo; el Tú aparece simultáneamente como agente y receptor del efecto, pero no añadido a una cadena de causaciones, sino en su acción recíproca con el Yo que es comienzo y fin del acontecer... El Tú no conoce ningún sistema de coordenadas.” (pp. 33-34).

Emmanuel Mounier es consciente de que para insertar la acción en la situación histórica es necesario presentar una gran atención a los acontecimientos.

“Si los acontecimientos no nos son extraños(...)si son, como nos lo enseña la moral cristiana, mensajes de orden divino y medios propuestos para una más alta perfección, estar conscientemente ante ellos no será ya un juego sino un deber estricto(...) para no dejar que se pierda en el mundo un ápice de la energía que Dios haya podido confiarnos, así como para sacar de cada acontecimiento el máximo de luz y de fecundidad”.<sup>169</sup>

Hay que educar el oído para la historia, pese a que los dos paradigmas de educación histórica para las masas parecen ser Herodoto y Fukuyama. Herodoto de Halicarnaso (s. V. a.C.) escribe la historia:

“Para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las singulares y notables empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros –y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento- quede sin realce” (Heródoto, 1999, p. 85).

Le interesan los hechos públicos, las hazañas maravillosas y los sucesos divertidos, en definitiva lo raro y asombroso, “las cosas aparecen en Herodoto como inconexas y discontinuas, como islotes emergentes en la pleamar del olvido; rigurosamente como *reliquias*” (Marías, 1966, pp. 183-199). Justamente, la sensibilidad de nuestra época es

<sup>169</sup> BAEM, 1930 p. 11

aguda para lo espectacular, pero brilla por su ausencia la capacidad para situarse en la historia. Fukuyama, como sabemos, proclama el final de la historia, pues ya no hay razón para esperar cambios trascendentales, una vez que el capitalismo y la democracia liberal han ganado la batalla de los sistemas económicos y políticos, los hechos que pueden acaecer son superfluos. Por distintas razones, en ambos casos, el drama humano no interesa.

La vida personal parece transcurrir bajo dos modos temporales: por una parte, el 'tiempo ordinario', tiempo de 'normalidad' y estabilidad, donde todo parece constante y sin relieve. Se trata del tiempo entendido como kronos. Pero hay otros momentos en los que el fluir de la vida cobra otra densidad, donde diversos sucesos o acontecimientos se presentan hilados unos con otros, y todos, en referencia a la propia vida como si una causalidad estuviese al frente de todas esas 'casualidades'. Estos momentos fuertes son los momentos de kairós. El kairós está lleno de momentos intensos emotivamente. Y, en contra de lo que se podría esperar desde una lógica hedonista, estos momentos pueden ser predominantemente dolorosos, pues el dolor despierta el alma como no lo logra ninguna otra situación.

El dolor, la culpa, la enfermedad y, en general, todas las situaciones límite nos revelan a gritos nuestra pobreza, nuestra contingencia, nuestra labilidad. Y justo este descubrimiento es el que pone en juego nuestras fuerzas y posibilidades más profundas. Para ello, hay que aceptar la realidad y abrirse a un sentido que ilumine la pasividad que no podemos superar. Y la experiencia nos muestra que estas situaciones terminan siendo fuente privilegiada de crecimiento y de alegría.

Incluso, con mirada atenta, se descubre que los días aparentemente monótonos, están salpicados de pequeños momentos significativos. Así, si cada instante de la vida es un regalo, estos momentos intensos y frecuentemente dolorosos, si son bien interpretados, pueden ser considerados un don, pues son momentos en los que se nos anuncia algo. La respuesta adecuada será la escucha y la docilidad ante lo que nos sucede, pues parece orquestado más allá de mi propia lógica sin ser, por ello, absurdo. Antes bien, aparece como dotado de un hondo sentido, como teniendo que ver con mi vida en este momento.

En primera aproximación podemos expresar lo que es el acontecimiento tomando prestadas estas palabras del profesor François Chirpaz (2002):

“¿Qué es el événement sino lo que llega en la vida individual o colectiva, de una forma no prevista? Lo que, por tanto, trastorna, de una manera más o menos profunda la vida de los hombres imponiendo una marca sobre su vida y solicitando tanto su libertad como su juicio... La atención privilegiada a la historia es, pues, una forma privilegiada de comportarse 'en' la historia, no para pretender elaborar una nueva teoría de la historia, sino para pensar en la historia en la que estamos vivos. Es discernir lo que se llama 'signos de los tiempos'. Modesta pero rigurosamente la atención al devenir que se está realizando en nosotros imponiéndonos una transformación más o menos profunda de nuestras condiciones de vida” (pp. 17-18).

Con el paso del tiempo se producen sucesos, ocurren cosas de más o menos trascendencia para nosotros y para los demás, pero no llamaremos acontecimiento a todo suceso, para ello es precisa la presencia humana y que ésta quede afectada por el suceso en cuestión, para lo cual es condición indispensable la atención.

“¿Cuántos permanecen atentos a este tumulto del universo, incluso solamente a su torbellino entre los otros? Si lo hicieran verían esos fantasmas que aparecen allí, y que solo parecen armonizar tan bien con la naturaleza porque ella es quien los provoca. Pero se encontrarían sobre todo, y esto es lo que realmente importa, con el acontecimiento verdadero, con el extranjero que aparece en medio del camino”.<sup>170</sup>

Es posible que sea cierto que hace 65 millones de años cayera un enorme meteorito sobre la tierra y produjera la extinción de los dinosaurios. Sin embargo aquel suceso, aunque se demostrase fehacientemente, no nos conmueve, nuestra ausencia lo convierte en mero asunto de curiosidad.

También es posible que sucedan cosas que deberían causarnos un hondo impacto, sin embargo, estando presentes no les prestamos atención y las convertimos en irrelevantes. Esto ya puede ser problemático para nosotros, por ejemplo, si estoy en un barco que se hunde en alta mar y estoy durmiendo es posible que no viva para contarlo. Y puede ser problemático para los demás y, al mismo tiempo, cuestión ética para mí: si 15 millones de personas están en serio peligro de morir de hambre en Etiopía y yo no presto atención, entonces no le otorgo la categoría de acontecimiento de máximo orden que es. Objetivamente, debo plantearme mi responsabilidad y, en función de ella, mi culpabilidad, pues aunque no me juzgue un tribunal de crímenes contra la humanidad, moralmente puedo ser homicida por omisión como, sin duda, lo son quienes tienen la capacidad para evitarlo y no lo hacen.

Por tanto el acontecimiento es una categoría ética que me exige un juicio y, al mismo tiempo, pone de manifiesto mi carácter moral o inmoral. Puede plantearse de la misma forma que la cuestión evangélica expresada en la parábola del buen samaritano: ¿quién

<sup>170</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 66

es mi prójimo? Como es sabido, la respuesta de Jesús fue la de hacer desfilar ante el herido a una serie de personajes que, en lugar de aproximarse a él, pasaron de largo, hasta que uno, el samaritano, se hizo prójimo del herido, cargando con la responsabilidad de salvarlo.

“La salvación viene de arriba. Abrir al hombre a la presencia del espíritu más allá de sí mismo es un medio mas puro que los morales para hacerle salir fuera de sí mismo. ...He aquí las transfiguraciones que debe sufrir el corazón del hombre, ese corazón del corazón, más profundo que el sentimiento, tan profundo como el amor, para hallarse dispuesto a las verdades que su inteligencia de descubrirá en la invasión de luz.”<sup>171</sup>

Del mismo modo, se puede responder a la pregunta: ¿qué es un acontecimiento? Acontecimiento es aquello que tú decides que lo sea porque, lejos de trivializar el suceso, le dedicas toda tu atención, le das la máxima importancia, te haces totalmente presente a la situación creada por él y disponible para actuar en consecuencia con lo que exige aquí y ahora.

“

En resumen, el acontecimiento acontece cuando un tú se hace presente y trata al otro como a su propio yo. El acontecimiento eres tú. En encuentro personal.

“Todo encuentro repercute en profundidad, va cargado de una presencia. La percepción de lo que yo llamaré la presencia real del ser y de los seres, de esta presencia que es el misterio más emotivo de la vida, todo el destino del humanismo, y de la humanidad con él, se jugará alrededor de su restauración o de su rechazo definitivo”.<sup>172</sup>

Con esta actitud estamos en las antípodas de aquella de Fausto que exclama: “¡detente instante eres tan bello!”. No pido la suspensión del tiempo para una contemplación inexpugnable de la belleza del momento. Por el contrario, soy yo quien se detiene ante el instante portador de una sorpresa y una exigencia que no domino y afronto la situación que crea. No se trata de disfrutar de la fiera cronológica domesticada, sino de enfrentarse a su asalto.

Hay existencias letárgicas, soñolientas, están en el mundo y poco más, pues como se sabe “el sueño... modifica especialmente la superficie de comunicación entre el yo y las cosas exteriores” (Bergson, 1994, p. 10), por tanto, el nivel de conciencia del mundo y de sí mismos de tales personas es tan mínimo como si les hubieran administrado narcóticos.

<sup>171</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 67

<sup>172</sup> *Ibid.* p. 62

“Todos esos hombres para los que literalmente nada sucede. Se les cree tranquilos porque nada los conmueve, pacientes porque su sensibilidad es escasa, indiferentes porque no se dan a nada. Falta de curiosidad o rigidez, indiferencia o prejuicio para con lo vital”.<sup>173</sup>

Por desgracia este estado semicomatoso es el de media humanidad y la otra media debe mantenerse vigilante, porque a poco que se descuide caería en él. Los formidables aparatos de distribución del orden se ocupan de que así sea: televisión, deportes, modas y un larguísimo etcétera que vende por acontecimiento lo que es puro y vano espectáculo al servicio de un poder que no se cansa de manipular. Tanto por inclinación propia, como por el trabajo de las “técnicas de envilecimiento”, como las llamó Gabriel Marcel, el hombre actual corre un grave peligro de convertirse en animal racional domesticado y satisfecho con una existencia estabulada.

El triste Augusto Pérez, protagonista de la novela *Niebla*, de Unamuno, podría ser el paradigma de este hombre aletargado del siglo XXI, indiferente a la realidad, al paso del tiempo, a la existencia de los otros. “Todos esos hombres para los que literalmente *nada sucede*. Se les cree tranquilos porque nada los conmueve, pacientes porque su sensibilidad es escasa, indiferentes porque no se dan a nada. Falta de curiosidad o rigidez, indiferencia o prejuicio para con lo vital. Tanto lo uno como lo otro es resbaladizo.” (Mounier, 1992, 203).

Otros poseen biografías que “pueden ser ricas en avatares, pero pobres en encuentros, si en ellas brilló por su ausencia la luminaria de un «tú» con rostro; si falta el **ethos** en que dos fragilidades se interpelan, ninguna biografía puede ser escrita ni narrada en primera persona. Don Juan -aventura sin ad/ventura- carece de biografía, pues sus relaciones son yo-ella, nunca yo-y-tú, y tampoco nunca yo-nosotros. Muchas gentes pasan su vida sin un verdadero encuentro, ni personal ni comunitario, por eso oscilan entre el gregarismo y el individualismo” (comunicación personal, C. Dfáz, diciembre, 2002).

Se necesita una fuerte experiencia para arrancar a estas existencias de su arraigo vegetativo en la nada. A veces, se necesita un destino cruel para sacarlos de él, uno de esos golpes de “Los heraldos negros” del trágico poeta peruano César Vallejo (1990, p. 59):

Un acontecimiento así se llama **conversión** y se experimenta muy pocas veces en la vida; quien no haya pasado por alguna debe interrogarse por su vida. La sabiduría de algunos

---

<sup>173</sup>Ibid. . p. 66

pueblos ha tratado de inducirla mediante ceremonias de iniciación o transito, por ejemplo, a la vida adulta.

El acontecimiento no es una promesa de tranquila felicidad: Algunos días sabemos ser felices de una manera inconsciente y pueril; pero no somos de los que esperan la felicidad de los acontecimientos, como una receta; esto no es un sacrificio muy grande, pues sabemos muy bien que la felicidad no basta para ser felices. Más bien, puede ser una invitación a “la vida más inquieta y peligrosa”.

El acontecimiento tiene la virtud del descentramiento de la persona. Enfrenta a nuestro pequeño y ridículo ego a lo que es más grande que nosotros mismos, nos lanza un desafío a engrandecernos paradójicamente, mediante el olvido de sí, haciéndonos salir de nuestro confortable ensimismamiento, miniaturizando la falsa grandeza de nuestros sufrimientos y la sacrosanta centralidad de nuestro ego. Hace estallar el globo del mundo ingrávito e ilusorio en el que habita nuestro ego desencarnado de la realidad para que aceptemos el riesgo de una existencia expuesta.

A fuerza de atención y escucha del mensaje cifrado en el acontecimiento, de dejarnos interpelar por él y de darle respuesta generosa, educaremos todo un carácter. Más allá de diseños curriculares y programaciones educativas controlables, más allá de los sueños conductistas que preparan para dar respuestas sabidas a preguntas conocidas, Mounier ha insistido en la importancia de encontrarse sobre todo con el acontecimiento verdadero, con el extranjero que aparece en medio del camino, es decir, con ese imprevisible suceso llegado a mi vida sin que yo lo pueda controlar y que me exige, en términos no aprendidos, una respuesta que no me sé. En este sentido el acontecimiento ejerce de maestro de vida y de forjador de caracteres. Vale la pena transcribir la siguiente cita del *Tratado del carácter* :

“Una psicología de la persona y de la duración debe conceder un lugar capital al entorno constituido por el acontecimiento. Su estudio ha sido fácilmente abandonado por una psicología que no cree más que en la ley. En un interesante estudio, Rogues de Fursac y Minkowski manifiestan la importancia del imprevisto y del azar (de lo que es percibido psicológicamente como tal) para insertarnos en el ambiente, sacarnos del ronroneo de la rumia interior y despertar nuestras potencias de acogida y nuestra apertura a lo real. Siendo en este aspecto un intruso, el acontecimiento es cómplice de nuestras disposiciones por una u otra forma de su acción. No actúa sobre nosotros sin el apoyo de inteligencias interiores y de tendencias latentes; estas no se pondrían en marcha sin dicho acontecimiento, pero éste solo las despierta porque en el momento en que sobreviene las ha

preparado para recibirlo una maduración secreta: de lo contrario, como la semilla del evangelio, cae en terreno pedregoso y se pudre, o bien hecha solo unas raíces efímeras. 'Nunca os ocurrirá otro acontecimiento que vosotros mismos' (Nietzsche). La trama de nuestros acontecimientos es una trama viva cuyo juego nos estimula o nos destruye. El equilibrio de la personalidad exige que cada uno sepa ceder su lugar, medir su espacio de posibilidades y de oportunidad y después desaparecer en el pasado: de lo contrario nos abruma con esas presencias interminables e intolerantes como ideas fijas, contra las cuales nos agotamos en esfuerzos vanos: un duelo que no acepta apaciguarse, un amor imposible... un remordimiento... es Freud el único en haber restaurado en psicología la dignidad del acontecimiento: toda historia psicológica está hecha para él de acontecimientos no aceptados o no resueltos. Pero, como siempre, ve el acontecimiento cuando ha pasado, en sus huellas mórbidas y sus fatalidades de *choque*. Ahora bien, el acontecimiento se presenta a un universo de personas bajo un rostro mucho más esencial: el rostro de sus promesas como *encuentro*. Cuando nos volvemos hacia la historia que nos ha hecho ser lo somos... los encuentros que hemos hecho nos parecen tan importantes como los entornos que hemos atravesado. No hay explicación psicológica válida allí donde es desconocida la cadena de estos acontecimientos. También la geografía de sus amistades es más esencial para el conocimiento de un hombre que el balance de sus secreciones." (pp. 121).

El acontecimiento representa todavía una penúltima dimensión en relación al misterio de la existencia humana. Mounier fue católico radical y confesante, pionero del ecumenismo, del diálogo interreligioso y de la cooperación con los no creyentes. Siendo sumamente respetuoso con quienes no profesaban fe alguna y con quienes se declaraban abiertamente ateos, no dejó jamás de poner de relieve que el misterio, de múltiples maneras, forma parte de la realidad de la persona, que lo esencial es invisible a los ojos y que la persona es, precisamente, lo no inventariable, lo no objetivable en el hombre.

Situados en esta perspectiva, hemos de ver el acontecimiento como sacramento del misterio. por el cual accedemos a un mundo que no se conforma a nuestra realidad cotidiana y participamos de lo que aún no es pero puede y debe llegar a ser, que posee una racionalidad que no es la de lo evidente, sino la de lo posible que para ser real está condicionado a nuestra entrega incondicionada y, por tanto, solicita de nosotros un acto de fe.

A través del acontecimiento recibimos la revelación del ser, el mensaje del logos, la mística de visionaria, la fuerza de la esperanza y la anticipación de la utopía... Pero como dice Eliot (1995) "... percibir / el punto en que se encuentran la intemporalidad / y el tiempo es ocupación para el santo..." (p. 135), por eso hay que estar vigilante a los signos de los tiempos. Como observa Domenach (citado por Bombaci, 2002) "para Mounier el

*évènement* es también *avènement*, advenimiento de una realidad absolutamente nueva más allá de las esperadas” (p. 42).

Por el acontecimiento recibimos el encargo de una misión que nos exige obediencia, nos impone salir de nuestra tierra, renunciar a nuestros hábitos y disponernos para lo insólito. En razón de lo cual, sin forzar excesivamente la traducción de la frase con la que comenzamos, podríamos decir que el acontecimiento es nuestro amo (maître) interior. Por eso es el extraño que irrumpe en nuestra vida alterándola, pues como decía Péguy hay algo peor que un alma perversa: un alma habituada. Por eso nos arroja fuera de los muros donde nos hacemos fuertes y nos impulsa y nos lanza transfigurados allá a donde no sabemos ir cuando trazamos los caminos. La revelación del universo, aquí también, termina en un don.

Concluyendo, de la misma manera que hemos esbozado una pedagogía del acontecimiento diremos, con que “los acontecimientos desencadenan una verdadera *mistagogía* o iniciación al misterio”. Nunzio Bombaci (2002, p. 43)

### 3. ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LA REFLEXIÓN SOBRE LA PERSONA

“A la metafísica del Éxodo se vincula el personalismo cristiano como todo lo demás; somos personas porque somos obras de una Persona; participamos de la personalidad divina, como participamos en su perfección, siendo bienes; en su omnipotencia creadora, siendo causas; en su providencia, siendo nosotros mismos previsores, y, en una palabra, como participamos en su Ser, siendo seres nosotros mismos. Ser una persona es participar de una de las dignidades más altas del ser divino”.

Etienne Gilson

#### 3.1 LOS GRIEGOS

En la antigüedad grecorromana, y pese a los profundos estudios y declaraciones hechas por Sócrates y Platón, en los *Diálogos* de este último, y por Aristóteles, en sus obras de *Ética y Política*, no se llegó a tener una idea clara y precisa de la dignidad del hombre como individuo y de sus correspondientes derechos frente a la comunidad política. Se consideró siempre que los hombres formaban parte de su comunidad y pertenecían a ella como las partes de un todo.

La comunidad tenía la primacía absoluta sobre los hombres y éstos debían obedecer las leyes de la misma aún cuando fueran injustas (piénsese en la muerte de Sócrates, víctima de una acusación infundada).

La voz de *Antígona*, en la tragedia de Sófocles, reclamando derechos divinos superiores a cualquier ley humana, no hacía más que subrayar la preeminencia de un orden sobrenatural sobre el natural, pero no era indicadora de derechos individuales, nacidos de la naturaleza racional del hombre, que se pudieran hacer valer frente a la *polis*.

A penas si en algunos lugares de las grandes obras de Platón y Aristóteles se encuentran alusiones a la necesidad de que las leyes positivas se ajusten a las exigencias espirituales y morales del hombre como criterio de justicia.

Tal es el caso del pasaje del *Diálogo Las leyes* (L.IV, 15, 770), de Platón, en el que el gran filósofo ateniense escribe que los hombres prefieren soportar con paciencia las mayores calamidades antes de pertenecer a un Estado cuyas instituciones signifiquen una degradación moral de su ser.

En el ocaso de la cultura griega, perdida ya la independencia y absorbida la antigua *Hélade* por la conquistadora Roma, aparecieron las escuelas éticas que anteponían a toda investigación política la búsqueda de la felicidad individual. Las dos más destacadas fueron la *epicúrea* y la *estoica*. Esta última cultivó una filosofía severa y elevada. Tuvo como ideal al hombre sabio –caracterizado por su *ataraxia* y su *autarquía*– y habló de una ley natural universal a la que se adhería todo hombre por el uso de su razón.

Con esa idea de la razón universal la filosofía estoica abrió nuevas perspectivas al desarrollo humano. El hombre no fue ya el estrecho ciudadano de la polis, sino el miembro de una comunidad universal. Además, se acentuó la idea de la dignidad de todo lo que tiene rostro humano y el valor natural de la libertad y de la igualdad. Este pensamiento fue cultivado en Grecia y también en Roma por espíritus selectos como Cicerón, que fue su gran divulgador, Séneca, Epíteto y Marco Aurelio.

### 3.2. LA PATRÍSTICA

En ambiente espiritual estaba preparado para que se abriese paso la idea de la dignidad del hombre como persona, ser racional y libre, con un destino individual, propio e intransferible, distinto y superior al de la comunidad. Esta idea fue aportada por el Cristianismo y difundida como *Buena Nueva* por todo el mundo conocido. La aseveración enérgica de San Pablo de que ya no hay esclavos ni hombres libres, sino que todos son hermanos en Cristo Jesús (Gal, 3, 28), renovó la faz de la tierra. En adelante los hombres ya no serían cosas ni objetos de posesión por otros hombres, sino verdaderos ciudadanos, libres e iguales, del reino de Dios. Esto influyó también en las relaciones del hombre con la comunidad. Dejó de ser ya una parte del todo político y de participar necesaria e indisolublemente en su destino, para gozar de independencia incluso frente a la comunidad misma. Siendo ciudadano de dos reinos, el espiritual y el temporal, el hombre

era, sin embargo autónomo y libre en lo más íntimo de su ser, y responsable sólo ante Dios. Da aquí su fragilidad y su grandeza.

Pero *proposón*, en el pensamiento cristiano, asume progresivamente un significado netamente personalizante. Por ejemplo, designando el “rostro” permite a Clemente de Alejandría determinar, en la Trinidad divina, la persona del Hijo como rostro del Padre. En la larga reflexión teológica trinitaria, desarrollada por la Patrística griega, *prosopón* adquiere definitivamente el nuevo valor semántico (no ya metafórico) de persona individuo e individuada. Para Juan Damasceno, “es aquello que se expresa a sí mismo por medio de sus operaciones y propiedades y ofrece de sí una manifestación de lo que distingue de los otros de su misma naturaleza”. Pero otro término viene pronto a combinarse con *prosopón* y, en definitiva, a sustituirlo: *ypóstasis*, que sufre un notable cambio semántico. Del significado originario lexical de substrato (en latín: sub-stancia) – del verbo *yphístamai*, subsistir- viene a diferenciarse de *ousía* (esencia) y de *physis* (naturaleza) para designar además la persona: las tres hipóstasis trinitarias tienen la misma naturaleza. Es interesante notar que, mientras *prosopón* puede llegar a significar la persona en el sentido actual y sigue un itinerario semántico de la apariencia a la realidad individuada, *ypóstasis* llega al mismo resultado individualizante partiendo de significar la realidad general no material.

Estas ideas fueron desarrolladas por los Padres de la Iglesia, tanto griegos como latinos, y especialmente por el gran Obispo de Hipona, San Agustín, quien en su *Ciudad de Dios* trazó el amplio panorama de la historia de la humanidad en su camino ascensional hacia su destino eterno.

Como es sabido, el cristianismo no sólo aporta los ingredientes básicos del concepto de persona sino el mismo concepto, concepto que surge en un contexto teológico y, más precisamente, cristológico. El concepto de persona surge de la lucha especulativa por dar razón del misterio de la cristología, del hecho de que una persona divina posea una naturaleza humana. Para ello eran inadecuados los conceptos filosóficos, que se movían en la tensión de lo único y lo múltiple, de lo universal y lo particular, de la especie y el individuo. La historia del espíritu nos permite afirmar que fue aquí donde por primera vez se comprendió plenamente la realidad ‘persona’, porque en la lucha por la imagen cristiana de Dios y por el significado de la persona de Jesús de Nazaret fue justamente por donde el espíritu humano llegó al concepto y a la idea de ‘persona’.

En efecto, la reflexión sobre la persona se desarrolló inicialmente en el terreno de la teología, apareciendo por primera vez el término con Tertuliano, distinguiéndose por primera vez en la Patrística el término persona (como sujeto subsistente individual) del de substancia (como forma esencial común a varias personas). Como es sabido, el término *προσωπον* griego designaba la máscara del actor en el escenario y, por extensión, su papel. De ahí que comenzara a significar también el ‘papel en la vida’. Buena intuición para expresar la persona como llamada a una misión. Recordemos que el término substancia (de origen latino) traducía dos términos griegos. La *ousía*, que es lo común, la esencia (*eidos*), también llamada *deútera ousía*, y la *hypostasis*, lo individual (*tode ti*), la *proté ousía*. La *hypostasis* como *kath'heautón* era insuficiente para explicar el quién en el que consiste cada persona, y, en su momento, el quién y el para qué de Cristo. Por ello, las definiciones de la persona como substancia, incluida la de Boecio, se quedan ancladas en la tensión entre lo universal y lo particular.

Al tener que aplicar estas categorías a la persona, y de modo especial a las personas divinas, como éstas no eran una substancia más, se comenzó a aplicar el término ‘persona’, del griego *προσωπον*. Esta aplicación nunca la habría hecho un griego, pues la *prósopon* era justo la máscara que vela la persona, esto es, el personaje. Pero, en consonancia con la concepción hebrea, para quienes el rostro es justo lo que desvela la persona, se tomó, finalmente el término ‘persona’ como aquello que desvela lo que la persona es, como substancia individual que existe por sí, con libertad y dignidad. Para los hebreos, el hombre es *panim*, rostro. Y lo es por saberse interpelado por un Dios personal. Este fue precisamente el primer hallazgo del primitivo concepto de ‘persona’: que la persona es un ‘yo’ desde un ‘tú’ que lo constituye al interpelarlo, que la persona es relación.

### 3.3 LA ESCOLÁSTICA

Ya en la escolástica santo Tomás de Aquino recurrió a distinciones muy útiles entre las esferas de los valores inmanentes, intramundanos, expresados por el bien común de la sociedad, y la de los valores trascendentales, supra-mundanos, propios de la vida espiritual y del destino último de los hombres. Y así, mirando al hombre como un ente que camina entre las dos vertientes del tiempo y la eternidad, estableció que cuando están en juego intereses propios de la esfera de valores inmanentes, que miran a la vida buena en esta existencia terrenal – tales como la economía, las leyes positivas, la instrucción, la salud corporal, la política – es en bien común el que tiene la primacía, y los hombres como

personas individuales, deben subordinarse a él (Summa Theologica, II-11ae. E, qu. 152, art. 4, ad 3), o sea, el bien común es superior al bien privado si ambos son del mismo género, o lo que es lo mismo, si pertenecen a la misma esfera de valores.

En cambio, cuando están por medio cuestiones que afectan a la salvación eterna del hombre o que se refieren al núcleo íntimo de su personalidad –tales como la determinación libre de sus estado de vida o del número y educación de sus hijos o de la religión que quiere practicar – el bien privado es el que debe prevalecer y el hombre no queda subordinado a la sociedad:

*“Homo non ordinatur ad communitatem politicam secundum se totum et secundum omnia sua”.*<sup>174</sup>

O sea, el hombre no está totalmente ordenado a la sociedad, sino que se reserva una esfera íntima que trasciende a los valores mundanos y es superior a ellos.

Con esta distinción tan clara y aparentemente tan sencilla, pero que es de gran profundidad, santo Tomás cortó el nudo de una cuestión muy espinosa y difícil, a saber hasta dónde llegan los derechos del hombre y hasta dónde los de la sociedad, que había preocupado a los hombres desde los primeros tiempos del Cristianismo. Ya la distinción hecha por Cristo, de los dos reinos –“dad al Cesar lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”.<sup>175</sup> – había significado un deslinde de gran importancia, pero había que aclarar todavía si en el seno mismo de los temporal volvía a presentarse el conflicto entre dos distintas esferas de valores y cuál era su solución.

Ya en el pensamiento griego, la reflexión sobre el ser humano -dado que conocer era siempre conocer lo universal- consistía en estudiar sus elementos constitutivos (πσιφε y σωμα), o se reducía a una descripción de la psijé, sus dimensiones y funciones, -especialmente las cognoscitivas-, o bien a estudiar al hombre como animal político. Siempre se trataba de un conocimiento universal, pues para Aristóteles no existe conocimiento de lo particular. No mucho más allá fue en realidad la antropología medieval: el ser humano era entendido desde la metafísica siendo su elemento definitorio una mera diferencia específica universal, que casi siempre coincidía con la racionalidad. Así, para Santo Tomás, conocer al ser humano se reducía principalmente a conocer su alma (siendo algo meramente accidental su relación con los demás o con el mundo), su substancialidad y sus potencias, especialmente las intelectivas.

<sup>174</sup> (Suma Theol., I-IIae, 1, 1u. 21, art, 4, ad 3).

<sup>175</sup> Evangelio de San Mateo 22, 21.

### 3.4. LA MODERNIDAD

Lo que ha sucedido a lo largo de la historia de la filosofía después del Medievo ha sido una secularización de dicho concepto y, en parte, una reducción a algunas de sus dimensiones. En otros casos, se ha producido una lenta elucidación de su sentido, siendo dificultoso y parcial en el Medievo a causa del lastre semántico y substancialista de la filosofía griega, y con un desarrollo más cabal en el contexto del pensamiento personalista del siglo XX. Podemos decir que ha sido el personalismo comunitario del siglo XX el primero que ha desarrollado la mayor parte de las notas constitutivas del concepto de persona, que supone un paso adelante respecto del más genérico de 'ser humano'.

En segundo lugar, el personalismo supone, junto con el existencialismo, una reacción frente a la abstracción del pensamiento occidental que le llevó a desentenderse de las condiciones concretas del ser personal.

Un impulso serio de la atención a lo individual personal tuvo lugar en el periodo humanista, pues se valoró el hombre en sí mismo, y no en función de un orden suprahumano o meramente natural, y en el que se promovía la libertad individual frente al sometimiento de cualquier *fatum*. Así, Nicolás de Cusa, en su *De docta ignorantia*, afirma que el hombre, en su camino hacia el absoluto, tiene que buscar no sólo realizarse como hombre universal, sino en su concreta individualidad. El individuo es un microcosmos que, como imagen del macrocosmos, ha de realizar toda su creatividad y libertad, siendo así un sujeto único e independiente. Por ello, como dirá Pico della Mirandola, 'la suerte es hija del alma' y en el ser artífice de la propia vida radica su dignidad. Además, esta época supone una revalorización del cuerpo y sus goces (el *Decamerón* de Bocaccio o *el De voluptate* de Valla son buena muestra de ello). Pero, al cabo, la modernidad acabó por sumergir de nuevo al estudio del ser humano en las reducidas coordenadas de la gnoseología. Quizás, sólo el fenómeno de la mística, con figuras como Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Ignacio, el Maestro Eckhart, Luis de León, Luis de Granada, Malon de Chaide o Juan de los Ángeles (sobre quien quiso hacer su tesis doctoral Mounier), supuso otro momento histórico fuerte de atención a la experiencia individual, a la llamada y a las fuentes de la vida interior personal, aunque centrada en la experiencia religiosa. La llegada de la modernidad -con la excepción de Pascal-, supuso una vuelta atrás, pues redujo el ser personal al cogito -mera cosa: '*je suis une chose qui pensé*'- en relación siempre problemática con la materia corporal. Además, tanto Descartes, como Malebranche, Leibniz como Spinoza retomaron con fuerza el substancialismo griego. Incluso, este

último, reduciendo toda substancia a la divina. Así, dirá que entiende por cuerpo un modo que expresa de cierta y determinada manera la esencia de Dios, en cuanto se la considera como cosa extensa” y poco después afirma que “el Pensamiento es un atributo de Dios, es decir, Dios es una cosa pensante.

El empirismo, por su lado, reduce el ser humano a su materialidad y a su capacidad percipiente. Paradigma de ello es Hobbes en su *De corpore* y en su *De homine*. Sobre estos principios, otros filósofos empiristas como Locke no acertarán a ir más lejos de una gnoseología y, acorde con este materialismo de fondo, un eudemonismo utilitarista, que lleva a su máxima expresión Hume. Lo que llevaron a cabo posteriormente tanto el idealismo kantiano como el de Hegel, Fichte o Schelling, no fue sino llevar hasta las últimas consecuencias esta reflexión sobre el Cogito, sobre un sujeto que consideran único y autosuficiente, en el que el ser y el pensar, la esencia y el concepto, se identifican. Pero, sobre todo, la filosofía personalista, supera el pensamiento egológico y se abre al *heterológico*, esto es, pasa de la filosofía del yo a la filosofía del nosotros. En el Medievo el lastre del substancialismo griego fue tan intenso que apenas se vio la antropología iluminada por la cosmovisión cristiana en este aspecto: la relación no dejaba de ser una categoría accidental, el *pros-ti* de Aristóteles. Y cuando, ya en el Renacimiento, Alberti, Pico y otros hablaron de la dignidad del ser humano, era ensayando- una independencia respecto de Dios y de los demás hombres, abriendo el camino hacia el individualismo. Lógicamente, la modernidad transitará por este camino, terminando el racionalismo por definir al ser humano como cogito, esto es, como descarnado sujeto de conocimiento, sin relación directa con otras realidades que no sean sus ideas claras y distintas, terminando Leibniz por decir que el compuesto de mónada psíquica y extensa a la que ha quedado reducida la persona, no tiene ventanas, esto es, carece de relaciones. Por el camino de la sensación y la percepción, tampoco Berkeley, Hobbes, Locke o Hume acertaron a ver en el ser humano más que un ser percipiente -y, por ello, pensante-, pero nada más ajeno a sus antropologías que la dimensión comunitaria (curiosamente, en el ámbito de la política, recuperan no la dimensión comunitaria pero sí la social, aunque de modo meramente instrumental: para lograr un gobierno pacífico y democrático que impida que el hombre sea obstáculo para el hombre en la búsqueda de su bienestar). Ni el idealismo kantiano que cerró al sujeto en sí, proclamando su voluntad autónoma como absoluto, ni el de Hegel (que hace de lo humano un epígono del Sujeto absoluto en su dinamismo dialéctico) entienden de un tú con el que sea posible el encuentro.

## 4. EL PERSONALISMO COMUNITARIO

“Veo asomar por el horizonte, con la lentitud de todos los acontecimientos de la verdadera historia humana, un descontento tan enorme cual no se ha conocido jamás. No se tratará ya, como hasta ahora, de oponerse a una tendencia dominante en nombre de otras tendencias, sino de rebelarse contra la falsa realización de un gran anhelo, el anhelo de la comunidad, el anhelo de su realización autentica”

Martín Buber

### 4.1 CONTEXTO HISTÓRICO.

Emmanuel Mounier es heredero de un continente lleno de conflictos y divisiones desde el siglo de sus abuelos que sin duda lucharon por formar grandes democracias, pero para formarlas no les fueron suficientes todas las revoluciones y guerrillas del siglo XIX, pues apenas abriendo los ojos el siglo XX comienza la I Guerra Mundial. Esto es justo cuando Emmanuel Mounier tenía nueve años, un primero de agosto de 1914, este es uno de los encuentros armados más trágicos de la historia de la humanidad y para su tiempo, el mayor; finaliza en 1918.

Francia participa activamente en este conflicto, es de la parte que se llamo de las *Aliadas* que luchaban contra la coalición llamados *Imperios Centrales*. Este río de sangre que bañó con sus cauces todo el continente europeo tiene como fuente el siglo XIX y todos sus conflictos económicos, que explotan por el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Habsburgo.

Como sabemos, Emmanuel Mounier nace en 1905 y muere en 1950, pocos días antes de cumplir los 45 años. No resulta difícil comprender que el denominador común de ese tiempo es la guerra por doquier. A pesar de la presencia ubicua y repletiva del fenómeno

bélico, pocas generaciones como la de Emmanuel Mounier se habrán visto tan obligadas a encuadrar sus biografías en el marco de los horrores colectivos.

Así, viendo la realidad por la que pasan él y sus compatriotas, Emmanuel Mounier escribe: *somos una generación huérfana*, pues en lo que es el crecimiento de él y sus compañeros de infancia y adolescencia falta una generación de varones: sus padres; muchos de los jóvenes contemporáneos a él no los conocen, solo conocen a los abuelos; ellos, sus padres, fueron a la guerra y en muchos de los casos no regresaron.<sup>176</sup>

La orfandad de esta generación no fue sólo familiar. Sobre todo, fueron y se sintieron huérfanos en el plano espiritual. Cuando acaba la I Guerra Mundial, Francia está en manos de viejos, los abuelos de los muchachos nacidos a principios de siglo. Así lo refiere Emmanuel Mounier en su *Alegato por la infancia de un siglo*:

“No hubiera sido tan grave encontrarse casi solos, niños con viejos. Pero los que tenían los puestos de poder y de inteligencia no eran ni siquiera tan viejos, sino envejecidos, finiseculares, vetustos ya desde su lejana juventud. Estaban viejos y lo están hoy, veinte años después”.<sup>177</sup>

Un término expresa mejor que ningún otro la situación que se vivió: holocausto (todo quemado), término griego siempre unido a *Polemós*, la guerra. En efecto, cuando Emmanuel Mounier empezó a darse cuenta de lo que es la vida tuvo que vivir en una Francia en armas durante la devastadora primera Guerra mundial, con su correspondiente devastada posguerra. Decía en el primer número de la revista *Esprit*:

“Que las guerras dejen un poco de respiro al milagro técnico, y enseguida, henchidos de comodidades, podremos proclamar la muerte de la felicidad. Una especie de siglo XIV se desmorona ante nuestros ojos: Se acerca el tiempo de “rehacer el Renacimiento”.<sup>178</sup>

Y es que el Renacimiento tomaba en mucho su nombre de la devasta Europa que sobrevivió la peste negra en la que pereció cerca de la mitad de la población Europea. La catástrofe de la guerra no era menor. Sólo que la epidemia tocaba ahora en el corazón del hombre. Larga es la memoria del odio: la prehistoria de la primera Guerra mundial se remonta al 2 de septiembre de 1870, fecha en que el emperador Napoleón III cae prisionero de los alemanes en los campos de Sedán. Cinco meses más tarde, el rey de Prusia Guillermo I osa proclamarse emperador de la recién unificada Alemania en el mismísimo *Salón de los Espejos* del palacio de Versalles del rey Sol, Luis XIV: tenía que ser allí, para que todos lo vieran. La humillación del pueblo francés por la doble afrenta caló tan hondo, que se convirtió en uno de los acicates decisivos que pusieron en marcha

<sup>176</sup> Sartre que perdió a su padre muy pronto, comentará con cinismo que eso resultó para él una feliz ausencia del “super-yo” Cfr. Díaz Carlos, *Mounier: su tiempo y el nuestro*, Acontecimiento p.18

<sup>177</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 163

<sup>178</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 532

la primera Guerra mundial como la única posibilidad de desquite y resarcimiento de 44 años de frustración debido a que Otto von Bismarck, por su parte, intentó consolidar al *Reich* alemán y, para tener las manos libres, intentó aislar a la doblegada *Tercera República* francesa.

Bajo la obsesión por el desquite y tras una serie de enfrentamientos y alianzas en que se involucraron otras naciones, la guerra se hizo inevitable. Era tan grande la rivalidad económica, tan desesperada la carrera de armamentos, y tan exaltados los nacionalismos, que parecía no existir otra forma de solucionar la cuestión que con la gran sinrazón de las armas. El juego de alianzas se puso inmediatamente en marcha: Austria y Alemania (luego Italia también) contra Serbia, Rusia, Francia y Gran Bretaña convirtieron lo que se suponía breve guerra en una interminable guerra de trincheras.

La gran ofensiva de Alemania contra Francia en *Verdún* se convertiría en una de las batallas más largas (300 días) y más sangrientas (un millón de bajas). Pétain se alzó como héroe, y Alemania terminó perdiendo la guerra y siendo humillada. El orgullo francés, canalizado por *Clemenceau*, se había cebado sobre los alemanes antes orgullosos y ahora humillados. Dada la lógica del resentimiento que estamos viendo, ¿hará falta recordar que los Aliados victoriosos impusieron el mismo escenario para la firma del tratado de paz (28 de junio de 1919), a saber, el *Salón de los Espejos* de Versalles? La dureza de las cláusulas impuestas a Alemania hizo que muchas fueran imposibles de cumplirse. Esta imposibilidad justificó los intentos ulteriores de A Adolf Hitler por romper los acuerdos del tratado e intentar recuperar la dignidad perdida. Aún perdida, la llama de la venganza continuaba inflamando el pecho de los derrotados.<sup>179</sup>

Este monumento a la bestialidad del hombre construido sobre los prados de la historia es culminado en 1918; pero son tan pocos los momentos de calma que tiene las tierras europeas, porque no tardaron en salir sobre los cielos del tiempo las nubes terroríficas de lo que fue el mayor de los monumentos a la irracionalidad que puede encerrar el ser humano con su ansia de poder, es en el año 1932 cuando las nubes de la II Guerra Mundial abren sus senos y derraman sobre los campos de Europa balas de odio y ambición.

“Las fuerzas de resistencia que se acumulan aquí son tanto más terribles porque el viejo instinto egocéntrico y la revolución rápida del medio la crisan sobre sí por efecto de desamparo. Las mallas de los poderes se cierran cada vez más sobre el libre campo de las espontaneidades individuales...”<sup>180</sup>

<sup>179</sup> Cfr. Díaz Carlos, *Mounier: su tiempo y el nuestro*, Acontecimiento p.32

<sup>180</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, 250

En estos años la conciencia de la crisis de la sociedad europea encuentra expresión en una vasta literatura que se desarrollará aún en los sucesivos decenios. La crisis se manifiesta en su perfil cultural, político, social y económico, pero sobre las causas y las posibles respuestas las posiciones divergen.

Mounier critica la unilateralidad de quienes reconocen en el desorden sólo una crisis de estructuras, resoluble con meras reformas estructurales “cambiad la sociedad y el hombre cambiará), así como la de quienes piensan que, dada su naturaleza espiritual, podrá ser superada sólo con valores morales (cambiad al hombre y las sociedades cambiarán). La renovación debe darse en realidad en dos frentes, edificando nuevas estructuras y un nuevo humanismo.

En este marco nacen direcciones de pensamiento proponiendo una nueva visión del hombre y de sus relaciones con la naturaleza y con la sociedad, tales como la fenomenología, el personalismo y el existencialismo.

“Existe una experiencia materialista, auténtica, en el hombre contemporáneo; él lleva una pasión colectivista de la que no se libra con vagos anatemas sobre las masas; él guarda también clavado en sí, incluso cuando lo niegue, una necesidad espiritual inalienable. No lo llamamos más allá del materialismo, del colectivismo o del espiritualismo. Si él no nos ha visto compartir sus aspiraciones y sus dificultades, nuestra llamada le parecerá incompetente con toda razón. Es en el corazón del materialismo, del colectivismo, del espiritualismo donde iremos a buscar, bajo las palabras demasiado usadas, bajo las construcciones y los sentimientos parásitos, la experiencia auténtica y la intensión saludable que expresan estas doctrinas”.<sup>181</sup>

La actitud de los hombres de cultura más viejos frente a los “jóvenes no conformistas” es de frecuente indulgencia e ironía, tendiendo a liquidar sus aspiraciones como una *rêverie*<sup>182</sup> de tardo-adolescentes o como veleidocidad de gente frustrada, según lo hace despiadadamente Francois Mauriac desde las columnas del *Le Figaro*. Entre las dos generaciones hay un abismo incolmable producido por el último conflicto. La primera guerra mundial ha dejado en Francia más de un millón y medio de víctimas, faltando así una parte conspicua de aquella generación de personas de cuarenta años que podría haber sido la más válida interlocutora de la de veinte o veinticinco. Los “no conformistas” van a buscar maestros entre las grandes figuras del pasado nacional, como a Joseph Proudhon o a Charles Péguy.

“Una continuidad, sin embargo nos une a aquellos de nuestros mayores que en los años veinte, bajo las modas de las palabras, perseguían una ardiente búsqueda de la sinceridad y del orden”.<sup>183</sup>

<sup>181</sup> Ibíd. p. 235

<sup>182</sup> *Rêverie*: (francés) fantasía o ensueño.

<sup>183</sup> Mounier Emmanuel, *O.C.I., Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 164

Se trata en efecto de una generación que protesta y propone, con una tensión creadora y una temeridad que difícilmente encuentra parangón en las generaciones antecedentes y subsiguientes.

La generación de Emmanuel Mounier olfatea la crisis de aquel mundo burgués y podrido. Tienen claro que no se trata de una crisis más, sino de la crisis definitiva de la sociedad burguesa que está en el origen del desorden establecido.

“Las chiquilladas tienen un tiempo. La infancia no. A medida que los años pasan es necesaria, para conservarla, reconquistarla pese a las hostilidades de la edad... Nuestra generación se siente llamada a renovar este milagro a lo largo de una vida. Ya algunos ceden terreno. Queda por ver si, al menos alguno de nosotros, no sabremos detener la invasión del alma burguesa. Pedimos, a fin de cuentas, ser juzgados por ello”.<sup>184</sup>

Francia, al igual que toda Europa, es bombardeada por distintas corrientes ideológicas. Así, el ambiente que se presentó en estos catorce tristes años que hay de espacio entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial no se le puede llamar paz, pero pone un poco de calma en el ambiente para que Mounier pueda agarrar su dócil pluma y crear *Esprit*.

Mounier es testigo y partícipe de las dos lanzas envenenadas de la guerra que fueron lanzadas por el hombre hacia el mismo hombre.

Sólo gozó de cinco años de relativa paz después de la II Guerra Mundial antes de su muerte. Pero es sólo así cuando alguien corre por los ríos de la historia accidentados por terrenos llenos de violencia, es cuando se forma un pensamiento capaz de poner las bases para reordenar la jerarquía de valores dentro de la sociedad, éste es el ambiente en que Mounier escribe que es preciso que un drama interior anime el compromiso..

“Este drama alcanza su punto máximo de intensidad y de fecundidad cuando resulta de la tensión, en la inspiración de la experiencia, entre la exigencia inflexible del absoluto y la exigencia acuciante de la realización. La situación de inseguridad y de atrevimiento en que nos introduce (la ruptura y el riesgo) es el clima de las grandes empresas”.<sup>185</sup>

#### 4. 1.1 La revolución rusa.

Como una guerra al margen, aunque no sin conexiones con ésta, el mundo alcanza a ver la revolución más grande de la historia, la rusa del 1917, cuya onda de expansión ideológica iba a ser determinante para Francia, un país capitalista y fabril con un fuerte y antiguo movimiento obrero. Las ideas socialistas adoptan la deriva del comunismo, y éste recuerda que la historia de la humanidad no es ni más ni menos que la lucha de clases, y que la paz no llegará hasta la victoria final del proletariado sobre el capitalismo. Ningún político extranjero ha tenido en la historia de Francia (ni en la de la revista *Esprit*) tanta

<sup>184</sup> *Ibid.* p.163

<sup>185</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 219

importancia como Stalin, el sucesor de Lenin. El estalinismo forma parte del paisaje francés tanto como del moscovita.<sup>186</sup>

#### 4. 1.2. El paréntesis de los felices años veinte

Apenas terminado todo eso, que conmovió al mundo, aparecen los «felices años veinte», expresión con que se designa el periodo entre 1921 y 1929, caracterizado por el auge económico —propio de toda reconstrucción posbélica en que hay abundancia de trabajo— y por el optimismo generalizado. El coche deviene símbolo del bienestar. La adopción por Henry Ford de la producción en cadena en su fábrica de Chicago, que reducía los costos y por tanto el precio del vehículo, acerca el coche a las clases medias burguesas.

Lo propio acontece en París, con sus luminosos, su torre *Eiffel* adornada con un gran anuncio de la Citroën. Se difunden los electrodomésticos, que liberan a la mujer de parte de sus tareas caseras. Los felices años 20 también reflejan el giro hacia la frivolidad y hacia la prensa del corazón, fenómeno no tan nuevo. El ejemplo de las estrellas del cine como Greta Garbo, Gloria Swanson y Mary Pickford tendrán gran influencia en el cambio de costumbres de las mujeres, deseosas de imitar el estilo de vida de sus ídolos. París se convierte no sólo en la patria de los pintores y demás artistas de la bohemia, sino que se afianza como el centro de la moda mundial.

#### 4. 1.3. El crack de Wall Street.

Pero en medio de todo esto se produce el crack de Wall Street. Este casino financiero mundial de nuestros días ya estaba potencialmente contenido en aquel, y el girar de su ruleta depara de cuando en cuando sorpresas para muchos ingratos. La ruleta de Wall Street aún gira. El pánico se apoderó de la bolsa de Nueva York cuando el valor de las acciones se desplomó en apenas unas horas, sin que casi ningún economista hubiese sido capaz de prever la magnitud de la crisis. El 24 de octubre de 1929 fue un jueves negro para la economía mundial. Miles de empresas fueron a la quiebra, al igual que sus inversores. Decenas de bancos arruinados, pequeños y medianos financieros cayendo al vacío desde los rascacielos neoyorquinos, fortunas de papel bursátil convertidas en basura que los barrenderos retiraron del asfalto de *Wall Street*, paisaje apocalíptico tras la batalla, eso fue el *jueves negro* de la bolsa neoyorquina. Bastaron unas horas para eclipsar las ilusiones y grandezas de toda una década o más.

“Cuando todo éste desmontaje hubo terminado y algunos lanzaron una llamada a la desmovilización de los espíritus. Era un primer gesto contra un mundo de ostentación que sólo reverenciaba el ornamento visible. Los artistas y literatos de postguerra que sintieron que la verdadera riqueza se

<sup>186</sup> Cfr. Díaz Carlos, *Mounier: su tiempo y el nuestro*, Acontecimiento p.32

contiene bajo apariencias simples y las superficies desnudas, tocaban en el corazón el desorden que nosotros combatimos”.<sup>187</sup>

Ante este panorama verdaderamente febril, la generación de Mounier carecía de voz. Los tiempos que corren imponen con urgencia, en primer lugar, discernir, atisbar por dónde van las cosas, unirse. Y después, poner la inteligencia al servicio de las causas del hombre a través de la revista *Esprit*.

“En tiempos menos amenazados seguiríamos unos y otros, sin duda alguna, varias vías distintas y a veces opuestas. No estamos unidos, como los miembros de un cuerpo religioso, por una visión del mundo y del hombre común desde el principio hasta el detalle. Nos encontramos arrojados por la extensión de un mal concreto, en una situación elemental que nos compromete a una acción común de salvaguardia vital. Los debates espirituales que nos dividen fuera de esta acción común subsisten entre nosotros. Pero apenas pueden manifestarse libremente en las condiciones de vida que se nos imponen. La urgencia de la amenaza produce una especie de unión sagrada en la revuelta. De acuerdo sobre el enemigo, estamos en los primeros combates: guerra al capitalismo, al espíritu burgués, a la proletarización, al imperialismo espiritual de los Estados y de los técnicos, a la individuación de las fuerzas productoras”.<sup>188</sup>

Las consecuencias de *Wall Street* fueron muy importantes en todos los órdenes; al paro masivo, a las colas de desempleados ante los centros de beneficencia esperando la sopa boba, al asalto de establecimientos de comestibles, al cierre de empresas y al desorden en el comercio internacional hay que añadir otras más duraderas, como el fin del liberalismo económico según se entendía en el siglo XIX, sustituido ahora por un sistema de economía mixta con la participación de capital privado y estatal, y el surgimiento de políticas de carácter social y laboral asumidas por los Estados.

El mismo Mounier, volviendo algunos años después al periodo en que nació el personalismo comunitario, escribe:

“Esta reflexión nació de la crisis de 1929 que lanzó el toque de agonía de la felicidad europea y dirigió la atención hacia las revoluciones en curso. De las inquietudes y desdichas que entonces comenzaban, unos daban una explicación puramente moral. Algunos jóvenes pensaron que el problema era a la vez económico y moral, que estaba en las estructuras y en los corazones, que el remedio no podía entonces eludir ni la revolución económica ni la revolución espiritual”-....p. 65

Si los Estados Unidos viven la Gran depresión, muchos franceses atribuyen esa responsabilidad a la filosofía que inspira en aquel país la actividad económica, al enloquecido recurso al crédito y a la fuerte estimulación del consumo que la caracterizan.<sup>189</sup> En síntesis, el periodo genérico de *Esprit* entre 1930 y 1932 constituye una fase de latencia en la conflictualidad social y política, que se manifiesta del todo en los

<sup>187</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 165

<sup>188</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 7

<sup>189</sup> Cfr. Bombaci Nunzio, *Una vida un testimonio Emmanuel Mounier*, Kadmos Salamanca 2002. p. 65

años sucesivos, particularmente entre 1934 y 1936 hasta desembocar en episodios de violencia.

#### 4.1.4 La guerra civil española.

Además se produce la guerra civil española, que no fue una guerra local más, sino el último crisol donde a la vez se jugaba la guerra y la revolución, de ahí la presencia de las tropas rusas y de las occidentales en la herida de muerte piel de toro hispana. La República sufre una grave derrota en la *batalla del Ebro*. El 26 de octubre de 1938 los últimos brigadistas internacionales salen de España, principio de éxodo y barrunto de renuncia a la utopía cosmopolita.<sup>190</sup> Todas las voces que buscan lo eterno, lo común, lo humano, viven a partir de entonces el exilio. Como símbolo, el 22 de febrero de 1939 vuelve al silencio en la noche del olvido la voz de los poetas: Machado muere casi olvidado en la localidad francesa de Colliure.

En España se ha impuesto el futuro, es decir, el imperio del dinero, religión más fuerte. Franco ordena la construcción de un monumento a los caídos empleando presos políticos: he ahí cómo la guerra que ha generado la muerte de los vencidos no termina con la muerte, alarga sus sórdidos sonidos dando albergue a la memoria de la venganza. Sólo después, cuando los años extienden su manto de olvido en ausencia de los protagonistas y de sus antagonistas, sólo después queda al descubierto la gran mentira: ¿para qué una guerra tan dramática y cainita entre hermanos, si al final de sus cenizas resucitan sus hijos convertidos en adoradores del mismo becerro de oro?. Todo esto como antesala de otra tragedia.

El clima de conflictividad entre ciencia y fe que había caracterizado la cultura de la segunda mitad del siglo XVIII ahora está en gran parte superado y se van extinguiendo los ecos de la crisis modernista, pero nuevos retos empeñan la conciencia de los cristianos. La descristianización de los pobres de la ciudad, en particular de los obreros es vista por Pío XI como el escándalo más grave de la era moderna. La degradación moral de los proletarios de la periferia es vívidamente descrita en una novela del padre Lhnade, *Le Christ dans la banlieu* (1927), contribuyendo a sacudir tantas conciencias adormecidas. Ante esto una mayor atención de los intelectuales católicos, y de los jóvenes en particular, a las aportaciones de las nuevas ciencias humanas les proporciona una mayor lucidez respecto a las múltiples causas del proceso de descristianización. No se buscan ya tales

<sup>190</sup> Cfr. Díaz Carlos, *Mounier: su tiempo y el nuestro*, Acontecimiento p.33

causas sólo “fuera” del mundo católico –en la masonería, en la ofensiva anticlerical, en la urbanización salvaje-sino también dentro. Los católicos comienzan a examinar seriamente sus propias responsabilidades históricas, su solidaridad con el desorden establecido, para usar la expresión común a Alexandre Marc, Denis de Rougemont, Mounier y otros “no conformistas”.

La interpretación del nuevo clima cultural y la reflexión de Maritain ayudan a los jóvenes intelectuales cristianos a percibir cada vez más claramente la distinción entre cristianismo y su proyección sociológica, demasiado absolutizada en el pasado. A los intelectuales de *Esprit*, que en gran parte ha interiorizado tales distinciones, les parece urgente “desolidarizar” el cristianismo del espíritu burgués y de sus pseudo-valores. Hay que redescubrir los valores cristianos en su pureza original para que puedan fecundar la nueva cultura que se perfila.<sup>191</sup>

“En la proximidad de un periodo revolucionario en que el mundo nuevo será reconstruido desde sus cimientos, en que el propio hombre será invitado a revisar su herencia desde el primer céntimo, la cuestión se plantea de modo muy sencillo: saber si queremos morir en compañía de lo que se muere o separar nuestros valores eternos del mundo que se hunde y volverlos a tomar en sus fuentes para fecundar el mundo que se anuncia”.<sup>192</sup>

En 1931 Pío XI publica la encíclica *Quadragesimo Anno* que, si condena sin reservas el comunismo, expresa fortísimas críticas al modo capitalista de producción: “la materia inerte sale ennoblecida de la fábrica, las personas por el contrario se corrompen y se envilecen”(n.134). El anti capitalismo de muchos jóvenes intelectuales cristianos de la época y su búsqueda de una “tercera vía” que permita dejar atrás las antinomias de los dos sistemas opuestos parecen encontrar en el documento acogida autorizadísima”.<sup>193</sup>

Entre el momento en que Emmanuel Mounier comienza a trabajar para concretar su proyecto y la salida del primer número de *Esprit* pasan dos años, caracterizados por un sucederse frenético de encuentros con intelectuales y artistas, contactos con potenciales editores y sostenedores, viajes de un extremo a otro de Francia.<sup>194</sup> Episodio particularmente significativo que contribuye a conocer esta ingente labor de preparación, es un coloquio con su amigo Georges Lazard en diciembre de 1930. En tal ocasión los dos

<sup>191</sup> Bombaci Nunzio, Una vida un testimonio Emmanuel Mounier, Kadmos Salamanca 2002.p’ 71

<sup>192</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.414

<sup>193</sup> Cfr. Bombaci Nunzio, Una vida un testimonio Emmanuel Mounier, Kadmos Salamanca 2002. p. 73

<sup>194</sup> Para el período genético de *Esprit*, además de las cartas y diarios y de la correspondencia con Maritain. Cfr. Winock, *Historie oilítique* cit, pp. 36-51; AAVV: *Le personnalisme d’E.* cit. Passim; Hellmann, E. Mounier cit. 36-51; Domenach, E. Mounier cit, pp. 34-45; Danese, A: *Mounier e le origine di Esprit*, in “Unitá e pluralità. Mounier e il ritorno alla persona”. Città Nuova, Roma, 1984: Lamacchia, Mounier. *Personalismo Comunitario* cit, pp. 57-52.

amigos descubren que comparten el proyecto de una revista empeñada en una amplia renovación cultural.

“Esprit no será solamente una revista: fundar una revista es una evasión muy cómoda. Quiero que sea también un circuito de amistades activas, inclinadas según su vocación hacia una colaboración intelectual, o hacia la acción sobre la opinión. Intento crear en tantas ciudades como pueda un grupito de trabajo que recibirá el resumen de las reuniones del comité central, intercambiará con él sus sugerencias, discutirá, tomará iniciativas, propondrá, dará conferencias, hablará, hará propaganda, contardirá. En fin, ya ves, muchas cosas”.<sup>195</sup>

Y mientras, desde Saint-Omer, cada martes llega Mounier a París a la caída de la tarde. Al día siguiente se reúne con Izard, Déléage, Galey y otros para poner apunto el proyecto (se ha pensado en llamar a la revista *Nouvel Esprit*, *Heures nouvelles*, *Révolution spirituelle*, *Univers*, etc, y al fin *Esprit*. Todos están contentos, Mounier más: “también una revista comunista debería tener el coraje de llamarse *Materia*”.

#### 4.1.5 La segunda Guerra mundial.

Y luego, por si faltaban cañonazos, aparece en escena la segunda Guerra mundial, desencadenada por Hitler y por quienes le votaron, pues no hay que olvidar que Hitler fue democráticamente elegido el 1 de agosto de 1932. De los 36.178.900 sufragios emitidos, 13.440.000 votos fueron a parar al Partido Nacional-socialista, seguido por los socialistas con siete millones, y por los comunistas con cinco, los tres partidos más votados. De todos modos, resulta muy difícil predecir el sesgo que tomará la historia futura cuando ella se está viviendo en forma de presente: recuérdese que en otra *guerra relámpago* en que los judíos ganaron a los árabes la verdadera noticia estaba en otra parte en que parecía no estar: en la subida del precio de los crudos, la crisis del petróleo derivada de dicha guerra.<sup>196</sup>

El caso es que las tropas germanas ocupan casi a la vez Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, es la *Blitzkrieg* o *guerra relámpago*. En un abrir y cerrar de ojos ese relámpago de la muerte aplasta a los ejércitos aliados tras sortear la línea Maginot. El 14 de junio de 1940 cae París ante Hitler. Una columna del X ejército alemán desfila delante del *Arco del Triunfo* y baja por los *Campos Elíseos* hacia la *Plaza de la Concordia*.

El 17 de junio dimite el presidente Reynaud, tras pedir a su pueblo que cese el inútil combate. Ese mismo día Pétain asume el poder y el 22 firma el armisticio en el mismo vagón en que se había firmado la rendición de Alemania ante Francia en la primera guerra

<sup>195</sup> Carta a Jérónime Martinaggi, 8 de abril de 1932. IV, 559

<sup>196</sup> Cfr. Díaz Carlos, *Mounier: su tiempo y el nuestro*, Acontecimiento p.34

mundial. Finalmente, el 10 de julio, nace el Gobierno de Vichy, con Pétain a la cabeza como «jefe del Estado francés», decapitando así a la III República.

Los judíos son confinados entre el gueto y los campos de concentración. Siete meses tardó en construirse el muro que habría de limitar el gueto donde se confinaría a la población judía de Varsovia, un tercio del total. Cuando concluyó, 350.000 judíos, de los 390.000 que poblaban la capital polaca, fueron arrancados de sus casas y encerrados en ese lugar. ¿Y a estas alturas qué novedad podríamos narrar de los campos de concentración nazis, cuya secuela de inhumanidad difícilmente puede ser rebasable? De los campos de concentración, por mucho que se diga y se haya dicho, nunca se dirá lo suficiente, para Mounier y su generación el silencio se ha hecho insoportable:

En el plano político la guerra ha dejado durísimas consecuencias, y las gravosas reparaciones impuestas a Alemania por las naciones vecinas reavivan en ella sentimientos nacionalistas y revanchistas. En los mismos años, la institución para salvaguardar la paz en Europa, la *Sociedad de las Naciones*, revela grandes insuficiencias, y las frágiles democracias parlamentarias de culto liberal encuentran grandes dificultades para mantener la conflictividad social en límites tolerables.

Aunque Adolph Hitler no se diera cuenta de que la muerte arrastra a la muerte, su misma espiral termina alcanzándole a él mismo al suicidarse la tarde del 30 de abril de 1945 junto a su amante Eva Braum en el bunker de la cancillería para no caer en manos de los rusos. Mussolini, por su parte, también muere linchado por el pueblo milanés, que se ensaña con su cadáver y con el de su amante, Clara Petacci, porque el odio que genera la muerte continúa vivo cuando la muerte muere para seguir matando. El 6 de julio del mismo año esas muertes continuaban desplegando su lógica, ahora por vez primera atómica: esa madrugada el coronel Paul Tibbets despegaría de la base de Tinian con su fortaleza volante B-29 Enola Gay, que transportaba la bomba atómica llamada *Little Boy*, lanzándola a las 8'15, cuando gran parte de la población ya se encontraba trabajando o se dirigía a su puesto laboral. De momento, la muerte cierra su círculo infernal cuando, al firmar el ejército alemán la capitulación de Reims (9 de mayo de 1945), el general Jodl proclama mientras se rinde.

También muere en 1947 otro que vivió matando, matado esta vez por la sífilis. Tenía 48 años, sobre sus espaldas recaían 300 asesinatos, se llamaba Al Capone. Y balas asesinas mataron también en 1948 al mahatma Gandhi (al que Winston Churchill, tan inglés, había llamado «fakir semidesnudo», quizá porque no vestía como S.M. la reina de Inglaterra), pero la vida del revolucionario Gandhi es de las que cuanto más son

cercenadas más florecen y más vida acarrear. Esa es la diferencia: verdadero revolucionario es el que da la vida por los demás, falso el que la quita.

#### 4.1.6 El estalinismo.

Mientras tanto, el comunismo reina en la URSS, y pronto bajo Stalin se hará ferozmente dictatorial. Tras haber masacrado a los rebeldes del interior por millones, persigue a los disidentes con todo tipo de argucias a lo largo y ancho del mundo: el español Ramón Mercader asesina a León Trotski el 20 de agosto de 1940 en la ciudad de México, donde se había refugiado.<sup>197</sup> Lo que debía ser internacionalismo proletario es una O.N.G. muy peculiar: la venganza sin fronteras. Durante años las discrepancias entre los socialistas europeos de la segunda Internacional de trabajadores (fundada en 1889) y los comunistas nacidos en la tercera Internacional (1919) son constantes. En Francia, a finales de 1920, en el Congreso de Tours, el Partido Socialista se escinde en dos, formando la parte más radical a la internacional comunista, la Sección Francesa de la Internacional Comunista (SFIC). Las elecciones francesas de 1932 supusieron una victoria para las izquierdas. Los partidos de izquierda consiguieron 334 escaños frente a 259 de la derecha. De ellos los radicales obtuvieron 157 y los socialistas (SFIO) 129; los comunistas lograron 12. A pesar de ello su influjo siempre fue, en todos los países, más grande que su número.

Así las cosas, el temor al auge del fascismo y la constatación de que los comunistas se equivocan al catalogar a los socialistas como enemigos de la clase obrera (hasta el punto de calificarles de «social-fascistas») posibilita que el VII Congreso de la Internacional comunista (1935), por orden de Stalin, dé un giro a su política de alianzas y acepte su participación en un frente único antifascista. En Francia la amenaza del fascismo parece más real y, por tanto, es allí donde surge, a propuesta del comunista Maurice Thorez, el primer Frente Popular, compuesto por socialistas, comunistas y la Unión de Republicanos Socialistas, que sirve de modelo a procesos similares en otros países, como España. El Frente Popular se instaura en el 1936-37 y es presidido por el socialista León Blum.

El comunismo, mientras tanto, se infiltra entre los socialistas y en el pueblo, y extiende sus fronteras por otros países. Mao Tse-Tung toma el poder y proclama el advenimiento de la República Popular China (1949), cuyo régimen es inmediatamente reconocido por la Unión Soviética y sus países satélites.

---

<sup>197</sup> Cfr. Díaz Carlos, *Mounier: su tiempo y el nuestro*, Acontecimiento p.35

#### 4. 1.7. La Guerra Fría.

A las guerras calientes e imaginarias hay que añadirle además la Guerra Fría para completar el menú. Por fin, en este medio siglo hiperbólico, apenas concluye la segunda Guerra mundial, y se celebra la entrevista de Yalta entre Roosevelt (EEUU), Churchill (Inglaterra) y Stalin (URSS), se inaugura la Guerra Fría o equilibrio del terror entre el comunismo de la URSS y el capitalismo de los EEUU, las dos formas de imperialismo que pusieron al mundo entre la espada y la pared, y que —aun presentándose en forma de bipolaridad— no pretendían en última determinación sino establecer un mundo monopolar, monopolístico, de total monopolio. El frenético anti-capitalismo de las autoridades soviéticas tiene su réplica en el feroz anti-comunismo de las diferentes administraciones norteamericanas.

Los EE UU intentan frenar por todos los medios la difusión del comunismo en el mundo. Los países de Europa oriental pasan a ser democracias populares vigiladas estrechamente por Moscú. En 1947 Stalin impone la creación de la Oficina de Información comunista (Cominform). En la misma fecha los EE UU ponían en marcha el plan Marshall de ayuda económica para impulsar la reconstrucción de Europa tras la guerra. La guerra fría se convierte en guerra caliente cuando Corea es dividida en dos mitades a partir del paralelo 38: en junio de 1950 las tropas comunistas de Corea del Norte invaden Corea del Sur, mientras los americanos envían tropas a Corea del Sur bajo el pabellón de las Naciones Unidas. Pero ya esto no alcanza a verlo Mounier, que muere en marzo.

Es verdad que en 1942 veintiséis países crean las Naciones Unidas para garantizar la libertad de las naciones, pero en el fondo vigilan las dos superpotencias, la URSS y los EE UU. Sin embargo Mounier se adelanta en su pronóstico cuando habla de la globalización y de la tecnocracia:

“Las mallas de los poderes se cierran cada vez más sobre el libre campo de las espontaneidades individuales, y estos diversos poderes —económico, político, educativo, jurídico- están cada vez más ligados y dependientes entre ellos. No son solamente desde hoy las exigencias del dirigismo y la formación de las “masas”; serán mañana los apremios exigidos por la penuria de bienes, por la descomposición del régimen, y por la resistencia de los privilegios; serán pronto necesidades imperiosas del control atómico las que nos conduzcan a grandes pasos hacia estructuras mundiales de organización y de autoridad”.<sup>198</sup>

En agosto de 1944, tras la liberación de París, se instaura en Francia el gobierno provisional («de la unanimidad») bajo la dirección del general Charles de Gaulle, vinculado al movimiento de Resistencia.

<sup>198</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 250

En diciembre se alía con la URSS de Stalin, gran potencia y además muy prestigiada por su actuación en la segunda guerra mundial contra Hitler. Como potencia vencedora, Francia obtiene un puesto en el Consejo de Seguridad de la ONU y la administración de zonas de ocupación en Alemania y en Austria.

El 9 de septiembre de 1944 se constituye en París el «gobierno provisional de la República francesa». Charles de Gaulle, personificación de la voluntad de resistencia francesa dentro de la derrota de 1940 y autoridad indiscutible en adelante dentro de la Francia liberada, a la hora de formar su gabinete de «concordia nacional» tiene en cuenta las tendencias políticas más importantes y a los representantes de todas las ramas del movimiento de resistencia. El general sabe que sólo una coalición cuidadosamente equilibrada estará en condiciones de iniciar la estabilización del país, destruido económicamente y quebrantado en cuanto a su identidad nacional.

Pero no se consideraba simplemente jefe de un gobierno de todos los partidos, sino portador de la misión histórica de salvaguardar la continuidad del Estado francés y restablecer el rango de la nación en el mundo.

La situación del país, cuyos puertos atlánticos y zonas fronterizas orientales seguirían en parte hasta la primavera de 1945 en manos de Alemania, era catastrófica. Sólo los costes de la reconstrucción de edificios, instalaciones industriales, vías de comunicación, etc., destruidos durante la guerra ascendieron a una suma dos o tres veces superior a la renta nacional de antes de la guerra.

El índice de producción industrial desciende de 100 (1929, el mejor año de entreguerras) a 29 (1944). La balanza comercial presenta un fuerte desequilibrio; en la segunda mitad de 1944, por ejemplo, se importan cinco veces más de lo que se exporta. Faltan las materias más necesarias, sobre todo el carbón. Los beneficios de la agricultura descienden en 1945 entre el 25% y el 40%. Las raciones económicas para los adultos ascienden en septiembre de 1944 en París a tan sólo 1200 calorías.<sup>199</sup>

La apelación de de Gaulle a la unidad de los franceses, sus llamamientos a «construir fraternalmente el edificio de la renovación» serán más que simples llamamientos a la lealtad ante la difícil e inminente tarea que hay que realizar. El gobierno provisional enlaza con la «unidad de esperanza y acción alumbrada por la resistencia».<sup>200</sup>

El propio general de Gaulle, poco sospechoso de izquierdismo, no quiso ni pudo sustraerse al mandato reformista del movimiento de oposición y así, con la euforia de la

<sup>199</sup> Cfr. Díaz Carlos, *Mounier: su tiempo y el nuestro*, Acontecimiento p.36

<sup>200</sup> *Ibid.* p.37

«Libération de la France», en el transcurso de dos años se implantó un paquete de reformas sociales y económicas desconocidas desde la Revolución de 1789.

En las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente de octubre de 1945 se produce la victoria de los comunistas (25% de los votos), que están en su cenit de prestigio, de ahí su arrogante denostación de quienes osan musitar contra ellos algún reproche, como lo hace *Esprit*, socialistas (23%) y demócratas (Movimiento Republicano Popular, 23%). En enero de 1946 De Gaulle, por considerar que el Estado no puede estar a merced de los partidos, y al no poder imponer su punto de vista, dimite sorprendentemente. Con la partida de De Gaulle se inicia el período, de algo más de un año, del llamado «tripartidismo», en que la responsabilidad del gobierno es asumida conjuntamente por comunistas, socialistas y republicanos. Cuatro gabinetes se suceden durante este «matrimonio de conveniencias », en que las controversias entre PCF, SAFIO y MPR, cada vez más fuertes, pronto se asemejarán a una guerra fría de unos contra otros.

La IV República se abre del 1946 al 1958, fecha en que comienza la V, que ya no conocería Mounier. En las elecciones para el primer período de legislatura de cinco años de la Asamblea Nacional, el 10 de noviembre de 1946, el PCF se convierte en el partido más fuerte con casi un 29% de los votos; el MRP obtiene un 26%, y los socialistas sólo el 18%. Con la elección del socialista Vincent Auriol el 16 de enero de 1947 concluía la implantación de las instituciones políticas de la IV República, dos años y medio después de la liberación de París. Como era inevitable, los tres partidos contienden entre sí por divergencias en política social y económica. Al igual que en la mayor parte de los países europeos, la situación económica se agrava en Francia en 1946-47. La producción se estanca, los alimentos escasean, el coste de vida sube vertiginosamente.<sup>201</sup>

No obstante, el gobierno mantiene los topes salariales para contener la inflación. Las huelgas salvajes se suceden entre la clase obrera, y el PCF ve peligrar su influjo en el sindicato CGT (Confederación General del Trabajo, dominado por los comunistas), y cuya ala socialista se constituirá en abril de 1948 en sindicato independiente (CGT-FO, Confederación General del Trabajo- Fuerza Obrera). Mientras, el general de Gaulle aprovecha la crisis para invitar a todos los franceses a unirse al «Reagrupamiento del Pueblo Francés » (RPF, Rassemblement du Peuple Français), fundado por él para reformar las instituciones de la IV República, combatir el comunismo, y renovar profundamente la vida política de Francia, y obtiene un gran éxito. La Francia que propone

---

<sup>201</sup> Cfr. Díaz Carlos, *Mounier: su tiempo y el nuestro*, Acontecimiento p.37

de Gaulle es un país en que un hombre libre e inteligente pueda, razonablemente, elegir para vivir.<sup>202</sup>

En fin, ya en las postrimerías de la vida de Mounier, también Israel celebra su independencia como Estado el 15 de mayo de 1948, aunque hasta la fecha no haya alcanzado su pacificación. Asimismo, en diciembre de 1948, la ONU aprueba la declaración de los Derechos del Hombre que consta de un prólogo y treinta artículos, aunque se abstuvieron la Unión Soviética y sus países satélites, acusando a Occidente de ser fascista. Pocos meses después, y Mounier aún llega a conocerlo y comentarlo, los países democráticos firman un pacto defensivo: la OTAN. Estados Unidos, Canadá, y diez naciones europeas forman una nueva entidad a la que se denomina Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), cuyo objetivo según Truman era conservar la paz mundial, o lo que Truman entiende por tal, es decir, frenar la «creciente amenaza que para los países occidentales representa hoy la Unión Soviética». La posición de Esprit es profética como siempre, y por eso traducimos en Acontecimiento muy pronto su artículo de mayo de 1949 titulado 'Pacto Atlántico':

“El pacto lleva en sus flancos las más siniestras ilusiones y un mecanismo internacional de freno social. Sin protegernos realmente contra la guerra, nos comprometemos en una política que agrava el antagonismo entre los dos bloques. Quizás tenga el sentido de preparar y ganar una guerra. Pero nuestro fin no es el de ganar la guerra, sino el de impedirlo. Por eso nuestra oposición al Pacto es total... ¿Neutralidad entonces? Tenemos más de una razón para rechazar este término... En verdad, se trata de otra cosa, muy distinta. Ahora hay que denunciar sin descanso todo lo que lleva a la guerra, exigir la paz a los que se agrupan en nombre de la paz, y la libertad a los que se declaran dispuestos a defender la libertad con las armas. Hay que arrancar a los impostores todas las razones de lo que sería su monstruoso y último logro. ¿Qué esperan para hablar las fuerzas espirituales, los agrupamientos de élites y todos los que defienden la cultura, la libertad y la familia con tanta pasión cuando están amenazadas por un reglamento de administración, pero se callan cuando están amenazadas por la bomba atómica?, ¿qué esperan las Iglesias? Deberíamos ver surgir tantos pacifismos como amores, amistades, fervores y promesas de apostolado hay, allí donde hay una carne frágil, un alma que elevar, o una comunidad que hacer vivir. Contra esta guerra ha llegado esta vez el tiempo de los insurrectos”.

Todo esto lo conoció Mounier y de ello se hizo eco militante Esprit; en realidad a su muerte ya se encontraba dispuesto el escenario de hoy, de cuyo decorado falta actualmente el comunismo, con todo lo que eso significa de rediseño del espacio anterior

En el mundo de la cultura, también los nuevos logros científicos – entre ellos la relatividad einsteniana, el principio de indeterminación de Heisenberg y las formulaciones del físico Broilie que dan paso a la mecánica ondulatoria – contribuyen a desmantelar las certezas de

---

<sup>202</sup> Ibid. p.38

las generaciones precedentes, comportando una ruptura epistemológica de grandísimo alcance respecto a los viejos paradigmas del determinismo positivista.

Entre las ciencias que experimentan un cambio de paradigma entre las dos guerras está la economía. La crisis económica de *la Gran Depresión* de 1929, que en Europa llega con cierto retraso, entre el 1931 y 1934, y con diferente dureza según los países.<sup>203</sup>

“No son solamente desde hoy las exigencias del dirigismo y la formación de las masas; serán mañana los apremios exigidos por la penuria de bienes, por la descomposición del régimen y por la resistencia de los privilegios...las que nos conduzcan a grandes pasos hacia estructuras mundiales de organización y de autoridad”.<sup>204</sup>

La crisis empuja a Emmanuel Mounier a la búsqueda de una respuesta vitalmente vinculada a su identidad cristiana; esta búsqueda guiará el desarrollo sucesivo de su reflexión. Al mismo tiempo una búsqueda eminentemente religiosa es realizada en la Francia de los años treinta por los autores de la *Philosophie de l'Esprit* como Lavelle y Le Senne, a quienes Emmanuel Mounier pedirá colaboraciones para *Esprit*, término que en tales autores tiene una acepción más amplia, indicando no sólo una realidad místico religiosa y mental-cognitiva, sino también un foyer de energía para la vida social.<sup>205</sup>

Cuando en 1940 comienza Emmanuel Mounier a contactar con otros intelectuales para fundar una revista, la depresión americana les parece a los Franceses un acontecimiento lejano, mientras Alemania, más duramente probada por la guerra, comienza a notar los primeros síntomas de la recesión. Nada de esto es indiferente para la sensibilidad de Emmanuel Mounier:

“La crisis espiritual es una crisis del hombre clásico europeo, nacido con el mundo burgués. El había creído realizar el animal racional, en el que la razón triunfante había domesticado definitivamente la animalidad, y la falcidad neutralizado las pasiones. En cien años se hicieron tres amonestaciones a esta civilización demasiado segura de su equilibrio: Marx, Freud, Nietzsche. Después las dos guerras mundiales, el advenimiento de los estados policiacos y del universo concentracionario, orquestaron desde entonces ampliamente estos temas. Hoy, el nihilismo europeo se extiende y organiza sobre el retroceso de las grandes creencias que mantenían en pie a nuestros padres: fe cristiana, religión de la ciencia, de la razón o del deber. Este mundo desesperado tiene sus filósofos, que hablan de absurdo y desesperación; sus escritores que lanzan el escarnio a los cuatro vientos”.<sup>206</sup>

Llama la atención cómo Emmanuel Mounier le plantó cara a la muerte echándole valor a la vida, apostando por la persona como catalizador de sentido y como horizonte de esperanza fundado en el amor del cielo y del Dios bueno. A Emmanuel Mounier todo lo que ve, incluso lo malo, le sirve por antífrasis para ser mejor, para afanarse por lo que

<sup>203</sup> Bombaci Nunzio, *Una vida un testimonio Emmanuel Mounier*, Kadmos Salamanca 2002.p. 60

<sup>204</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 250(656)

<sup>205</sup> Bombaci Nunzio, *Una vida un testimonio Emmanuel Mounier*, Kadmos Salamanca 2002.p. 63

<sup>206</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 533 (756)

realmente merece la pena. “Hay que transformar en alegría todo lo que la fortuna nos niega”.<sup>207</sup> Y esto porque... ‘La vida hace ascos a los que le ponen mala cara...’.<sup>208</sup>

Los interesantes análisis que hace Emmanuel Mounier de *La civilización burguesa e individualista*, *el fascismo y el nacionalsocialismo*, y del *marxismo*, y sus atentados a la persona son un llamado a no ser ingenuos que nuevas ideologías: políticas, religiosas y sociales que, en vez de promover el crecimiento de la persona humana, lo limitan, enajenan o destruyen. Rescatemos algunas ideas interesantes para nuestra reflexión.

En su obra, Emmanuel Mounier busca, construyendo una doctrina flexible sobre el personalismo, una civilización dedicada a la persona; un esfuerzo por comprender y superar en conjunto la crisis del hombre del siglo XX, que ha llevado a la “disolución de la noción clásica del hombre”. Es así que su finalidad inmediata es la de definir el conjunto de fundamentos que pueden dar cohesión a tal tipo de civilización.

“Una civilización personalista es una civilización cuyas estructuras y cuyo espíritu se orientan a la realización como persona de cada uno de los individuos que la componen. Las colectividades naturales son allí reconocidas en su realidad y en su finalidad propia, diferentes de la simple suma de los intereses individuales y superiores a los intereses del individuo considerado materialmente. Sin embargo tienen como fin último el poner a cada persona en estado de poder vivir como persona, es decir, de poder acceder al máximo de iniciativa, de responsabilidad, de vida espiritual”.<sup>209</sup>

Nuestro propósito es, entonces, preguntarnos cuál sería la actualidad de este filósofo francés en cuanto a sus propuestas y fundamentos teóricos, y en qué medida esto nos puede ayudar para hacer frente a los “atentados” contra la persona del mundo moderno.

“Nosotros tomamos la civilización en toda su amplitud. Es una amalgama de técnicas, de estructuras y de ideas realizadas por hombres, es decir, por libertades creadoras, solidaria en todos sus elementos...Ahora bien, las técnicas y las estructuras están atiborradas de determinismos, residuos muertos del pasado, fuerzas extinguidas que continúan su carrera y arrastran a la historia”.<sup>210</sup>

Es importante, para hacer frente a las concepciones masivas y parcialmente inhumanas de la civilización, buscar consensos fundamentados en la verdad, suficientemente comprensivos y desde la compleja realidad histórica, para construir una *civilización centrada en la persona humana*.

<sup>207</sup> Mounier Emmanuel, *Cartas desde el dolor*, Jus, México 2005. p. 38

<sup>208</sup> *Ibid.* p.30

<sup>209</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 625 (409)

<sup>210</sup> *Ibid.* p. 585

“Pensamos- y aquí nos acercamos al marxismo- que una espiritualidad encarnada, cuando es amenazada en su carne, tiene como primer deber liberarse y liberar a los hombres de una civilización opresiva en lugar de refugiarse en temores, en lamentaciones, o en exhortaciones. Pero contra el marxismo afirmamos que no existe ninguna civilización ni cultura humana más que metafísicamente orientada. Sólo un trabajo que pone por encima del esfuerzo y de la producción, una ciencia cuyo objetivo está por encima de la utilidad, un arte por encima del pasatiempo y, finalmente, una vida personal dedicada por cada uno a una realidad espiritual que le lleva más allá de sí mismo, son capaces de sacudir el peso de un pasado muerto y alumbrar un orden verdaderamente nuevo. Por eso, al margen de la acción, pensamos ante todo en tomar una medida del hombre y de la civilización”.<sup>211</sup>

Por esto, Emmanuel Mounier propone tres etapas ascendentes de un humanismo total: la *civilización*, entendida como el progreso coherente de la adaptación biológica y social del hombre a su cuerpo y a su medio; la *cultura*, como la ampliación de su conciencia, la soltura que adquiere en el ejercicio del espíritu, su participación en cierta forma de reaccionar y pensar, particular de una época y de un grupo, tendente a lo universal; y la *espiritualidad*, definida como el descubrimiento de la vida profunda del ser humano.

“Nuestra ambición espiritual no debe ser menor que nuestra ambición histórica. ¿Habremos también nosotros de crear un hombre nuevo?. No en un sentido, pero sí en otro. No, si se piensa que cada época de la historia produce un hombre radicalmente distinto al hombre de las edades anteriores, por efecto exclusivo de las condiciones de vida en que ella se sitúa y de la evolución colectiva de la humanidad. Creemos que las estructuras exteriores favorecen o impiden, pero no crean al hombre nuevo, quien nace por el esfuerzo personal....

El personalismo, en su doctrina y praxis, estará siempre atento a no dejarse sitiar por el subjetivismo o el materialismo; no es la vida interior en sí ni la vida exterior en sí lo que nos despersonaliza, sino el dejarnos desbordar por una o por otra, o disociarlas.

#### 4.2 Cronograma del contexto histórico.

1917	Revolución Rusa
1918	Fin de la I guerra mundial. Fundación del Partido Comunista Alemán
1920	Bergson escribe <i>La energía espiritual</i> Wittgenstein escribe <i>Tractatus</i> Constitución de la Sociedad de Naciones. Voto femenino en EE.UU.

<sup>211</sup> Ibíd. Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 586 (370)

1921	Einstein obtiene el Nobel de Física Fundación del PCE
1922	Spengler escribe <i>La decadencia de Occidente</i> Marcha de Mussolini sobre Roma
1923	Fundación de la Revista de Occidente Dictadura de Primo de Rivera
1924	A.Breton escribe <i>Manifiesto del Surrealismo</i> Thomas Mann escribe <i>La montaña mágica</i> Muerte de Lenin
1925	Unamuno escribe <i>La agonía del Cristianismo</i>
1927	Heidegger escribe <i>Ser y tiempo</i> Expulsión de Trosky del PCUS
1929	Heidegger escribe <i>¿Qué es metafísica?</i> Crack de la bolsa de Nueva York Se funda la JEC ( Juventud Estudiante Cristiana)
1930	Ortega escribe <i>La rebelión de las masas</i> Victoria Nazi en Alemania
1931	Caída de Alfonso XIII y proclamación de la II República
1932	Huxley escribe <i>Un mundo feliz</i>
1933	Proclamación del Nazismo Fundación de la Falange Española
1936	Muerte de Unamuno, Valle Inclán y García Lorca Guerra Civil española
1937	Picasso pinta el Guernica
1939	Fin de la guerra civil española Inicio de la II guerra mundial
1941	Muerte de Bergson y V.Woolf Hitler ataca Rusia y Japón declara la guerra a USA
1942	Sartre escribe <i>El ser y la nada</i>
1944	Zubiri escribe <i>Naturaleza, Historia y Dios</i>
1945	Fin de la II guerra mundial Fusilamiento de Mussolini

	Suicidio de Hitler Bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki
1946	Proceso de Nuremberg
1947	S. Beauvoir escribe <i>El segundo Sexo</i> Independencia de la India
1948	Asesinato de Gandhi Creación del Estado de Israel Declaración Universal de los Derechos Humanos
1950	Erick Fromm escribe <i>Psicoanálisis y religión</i> J.Ferrater Mora escribe <i>Diccionario de filosofía</i>

### 4.3. CONTEXTO FILOSÓFICO

“La revolución socrática del siglo XIX se ha desgarrado en dos ramas. Una con Kierkegaard, ha recordado la conciencia de su subjetividad y su libertad al hombre moderno, tan aturdido por el descubrimiento y la explotación del mundo; la otra, con Marx, ha barrido los mitos y las añoranzas y las mentiras en que se refugiaba, para despertarle a la conciencia de su historicidad y del peso de sus necesidades sobre su condición de hombre: a partir del racionalismo espiritualista, y contra él, se originan dos revoluciones copernicanas, cuya separación y endurecimiento en su oposición mutua constituye la desgracia de nuestro tiempo”.<sup>212</sup>

#### 4.3.1. Personalismo comunitario.

El personalismo comunitario es una histórica corriente filosófica de raíz cristiana que nace de la reflexión realista elaborada, fundamentalmente por Emmanuel Mounier, el pensador más conocido de esta escuela en la que la *realidad personal* es el eje de pensamiento y acción, desde que establece la primacía de los valores espirituales, su centralidad en la organización social, su vinculación y desarrollo comunitario, su capacidad de creación de cultura y la distinción absoluta entre personas y cosas.

Es realmente difícil esbozar una historia del personalismo toda vez que no es posible considerarlo como una totalidad sistemática, sino más bien como un conjunto heterogéneo de tendencias que tienen a veces como nexo de unión más una problemática que unas conclusiones.

<sup>212</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, Madrid 1977. p. 99

“El mapa del personalismo se parece a los primeros mapas de las colonias africanas: las fronteras son comunes, los dominios incontestables, pero la administración no tiene en ellas más que unos mostradores. Esta justa medida de la tarea realizada y de la tarea por hacer es la fuerza principal de nuestro impulso”.<sup>213</sup>

El personalismo es un amplio movimiento filosófico humanista que se inspira sobre todo en la cosmovisión personal-trascendental que el nuevo cristiano introduce en la historia.

“Algunos hombres han comenzado a desmitificar el terror de los monstruos, desarrollando a la vez una más rica noción del hombre personal, de sus relaciones con el mundo y con sus obras. Después de Lotze, las primeras traducciones de Max Scheler y de Buber son contemporáneas a los primeros libros de Berdiaeff, quien no quiere sacrificar ni la libertad del espíritu ni la técnica, como poco antes Bergson no quería abandonar ni el surgimiento de la libertad ni el rigor de las ciencias. Después de Labertonière; Maurice Blondel. Mientras que Péguy hace brotar de su lirismo todos los temas que vamos a bordar y J. Maritain aplica a los problemas más actuales el realismo desmitificador que toma de santo Tomás, Gabriel Marcel y Jaspers, uno cristiano y el otro agnóstico, aportan una contribución capital a la descripción de las estructuras del universo personal. P.L. Landsberg se coloca muy cerca de ellos con su obra inconclusa. Sobre estas investigaciones más propiamente personalistas, a las cuales la revista *Esprit* da desde 1932 una continuidad, la renovación existencialista y la renovación marxista ejercen dos presiones laterales”.<sup>214</sup>

Los matices existentes entre autores y grupos de esta inspiración llevan a hablar más de *personalismos* que de *personalismo*.

“Deberíamos hablar pues, en plural, de personalismos. Nuestra finalidad inmediata es definir, frente a las concepciones masivas y parcialmente inhumanas de la civilización, el conjunto de primeras aquiescencias que pueden servir de base a una civilización centrada en la persona humana”.<sup>215</sup>

Se ha insistido en que el personalismo no es estrictamente un sistema filosófico sino un intento por resolver la crisis que ha abierto el siglo XX. Mounier decía que el personalismo es una filosofía y no sólo una actitud.<sup>216</sup>

Sobre todo es propiedad de filósofos de amplia tradición cristiana que intentan hacer una filosofía nueva, para transformar el mundo según su personal visión de él.

“Sabemos todos los inconvenientes que aceptamos dejando aplicar una etiqueta como “personalismo” a un grupo de investigaciones y de voluntades que desea permanecer abierto y al mismo tiempo vigoroso.”<sup>217</sup>

Pero esta diversidad no tiene nada de sorprendente, ni debe abonar la idea de una supuesta vaguedad del pensamiento personalista. Por el contrario, resulta previsible, deseable, consecuente con los planteamientos mismos de este pensamiento.

<sup>213</sup> Ibid. p. 98

<sup>214</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 460

<sup>215</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 583

<sup>216</sup> “Es cierto no obstante, que el punto de vista explícitamente personalista es bastante nuevo y las investigaciones positivas que deben apoyarlo son aún bastante escasas como para que el personalismo aparezca aún como una filosofía en vías de edificación y no como una filosofía constituida” Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 98

<sup>217</sup> Mounier Emmanuel, *O. C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p.603

“El arranque decisivo que le han dado Kant y Kierkegaard, a pesar de las tentaciones idealistas del uno y de las tentaciones solipsistas del otro y para no citar más que algunas referencias, los análisis de Scheler, de Jaspers, de Berdiaeff, de Gabriel Marcel y de Buber sobre el existente personal y sus categorías, las de Marx sobre la alienación, las de Proudhon sobre la tensión dialéctica, y otras más recientes, algunas de las cuales han sido llevadas a cabo aquí mismo, hacen ya del personalismo una fuerte constelación de temas emparentados y que llevan, en la crisis del mundo contemporáneo, una aventura histórica y espiritual orientada”.<sup>218</sup>

Frente a las grandes elaboraciones abstractas y objetivistas, el movimiento autodenominado personalista, ya desde Charles Renouvier, se muestra interesado en un pensamiento que devuelva al hombre a la conciencia de su singularidad personal y el carácter comprometido de su existencia.

La negativa a sistematizar su pensamiento es un rasgo original, casi un tópico entre los estudiosos del personalismo, hecho en el que advierten no una debilidad, sino una exigencia constante de reflexión, una enseñanza de conducta intelectual, la propuesta de una tarea siempre inacabada, en la que no es posible instalarse.

“Para una filosofía universitaria, consciente o inconscientemente idealista, no accede al rango de filosofía más que un pensamiento garantizado por una estructura sistemática y que agrupa en una unidad formal un cierto número de problemas tradicionales. El personalismo desde este punto de vista les parece una tendencia imprecisa, una nebulosa de investigaciones que no carecen de interés, pero cuyo dominio está mal fijado entre el pensamiento y la acción, la reflexión y el empirismo, y que une tradiciones muy heterogéneas para pretender la unidad”.<sup>219</sup>

Esto no es óbice para el rigor de estos autores, en los que el personalismo no es sólo una acción, incluso cultural, primaria en defensa de lo humano, sino una acción que siente la necesidad de aclararse a sí misma con un aparato conceptual, a dotarse de un armazón de categorías cuyo sentido y alcance se justifican en la acción que promueven.

“¿Hay que concluir aquí que el personalismo debe ser el invento de una época, un montaje de escuela? Espero que no se diga tal tontería. Y espero también que no se nos haga definir el personalismo: al echar sobre él la zarpa del entendimiento, haríamos de él nuestro objeto, constituido por nosotros, para nosotros, siendo así que lo consideramos una tradición y un descubrimiento – un descubrimiento en doble sentido, una corriente cargada de pasado e incierta de futuro, y que sólo ofrecerá su perfil definitivo en la consumación de sus promesas”.<sup>220</sup>

Su interés no es hacer una filosofía más, sino un pensamiento que impregne la realidad diaria y que pueda desaparecer una vez cumplido su objetivo, que en definitiva, no es construir un sistema, sino reorientar la filosofía hacia el hombre como persona, y como persona histórica, con unos interrogantes a los que responder y con unas situaciones que exigen el compromiso del pensamiento con la acción.

<sup>218</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 98

<sup>219</sup> *Ibid.* p. 97

<sup>220</sup> *Ibid.* p. 91s

“Además, es propio de la naturaleza de personalismo el que no dará nunca una dirección obligatoria a la acción, en la medida en que inserta en ella la libertad creadora del hombre. Y esta incertidumbre que se nos reprocha es nuestra fuerza, pues afirma la primacía del espíritu de descubrimiento sobre el espíritu de prejuicio”.<sup>221</sup>

Cuanto se viene diciendo hasta ahora puede causar la impresión de que el personalismo no es *sensu stricto* una filosofía ni Emmanuel Mounier un filósofo. Disentimos de esa apreciación. Ocurre, como había escrito Charles Péguy que...

“Una filosofía no es la que pronuncia juicios definitivos o que propone una verdad definitiva. Es la que introduce una inquietud, la que da lugar a una búsqueda”.<sup>222</sup>

En esta línea, el personalismo no tiene un propósito similar al de otras escuelas o corrientes, no nace como respuesta teórica a la necesidad de seguir interpretando la naturaleza, el hombre y la historia, sino como un modo de situarse ante ellos, como una inspiración de acción que se expresa conceptualmente con formas muy diversas y contiene, como núcleo doctrinal, un mínimo de afirmaciones coherentes sobre la persona humana que permite desarrollar una acción seria en su servicio. No es tampoco una filosofía de la acción, sino una filosofía en acción que, a través de una concepción del hombre, busca un sentido y un lugar a la persona y un valor personalizante al devenir histórico.

“El personalismo por lo demás, como toda doctrina inserta en la historia, no es un esquema intelectual que se traslada intacto a través de esa historia. Combina la fidelidad a un cierto absoluto humano con una experiencia histórica progresiva. Lo comprenderemos señalando las etapas de esta experiencia aún adolescente, mejor que simplificándola en una imagen prematuramente fijada”.<sup>223</sup>

Como se ve no es absurda la negativa de Emmanuel Mounier a definir el personalismo porque esto sería acotarlo, además de que no basta definirlo como veremos cuando intenta acercarse a una definición englobante, esto se debe también a que como dice J. Arias Muñoz:

“Quiérase o no, si existe una idea base que cruza todo el pensamiento contemporáneo ésta es la de la primacía de la realidad personal y, en tal sentido, no podría hablarse, en pureza terminológica, de “personalismo” sino de una orientación personalista de la cultura contemporánea”.<sup>224</sup>

Emmanuel Mounier de forma muy incompleta, es cierto, trata de hacernos ver las oscuridades que encierra una definición y trata de llevar a cabo una breve historia de eso que podría llamarse la orientación personalista del pensamiento contemporáneo.

<sup>221</sup> Ibíd. p. 97

<sup>222</sup> Persona, poder educación p. 37

<sup>223</sup> Op. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 198 (604)

<sup>224</sup> Adolfo Arias Muñoz p. 16

En este contexto hay que fijar el quehacer filosófico de Emmanuel Mounier; es ciertamente, un filósofo que se sitúa en el pensamiento con una intención similar a la de las grandes figuras de la historia de la filosofía: no limitarse a pensar sobre la vida, sino orientar la vida de los hombres concretos, impulsando su realización en unas determinadas condiciones socioeconómicas e históricas.

“El personalismo, hemos dicho, no es un sistema, sino un nudo de actitudes y de temas. Por lo demás, hemos recordado que existe un personalismo histórico, que elabora progresivamente una visión del hombre y del mundo, y un paisaje actual de personalismo, situado en una cierta crisis de civilización y que busca resolverla en las perspectivas de este tiempo”.<sup>225</sup>

Los filósofos de profesión le reprochan sus imprecisiones y la falta de definiciones dogmáticas. Olvidan que el pensamiento de Emmanuel Mounier ha estado siempre en vías de elaboración, que su personalismo está siempre dispuesto a replantearse, siempre dispuesto a comenzar de nuevo.

“Construid”, se nos dice, o sea, ofrecednos sistemas para darnos seguridad, para consolarnos, para alagarnos, para evitarnos ese duro esfuerzo de enderezamiento que tanto tememos, y ello por la magia de un pequeño resorte”.<sup>226</sup>

Si nos atenemos a la restricción del campo semántico, el personalismo menciona el hecho concreto de una reacción teórico-práctica a un momento crítico de la civilización contemporánea situada en el primer tercio del siglo pasado.

“...Nuestro personalismo no ha comenzado por el patronazgo de una “Suma”. Hemos sido arrojados con nuestra adolescencia en la evidencia de todos los fracasos, en el anuncio de todas las catástrofes e, inmediatamente, hemos nadado a contracorriente, a la búsqueda de los despojos, de los jirones de tierra firme, de la fraternidad de los naufragios, soñando en los mundos por venir. Algunas grandes perspectivas nos bastan en principio para reconocer como propio un campo en la catástrofe: disociaciones del personalismo y del individualismo, solidaridad de los personal con lo comunitario, de la encarnación (del compromiso) con la trascendencia”.<sup>227</sup>

Pero ¿Cuál es ese momento crítico en el que nace el personalismo?

“En el silencio de cincuenta millones de muertos, bajo la mirada insoportable de algunos millones de torturados, desesperados y desarraigados, cuando todo hubo acabado, la última actitud que habríamos deseado adoptar era la escolastra que, una vez que la tormenta ha pasado salen de su agujero y agitan sus fórmulas intactas. Nosotros hemos querido en principio dejar al mundo buscar a tientas alrededor nuestro hacia un orden nuevo para rejuvenecernos con su rejuvenecimiento”.<sup>228</sup>

<sup>225</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p.88

<sup>226</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 854 (548) p. 313

<sup>227</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 94

<sup>228</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 94

El personalismo de Emmanuel Mounier exige solidaridad y compromiso con la situación dramática de la existencia del hombre, esta presencia solidaria permanece al fondo como base de su postura filosófica. Y el párrafo anterior como el que pondré a continuación son ejemplos muy claros de la diferente forma de ver de Emmanuel Mounier y sus coetáneos. En torno a la situación de guerra donde pulula la muerte y se ejercía la violencia sin consideración Sartre decía:

“Abandonemos a esa Europa que no deja de hablar del hombre al mismo tiempo que lo asesina por donde quiera que lo encuentra[...] En este momento estamos encadenados, humillados, enfermos de miedo: en lo más bajo”.<sup>229</sup>

Al respecto decía Emmanuel Mounier como en una especie de diálogo:

“Veinte siglos de de experiencia histórica no pueden darse por perdidos...Debe ser posible operar a Europa del del siglo XX sin desfigurarla. Por este éxito apostamos, por él combatimos”.<sup>230</sup>

El personalismo procede de múltiples fuentes pero tomó forma precisa en la Francia de los años 30 y adquirió posteriormente una importancia notable en toda Europa en acontecimientos tan importantes como la Declaración de los Derechos de la ONU sobre los derechos humanos o los textos del Concilio Vaticano II que se refieren al hombre y a la libertad religiosa.

“Es la conciencia de esta explosión en cadena de todas las mistificaciones del hombre moderno la que nos lleva hoy a descubrir finalmente la condición personal, detrás de las ilusiones idealistas o materialistas, y sus exigencias ante esta rica materia reunida por los siglos pasados para que esa condición personal de dé vida y significación. Es por lo que el personalismo ha tomado cuerpo y a veces nombre de una manera más precisa desde hace cincuenta años, buscando en todo lugar a l hombre frente al sistema, la verdad frente a la ilusión: Kierkegaard y Marx contra Hegel, Bergson contra Spencer, Nietzsche y Péguy contra los doctores, Scheler y Jaspers contras las últimas ciudades del idealismo, Dostievski contra el hombre clásico, Berdiaeff contra las objetivaciones segregadas por el capitalismo y por el socialismo, Bernanos y Bloy contra los bien pensantes, y entre esta cosecha de profetas, a veces exasperados hasta el delirio, los primeros y pacientes pasos de una antropología nueva, de una sociedad dominada.”<sup>231</sup>

Se ha hablado de que el personalismo es una contraseña para la acción en un momento de crisis y no se ha explicado el sentido de dicha crisis. Emmanuel Mounier habla de una *crisis de civilización* como algo mucho más profundo que una simple crisis política o económica.

<sup>229</sup> Fanon F. *Los condenados de la tierra* (Prefacio de Jean Paul Sartre) México FCE, 1990. Citado en González Roberto, *Emmanuel Mounier y el existencialismo ateo: debate en torno a la intersubjetividad y la muerte*, Persona y Bioética, vol. 14, núm. 1, enero-junio, 2010, p. 68

<sup>230</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 265 (671)

<sup>231</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. P. 93

“¿De qué necesidad interior ha surgido nuestra afirmación?. Ante la crisis, cuya gravedad muchos se ocultaban, se presentaban dos explicaciones: Los marxistas decían: Crisis económica clásica, crisis de estructura. Transformad la economía y el enfermo se repondrá. Oponían los moralistas: Crisis del hombre, crisis de las costumbres, crisis de los valores. Cambiad al hombre y las sociedades se restablecerán. Nosotros no estábamos satisfechos con ninguno de ellos. Nos parecía que espiritualistas y materialistas incurrieran en el mismo error moderno: aquél que, siguiendo un cartesianismo dudoso, separan arbitrariamente el cuerpo del alma, el pensamiento de la acción, el *homo faber* y el *homo sapiens*. Nosotros por nuestra parte afirmábamos: La crisis es a la vez una crisis económica y una crisis espiritual, una crisis de las estructuras y una crisis del hombre. No sólo hacíamos nuestra la frase de Péguy “La revolución será moral o no será”. Nosotros precisábamos: “La revolución moral será económica o no será. La Revolución económica será “moral” o no será nada”.<sup>232</sup>

De ahí, también, la afirmación del personalismo como movimiento más que como sistema doctrinal concreto y que, en tanto que “movimiento” se patentice más como fuente nutricia de sistemas que como un sistema concreto y determinado. ¿De dónde nació entonces el personalismo de Emmanuel Mounier?

“El movimiento personalista nació de la crisis que comenzó en 1929 con los “cracs” de Wall Street y que persigue ante nuestros ojos más acá del paroxismo de la Segunda Guerra Mundial. Se ha dado a conocer mediante la Revista *Esprit* en 1932”.<sup>233</sup>

Por la época del surgimiento de *Esprit* parecía deducirse que se trataba de una crisis económica, o político – se encontraba en plena ebullición el surgimiento de los estados totalitarios europeos-. En este sentido dirá Emmanuel Mounier del personalismo:

“Este nombre responde a la expansión del empuje totalitario, ha nacido de él, contra él, acentúa la defensa de la persona contra la opresión de los aparatos. Desde este ángulo, corre el peligro de arrastrar viejas reacciones individualistas encantadas de otorgarse un nuevo blasón. Por eso lo hemos asociado a “comunitario” desde el principio”.<sup>234</sup>

El personalismo paradójicamente sólo ha sido posible por la crisis espiritual que atenaza al hombre europeo, por la pérdida del sentido de su dignidad. El personalismo se configura como esta vía, y en este sentido, trata de presentarse como la única opción válida que patentiza la dignidad humana: su capacidad de acción, de sobrepasar las adversidades haciéndoles frente.

Que el personalismo hace referencia a un movimiento concreto y localizado de pensamiento que adopta como primado la acción que caracteriza la persona, no cabe la menor duda. Que el personalismo, en segundo lugar, se convierte, así, en una filosofía de la acción y que, también por ello, acoge bajo esta denominación de personalismo, una

<sup>232</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 199

<sup>233</sup> *Ibid.*, p. 199

<sup>234</sup> *Ibid.*, p. 197

variedad de sistematizaciones teóricas, todas ellas bajo la teórica denominación de Filosofías del *Engagement*, tampoco cabe la menor duda.

Por todo ello, y ante la necesidad de aclarar el auténtico sentido del personalismo, debemos examinar las bases teóricas que animan esta “tendencia” filosófica de nuestro tiempo.

“El personalismo podrá, por tanto, abordar siempre su tarea por dos extremos. De un lado, la exploración del universo personal, de sus constantes y sus variables históricas, la elaboración de las categorías propias de sus valores. En el otro extremo, compromisos directos con los problemas más diversos que se ofrezcan a la experiencia de los hombres y de los más humildes, que dan el sentido de la soledad: problemas económicos, sociales, políticos, estéticos, morales, religiosos, etc”.<sup>235</sup>

Los dos aspectos merecen nuestra atención. El primero, más sistemático, tratará de expresar el fundamento, la idea principal que rige el filosofar personalista, como es el de la subjetividad carnal, la persona como movimiento de personalización, en definitiva, y su proyección en los distintos niveles en los que se mueve el personalismo.

“La primera de estas tareas comporta ante todo una elucidación cada vez más crecida del ser personal...Inmerso en la naturaleza de la que surge, el ser personal está aún retenido pasivamente en ella por mil ataduras que debe humanizar poco a poco”.<sup>236</sup>

Lo que en definitiva, hace el personalismo una filosofía que no se contenta con la especulación acerca de las estructuras del universo personal, sino que trata de llevar a efecto la realización de ese universo personal en el marco de una nueva civilización.

“Llamamos personalista a toda doctrina, a toda civilización que afirma la primacía de la persona humana sobre las necesidades materiales y sobre los mecanismos colectivos que sustentan su desarrollo”.<sup>237</sup>

El personalismo es una filosofía del sujeto encarnado, del sujeto comprometido y, en el marco de los planteamientos filosóficos contemporáneos, no pretende actuar como un “*tertium quid*” entre el espiritualismo y el materialismo, sino que trata de plantearse como la única vía válida para la recuperación de la perdida “dignidad humana”. Y ello sólo es posible partiendo de la tesis de la persona como movimiento de personalización; de ahí la necesidad de señalar, aunque sea suscitadamente, el sentido de la persona y sus consecuencias, para eso que hemos llamado la “conversión personalista”.

“Nuestros motivos son en principio morales y espirituales. Es en nombre de la dignidad y de las aspiraciones esenciales de la persona humana por lo que rechazamos el orden actual y por lo que trabajamos para instaurar otro”.<sup>238</sup>

<sup>235</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997.p. 116

<sup>236</sup> Ibid. p. 117

<sup>237</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 583 (367)

<sup>238</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 7

Si el objetivo del personalismo, según confesaba Emmanuel Mounier en 1936, era el de conformar una nueva civilización, esa nueva civilización no podría plantearse desde el marco de una mera especulación acerca de las estructuras del universo personal. Es necesario superar el orden especulativo y hacerlo cumplir en el orden práctico. El personalismo encontrará su verdadero sentido en la subversión del valor impersonal de la civilización contemporánea. Ello indica que la reflexión teórica sólo tendrá validez en el marco de la praxis personalista, es decir, en una praxis que logre poner como divisa la recuperación del universo personal y la conduzca a su pleno cumplimiento.

Actualmente está adquiriendo un valor cada vez más emergente por su carácter sereno, positivo y constructivo.

“Esta filosofía debe acabar de abrir paso a un realismo del conocimiento al que se puede con repugnancia llamar “crítico”, pero que en definitiva se establecerá más allá, y no más acá, de la Crítica, cualesquiera que sean los datos inmediatos que deba conciliar. El hombre que conoce no es ya una conciencia pura y a-personal, separada del hombre que actúa y que vive. Piensa con su cuerpo, con sus manos, con su país, con su tiempo, aunque todo el esfuerzo de su pensamiento sea penetrar de eternidad, sin poder jamás abandonarla, su situación concreta. No piensa a partir de ideas desencarnadas, de signos aislados, sino de experiencias penetrantes, que llevan la carga de toda su vida personal y que amplían los horizontes de universalidad cuya vida purificará después la vida del espíritu”.<sup>239</sup>

#### **4.3.3. Personalismo y marxismo.**

El Marxismo es una corriente ideológica que nace durante el s. XIX con Karl Marx; este pensamiento promueve que los principales medios de producción pertenezcan a la comunidad y no a los individuos. En teoría, pretende que todos tengan lo necesario y lo que les corresponda, pronto no habrá un gobierno pues todo será administrado por la comunidad.

En Marx, la persona es completamente disuelta en la sociedad actuante, como se dice en las *Tesis sobre Feuerbach*, en particular en la sexta: la esencia humana no es algo abstracto que sea inmanente al individuo singular. En su realidad es el sistema de las relaciones sociales.

“Cuando se reprocha al comunismo el no plantearse el problema del hombre singular, del hombre como persona, él nos recuerda, sobre todo recientemente, que la dictadura colectiva y minoritaria del proletariado no es más que una necesidad provisional y que el marxismo ha puesto siempre como fin último de la revolución “la liberación del individuo”, el “reino de la libertad” y la desaparición del estado”.<sup>240</sup>

---

<sup>239</sup> Anto 840

<sup>240</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 613 (397)

Tal definición por Marx, en primer lugar, no es en absoluto des-valorativa, pero pretende captar lo concreto; en segundo lugar no deja ningún espacio para el hombre en cuanto persona.

Mounier conoció el marxismo con más profundidad que otros muchos pensadores de su época, por mediación y al modo de Nicolás Berdjajev, lo interpreta como resultado histórico e intelectual de la dimisión del cristianismo de sus responsabilidades temporales.

“En principio, pedimos que no nos ceguemos ante él, sino que vayamos a verlo directamente y que se le deje de criticar con argumentos de manual, cuya mentira o pobreza desenmascara la más pequeña lectura de Marx”.<sup>241</sup>

Mounier admira y asimila el esfuerzo de Nicolás Berjaev por formar juicios serenos sobre la compleja realidad del marxismo y, pese a existir entre ellos algunas diferencias de opinión, se siente tan próximo a sus posturas que le reconoce como uno de los primeros personalistas de la nueva Europa, y los personalistas le tienen como una de sus fuentes de inspiración, tanto por su perspectiva filosófica cuanto por su a- partidismo.

“Lo que tan de temible tiene el comunismo – escribía Berdiaeff en el primer número de *Esprit* – es esa combinación de verdad con error. No se trata de negar la verdad, sino de separarla del error”. Precisemos: lo que el comunismo tiene de temible es este entrecruzamiento de errores radicales con puntos de vista radicales, con puntos de vista parcialmente exactos e indudablemente generosos, esta anejiación por el error de unas causas dolorosas cuya urgencia nos oprime”.<sup>242</sup>

Marxismo y personalismo no son planteamiento fácilmente conjuntables. Ni Mounier es comunista como se le etiqueta erróneamente.

“Comprobamos que el marxismo es una grandísima doctrina económica y política que, en vez de ser tratada como un paria en nuestras Facultades de Derecho, debería figurar con buen rango en su enseñanza. Ninguna ha revelado con tales profundidades la estructura de nuestra sociedad europea que va desde 1840 a 1914, y sobrevive aún ampliamente. Ninguna ha dejado, más allá de los resultados caducos de toda investigación sociológica, un método de análisis todavía tan utilizable”.<sup>243</sup>

Se ha advertido entre ambos una discrepancia metodológica y epistemológica de base, fundamentalmente por rechazar el personalismo la conveniencia de un sistema de pensamiento, de una totalidad comprensiva, que le da la apariencia de situarse en el pre-marxismo y dependiente de la ideología dominante; por tradición, personalismo y marxismo parecen situados uno en las antípodas de otro y, por último, pese a haberse situado próximos en lo operativo, mantienen una neta diferencia de finalidades.

<sup>241</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 99

<sup>242</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O. C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992. p. 616 (400)

<sup>243</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 99

“Por muy sutil que sea vuestro materialismo, por muy dialéctico y alejado del materialismo vulgar del que vos defendéis, siempre que siga siendo un materialismo- cosa que vosotros afirmáis-, mutila al hombre y compromete la revolución...para nosotros se trata de salvar la realidad espiritual el hombre...La revolución marxista se afirma por el contrario como revolución de masas, no sólo en el sentido evidente de que para derrocar un poder considerable es necesario reunir una potencia similar, sino en el sentido más significativo de que la masa exclusivamente es la creadora de los valores revolucionarios, la masa es considerada de esta forma como un instrumento de amaestramiento de la persona, y la ideología como un instrumento de amaestramiento para la masa. Pero ni la persona ni la masa soportan ese amaestramiento. Partiendo de un racionalismo reforzado por la sustitución en la masa de las fórmula de partido, la desviación marxista se inspira en un desprecio radical hacia la persona”.<sup>244</sup>

Sin nostalgias individualistas, sin ocultas pretensiones pequeñoburguesas, las preguntas que Mounier dirigirá al marxismo tienen siempre como *leit motiv* la persona humana y su responsable lugar en el proyecto de una nueva civilización.

“Es pues, imposible hacer deliberadamente dos partes en el compromiso, y decir: “Con los comunistas arreglo los problemas de la tierra; con mi fe, los problemas del cielo”. Esto equivaldría por paradoja, dentro de un compromiso comunista, a recaer en la concepción individualista e idealista de la fe que tantos estragos ha hecho desde hace cien años. Una perspectiva cristiana interviene en todos los problemas, hasta en los más exteriores, desde el momento en que afectan al hombre, y las menores estructuras de la vida material interesan al hombre espiritual que no se contenta con soñar mundos mejores en el humo de su cigarrillo”.<sup>245</sup>

Si bien el marxismo tiene un valor distinto al individualismo y al racismo fascista, Emmanuel Mounier es tajante al afirmar que es el personalismo el único terreno sobre el cual puede trabarse un combate honrado y eficaz con esta ideología que conoce tan bien.

“Siguiendo a Hegel, Marx concibe la historia como producto de una dialéctica, de una fecundación recíproca y progresiva entre la idea y la naturaleza...De esta naturaleza, y principalmente de la naturaleza organizada por el hombre en la economía, hace nacer él efectivamente las ideologías, las cuales, lanzadas de nuevo a la naturaleza (materia e industria), se enriquecen y a la vez la enriquecen trazando una nueva etapa del progreso humano. Todo el drama ocurre entre generalidades de las que el hombre personal no es sino testigo e instrumento”.<sup>246</sup>

Ni Karl Marx ni sus discípulos pueden presentar una antropología sólida, peor aún, prescinden de ella sin ninguna inquietud. Si bien no podemos hacer un análisis exhaustivo de la doctrina Marxista en sus numerosas vertientes, sin embargo, para nuestro caso, no podemos, por un lado negar que esta corriente doctrinal e ideológica es una respuesta a los abusos de la sociedad industrial naciente y al capitalismo, por el otro los graves atentados que los regímenes marxistas, leninistas, maoístas y comunistas en general, han tenido hacia la persona como ser libre e individual.

<sup>244</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.421 (405)

<sup>245</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas III, La cristiandad difunta*. Sígueme, Salamanca 1990, p.647 (871)

<sup>246</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 611 (395)

“En oposición al idealismo burgués, y sobre todo al idealismo hegeliano, que hace de la realidad una “calcomanía adherida a la idealidad”, el marxismo es una filosofía de la acción y del hombre concreto”.<sup>247</sup>

Sin embargo, como se ha visto a través de la historia, el régimen de muerte, terror, aniquilación del ser individual y de poblaciones enteras muestra un panorama sombrío de esta doctrina utilizada, la mayor parte por líderes inescrupulosos constituidos en “dioses” absolutos de sus pueblos (Mao, Stalin, el régimen de Corea del Norte, los líderes o títeres de los antiguos países de la “cortina de hierro”, Fidel Castro, etc.).

“Su indigencia aparece aquí con plena evidencia. Oscila entre dos términos vagos, “reflejos”, “imposición”; diga lo que se diga, vuelve a caer en un racionalismo muy cercano al viejo racionalismo burgués”.<sup>248</sup>

Emmanuel Mounier, que conoció de fondo la doctrina y praxis marxista, señala el grave y absurdo error del marxismo de reducir la sociedad a dos clases los hombres: los explotadores y los explotados, desconociendo así el ser personal–individual en su misterio, complejidad y posibilidades.

“Existe, pues, muy claramente, en el mundo una dialéctica revolucionaria. Pero no es, o no es únicamente, una batalla horizontal entre dos fuerzas materiales, oprimidos y opresores. La opresión está en el tejido de nuestros corazones. Es un desgarramiento vertical en el seno de la vida espiritual de la humanidad, es la pereza misma del esfuerzo espiritual cayendo sobre sí mismo bajo una pesadez extraña que no afloja nunca su presión”.<sup>249</sup>

Con esta doctrina y praxis se da una evidente negación de lo espiritual como realidad autónoma, primera y creadora, y el rechazo de toda forma de realismo espiritual. Se olvida que, desde la dimensión de la persona, lo espiritual se nutre constantemente de lo temporal, y lo temporal se ve iluminado incesantemente por lo espiritual.

“Esta negación adopta dos formas. En primer lugar el marxismo rechaza la existencia de verdades eternas y de valores trascendentales al individuo en el espacio y en el tiempo; es decir que rechaza esencialmente en función de su postulado primario no solo el cristianismo y la creencia en Dios, sino cualquier forma de realismo espiritual”.<sup>250</sup>

Sin duda que su idea más arraigada es la de dar fin a la propiedad privada y el quitar la religión, porque ésta es el opio de la sociedad. Pero a esto sólo se llegará por medio de la revolución violenta y la lucha de clases.

<sup>247</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.612 (396)

<sup>248</sup> *Ibid.* p. 614 – 615 (398-399)

<sup>249</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.178 (40)

<sup>250</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 614 (398)

Marx siguiendo la dialéctica invertida de Hegel, reduce la hombre a pura materia y todo (la política, la cultura, la religión y la filosofía) es un reflejo del desarrollo económico de un pueblo.

“El objeto inmediato de esta transformación es derrocar al capitalismo y establecer una nueva infraestructura económica. El trabajador se convertirá así de objeto en sujeto de la historia...la imperfección de las condiciones económicas es la única causa del mal entre los hombres y en el hombre mismo. Desarrollemos la ciencia, organicemos el trabajo, gracia obrera de salvación colectiva y poco a poco serán reabsorbidas la miseria y la enfermedad. La insuficiencia de las condiciones materiales de vida es el único obstáculo a la expansión del hombre nuevo”.<sup>251</sup>

Siguiendo esta lógica no da en ningún momento paso a las realidades trascendentes; es decir, en lo que corresponde al hombre no tiene una visión del espíritu, es sólo materia y sirve como un medio de producción dentro de la estructura de la sociedad, comenta Emmanuel Mounier:

“Hay un marxismo, filosofía totalitaria, que convierte toda actividad espiritual en un reflejo de las circunstancias económicas, ocultando o negando los misterios del ser y del hombre, no considerando otra superficie del hombre que la relacionada con la vida de nutrición y de relación y amenazando a la persona con los propios mecanismo que pueden liberarla.

Pretender que la suficiencia material trae la felicidad del hombre o proclamar una revolución por la abundancia, el confort, y la seguridad, como sus móviles no son más profundos, el marxismo ni el mundo consumista actual no pueden conducir a una auténtica liberación espiritual. Emmanuel Mounier le llama realismo truncado.

“La denuncia por el marxismo del idealismo burgués, y de su hipocresía social era, o habría podido ser, una aportación considerable al humanismo que buscamos...Ha tomado al hombre en su centro de miseria, por donde pasa el eje de su destino”.<sup>252</sup>

El personalismo, no opone la revolución espiritual a la material, sino que afirma que no existe revolución material fecunda sin que esté enraizada y orientada espiritualmente; que el uso de las técnicas, medios de comunicación, la vida entre la masa, son despersonalizantes solamente si se renuncia a querer vivir personalmente. Es ingenuo pensar que los problemas del mal, la miseria y la muerte, serían menos apremiantes cuando hayan sido logradas unas condiciones menos angustiosas: cuántos y cuántas con un futuro económico y profesional asegurado viven en las peores angustias y soledades.

“No hay más que mirar alrededor para darse cuenta de que la desaparición de la angustia primitiva, el acceso a las mejores condiciones de vida, no suponen infaliblemente la liberación del hombre, sino ordinariamente su aburguesamiento y su degradación espiritual. La conquista de la naturaleza y de unas mejores condiciones de vida es algo propio de la adaptación: la adaptación es necesaria a

<sup>251</sup> Ibíd. p.614-615 (398 -399)

<sup>252</sup> Ibíd. p. 616

la vida, incluso a la vida espiritual, pero hasta cierto límite, más allá de él se convierte en un proceso de muerte”.<sup>253</sup>

En síntesis, nos dice Emmanuel Mounier, el marxismo va contra la persona porque, partiendo de un racionalismo forzado por la sustitución en la masa de las fórmulas del partido, su desviación se inspira en un desprecio radical hacia la persona; su laguna esencial es haber desconocido la realidad íntima del hombre, la de su vida personal, su optimismo en el porvenir del hombre:

“Es un optimismo del hombre colectivo que encubre un pesimismo radical de la persona”; la masa es un instrumento de amaestramiento de la persona; la ideología un instrumento de amaestramiento para la masa. Contra esta realidad, el personalismo defiende que “la persona es la única responsable de su salvación y sólo ella posee la misión de aportar espíritu allí donde lo espiritual desaparezca”.<sup>254</sup>

Pero Emmanuel Mounier no oculta, más aún resalta una serie de coincidencias con el planteamiento marxista. En primer lugar, Emmanuel Mounier ha señalado su solidaridad con la causa de la liberación de la miseria:

“Repetimos que ninguna de nuestras críticas se dirigirá contras las necesidades técnicas exigidas por esta lucha radical contra la miseria y la proletarización, sino exclusivamente contra una mística sistemática del trabajo, de la razón científica y de la industrialización”.<sup>255</sup>

Aunque su postura ante el marxismo sea “si, pero”, resistiéndose a dejarse arrastrar ante dilemas maniqueos o a una toma de posición en bloque, Emmanuel Mounier no dejará de arremeter contra cualquier estudio del comunismo que haga abstracción de la pobreza. Otro de los legados que Emmanuel Mounier reconoce al marxismo es también es haber recuperado la dignidad de la materia, haber descubierto la influencia de las condiciones económicas en la historia humana.

“Finalmente, el marxismo ha abierto ampliamente los caminos no sólo del análisis histórico, sino de la reflexión filosófica y antropológica contemporánea”.<sup>256</sup>

Así también la cercanía en el análisis de la alienación como reconoce Mounier.

“Haciendo de la alienación del hombre en sus productos, que sigue a su alienación en la naturaleza bruta, el desorden central de la sociedad moderna, ha dado, si bien no lo ha mantenido después, un acento netamente personalista al comienzo de su crítica social”.<sup>257</sup>

<sup>253</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 619

<sup>254</sup> *Ibíd.* p. 620- 621

<sup>255</sup> *Ibíd.* , p.618 (402)

<sup>256</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 99

<sup>257</sup> *Ibíd.* p. 100

Pese a las discrepancias, Emmanuel Mounier reconoce que el método marxista salva al personalismo de la retórica y la indiferencia y que, aún cuando la literatura marxista adolezca de científicismo y de academicismo burgueses, el marxismo es una permanente incitación a liberarse de los rodeos idealistas y a vincular la reflexión con los problemas reales de la sociedad.

“La denuncia por el marxismo del idealismo burgués y de su hipocresía social era, o habría podido ser, una aportación considerable al humanismo que buscamos”.<sup>258</sup>

La pobreza que proponemos es una austeridad compartida, es lo que permite un estado de disponibilidad y ligereza, es un examen interior, es el desprendimiento indispensable a la verdadera posesión. Es la parábola de los lirios del campo. Sin este espíritu de pobreza, la holgura material degrada.

Es evidente que, en la crítica al totalitarismo, Mounier tiene presente un marxismo concreto; el leninismo que ha cercenado la dialéctica en aras de la ortodoxia y el estalinismo, un socialismo impuesto por la fuerza bruta del poder e incapaz de crear un tipo nuevo de hombre.

“Con ello muestra aún más claramente que su comunismo no es sino un individualismo más taimado. Nos queda por demostrar cómo la persona en cuyo favor alegamos es algo distinto de un individuo mejor informado”.<sup>259</sup>

El marxismo ha falseado también las relaciones sociales interpersonales que no son en el colectivo fruto de una solidaridad de voluntades autónomas y conscientes, unificadas por un proyecto común libremente asumido, sino por la decisión incontestable de un Estado totalitario.

“No da cabida alguna en su visión o en su organización del mundo a esta forma última de la existencia espiritual que es la persona, ni a sus valores propios: la libertad y el amor”.<sup>260</sup>

El riesgo más serio del colectivismo es diluir la responsabilidad personal en una exaltación de la masa, cercenar al hombre constituyéndolo en instrumento, reduciéndole a la categoría de utensilio, reducción inquietante porque hace caer todo tipo de límite para la inhumanidad.

“Resulta, pues, a fin de cuentas, que la laguna esencial del marxismo es haber desconocido la realidad íntima del hombre, la de su vida personal. En el mundo de los determinismos técnicos, igual que en el de las ideas claras, la persona no tiene sitio”.<sup>261</sup>

<sup>258</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 616(400)

<sup>259</sup> *Ibid.* 1992, p.621 (405)

<sup>260</sup> *Ibid.* p.614 (398)

<sup>261</sup> *Ibid.* p.620 (404)

Como él mismo intuyó, la personalización ha de ser un proceso paralelo a la socialización, es decir, una reanimación de las personas singulares para que éstas sean capaces de suscitar colectividades liberadoras.

“La masa no aporta sino las condiciones de existencia y de medio, necesarios pero no creadores. Si posee un valor es por las personas que la componen y por la comunión cuya realización en cada una es la condición previa”.<sup>262</sup>

Y es que al marxismo hay que preguntarle sobre el hombre, y sobre el hombre concreto, para quien no se desea que se recupere por un lado para perderse por otro; pregunta por la persona que no es complacencia decadente ni narcisismo intelectual, ni reivindicación pequeñoburguesa.

Y este es un planteamiento a todas luces insuficiente para el personalismo. De poco sirve el desmantelamiento de las falacias de la cultura burguesa, ni el efectivismo económico, si con ello el hombre concreto, singular, ni recupera el ejercicio de sus derechos y responsabilidades; más aún, si no recupera un sentido de su ser, de su trabajo, de su compromiso. El anonimato de la persona en un Estado totalitario no supera, sino que confirma y continúa, el de las grandes sociedades financieras y el aparato parlamentario que no es, *eo ipso*, garantía de participación creadora. Optimistas frente a lo colectivo, el marxismo ha degenerado, teórica y prácticamente, en un profundo pesimismo en cuanto a la persona singular.

“El optimismo que el marxismo profesa, a la inversa del fascismo, sobre el porvenir del hombre es un optimismo del hombre colectivo, que recubre un pesimismo radical de la persona. Toda la doctrina de la alienación presupone que el individuo es incapaz de transformarse a sí mismo, de escapar a sus propias mistificaciones (...). Las masas, por el contrario, son firmes, grávidas, creadoras: constriñen al individuo contra el sueño y lo transforman, al digerirlo, por así decir, en sus estructuras”.<sup>263</sup>

#### 4.2.4. Personalismo y existencialismo.

“Algunos se preguntan por las fronteras y los parentescos, en una especie de zafarrancho de combate, que contrasta con la incertidumbre general de la acción: personalismo y existencialismo se aproximan para restablecer ante el marxismo el valor del hombre subjetivo, existencialismo ateo y marxismo coinciden en el anticristianismo, personalismo y marxismo están de acuerdo en restablecer ante el existencialismo el valor de las mediaciones objetivas”.<sup>264</sup>

<sup>262</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 621(405)

<sup>263</sup> MSP, O, I, 519

<sup>264</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 95

La primera mitad del siglo XX fue un infierno dantesco, y Jean Paul Sartre, en la Francia ocupada, de forma paradigmática puso nombre a todo esto con su desgarrado existencialista: el infierno son los otros, la vida es una náusea, la forma de amar es la de la puta respetuosa en el burdel, las manos están sucias, los muertos sin sepultura, las puertas están cerradas, el humanismo es la gran mentira, y la realidad se compone de sadismo, masoquismo, y sadomasoquismo, ciertamente...

“El existencialismo aporta a las armonías económicas y filosóficas legadas por el siglo XIX – ese enorme engaño de la felicidad que deja asomar una de las espiritualidades más pobre de la historia – una vuelta al sentido trágico de la existencia. Fragilidad y abandono del hombre, impotencia final de la razón, inminencia cotidiana de la muerte en la vida, ineluctable soledad en el mismo seno de las comuniones más intensas, amenazas ocultas en cada una de nuestras obras, que acaban siempre por volverse de alguna manera contra el autor, quiebras infranqueables de un mundo en el que el hombre nunca alcanza plenamente el ser, al otro, o a sí mismo”.<sup>265</sup>

Náusea de náuseas, todo es náusea, para Emmanuel Mounier...

“La Náusea es el mal del hombre que quiere poseer el mundo, en el mismo momento en que siente el vértigo ontológico de la vanidad ofuscante de esta posesión”.<sup>266</sup>

De ese existencialismo degradante pero aún rebelde habrá de surgir pronto un nihilismo desfalleciente y lleno de miedos que necesita agarrarse a las cosas para no sentir el vértigo y el vacío que se ha instalado en el alma humana.

“El existencialismo asegura la eliminación de optimismo vulgar y engañoso que traduce el engaño burgués y la decadencia religiosa del último siglo”.<sup>267</sup>

No estamos hablando aquí de ese *nihilismo* de altura que busca al superhombre, sino de ese otro que se entrega a la laboriosidad, a la industria, a la producción y al dinero porque no tiene ya nada más grande a que entregarse, ya que no cree en nada: una especie de *calvinismo* sin religión, o de pos-calvinismo que ha hecho de la propiedad su religión. Estamos hablando del burgués.

“No hay ninguna tiranía visible, sino una dictadura invisible: la del espíritu burgués, de la avaricia burguesa, de la hipocresía burguesa...”.<sup>268</sup>

¿Cuáles son estas tiranías? En primer lugar, la cultura burguesa. Emmanuel Mounier y *Esprit* no denuncian sólo el fallo técnico de un sistema. Y el corazón de la cultura burguesa es la civilización del confort y del bienestar.

<sup>265</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. IV, La esperanza de los desesperados*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 412

<sup>266</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.98

<sup>267</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. IV, La esperanza de los desesperados*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 412

<sup>268</sup> MSP I, 565 -566

La revolución personalista no será la revolución del bienestar, sino la revolución por el hombre, la revolución por situar al hombre las cuestiones candentes de su identidad, su vocación y su compromiso con los demás.

“El mundo, la libertad, la trascendencia. Estos tres modos se atraen y se repelen al mismo tiempo en una rivalidad constante, y cada uno es desgarrado en el interior de sí mismo. Así, el yo tiene que apoyarse como existente contra los ataques del mundo objetivo; debe anonadarse a la vez que volverse a encontrar en el ser trascendente que le atrae y le aplasta al mismo tiempo”.<sup>269</sup>

Por el momento histórico en que surge, por el modo de enjuiciar la filosofía occidental y de acercarse a lo humano concreto, el personalismo de Emmanuel Mounier tiene numerosos puntos de contacto con el existencialismo o, como él prefería decir, colocando así estas teorías más entre los movimientos que entre los sistemas, con los existencialismos.

“Estrecha solidaridad entre las preocupaciones existencialistas y las preocupaciones personalistas. Esta aproximación la encontramos no sólo en Gabriel Marcel, sino también en Nicolás Berdiaeff”.<sup>270</sup>

A ellos dedica su conocida obra *Introducción a los existencialismos*, en la que partiendo de un interés común, a saber: la recuperación del sujeto humano en la crisis de civilización de los años treinta, y marcando distancias de la versión Sartreana, Emmanuel Mounier pretende presentar su personalismo como una respuesta válida a los interrogantes sobre la existencia y a los existencialismos de inspiración cristiana como elementos integrables en su proyecto de civilización.

“El existencialista puede parecer en algunas facetas un equivalente del personalismo. Al hombre en general de los moralistas o de los lógicos, al autómatas sabio de los técnicos, el personalismo opone el hombre a la vez situado e interior, expuesto y secreto, cuya imagen es, en efecto, común a una larga familia de pensadores que se pueden muy bien designar existencialistas de la misma manera que personalistas”.<sup>271</sup>

Pensadores como Henri Bergson, León Bloy, Charles Péguy, Nicolás Berdiaeff..., tan próximos al personalismo que se les ha llamado “la vieja escuela espiritual de Mounier”, prepararon de alguna manera la reacción existencialista frente a los abusos objetivantes del idealismo, e incluso algunos de ellos, como el caso de Berdiaeff, caen de lleno en el movimiento existencialista. ¿Qué es un existente?

“Soy un existente, es decir, un ser que surge en el orden determinado de las cosas como una novedad absoluta, como un centro de iniciativa, de afirmación y de libertad”.<sup>272</sup>

<sup>269</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.99

<sup>270</sup> *Ibid.* p. 127

<sup>271</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Espíritu*, Caparrós, España 1997. p. 662

<sup>272</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. IV, La esperanza de los desesperados*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 411

Pero, si bien es cierto que Mounier no se convierte al existencialismo *sensu stricto*, comparte con los existencialistas la preocupación por el hombre concreto y sus problemas y la necesidad de llenar de contenido humano su quehacer filosófico. “Todo existencialismo es una filosofía del hombre antes que una filosofía de la naturaleza”.<sup>273</sup>

En *Introducción a los existencialismos* Mounier dibuja el árbol de los existencialismos, árbol que parece apuntar, más que a una rígida clasificación de esos pensamientos – en cuyo caso habría algunos puntos bien discutibles, - a la de que el existencialismo más que una filosofía es una dimensión de la misma, una actitud que toma características determinadas en razón de los momentos históricos en que se realiza.

“Cuando todavía se confundía el existencialismo con una pequeña fiebre de café o incluso con el serio y ya monumental esfuerzo de Sartre, me ha parecido bien restablecer en su envergadura el árbol de los existencialismos: arraigado en Pascal y Kierkegaard, creciendo por un lado, antes que Sartre, Husserl, Heidegger y Nietzsche, y por el otro, Chestov y Berdiaeff, Blondel y Buber, Jaspers y Gabriel Maarcel, el árbol despliega sobre el fondo plano del siglo XIX el doble remaje de un ateísmo robusto y de un cristianismo remosado”.<sup>274</sup>

El existencialismo ateo constituye sin duda el principal interlocutor de la doctrina de Mounier, pues en aquel se abrigan dos hipótesis ingeniosas las cuales cierran, por un lado, el universo del hombre, y por el otro, inhiben la comunicación intersubjetiva.

“Hay, en la tradición más propiamente existencialista, trátase de Pascal o de Kierkegaard, de Jaspers o de Heidegger, o incluso de Sartre, una doble vertiente hacia el solipsismo y el pesimismo que lo apartan a veces radicalmente del personalismo tal como nosotros lo entendemos o, cuando la separación es mínima, la particularizan con claridad”.<sup>275</sup>

La relación que podemos establecer entre el existencialismo ateo y la filosofía de Mounier proviene del dato de su contemporaneidad, pero sobre todo porque el personalismo en cierta manera va a derivar en una reacción contra el existencialismo ateo en el siglo XX.

“Se puede decir que cada vez que tendía a recaer el impulso cristiano, un despertar existencialista le ha devuelto su fuerza vital: san Bernardo restableciendo la primacía de la salvación contra el racionalismo de Abelardo, la Imitación erigiendo la fe contra el raciocinio de la Escolástica decadente, san Francisco levantando el cristianismo occidental contra las torpezas de la apropiación, Pascal recordando la angustia cristiana a un siglo devoto y galantemente acomodado, Kierkegaard acentuando la paradoja de la fe contra la arquitectura de Hegel, tal total que nada quedaba ya olvidado, nada era secreto o inquietante”.<sup>276</sup>

<sup>273</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.104

<sup>274</sup> Mounier Emmanuel, *O.C.IV, La esperanza de los desesperados*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 411

<sup>275</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 256 (662)

<sup>276</sup> *Ibíd.*, p. 407

Respecto al existencialismo ateo quisiéramos detenernos fundamentalmente en dos planteamientos antropológicos preeminentes, que en su momento constituyeron un hito en la concepción moderna del mundo y el hombre, y al mismo tiempo, desde nuestro punto de vista, constituyen piezas miliares del contraste entre éste y el personalismo.

“El existente humano, en efecto, se presenta con una estructura que lo constituye en ser personal frente a la inercia o la impersonalidad de las cosas. Los pensamientos existencialistas son unánimes en este extremo. Son ellos los que ha dado la señal del despertar personalista en la reflexión contemporánea...Dicho esto, el existencialismo presenta, en general, una imagen de un personalismo un poco crispado”.<sup>277</sup>

Estas dos tesis existencialistas contra las que Emmanuel Mounier se muestra en abierta oposición son, por un lado, la idea de un universo cerrado o acotado por la finitud de la muerte. Mientras que por otro, se encuentra la idea del hombre individualista cuya comunicación se encuentra eclipsada por la recíproca desconfianza que se cierne entre cada uno.

“La conciencia empobrecida que tiene del ser le da el sentimiento de que cualquiera que tome parte le quita su parte. El otro solo le parece desde entonces con el aspecto de una amenaza, de una posible usurpación. Todo lo que le rodea le atañe y le acecha. Su universo es un universo de amenazas y de malicia concéntrica, de la que él es el centro irritable. Sartre se niega a concebir el ser-para-otro de otra forma que no sea como usurpación, apoderamiento del bien y avasallamiento de la persona”.<sup>278</sup>

Emmanuel Mounier se propondrá abrir el horizonte de este universo filosófico que se ha cerrado ante la sobre-dimensionalización de la muerte, recuperando al hombre del abandono; y al mismo tiempo también se propondrá la superación de la desconfianza antropológica (el enfriamiento del amor) instituida por las filosofías hostiles, en especial por el existencialismo ateo.

“En este extremo iremos más lejos que Sartre por el mismo camino que él nos indica, donde se niegan las fatalidades para cargar al existente con la responsabilidad entera del *sí mismo*. El mal que impide la comunicación de las libertades o de las existencias ( ) es un mal que suscito yo mismo, desde el momento en que me hago indisponible...Si cierro sobre mí mismo la curvatura egocéntrica, si me hago propietario de mí mismo, desarrollo en mí una opacidad que está en el origen de la opacidad que desarrollo después en los otros”.<sup>279</sup>

Esto nos permitirá ver, por un lado, que la tradición filosófica personalista se perpetúa a través del diálogo y el contraste entre diferentes tesis; y por otro, podremos asistir al momento en que Emmanuel Mounier intenta recorrer los límites de ese universo cerrado

<sup>277</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.127

<sup>278</sup> *Ibíd.* p.153

<sup>279</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.153

configurado por el existencialismo ateo en el que el hombre fue abandonado hacia la primera mitad del siglo XX.

“Si toda doctrina filosófica vive de su confrontación con las doctrinas próximas y con las adversas, es en la medida en que la despiertan a su propia actividad creadora. De lo contrario, degenera en polémica y en apologética”.<sup>280</sup>

Como puede verse, el diálogo de Emmanuel Mounier con los existencialismos le permite perfilar temas, ahondar en sus propias intuiciones, desarrollar sus planteamientos, quizá más que recibir influencias en sentido estricto; influencias que cuando se dan, vienen siempre de los existencialistas cristianos. Ante el existencialismo, Emmanuel Mounier se ve obligado a definirse.

“Contra la vertiente hacia el solipsismo el existencialismo ha luchado desde sus primeras expresiones, por muy imbuidas que estuvieran de filosofía romántica. Pero ello no permite jamás olvidar que ha partido de un descrédito sistemático de lo objetivo con el ataque de Kierkegaard a Hegel. No se le ha ocurrido a Kierkegaard, o muy poco, que una vida según la objetividad pueda y deba ser complementaria de una vida según la subjetividad para asegurar el equilibrio humano. Por lo que su ética, más allá de la ética, tiende siempre a ser una ética de la soledad, del secreto y de lo extraordinario”.<sup>281</sup>

¿Es el hombre un ser irreductiblemente solo, arrastrando una existencia vana que alienta una conciencia desgraciada, persiguiendo, en su ilusión, ser un dios y sin llegar a ser más que un dios frustrado, desconfiado de la exterioridad que le amenaza, helado por la mirada del otro, situado en una historia que no es sino la discontinuidad de los destinos individuales, radicalmente amenazado por la muerte, contingencia absoluta que priva de sentido a la vida: una total desposesión, una absurdidad sin remedio ni recurso?

“La reacción existencialista contra la dispersión o el endurecimiento del ser personal por el mundo objetivo, tiende siempre y a veces se inclina a un desprecio sistemático de la objetividad. Ya Kierkegaard, después de haber intentado restaurar el valor de la paciencia objetiva al lado de la existencia fulgurante (por ejemplo, en su obra *O lo uno o lo otro* intentó igualar la fidelidad en el matrimonio con el “milagro del primer amor”), terminó por encerrar al Único en una soledad desafiante frente a toda mediación directa. Sartre se crea un concepto del ser-en-sí como masividad cerrada, estupidez estéril, superfluidad asqueante, donde el existente no puede más que enviscarse, perderse”.<sup>282</sup>

El personalismo mounieriano se sitúa en las antípodas de este monumento al absurdo y quiere fundamentar, lejos del repliegue individualista, acciones de compromiso solidario cara a una nueva sociedad. Movimiento de esperanza que no minimiza la dificultad de vivir, pero otorga un sentido a la existencia.

<sup>280</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 95

<sup>281</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 257(663)

<sup>282</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 106

“El mundo en esta perspectiva, como se le dirá más tarde, sobre verdaderamente. Se olvida o no se descubre más que como nada y absurdo...Este acosmismo metafísico no puede sino relegar al hombre hacia una soledad trágica, aunque se desee situarlo y comprometerlo. Lo impulsa también hacia un apoliticismo apasionado que mantiene una repugnancia teológica o escéptica a todas las formas de organización. Esta posición límite nos es inaceptable en la medida en que pensamos que el hombre se expresa por la objetividad tanto como por la interioridad, descifrando y propiamente inventando el mundo visible, igual que teniéndose sobre la vertical de su propio secreto”.<sup>283</sup>

Es decir, desde el punto de vista de nuestro autor, el ambiente filosófico de su entorno se encuentra dominado por la preocupación por la muerte y por la usurpación del otro.

“La angustia de sentir mis tendencias abandonadas al tiempo me repliega celosamente sobre ellas, Es aquí donde esta actitud fundamental gira desde mí mismo sobre el otro. El otro es el que me amenaza mis posesiones mundanas, no se me aparece más que bajo el aspecto de una usurpación posible o de la adquisición inventariable”.<sup>284</sup>

Para nuestro autor, Heidegger y Sartre son los interlocutores más representativos del existencialismo ateo, ambos autores son insignes patentadores de aquellas tesis que pregonan la moderna muerte de Dios.

“Cuando ya no hay esencias en el mundo, ni Dios por encima de las esencias, para llevar, anteriormente a la aparición de mi existencia, una parte del ser del mundo...yo, yo el existente, al surgir en el mundo, me vuelvo responsable íntegramente de mí mismo y del mundo. Este es el sentido práctico para el ateo, de la fórmula abstracta : “la existencia precede a la ausencia”. Yo no estoy definido previamente por una esencia común a todos los hombres; me defino actuando, y al hacerme, me creo mi fe al mismo tiempo que constituyo un mundo... Idealistas o materialistas, todos los sistemas tienden a descargar al individuo del peso de sus responsabilidades. Todos los existencialistas vuelven a poner el peso del mundo y de su destino sobre los hombros del hombre personal”.<sup>285</sup>

Por otra parte, cabe reconocer que el existencialismo ateo ha abordado de un modo impecable ambos asuntos antes referidos (la analítica de la muerte en el hombre y la recuperación del otro); no obstante, Emmanuel Mounier no ha quedado del todo satisfecho con sus respuestas, justamente porque este existencialismo ha dejado al hombre desprovisto de esperanza y ha roto la comunión del hombre con lo sagrado.

“Si el existencialismo sólo tuviera por significación recordar el sentido trágico del hombre y de su destino contra el optimismo ligero de expansión liberal, nosotros no podríamos más que sentirnos acordes con él. Pero el descrédito que arroja sobre todo lo que no es una libertad pura y como gratuita, al menos en su aparición, tiende a devaluar toda existencia consolidada e incluso la de las fidelidades personales. Pesimismo activo ciertamente.”<sup>286</sup>

El personalismo de nuestro autor ha partido de la afirmación que dice que esta propuesta no es sólo una visión del mundo o de la historia, o una idea neutral acerca del hombre, es antes bien una lucha con y por el hombre, la cual pretende coadyuvar a que éste se

<sup>283</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 257 (663)

<sup>284</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.154

<sup>285</sup> Ibid. p.165

<sup>286</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 257 (663)

despoje del yugo de la esclavitud que le propicia el colectivismo y el individualismo, a fin de que adquiera el adjetivo propio de persona.

“Un existente no es una cera sobre la que se imprimen ideas, las convicciones o las consignas, es un movimiento dialéctico de un pensamiento implícito a un pensamiento reflexivo, de una voluntad sorda y oscuramente voluntaria a una voluntad querida y la idea, la llamada, la orden, aunque fuesen trascendentes, deben ir a buscar en el corazón de este movimiento las disposiciones que ellas van a colmar”.<sup>287</sup>

Luchar desde la filosofía por el reconocimiento de la dignidad del hombre es una cruzada que exige una lealtad hacia el otro y atención permanente a semejante propósito.

“Nosotros por el contrario, pensamos con Jaspers que si la objetividad es, efectivamente, una amenaza perpetua para la existencia, es al mismo tiempo, por una ambivalencia profunda, su manera ineluctable de manifestarse y, en consecuencia, el camino estrecho, pero obligatorio, hacia las regiones superiores del ser. La objetividad que por un lado se nos presenta como masividad ciega y hostil, como amenaza de invasión y envascamiento, cuando es aceptada y transfigurada por la libertad personal, sin someterse nunca totalmente, se convierte al mismo tiempo en plenitud, desbordamiento y botín saludable. El fin de la filosofía ( y de la acción) no es por tanto, la disolución de la objetividad, sino, según la fórmula de Jaspers, una nueva posesión de la objetividad, muy parecida a la hominización del mundo de la que habla Marx, que pide y prepara para el cristiano la cristificación del universo que lo corona y lo arrastra a continuación de la divinización del hombre”.<sup>288</sup>

Esto es sin duda el rasgo específico del personalismo, pues no se entiende exclusivamente como una propuesta teórica; desde luego, es una concepción filosófica acerca del hombre y de la historia, pero además, debe entenderse como una cruzada por el hombre.

“Ya en Kierkegaard vemos como el ser del existente se sutaliza indefinidamente a fuerza de rechazar el mundo, rechazar la acción, rechazar el matrimonio, rechazar la Iglesia, rechazar la comunicación, rechazar los contenidos de pensamiento y obligarse a un estado de pura receptividad ciega en circuito directo con una trascendencia incomunicable.”<sup>289</sup>

Se trata de reparar en la medida de lo posible la esperanza rota que distingue su dignidad. En este sentido, Emmanuel Mounier encarna el rol de una suerte de médico que desde la filosofía reanima la esperanza de este hombre que recién el existencialismo ateo había adjetivado con el nombre de “pasión inútil”.

“En correlación con esta objetividad insociable y amenazante, el existencialismo tiende siempre, y cae frecuentemente en ella, a la descripción de la subjetividad personal bajo la figura exclusiva del rechazo, del apartamiento, de la huida”.<sup>290</sup>

Emmanuel Mounier urge a todas las filosofías diciendo que no es tiempo de seguir durmiendo.

<sup>287</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.94

<sup>288</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p.106

<sup>289</sup> *Ibid.* p. 107

<sup>290</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997.p.106

Todo pensamiento debe contraer un compromiso para la reivindicación del hombre; no se trata de hundir más en la ignominia los restos de la humanidad con pensamientos adversos y hostiles.

“El primer paso del existencialismo es hacer que todo hombre adquiera la conciencia de que es enteramente responsable de su existencia, y de que, tomándose de esta manera a su cargo, se hace dueño y poseedor del mundo entero”<sup>291</sup>

Asimismo, en otra fuente Emmanuel Mounier nos amplía la noción de persona diciendo que “la persona es desde el origen movimiento hacia el otro, ‘ser hacia’” (7); aquí se pronuncia la nota apropiada que permite diferenciar la persona respecto del individuo.

“El ser- en-sí, estúpidamente, lo que es, sin poder volver en sí mismo, opaco a sí mismo, macizo, sin secretos, como demasiado lleno, y, respecto al mundo, de más, superfluo; de ahí la náusea, ese malestar vago y asfixiante que sienten, en su encuentro, todos aquellos que no son unos Farsantes. El ser humano, el ser de la conciencia, es el ser-para-sí, no es un ser-más, sino una “descomposición del ser”.<sup>292</sup>

El individuo podría definirse como un ser que se encuentra *encerrado* en sí mismo, es egocéntrico, carece de amor por su semejante, mira a los otros como objetos, perdiéndose simultáneamente en el mundo sin rostro del ello. Para Emmanuel Mounier queda claro que...

“Nadie está más solo que quien tiene a los demás por meros objetos, y quien compra y vende a los demás con dinero”<sup>293</sup>

El individuo, en terminología de Martin Buber, vendría a ser el “yo” que se ha extraviado olvidando la inminencia del “tú”. El individuo es el “yo” solo contra el mundo. A este individuo también le caracteriza una voluntad de venir a menos. El individuo es una mónada cerrada precisamente porque no quiere crecer, porque no ensancha sus límites existenciales solidariamente con el otro, sino más bien se recoge entre ellos y se niega a la hospitalidad. Para Jean Paul Sartre...

“El ser humano está rodeado por el ser-en-sí que amenaza en sus inmediaciones como una vegetación salvaje contra una ciudad que se abandona a su exuberancia. De esta manera, la existencia humana es radicalmente una ausencia, un gesto de huída, una escapada sin fin: no afronta más que rompiendo perpetuamente el contacto...La tentación de sutilizar la existencia hasta definirla como un puro surgir de la libertad es un vértigo de la nada. La condición irreductible de la existencia es estar logada a unos objetos, aunque ella misma no sea objeto, beber en una fuente, aunque ella misma no sea fuente”.<sup>294</sup>

<sup>291</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.135 cita El existencialismo es un humanismo p. 24

<sup>292</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.111

<sup>293</sup> Calvo Antonio, *El personalismo de E. Mounier*, Arbil n. 61 p. 3

<sup>294</sup> Op cit. Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 107

Emmanuel Mounier diría que la condición primera de ser del hombre consiste precisamente en ser individuo. Se puede decir que el hombre no busca ser individuo, se nace de alguna manera siéndolo. Para ser individuo basta con ser, nunca se trabaja para ello. No obstante, el hombre puede transitar del ser individuo hacia el ser persona a través de una purificación permanente.

“Esta trascendencia de la existencia humana con relación a la vida y a la materia, este carácter rebelde de la afirmación espiritual respecto a toda explicación que quisiera ser exhaustiva - por el orden de las cosas, por el impulso vital o por un sistema de ideas-, este dominio soberano de la libertad creadora que hace del hombre una especie de dios, ésta unión íntima del hombre con la materia y, sin embargo, esta amenaza que encuentra en ella: parece que nos encontramos en pleno universo cristiano”.<sup>295</sup>

Pero este tránsito ya implica un empeño, una disposición y un trabajo. Así pues, la noción de persona, por el contrario de la del individuo, subraya el estado de abierto del sujeto, el hombre es un ser hacia el otro y para el otro: “la persona es desde el origen movimiento hacia el otro, *ser hacia*.”

“Si hay una afirmación común a todas las filosofías personalistas de la cual nos pre-valemos, desde las filosofías cristianas como las de Kierkegaard, Scheler, Gabriel Marcel y Berdiaff, a los pensamientos agnósticos como el de Jaspers, es que el camino esencial de un mundo de personas no es la percepción aislada de sí (cógito) ni el afán de sí egocéntrico, sino la comunicación de las conciencias (la “reciprocidad de las conciencias”, dice Maurice Nédoncelle en una tesis reciente), nosotros diríamos mejor: la comunicación de las existencias, la existencia con el otro, sería preciso escribir la co-existencia (Mitsein)”.<sup>296</sup>

Pero este estado de abierto no se identifica con la aperturidad indiferente o *a priori* del *ser-con*, ni con el *ser-yecto* de Heidegger, o con la existencia que se vive como pro-yecto de Sartre, para Emmanuel Mounier el pensamiento de estos dos autores constituye una respuesta inviable, precisamente porque desemboca en una hostilidad generalizada. La aperturidad que caracteriza a la persona pondera su diferencia respecto del *Dasein* justamente porque precisa el concurso de la fuerza del amor.

“El *para sí* de Sartre no depende solamente del *en-sí* en su fundamento; su descripción es estrechamente correlativa de la que da Sartre del *en-sí*. El *ser-en sí*, ya lo hemos visto, no tiene nada que dar. Por ser plenitud cerrada y estéril no puede manifestarse al *para sí* más que bajo el aspecto de la negativa y la amenaza”.<sup>297</sup>

Podría decirse que el amor, en la óptica de nuestro autor francés, es el agente activo de la aperturidad de la persona. Y este modo de abrirse de la persona es eminentemente distinto al propuesto por la *filosofía del recelo*.

<sup>295</sup> Op cit. Mounier Emmanuel, O.C. IV, *La esperanza de los desesperados*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 411

<sup>296</sup> Op. cit. Mounier Emmanuel, O.C. III, *¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 257 (663)

<sup>297</sup> Mounier Emmanuel, O.C.IV, *La esperanza de los desesperados*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 420

“El existente se erige entonces como afirmación pura, separación incesante, en una suficiencia absoluta, lo opuesto mismo al co-nacimiento o a la co-existencia”.<sup>298</sup>

Es sabido que el autor de *El personalismo* afirma que pensamientos tales como los de Heidegger o Sartre son filosofías de la hostilidad precisamente porque miran al hombre como un ser rapaz, incapaz de dar o recibir de mi parte la posibilidad de un voto de confianza. El “otro” no se ve como mi aliado, antes bien, como un eminente adversario. El otro no es mi “prójimo”, es mi presunto rival.

“Así, el *en-sí* no aparece al para-sí más que como extrañeza fascinante, dominio inminente, invasión hostil. El ser humano está asediado como la ciudad de la Nausée, a la que el horror vegetal devorará un día: el ser sobre el que se funda le es hostil. Desgarrado de esta forma entre la ligereza divina de la separación y la libertad, y la seguridad de la que no se separa aquí...el *para-sí* parece reducirse a un ser en huída, y en huída desesperada”.<sup>299</sup>

Desde el punto de vista de Emmanuel Mounier, ni Heidegger ni Sartre han podido superar este estado primitivo de hostilidad que caracteriza la condición elemental del individuo. Contra el *Dasein* y la finitud de la muerte en Heidegger, dice:

“La paradoja de Sartre, ya implícita en Heidegger, consiste en hacer de este movimiento del ser no el efecto de una plenitud, sino de una impotencia. Es el existente bruto, la existencia en lo que tiene de contingente y de absurdo, en ser-en-sí, el que tiene una especie de plenitud. Sólo que es una plenitud de muerte”.<sup>300</sup>

Afronta en él la presencia cotidiana de la muerte, que le arroja a la angustia de la perdición, más terrible que la angustia de la destrucción; afronta él el peso de un Destino..., en él está afrontado a la desesperanza ininterrumpida de sus esperanzas calculadas, a la experiencia irresoluble de los conflictos que constituyen los nudos trágicos de su situación.

“Con Heidegger, la finitud del ser humano deviene absoluta y esencial. No hay acabamiento, no hay totalidad de la vida. Está pues, absolutamente excluído que el hombre pueda jamás ser o llegar a ser, con la historia el dueño de su existencia. La muerte no es un accidente, no viene de fuera, como la opinión corriente quiere convencerse; ella es nuestra posibilidad suprema. La existencia humana es ser-para-la-muerte”.<sup>301</sup>

Una existencia basada en la angustia por la muerte es una vida neurótica en la que se ha perdido la esperanza hacia la trascendencia, y justamente este destino trágico convierte a ésta en una calamidad.

<sup>298</sup> Ibid. p. 420

<sup>299</sup> Ibid. p. 421

<sup>300</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.110-11

<sup>301</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.118

La trascendencia que propone el existencialismo ateo es un subterfugio que no alivia la mezquindad del otro, porque entiende la trascendencia como el acto subjetivo de “estar más allá de sí”, es decir, la entiende literalmente como un “pre ser se” orientado hacia el límite final de la muerte. En este universo cerrado cada hombre se descubre en estado de yecto, compitiendo unos contra otros, obligando a cada cual a ser vasallo de su semejante:

“El héroe heideggeriano —dice Mounier— está crispado con su lucha; su lucha define su ser, ya que sin ella se deslizaría hacia la muerte del tiempo; su lucha es realmente desesperada; la única trascendencia que conoce es la trascendencia de una amenaza, de la nada y de la muerte”

La trascendencia en la analítica existencial que propone Heidegger se encuentra enderezada hacia la nada y hacia la muerte, en esta amenaza se pospone la muerte en medio de la angustia, por esto el francés dice que esta trascendencia puede entenderse literalmente como la trascendencia de una amenaza. Esta es insípida porque, como bien lo refiere Sartre, en este universo acotado por la muerte “todo lo que existe nace sin razón, se prolonga por debilidad y muere por casualidad.

Emmanuel Mounier considera inaceptable de Sartre su “furor contra el ser” que consolida una repulsa original del ser viviente, ya que la existencia humana al ser una victoria de la nada, aparece constantemente como una empresa frustrada. De igual modo se resiste a aceptar una versión totalmente pesimista del drama de la existencia, sin referencia vital al pasado, sin proyección posible en el futuro, encerrada en un presente sin sentido y dominada por el vago y asfixiante malestar de la Náusea.

“La Nausée nos parece no solamente una conciencia asqueada de la exuberancia de la vida de las cosas (del en-sí), sino incluso una conciencia de culpabilidad, la culpabilidad de existir no como una conciencia, libremente, apartándose con un gesto perpetuo de los hechizos del en-sí, sino a la manera de las cosas, como un en-sí. Encontramos aquí, engordado, el pecado del ser”.<sup>302</sup>

Con todo, es en el tema del otro, en el discurso sobre la comunicación, donde Emmanuel Mounier establece las mayores distancias.

“La existencia siente de una manera demasiado viva la llamada del otro como para que el problema de la comunicación no obsesiones a todas las filosofías de la existencia; pero su desconfianza frente a la objetividad les hace desgraciada también esta búsqueda”.<sup>303</sup>

El otro para Sartre, no es sólo aquel que yo veo, sino el que me ve, el que me reduce a objeto, el que me niega radicalmente sustrayéndome la libertad de tal modo que siembra en mí la muerte y la condenación; muerte y condenación que sólo tienen una vía de

<sup>302</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. IV, La esperanza de los desesperados*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 419

<sup>303</sup> Mounier Emmanuel, *Mounier en Esprit*, Caparrós, España 1997. p. 109

escape: convertir al otro en objeto y mantenerle en esa situación tanto tiempo como sea posible.

“Al mirar el ser, Sartre parece haber petrificado, como si fuera el efecto natural de una filosofía para la que la mirada objetiva siempre paraliza y somete. ¿Sería fatal esta degradación sistemática del cara a cara desde el momento en que el hombre no reconoce a una Persona presente en el mundo y ante él, que da al ser esa vida en la verdad que únicamente la existencia comunica a sus productos?”<sup>304</sup>

El encuentro se hace así conflicto, en el que el otro es siempre una amenaza, un posible usurpador. Lo que salva al individuo es esta endiablada dialéctica es no estar disponible, estar ocupado consigo mismo. He aquí el solipsismo como lenguaje y ejercicio de salvación, el radical naufragio individual en un mundo sin sentido.

“Al reflexionar sobre estas dificultades, se puede preguntar uno si no nacen de una insuficiente mirada ontológica. El ser se nos muestra en el análisis como plenitud y espontaneidad, expandiéndose incesantemente la espontaneidad en plenitud. Sartre ha elegido como experiencia privilegiada la ofuscación por la presencia estúpida de las cosas. Pero tenemos experiencias de la plenitud que son opuestas a las de la masividad, tal y como expresa el vocabulario de la alegría: rutilante, radiante, exultante, desbordante. En tales experiencias convendría realizar análisis complementarios de la experiencia de la Nausée, en las que las imágenes de la expansión, movilidad y sobreabundancia reemplazarían a las imágenes de oposición, estupidez, estorbo”.<sup>305</sup>

Este otro a quien llamo prójimo no es una categoría reguladora o unificadora de mi experiencia, es el espejo a través del cual me miro, es decir, es el ser quien acota en cada caso mi ser; este otro es concreto precisamente porque acotando mi ser viene a mi encuentro, o bien, viniendo a mi encuentro acota mi ser.

“El descubrimiento de mi intimidad me descubre al mismo tiempo el otro, como una libertad colocada frente a mí, que no piensa y que no quiere sino por o contra mí”.

El mundo de la intersubjetividad se encuentra caracterizado por la constante de esta lidia entre el yo y el otro. Mi libertad se afianza contra la libertad que tengo frente a mí; esta otra libertad niega mis posibilidades al tiempo que mi libertad quiere asumir las posibilidades del otro para sí.

“La experiencia lleva a una comunicación de los sujetos, diálogo, encuentro auténtico, en el cual no trato al otro como naturaleza, sino como libertad, más aún colaboro a su libertad, como él colabora a la mía. Si el otro no es un límite del yo, sino la fuente del yo, el descubrimiento del nosotros es estrictamente simultáneo con la experiencia personal. El tú es aquel en quien nosotros nos descubrimos y por quien nosotros nos elevamos: surge en el corazón de la inmanencia. No rompe la intimidad, sino que la descubre y eleva. El encuentro con el nosotros no sólo facilita un cambio integral entre el yo y el tú, sino que crea un universo de experiencia que no tendrá realidad sin este encuentro”.<sup>306</sup>

<sup>304</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. IV, La esperanza de los desesperados*, Sígueme, Salamanca 1988, p. 418

<sup>305</sup> *Ibid.*, p. (419)

<sup>306</sup> I. E. O. I, 140

El yo se afirma a costa del otro, o como se ha mencionado, se afirma contra el otro. Sartre dice: La objetivación del prójimo, es una defensa de mi ser, que me libera precisamente de mi ser para otro confiriendo al otro un ser para mí..., la *mirada del otro*, como condición necesaria de mi objetividad, es destrucción de toda objetividad para mí. La mirada ajena me alcanza a través del mundo [...] Soy mirado en un mundo mirado. En particular, la mirada ajena niega mis distancias de los objetos y despliega sus distancias propias.

Por la mirada ajena el otro se afirma a costa de mi ser, esta mirada me torna su objeto y despliega sus distancias propias negando las mías. La mirada, finalmente, es una intrusión a la interioridad del otro, así como la mirada del otro es un asedio a mi ser; la mirada es una invasión recíproca que nos hace existir de un modo incómodo.

Existimos en el mundo incómodamente, mirándonos unos a otros de una forma descarada, ocultando cada cual su vergüenza. Por esto el autor francés más adelante agregará que “la existencia es una sumisión, [somos] un montón de existencias incómodas, embarazadas por nosotros mismos; no teníamos la menor razón de estar allí, ni unos ni otros.

Finalmente, podríamos decir que la imagen de este ase dio de las miradas turbias que nos refiere Sartre se asemeja mucho a la imagen que nos ofrece Heidegger cuando habla acerca de la avidez de novedades en el hombre, en esta imagen el autor alemán dice que el *Dasein* siempre es un “ser-con”, no obstante, siempre se encuentra ávido de novedades, y justamente esta avidez conduce al *Dasein* hasta un ambiente hostil en el cual cada hombre se encuentra enfrentado al otro.

“El problema de la comunicación permanece como la dificultad fundamental del existencialismo: comunicación del existente con el ser, con el ser del mundo, con el ser de los otros (...). La soledad no es un accidente del mundo, una violencia hecha al ser por una condición pasajera y anormal, el existente segrega la soledad como una estructura ineludible de la existencia. Hay que decir de la soledad lo que Sartre escribe de la nada: aparece con el ser del hombre, le acompaña como su sombra, no desaparece más que con su aniquilación”.<sup>307</sup>

Ambiguamente —dice Martín Heidegger— es el “ser ahí” siempre “ahí” [...], “ser uno con otro”. Cada cual está inicial e inmediatamente al acecho del otro, de qué hará y qué dirá. El “ser uno con otro” en el uno no es, en absoluto, una apretada, pero indiferente compañía, sino un tenso, pero ambiguo acecharse uno a otro, un secreto aguzar los oídos mutuamente. Tras la máscara del “uno para otro” actúa un *uno contra otro*.

---

<sup>307</sup> (E.D, O, IV, 378)

Podría decirse que tanto Sartre como Heidegger poseen en común la convicción de que el hombre es un ser para la muerte y, a su vez, también poseen en común la idea de que el hombre está llamado a ganar su propiedad y que en este estado de yecto cada cual está condenado a actuar uno contra el otro.

“La persona no se opone al nosotros, que la fundamenta y que la nutre, sino al yo irresponsable y tiránico. No solamente no se define por la incomunicabilidad y el repliegue, sino que de todas las realidades del universo ella es la única propiamente comunicable, la que es hacia el otro e incluso en el otro, hacia el mundo y en el mundo antes de ser en sí. El adulto, como el niño, se conquista en su relación con el otro y con las cosas, en el trabajo y en la camaradería, en la amistad, en el amor, en el trabajo y no en la reserva”.<sup>308</sup>

Y es que el otro, aunque a veces sea hostil, es decir aunque la comunicación sea conflictiva, no es para Mounier, como piensa Sartre, una mirada que petrifique, sino presencia y mirada que interpela y me revela mi más profunda identidad, al tiempo que a ambos provoca y fecunda.

El amor no humilla, el amor no niega, el amor lo perdona todo, el amor nos hace ser con el otro. El autor dice, “el amor pleno es creador de distinción, reconocimiento y voluntad del otro en tanto que otro [...], el amor es una nueva forma de ser”, en donde uno es sólo en virtud del reconocimiento del otro. Existir amando es vivir comprendiéndose a sí y al otro; comprender al otro nos pone en la ruta correcta para poder tolerar y perdonar al semejante, pues sólo se perdona aquello que se comprende, y se comprende precisamente porque se es capaz de ponerse “simpáticamente” en la situación del otro. El amor es lo que me permite dar el beneficio de la duda y el voto de confianza al otro, el amor es lo que finalmente me permite reconocer al otro como mi “prójimo”, es lo que me hace ser persona permitiendo al mismo tiempo ser persona al otro también.

“La conciencia, función de aplazamiento y garantía de lucidez, desempeña en esta actividad un papel indispensable. Pero, desde nuestro punto de vista, toda conciencia es conciencia de un fuera de, movimiento hacia fuera y no un repliegue egocéntrico”.<sup>309</sup>

La persona es un ser expuesto que influye en el otro y a la vez permite la influencia del otro en mi ser. Este es el nexo en la comunidad. Sin embargo, la comunidad de personas no sólo se engarza por la exposición de la obra que cada cual realiza, hace falta la alusión del amor, pues como se anunció, el amor es el primer agente de la aperturidad de la persona.

“La persona no se aprende más que ya situada y comunicada en esta inserción original. No debe imaginarse a la manera de un contenido, de una idea abstracta, no se define, surge, se expone y afronta. No es una situación dada detrás de los fenómenos. Si se desprende del fenómeno, no es

<sup>308</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 228 (634)

<sup>309</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 228

retrayéndose, sino por una cuarta dimensión de trascendencia. No se afirma fuera del hombre o por separado del otro, sino contra el mundo impersonal del se, el mundo de la irresponsabilidad, de la huida, del sueño vital, de la diversión, de la ideología, de la charlatanería, en el mundo de la afirmación, de la responsabilidad, de la presencia, de la plenitud. Así, del mismo modo que no compromete al hombre con el aislamiento, una filosofía de la persona no lo anima a rumiar y a la evasión, son por el contrario, a una viva lucha y a un servicio activo”.<sup>310</sup>

Consideramos que en nuestro tiempo el pensamiento de Emmanuel Mounier posee una viabilidad muy aceptable, en el entendido de que el momento actual del mundo requiere este tipo de discurso, mediante el cual se llame a los hombres a fundar una comunidad de personas movidas por el reconocimiento a las diferencias y el respeto de sí mismas.

“Si la situación fundamental del hombre es una situación rodeada y llamada y no un abandono, he aquí en lo más profundo de mi sentimiento del mundo una alegría existencial que niega la absoluta desesperanza del alma contemporánea”.<sup>311</sup>

El pensamiento de Mounier no es un producto de la factoría universitaria, está construido al hilo de los graves acontecimientos que se van acumulando en su tiempo para generar una crisis económica y moral que él caracteriza como una crisis de civilización. Mounier entiende que para la superación de una crisis de tal profundidad no bastan los remedios superficiales, se necesita un tratamiento prolongado y radical que actúe sobre la cultura, lo cual requiere volver a reunir las dos líneas divergentes del pensamiento contemporáneo representadas por Marx y Kierkegaard en una síntesis que lleve sus grandes intuiciones más allá de ellos mismos. Llevar ambos planteamientos tan diversos a un plano común en el que pueda darse una convergencia era una labor difícil que, además, atraería la incompreensión de los dogmatismos respectivos.

Karl Marx representa el pensamiento materialista aplicado a la comprensión de la historia de la humanidad, la ambición de un sistema que dé respuesta a todos los problemas del hombre a partir de un principio explicativo de carácter esencialmente económico, la denuncia de la alienación de la persona en el proceso de producción, la crítica de su explotación en el régimen capitalista y la aspiración a una sociedad más igualitaria y justa. Karl Marx da prioridad a las determinaciones exteriores que inciden en la persona y su obra pretende ser un sistema científico. Su atención se centra en los sucesos que tienen trascendencia social e histórica.

Kierkegaard, por el contrario es enemigo de todos los sistemas, arremete contra el sistema por excelencia, el de Hegel, cuyo pensamiento tiene por objeto la totalidad y ningunea al individuo al que considera juguete de las travesuras del destino, mera anécdota en el

<sup>310</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 228

<sup>311</sup> *Ibíd.*, p. 229

camino de autorrealización de la Idea. En su reacción, su temperamento atormentado y apasionado exagera la subjetividad, el sentimiento, la libertad del individuo y la espiritualidad. El hombre interior es el caballero solitario que está por encima de todos los sistemas, él es la única realidad noble y digna de ser salvada. Su perspectiva es que lo único importante es lo que amenaza o salva a “ese individuo” concreto y único.

“El destino de los últimos años será, sin duda alguna, reconciliar a Marx con Kierkegaard”<sup>312</sup>

---

<sup>312</sup> Introducción a los existencialismo p. 145

## 5. EL INDIVIDUO HUMANO.

“El individuo es la crisálida, la persona la mariposa, sólo que no siempre ambos estados se distinguen netamente entre sí, sino que a menudo se da una caótica situación, enredada en una profunda dualidad”.

Martín Buber

### 5.1. EL INDIVIDUO HUMANO Y LA NATURALEZA

“El hombre es un ser natural: su cuerpo forma parte de la naturaleza, allí donde él esté está también su cuerpo. Es necesario extraer las consecuencias de esto”.<sup>313</sup>

Emmanuel Mounier intenta bosquejar el origen o la evolución de la individualidad material y su destino, como una hermosa teoría de la evolución, como el “trabajo propiamente humano” por personalizante.

“Porque la labor es la ley del espíritu encarnado del mismo modo que es la ley de su carne, la labor en la naturaleza no puede ser concebida, como pensaba Descartes, como una tiranía material. Es a la vez una conversación y una conquista moral”.<sup>314</sup>

Del mundo exterior nos vienen el aire y el alimento por los que subsiste nuestro cuerpo; los colores, sonidos y formas que alimentan nuestra sensibilidad; las imágenes que hacen posible nuestra vida intelectual y espiritual.

“El hombre es ser- en-el-mundo, siempre situado, y en la imposibilidad de tomar del mundo otra perspectiva que la que le da su situación...”.<sup>315</sup>

<sup>313</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 464(688)

<sup>314</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 58

Hasta en el ejercicio de nuestras facultades más espirituales – conocimiento y amor- nos hallamos en situación de dependencia respecto de lo que se ha convenido en llamar Naturaleza, por lo que no es falso decir que en cierto sentido también nosotros pertenecemos a la naturaleza, al orden inmanente del universo. Esta es una de las afirmaciones centrales del pensamiento de Emmanuel Mounier.

“Yo soy persona desde mi existencia más elemental, y, lejos de despersonalizarme, mi existencia encarnada es un factor esencial de mi asentamiento personal. Mi cuerpo no es un objeto entre los objetos...No puedo pensar sin ser, ni ser sin mi cuerpo: Yo estoy expuesto por él, a mí mismo, al mundo, y a los otros...me arroja sin cesar fuera de mí, a la problemática del mundo y a las luchas del hombre. Por la sollicitación de los sentidos me lanza al espacio, por su envejecimiento, me enseña la duración, por su muerte, me enfrenta con la eternidad. Hace sentir el peso de su servidumbre, pero al mismo tiempo está en la raíz de toda conciencia y de toda vida espiritual. Es el *mediador omnipresente de la vida del espíritu*.”<sup>316</sup>

Durante miles de millones de años, el universo evoluciona, se organiza, aumenta en perfección y riqueza. Nacen especies; se transforman, aumentan en perfección y riqueza.

“Un germen de individualidad comienza con el átomo, estructura de partículas. La individualidad animal es más segura, sin embargo, le testimonia poca consideración, la multiplica con prodigalidad para derrocharla masivamente; dos individuos entre dos millones de huevos de mosca alcanzan la edad adulta. El animal ignora la conciencia refleja y la reciprocidad de las conciencias. En caso de conflicto, la suerte del individuo está siempre subordinada a la de la especie. Con la persona humana, todo este movimiento no halla, ciertamente su explicación, pero sí su significación...El surgimiento del universo personal no detiene la historia de la naturaleza; la une a la historia del hombre, sin someterla enteramente a ella. A veces hablamos del “hombre primitivo”, como si estuviera hundido en el confín de las edades. Cuando hayamos cobrado una viva y turbadora conciencia de la realidad personal, nuestros orígenes nos parecerán todavía muy próximos. Representamos una comedia mundana y moral que regula sórdidamente los instintos, los intereses, las necesidades; lo que se llama la “vida del espíritu” emplea buena parte de sus actividades en montar ante estos oscuros actores un telón de justificaciones y de prestigios...nuestra situación biológica y económica dirige aún masivamente nuestros comportamientos...pero el universo personal no existe todavía sino en estado de islotes individuales o colectivos, de promesas por realizar. Su conquista progresiva es la historia del hombre”.<sup>317</sup>

El clima, las estructuras geológicas y atmosféricas, las especies animales y vegetales, todo parece tender, en su evolución y lucha contra los obstáculos, a un fin determinado.

“El análisis de Jaspers del ser-en-situación subraya el enlace con nuestro más elevado destino espiritual de este peso de sombra y de tierra, del que nos aligera el compromiso. Lugar, fecha, familia, medio, carácter, yo nazco con una situación en el mundo, incomparable con otra. Yo no he elegido mi puesto en el combate. A pesar de ello, este puesto es el mío, es mi situación. El mundo en el que mi situación me inserta no es el mundo, sino mi mundo, que es a la vez mundo percibido y mundo sobre el que actúo”.<sup>318</sup>

<sup>315</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.136

<sup>316</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 469

<sup>317</sup> *Ibíd.* p.466-467

<sup>318</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.139

Cuanto más se avanza por los caminos de la materia, hacia el perfeccionamiento de nuestro organismo, más inevitable será que la unidad conquistada por nuestro ser se traduzca y se realice, en las fibras de nuestra conciencia, mediante la dominación del espíritu sobre la carne...Y cuanto más nos aproximemos, por la convergencia industriosa de nuestros esfuerzos, hacia el centro común, al que tienden los elementos del mundo, más tendremos que subordinarnos nosotros, átomos conscientes del universo, por construcción a vinculaciones cada vez más vastas, a la influencia dominante, universal, de ese centro mejor conocido.

“Si verificamos con más urgencia y precisión en nuestro espíritu hasta qué punto nuestra naturaleza se enraiza profundamente en las entrañas de la Tierra, nos haremos una idea más magnífica de la unidad orgánica del Universo; calibraremos un poco mejor el valor sagrado, oculto bajo el don de la vida; sentiremos mejor la gravedad de las responsabilidades de nuestra libertad, a la que se le ha transmitido la misión de hacer triunfar, en definitiva un esfuerzo que sigue manteniéndose desde hace millones de años”.<sup>319</sup>

El individuo es en primera instancia todo aquel mundo o medio en que me ha tocado vivir, dado en mi situación encarnada o individuada, corporal.

“Yo habito en el mundo hasta sus extremos y él me habita hasta en mi intimidad. Pero sus presiones son únicamente provocaciones, y podemos decir que los problemas que me plantea dependen de las mismas respuestas que yo les doy”.<sup>320</sup>

Me dice que la vida es no sólo la que se ejecuta sino también la que me ha tocado en suerte.

“La naturaleza –naturaleza exterior pre-humana, inconsciente psicológico, participaciones sociales no personalizadas – no constituyen el mal del hombre...pero como es el lugar de lo impersonal y de lo objetivo, es una ocasión permanente de alienación.”<sup>321</sup>

Ni siquiera los seres humanos más espirituales escapan por completo de este determinismo, que es en verdad una especie de destino. La persona está inmersa en la naturaleza.

“De sus instintos más primarios, comer, reproducirse, hace delicadas artes: La cocina, el arte de amar. Pero un dolor de cabeza detiene al gran filósofo y san Juan de la Cruz, en sus éxtasis, vomitaba. Mis humores y mis ideas son conformados por el clima, la geografía, mi situación en la superficie de la tierra, mis herencias, y más allá, por el flujo masivo de los rayos cósmicos”.<sup>322</sup>

<sup>319</sup> De Chardain Teilhard, *Ser más*, Taurus, Madrid 1974, p. 92

<sup>320</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.141

<sup>321</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 464

<sup>322</sup> *Ibíd.*p.463

Hay una primera situación fundamental que es anterior a mí, que me es dada al mismo tiempo que la existencia, y que parece identificarse con ésta. Nací en un lugar, de lo que resulta que desde el principio me encuentro en la situación concreta. Esta calidad distinguirá en gran medida, mi manera de hablar y de actuar, mi carácter y mi temperamento. Y como prueba un botón de muestra que nos ofrece Gregorio Marañón en su *Amiel*:

“He observado muchas veces que las personas que cumplen su aniversario en el otoño sufren el sentimiento de envejecer de modo más agudo que las que nacieron en los meses vitales, en la primavera o en el verano. Algún día haré un estudio documentado de este fenómeno, que es sólo un aspecto de la vasta y descuidada ciencia del influjo que ejerce el ambiente cósmico –las estaciones, las horas, las mudanzas del tiempo- sobre el tono afectivo de nuestra alma, tanto sobre nuestra máquina física. Precisamente Amiel, alma barométrica y calendárica, nos propicia datos de máximo valor para este estudio, abandonado hasta ahora casi por completo al empirismo de las gentes”.<sup>323</sup>

La profesión que elija, la mujer que despose, los hijos que engendre, los amigos que frecuente, serán tan inseparables de mi yo, como la época, la civilización en que vivo, mi religión y mi cultura.

“El hombre ya no está bloqueado en su destino por el determinismo. Si bien permanecemos completamente ligados a numerosos y cerrados determinismos, cada nuevo determinismo que el sabio descubre es una nota más en la gama de nuestra libertad”.<sup>324</sup>

Así pues, y esto es lo que más me interesa, el hombre es autor de su vida pero dentro de ciertos límites, el hombre tiene que elegir qué perfil quiere dar a su vida, cuál es la figura según la cual quiere auto-poseerse y para ello tiene que escoger, optar por determinadas acciones en las que adoptará una forma de realidad u otra.

“El hombre es un ser natural. Pero ¿Sólo un ser natural? ¿Es enteramente un juguete de la naturaleza? Hundido en la naturaleza, surgiendo de ella, ¿la trasciende?”.<sup>325</sup>

No hay para el hombre elección entre dos destinos igualmente facultativos, uno de los cuales sería natural y el otro sobrenatural. Lo que llamamos vocación espiritual del hombre no es el oneroso y honorífico privilegio de algunos seres excepcionales.

“Individuo y persona no pueden de ninguna manera designarse separadamente, sino que en nosotros se superponen en un proceso degradante de individuación, que es una derrota, y un proceso enriquecedor de personalización que responde a una llamada trascendente”.<sup>326</sup>

<sup>323</sup> Marañón Gregorio, *Amiel, Un estudio sobre la timidez*, Espasa Calpe 1956, p. 27

<sup>324</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 465

<sup>325</sup> *Ibid.* p.464

<sup>326</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.871

La realización de esta vocación natural es prácticamente la condición misma para que pueda cumplirse la espiritual. Y esto porque:

“La estrecha involucración de la persona espiritual con la individualidad material hace que el destino de la primera dependa estrechamente de las condiciones impuestas a la segunda”.<sup>327</sup>

Todos los acrecentamientos que damos a nuestro *yo natural*, constituyen nuestra vocación temporal, sin la que no se ve siquiera cómo podría realizarse la vocación y espiritual. Todo esto le hace concluir a Emmanuel Mounier:

“Somos los primeros en proclamar que el despertar de una vida personal no es posible, fuera de las heroicas, más que a partir de un mínimo de bienestar y de seguridad”.<sup>328</sup>

Para responder al llamamiento, debe explotar y realizar plenamente todas las virtualidades de su *yo situado*.

“¿Porqué estoy yo aquí más bien que allá, ahora más bien que entonces?: Un misterioso designio ha decidido eso con anterioridad a toda voluntad por mi parte. En mí se anudan las cifras entrelazadas de un destino opresor y de una vocación que es un desafío lanzado a todas las fuerzas del mundo. Pero esta vocación no puede abrir su camino más que en este cuerpo, esta familia, este medio, esta clase, esta patria, esta época”.<sup>329</sup>

Ya se trate de los dones corporales, ya de los espirituales, nada debe dejar uno sin cultivo.

“Mis humores y mis ideas son conformados por el clima, la geografía, mi situación en la superficie de la tierra, mis herencias. No hay nada en mí que no esté mezclado con tierra y sangre. La unión indisoluble del alma y el cuerpo es el eje del pensamiento cristiano. Este no opone el espíritu y el cuerpo o la materia en su concepción moderna”.<sup>330</sup>

Nuestro temperamento y carácter, la forma particular que revisten nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad, no dejan de tener relación con el clima y las estructuras del país en que nacimos y hemos vivido largamente.

“Es cierto, pues, que la explicación por el instinto (Freud) y la explicación por la economía (Marx) son una vía de aproximación a todos los fenómenos humanos, incluso a los más elevados. Pero, en cambio, ninguno, ni siquiera el más elemental, puede ser comprendido sin los valores, las estructuras y las visitudes del universo personal, inmanente en calidad de fin a todo espíritu humano y al trabajo en la naturaleza”.<sup>331</sup>

Es indiscutible que en la vida humana el determinismo biológico o sociológico ejerce una fuerte presión. Hay por cierto hombres en quienes el peso del determinismo es tal, que queda en ellos muy poco lugar para la vocación personal.

<sup>327</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 628

<sup>328</sup> *Ibíd.*, p. 628

<sup>329</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 208

<sup>330</sup> *Ibíd.*, p. 464

<sup>331</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p.467

“El marxismo tiene razón al pensar que el fin de la miseria material es el fin de una alienación, y una etapa necesaria al desarrollo de la humanidad. Pero no es el fin de toda alienación, ni siquiera en el nivel de la naturaleza”.<sup>332</sup>

El devenir individual debe ir acompañado por el devenir social. En las actuales condiciones de la humanidad, todos los que desean sinceramente el progreso del hombre – se trate del espiritual y moral o del económico – tienen el deber estricto de ser revolucionarios, deben trabajar por la abolición de un orden social retrógrado o cuajado en la inmovilidad, que no brinda las condiciones para el desarrollo de la persona más que a un pequeño número de seres excepcionales.

“El movimiento del marxismo, que piensa que la misión del hombre y que consiste en elevar la dignidad de las cosas humanizando la naturaleza, está aquí próximo al del cristianismo, que da a la humanidad vocación de redimir por el trabajo, redimiéndose a una naturaleza que el hombre arrastró en su caída. El valor central que adquiere en Marx la actividad práctica del hombre (praxis) es una especie de laicización del valor central que adquiere en la tradición cristiana el trabajo”.<sup>333</sup>

En realidad, el devenir humano es dialéctico, sólo se realiza a través de luchas y contradicciones.

“La relación de la persona con la naturaleza no es, pues una relación de pura exterioridad, sino una relación dialéctica de intercambio y de ascensión. El hombre presiona sobre la naturaleza para vencerla, como el avión sobre la gravedad para liberarse de la gravedad”.<sup>334</sup>

## 5. 2. PERSONALIZACIÓN DE LA NATURALEZA

“La vida personal no nace totalmente formada con la vida. Cada individuo debe recomenzar su conquista”.<sup>335</sup>

“Cuando sufres y trabajas, no haces sino juntar tu pequeño esfuerzo a Aquel que es el alma de toda la Creación”.<sup>336</sup>

El devenir humano es una perpetua conquista sobre la naturaleza. Y cada uno debe volver a realizarla por su propia cuenta.

“La persona no se conforma con soportar la naturaleza de la que surge o con saltar ante sus provocaciones. Se vuelve hacia ella para transformarla e imponerle progresivamente la soberanía de un universo personal”.<sup>337</sup>

---

<sup>332</sup> *Ibíd.*, p.466

<sup>333</sup> *Ibíd.* Op. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 470 (694)

<sup>334</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p.470 (694)

<sup>335</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.130

<sup>336</sup> *Ser más* p. 15

<sup>337</sup> *Ibíd.*,p. 469

La mejor vocación para cada uno será la que exija de él la mayor generosidad y superación del *yo dado*.

“En el primer momento la conciencia personal se afirma asumiendo el medio natural. La aceptación de lo real es el primer paso de toda vida creadora. Quien la rechaza, desvaría y su actuación se descarrila”.<sup>338</sup>

Nuestra vocación espiritual no se realiza en una eternidad inmutable, sino en el tiempo, y por tanto a través de nuestra humanidad concreta.

“Me parece que constituye para el hombre una obligación fundamental extraer de sí mismo y de la tierra todo cuanto ella puede dar; y es una obligación tanto más apremiante cuanto que ignoramos absolutamente qué límites ha puesto Dios, quizá muy alejados todavía, a nuestro conocimiento y a nuestro poder naturales. Creer y realizarse lo más posible, tal es la ley inmanente del ser!”.<sup>339</sup>

Henri Federico Amiel entre reflexiones y sentimientos de frustración afirmaba:

“Tenemos que aceptar nuestro cuerpo, nuestro clima, nuestro país, etc, todas las condiciones dadas, y trabajar sobre esta base. Hay leyes objetivas, a las cuales nuestro orgullo revoltoso puede negar obediencia voluntaria, pero que nos aplastan bajo su peso”.<sup>340</sup>

El devenir humano no supone, sin embargo, una auto creación ex-nihilo. El yo no sale ni extrae su conciencia y su libertad de una nada cualquiera preexistente; ya contiene el ser que debe llegar a ser, ya lo es en cierto modo, ya lo ha recibido. La persona es corporal.

“Se advierte ya la paradoja central de la existencia personal. Es el modo específicamente humano de la existencia Y, sin embargo, ella debe ser incesantemente conquistada; la conciencia misma sólo de manera lenta se libera del mineral, de la planta y del animal que pesan en nosotros”.<sup>341</sup>

En ningún momento de su existencia podría decir el hombre que ha realizado todo su ser, que su existencia coincide con ser. Es una lucha constante.

“Investida por el universo personal, la naturaleza amenaza constantemente con invertir a su vez a éste. Nada, en la relación del hombre personal y del mundo evoca una armonía a lo Leibiz. La inseguridad, la preocupación son nuestro lote. Nada hace prever que esta lucha pueda acabar en un plazo apreciable, nada nos insta a dudar de que ella sea constitutiva de nuestra condición”.<sup>342</sup>

Emmanuel Mounier, evita, pues, el maniqueísmo que supondría hacer una división-confrontación entre individuo y persona, al igual que no estima lícito hacerla entre cuerpo y espíritu.

<sup>338</sup> Ibíd. p.469

<sup>339</sup> De Chardain Teilhard, *Ser más*, Taurus, Madrid 1974, p. 32

<sup>340</sup> Amiel Henri Federico, *Diario íntimo*, Biblioteca EDAF, Madrid 1968. p. 92

<sup>341</sup> Op. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p.454

<sup>342</sup> Ibíd. p.472

“A veces se opone, para distinguirlos, persona e individuo. De esta manera se corre el riesgo de separar la persona de sus ataduras concretas”.<sup>343</sup>

Ser persona sin dejar de ser individuo es la afirmación capital mantenida por Emmanuel Mounier al hacer del proceso de personalización un correlativo del principio de espiritualización dentro del hombre.

“No existe sin duda en mí un solo estado aislado que no esté en cierto grado personalizado, ninguna zona donde mi persona no esté en cierto grado individualizada o, lo que es lo mismo, materializada. En el límite, la individualidad es la muerte: Disolución de los elementos del cuerpo, vanidad espiritual”.<sup>344</sup>

Distinción, por tanto, no irreductible, pero tampoco mero juego verbal; el discernimiento de esos dos movimientos es un ejercicio fecundo del espíritu de este filósofo que ha permitido adentrarse más en la comprensión del mundo personal.

“Está hoy en boga presentar como pasada de moda la vieja distinción entre persona e individuo, que volvió a ponerse en circulación hace algunos años. Sigue siendo, sin embargo, uno de los puntos de vista decisivos sobre el problema que nos ocupa, a condición de no materializar en un corte espacial una distinción que busca más bien describir un par de fuerzas sobre un mismo campo, una distorsión interna”.<sup>345</sup>

Individuo y persona no son dos realidades superpuestas, separadas, sino inseparablemente unidas: el yo es individuo y persona: tanto más individuo cuanto más cree enriquecerse en un ilusorio crecimiento solipsista, tanto más persona cuanto, saltando las reducidas barreras de la individualidad, se deja hacer a sí mismo en el encuentro receptivo-donativo con los otros y con el Otro.

“El hombre entero, individuo y persona, está presente y actuante en cada una de sus acciones. Pero desde que se aparta del principio de unidad que asegura toda coherencia y comunicación se produce en él mismo una especie de postración entitativa que le descompone, le separa y le dispersa”.<sup>346</sup>

Cuanto más avancemos por los caminos de la materia, hacia el perfeccionamiento de nuestro organismo, más inevitable será que la unidad conquistada por nuestro ser se traduzca y se realice, en las fibras de nuestra conciencia, mediante la dominación del espíritu sobre la carne...

<sup>343</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 474

<sup>344</sup> *Ibíd.* p. 411 A propósito de que la individualidad es en el límite la muerte en un sentido semejante dirá Teilhard: “La muerte nos entrega totalmente a Dios; nos hace pasar a El, es preciso que a se vez nos entreguemos a ella con gran amor y abandono –ya no tenemos otra cosa que hacer, cuando ella se presente, que dejarnos dominar y llevar enteramente por Dios” Cfr. De Chardain Teilhard, *Ser más*, Taurus, Madrid 1974, p. 41

<sup>345</sup> *Óp. cit.* Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 871(565)

<sup>346</sup> Cita a Sto Tomás “la actividad pertenece a los supuestos y a los todos, y no propiamente a las partes o a las potencias; en efecto, no se dice que la mano mata, sino el hombre por su mano” santo Tomás, *Sum. Th II, II, q. 8, a. 2*) *Óp. cit.* Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.871

“No es suficiente con reencontrarle sus relaciones carnales y “concretas”. Es un recomenzar necesario pero todavía exterior, y del que hay que precisar los peligros”.<sup>347</sup>

Y cuanto más nos aproximemos, por la convergencia industriosa de nuestros esfuerzos, hacia el centro común, al que tienden los elementos del mundo, más tendremos que subordinarnos nosotros, átomos conscientes del universo, por construcción a vinculaciones cada vez más vastas, a la influencia dominante, universal, de ese centro mejor conocido.

“El hombre que vive habitualmente en la sociedad de los elementos de este mundo, el hombre que experimenta personalmente la intensidad agotadora de las cosas y su miserable disociación, ese hombre, estoy seguro de ello, adquiere una conciencia más aguda que nadie, tanto de la inmensa necesidad de unidad que impulsa al Universo ininterrumpidamente hacia adelante como del futuro inaudito que le está reservado”.<sup>348</sup>

### 5.3. Dispersión-concetración.

“En esta oposición del individuo a la persona no hay que ver sino una bipolaridad, una tensión dinámica entre los movimientos interiores, el uno de dispersión, el otro de concentración”.<sup>349</sup>

Ya Theilard de Chardain había dicho que la materia no es un fundamento estable del mundo, sino una dirección en la que las cosas van desapareciendo poco a poco a medida que van perdiendo un poco más de unidad.

“Dispersión y avaricia, he aquí los dos signos de la individualidad. La persona es señorío y elección, es generosidad. Está pues, en su orientación íntima, polarizada justamente a la inversa del individuo”.<sup>350</sup>

#### 5. 3.1 Dispersión.

Llama Emmanuel Mounier individuo *"a la dispersión de la persona en la superficie de su vida y a la complacencia de perderse en ella"* (RPC 210). El individuo es dispersión, disolución

de la persona en la materia, en la acción, en los personajes que representa. Pérdida en lo múltiple e impersonal. Ejemplos de formas de dispersión: hacer del fútbol, la televisión, el internet, las modas, la continua diversión mojada en alcohol, el argumento vital o, al menos, del tiempo libre, que es el tiempo en que la persona se haría disponible más plenamente a los otros.

Nuestra sociedad, la que nosotros los hombres del siglo XXI formamos, es conocida como sociedad de la información.

<sup>347</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 214 (76)

<sup>348</sup> De Chardain Teilhard, *Ser más*, Taurus, Madrid 1974, p. 88

<sup>349</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 628 (412)

<sup>350</sup> *Ibíd.* p.627 (411)

Un número impresionante de datos irrumpe en nuestro campo intelectual constantemente, llenando de alguna forma la apertura de nuestros sentidos.

“Pensemos en este vasto cuerpo que nos propone el universo. A él estamos también íntimamente mezclados, desde la influencia de los elementos sobre nuestros humores hasta los ritmos de la vida que laten bajo nuestra piel en unión con él, en esta película de materia organizada que ponemos a nuestro servicio.”<sup>351</sup>

Esto ha llevado a muchos a concluir que esta sociedad de la información hace hombres con mayor conocimiento de la realidad, pero esto está muy lejos de ser cierto. Información no es conocimiento. La información puede darnos a conocer la realidad o puede también llegar a ocultarla. La información dispersa, y dispersa más aún si el individuo cede al gozo avaro de esa dispersión superficial que se le ofrece por los medios de comunicación, que es una especie de fantasía interior, fácil y excitante.

“Esta dispersión, esta disolución de mi persona en la materia, este influjo en mí de la multiplicidad desordenada e impersonal de la materia; objetos, fuerzas, influencias en las que me muevo, es lo que llamamos “individuo”.”<sup>352</sup>

La realidad social predominante ahoga y anestesia a la persona que se deja inundar por ella. Símbolos de esta alienación son la búsqueda de lo rápido, la inmersión continua en el flujo de imágenes que ofrecen los medios de comunicación.

“En individuo encarnado es la cara irracional de la persona, por donde le llegan los alimentos oscuros y siempre más o menos mezclados con la nada”.<sup>353</sup>

De esta manera los espíritus quedan dormidos y la palabra secuestrada. Mucha imagen y mucha información embota. La información, sin un criterio personal para asimilarla y ordenarla, es ciega, amorfa, deformante y embrutecedora.

“Mi individuo es esta imagen imprecisa y cambiante que ofrecen por sobreimpresión los diferentes personajes entre los que floto, en los que me distraigo y me evado.”

Las revistas populares y virtualmente toda la propaganda comercial intentan rebajar a la persona a su sola actividad de individuo, un centro para la experimentación de los placeres y la adquisición de bienes materiales. El novelista Thomas Pynchon captura la esencia de este ser consumidor al describir a uno de sus personajes.

“Caminando por los pasillos de un luminoso y gigantesco supermercado, con su única función, desear”.

<sup>351</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 199. 2 p. 899

<sup>352</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.627 (411)

<sup>353</sup> *Ibid.*, p.629 (413)

De qué modo se dispersa el individuo?, haciendo del fútbol, de la televisión, del internet, de las modas, de la continua diversión mojada en alcohol, su principal argumento vital. De esta forma la persona se pierde en lo múltiple e impersonal, diciendo lo que todos dicen, haciendo lo que todos hacen y queriendo lo que todos quieren. Más individuo cuanto más se diluye como cosa entre las cosas, más persona cuanto más se toma a sí mismo y sale de sí por la acogida y el don.

“La materia y el cuerpo no son sólo prolongaciones de la vida espiritual, un medio de acción extrínseca que se podría separar de ella; no hacen con ella, más que una sola cosa, son su expresión inmediata, la cara sensible. Por eso es tan abusivo hablar de una causalidad económica como de una primacía de la causalidad espiritual. Entre estas dos abstracciones, el cuerpo y el espíritu. No hay causalidad lineal. Son el uno para el otro, o más bien el uno en el otro. Si se ha de hablar absolutamente de causalidad, habrá que hablar más bien de causalidad circular, o como dicen a veces los mismos marxistas, de causalidad dialéctica: más que efecto y causa, realidad material y realidad espiritual son las expresiones recíprocas de una realidad escalonada. El único problema no es saber cuál de los dos comienza, sino cual manda en el juego asociado: la autoridad del hombre creador o la inercia de la materia. Y la decisión depende del hombre”.<sup>354</sup>

Se ha visto cómo lo que de individuo hay en el yo es esa tendencia a la difuminación, a la dispersión, a la inercia, al abandono en lo externo (mundo de los objetos) o en lo periférico (mundo de los personajes).

Emmanuel Mounier, en un sentido amplio, habla de la dispersión del yo en la materia, entendiendo como tal, lo no consciente. Es propio del individuo flotar, distraerse, escaparse, dispersarse, avariciar. En consecuencia la despersonalización comienza.

“Esta dispersión, esta disolución de mi persona en la materia, este influjo en mí de la multiplicidad desordenada e impersonal de la materia; objetos, fuerzas, influencias en las que me muevo, es lo que llamamos “individuo”.<sup>355</sup>

La información dispersa, y dispersa más aún si el individuo cede al gozo avaro de esa dispersión superficial que se le ofrece por los medios de comunicación, que es una especie de fantasía interior, fácil y excitante.

La realidad social predominante ahoga y anestesia a la persona que se deja inundar por ella. Símbolos de esta alienación son la búsqueda de lo rápido, la inmersión continua en el flujo de imágenes que ofrecen los medios de comunicación. De esta manera los espíritus quedan dormidos y la palabra secuestrada. Mucha imagen y mucha información embota. La información, sin un criterio personal para asimilarla y ordenarla, es ciega, amorfa, deformante y embrutecedora.

<sup>354</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p.238 (644)

<sup>355</sup> *Ibid.*, p. 627 (411)

### 5.3.2. Avaricia.

Es su actitud básica la de poseer, y por tanto, la de reivindicar, acaparar. En las cosas pone su seguridad. Bajo este perfil, el individuo es presentado como un dato naturalístico, como pasividad..

“Pero sería erróneo imaginar la individualidad como ese simple abandono pasivo al flujo superficial de mis percepciones, de mis emociones y de mis reacciones. Existe en la individualidad una exigencias más mordiente, un “instinto de propiedad” que es en el dominio de sí mismo lo que la avaricia respecto a la verdadera posesión”.<sup>356</sup>

Si el individuo es lo que hay en mí de cierre sobre sí mismo, mi originalidad, mis derechos, mis aspiraciones entendidas como contrapuestas y competitivas con las de otros, el individualismo es todo ello articulado en una metafísica y una ética y expresado en una praxis que relega a la sombra a la persona y sus intereses más íntimos y dignificativos. El individualismo, fijación narcisista y sistemática en el yo, toma a la persona o la reduce

### 5.3.3. Repliegue solitario.

Pero, sobre todo, el individuo, separado de todos y todo, se cierra, se repliega sobre sí, opta por la disolución en la soledad:

- **Soledad frente a la verdad** (se piensa en sí, sin los demás; piensa en sí sin horizonte de sentido).
- **Soledad frente al mundo** (perdido en la volubilidad de las propias sensaciones o de la propia razón).
- **Soledad frente a los hombres:** *"individuo abstracto, buen salvaje y paseante solitario, sin pasado, sin porvenir, sin relaciones"* (RPC 191). Vive la libertad-de, pero ni sospecha la libertad-para. Ha perdido el gusto de acoger y el deseo de dar. Solo se afirma a sí. Es *'soporte sin contenido de una libertad sin orientación'* (RPC 195).

Persona reducida a individuo e individuo abandonado al vacío de sí mismo. Volcado hacia las cosas en actitud puramente posesiva ha degradado la interioridad misma de la persona: la vida interior ha quedado reducida al auto repliegue individual, a la autocomplacencia decadente, tergiversación que Emmanuel Mounier estima como la aberración que rige la cultura y la espiritualidad de Occidente en los últimos siglos.

“El sentimiento de la nada, que planea toda vida replegada sobre sí, no es otra cosa que la conciencia de su separación, de su herejía espiritual”.<sup>357</sup>

<sup>356</sup> Ibíd. Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 627 (411)

<sup>357</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 64

Su individualismo se acentúa con el repliegue de su vida privada: internet, fax, modem, tele-video-conferencia, venta por correspondencia, tele-compra, entregas a domicilio, sistemas interactivos, que permiten mantener un contacto con el mundo sin implicarse en él, encerrándose en una burbuja doméstica lo mas estanca posible, en la que cada cual se convierte más o menos, en la prolongación de su tele-mando o de su pantalla y ordenador. Xavier Domínguez caracteriza al individuo de esta forma: “El individuo es fruto de un doble movimiento. De dispersión en lo exterior y de repliegue en lo interior”.<sup>358</sup>

Por otro lado la instauración del crédito que le incita, con el riesgo de endeudarse por encima de sus posibilidades, a gastar más de lo que se tiene....

“Por supuesto que quien en el mundo de las cosas se contenta con experimentarlas y usarlas se ha construido un edificio o una superestructura de ideas donde halla refugio y paz frente al vértigo de la futuridad: Deposita en el umbral la túnica se su mediocre cotidianidad, se envuelve en un lino inmaculado, y se regala con el espectáculo del ser originario o del deber ser en el cual su vida no tiene ninguna participación. Puede incluso placerle el proclamarlo”.<sup>359</sup>

#### 5.3.4 Indiferencia

Aunque parezca una rémora del pasado o simplemente vetusto y fuera de época creo que el anonimato a que nos somete la masividad urbana contemporánea influye considerablemente en el comportamiento humano. Es muy común escuchar aún que en algunos pueblos, donde todos se conocen, las casas y los autos no se cierran con llave, algo que nadie osaría intentar en un conglomerado de millones de habitantes.

Y estas formas de hacinamiento humano en que nos obliga a convivir un sistema basado en el interés individual, en el lucro a cualquier precio y en la subordinación al mercado, que nos vuelve consumidores antes que personas o en lugar de, terminan conformando el caldo de cultivo adecuado para la alienación individual y colectiva y la desesperanzada obsesión por un presente y un futuro que nos llena de temor y del que nadie pareciera querer responsabilizarse.

Y sin embargo, nadie debería eludir su parte de responsabilidad en esta situación porque si no comenzamos por esforzarnos por controlar nuestras reacciones cotidianas ante la presencia del otro, del vecino, del compañero de trabajo, del cónyuge si no evitamos maltratar, discriminar, envidiar y hasta odiar al otro en función de nuestros propios mezquinos intereses, tampoco podremos esperar similar consideración en el trato

---

<sup>358</sup> X Domínguez p. 22

<sup>359</sup> Yo y tú p. 20

recíproco y solo un necio puede imaginar que nunca le tocará ser el despreciado, el subestimado, el ignorado y porqué no hasta el agredido.

### **5.3.5 Agresividad.**

“Mi individuo es en fin, la agresividad caprichosa y altanera de la que yo me he revestido, la reivindicación erigida en modo esencial de su propia conciencia”

Es cierto que la violencia ha ganado las calles, pero es solo una clase de violencia, la que desemboca en muertes, crímenes, asesinatos, robos y secuestros que parecen ser la tónica ineludible de las grandes aglomeraciones humanas. Hay, sin embargo otra clase de violencia, solapada, silenciosa, persistente que no logra ser reconocida o lo logra solo esporádicamente cuando el grito desesperado de alguna madre, o de algún padre halla eco, aunque generalmente efímero, ante la muerte de un ser querido como consecuencia del envenenamiento causado por el generalizado uso de pesticidas y herbicidas, por la explotación laboral infantil, o por la desaparición de niñas y de jóvenes atribuible a la trata de personas que no es menos grave y que no ha conseguido aún instalarse con igual fuerza en la sociedad.

También es cierto que en ambos casos el de la violencia violenta (valga la redundancia) y el de la violencia silenciosa, el de la violencia visible que multiplican los medios y el de la violencia casi invisible que multiplica las víctimas, son la corrupción y la codicia los encendidos motores que alimentan su creciente dinámica. Sucede entonces que las capas medias de la sociedad mucho más expuestas a la “violencia violenta” claman por seguridad, justicia, castigo y reducción de la edad de la imputabilidad penal, sin advertir que el conjunto es el producto de actitudes humanas de la mayoría de los que componemos un mundo que viene abandonando progresivamente los valores de solidaridad y de armoniosa convivencia que estuvieron en el origen de las sociedades humanas.

Para el individuo todos los seres vienen a ser lo mismo, todos los actos vienen a ser lo mismo. Por tanto matar o golpear a “cualquiera”, ésta será su manera de ser natural, fuerte.

La única tarea del individuo es la acumulación de poder y su única moral es el realismo de la conquista, no ve que la fraternidad está antes que el individuo.

La violencia sigue a la indiferencia. La indiferencia absoluta del otro conduce a su aniquilación, a su asesinato.

Matar no es sólo apretar el gatillo sino permitir que se apriete, y justificar el que se haga. Todo avasallamiento de un hombre por otro sólo está basado en el hecho de que un hombre pueda privar de la vida a otro y, permaneciendo en esta situación amenazante, forzar al otro a cumplir su voluntad.

Se mata por crear miedo y mantener el poder de opresión sobre los otros per sobre todo, por un exceso de indiferencia ante la vida, por una abstracción de la persona en la idea, donde se olvida, a favor de la idea, la belleza inolvidable del mundo y de los rostros, y esa idea, ciega, se construye un mundo ciego de verdugos y máquinas que golpea mediante una delegación cada vez más anónima. Donde se suprime la responsabilidad de cada individuo en el mal social.

Y Emmanuel Mounier afirma que el amor a los hombres no es solamente sentir su amor, es asumir su condición, seguirlos en los caminos llenos de barro y en los trabajos imperfectos.

### **5.3.6 Dimisión o pereza.**

Pero el hombre no suele nadar contra corriente; por pereza, por fatiga, sigue río abajo.

“El mayor sacrificio que podemos hacer, la mayor victoria que podemos llegar a alcanzar sobre nosotros mismos, consiste en superar la inercia, la tendencia al menor esfuerzo”.<sup>360</sup>

La experiencia de monotonía en la vida constituye, en realidad, una forma de ceguera, pues la vida es acontecimiento continuo. Es más: la vida es exceso de acontecer, exceso de sentido. Y justo este desbordarse de lo real y su acontecer sobre la persona y desde la persona es lo que muestra su finitud y el hecho de que no todo depende de ella.

Incluso, en algunos momentos de la vida se hace presente lo imprevisto como algo que “desbarata nuestras previsiones y cálculos, nuestras esperanzas y temores, de forma sobrecogedora. Como una superabundancia.

Dice Emmanuel Mounier que la tendencia permanente a la despersonalización ataca a la vida, rebaja su impulso...

---

<sup>360</sup> Óp. cit. De Chardain Teilhard, *Ser más*, Taurus, Madrid 1974, p. 13

Y Henri Federico Amiel dice en su *Diario íntimo*:

“La pereza, lo ha invadido todo. Me mata. Pero no, yo la mataré. Desde ésta noche voy a dedicarme a un examen de mi vida”...

“Todos esos hombres para los que literalmente nada sucede. Se les cree tranquilos porque nada los conmueve, pacientes porque su sensibilidad es escasa, indiferentes porque no se dan a nada. Falta de curiosidad o rigidez, indiferencia o prejuicio para con lo vital”.<sup>361</sup>

Envejecidos antes de tiempo por la falsa cultura, los espíritus automáticos no responde más al perpetuo rejuvenecimiento de la realidad universal. Dice Sartre en la Nausea “Supongo que es por pereza que el mundo se asemeja de un día a otro” La despersonalización repliega la audacia vital que se atrevería a reformular sistemas sociales anquilosados, mantiene por inercia movimientos que inmediatamente se vuelven contra su verdadero objetivo. Ese Diario íntimo que Amiel pretende utilizar para examinar constantemente su vida contra la pereza se vuelve contra él como parte de esa misma pereza como él mismo reconoce:

“El diario íntimo es una almohada para la pereza; dispensa de girar en torno de los asuntos, permite todas las repeticiones, acompaña todos los caprichos y meandros de la vida interior, y no se propone ningún fin. Este diario representa la materia de muchos volúmenes. ¡Qué prodigioso desperdicio de tiempo, de pensamiento y de fuerza!, a nadie será útil, y aun a mi me habrá servido más bien para esquivar la vida que para practicarla. El diario es como un confidente, es decir, ocupa el lugar del amigo y de la esposa; substituye la producción, la patria y el público. Es un derivativo del dolor, un engaño, una fuga. Pero este factótum que reemplaza todo, nada representa bien...”

---

<sup>361</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. (66)

## 6. CRÍTICA AL INDIVIDUALISMO BURGUÉS.

“Los animales que para luchar contra el peligro se han fijado en escondrijos tranquilos y se han entorpecido con un caparazón, no han dado sino almejas y ostras. Viven desechos. El pez, que ha corrido la aventura de la piel desnuda y del desplazamiento, abrió el camino que desemboca en el homo sapiens”.

Emmanuel Mounier

### 6.1 ORIGEN Y CONFORMACIÓN DEL HUMANISMO BURGUÉS

“¿Humanismo? Este humanismo reivindicador no es más que un disfraz civilizado del instinto de poder, el producto sobriamente impuro que podía dar en un país templado bajo el cuidado bondadoso del pensamiento analítico y del juridicismo romano”.<sup>362</sup>

El hombre burgués, heredero directo del pensamiento moderno-ilustrado, surge a raíz de un acontecimiento que cambió la historia de la humanidad; la revolución industrial.<sup>363</sup> Este hecho generó en su conjunto toda una serie de circunstancias que cambiaron las costumbres y la forma de pensar y actuar del hombre. El burgués nace en torno a la urbe, aparece con la ciudad en el momento en que la Edad Media declina y surge la Edad Moderna con el capitalismo mercantil y financiero.<sup>364</sup> Charles Péguy como *cronista*, ve con nostalgia el momento de cambio que se opera frente a él.<sup>365</sup>

“Somos los últimos. Después de nosotros empieza otra edad, otro mundo, el mundo de aquellos que no creen en nada y se jactan de esto. Después de nosotros empezará el mundo que hace el astuto y

<sup>362</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p192 (54)

<sup>363</sup> La llegada de la revolución industrial trajo consigo la aparición de dos grupos antagónicos: propietarios o capitalistas y productores o proletarios. Así mismo, la revolución industrial afianza el sistema capitalista, en el cual la clase dominante, los propietarios, se enriquecen, mientras que la clase sometida, el proletariado, se empobrece.

<sup>364</sup> “...Al extender a los cinco continentes el campo de sus conquistas, el <capitalismo industrial> les dio unas posibilidades provisionales de aventura; Pero cuando invento la fecundidad automática del dinero el <capitalismo financiero> les abrió al mismo tiempo un mundo de <facilidades donde toda tensión vital iba a desaparecer>.

<sup>365</sup> Es revolucionaria su idea de socialismo como ideal de justicia y finalmente este rasgo aparece hasta en su modo de percibir hasta qué punto el poder del dinero afecta tanto a la burguesía como al pueblo.

el pillo. El mundo de las personas inteligentes, de las personas que se las saben todas, el mundo de aquellos que no tiene nada más que aprender. El mundo de aquellos que no tienen una mística y que se vanaglorian”<sup>366</sup>

El burgués es un producto del Renacimiento que, elaborado en las teorías políticas y económicas del siglo XVIII<sup>367</sup>, exalta lo subjetivo frente a la sociedad a la que concibe como una yuxtaposición de entes autónomos y frecuentemente confrontados en una lucha de intereses. Al tiempo que reclama la autonomía del yo, se abandonaba en la neblina de lo individual. Emmanuel Mounier lo va a caracterizar como:

“Un hombre abstracto, sin ataduras ni comunidades naturales, dios soberano en el corazón de una libertad sin dirección ni medida, que desde el primer momento vuelve hacia los otros la desconfianza, el cálculo y la reivindicación”.<sup>368</sup>

La burguesía no surgió por un desarrollo *natural* del mercado. Surgió porque se impuso una concepción radicalmente nueva del mundo y del individuo, de lo justo y lo injusto, de lo dichoso y lo desdichado. El burgués es

“Crítico, laico, mecanizado y autónomo, capaz de crear su mundo, de proyectar su futuro y de dotarse en lo sucesivo de lo necesario mediante una previsión matematizada”.<sup>369</sup>

Interrogarse sobre el surgimiento de la clase burguesa equivale a sacar a la luz las raíces de la modernidad.<sup>370</sup> Y ésta remite inequívocamente a los orígenes del capitalismo. Capitalismo y burguesía no son para Mounier realidades separadas. El modo de producción capitalista y la función egoísta e inmovilista de la burguesía que ejerce sobre los medios de producción dividía a la sociedad en propietarios y productores.

“Por un lado, aquellos a los que nuestra civilización considera como instrumentos de producción, obreros y técnicos a quienes el régimen prohíbe colaborar con su parte en un humanismo completo que une las manos y el cerebro por las condiciones de vida, una cultura de lo exquisito y de lo irreal, apreciada en la medida en que “distingue” y diferencia socialmente; una especulación sobre una riqueza ficticia que imita a la otra especulación fundamental del régimen, todo esto es un refugio contra el compromiso, el acto y la responsabilidad”.<sup>371</sup>

<sup>366</sup> Nuestra Juventud 1910

<sup>367</sup> “fue la ideología y la estructura dominante de la sociedad burguesa occidental entre los siglos XVIII y XIX”. Óp. cit. Mounier Emmanuel, O.C.III, *El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 472 (698)

<sup>368</sup> *Ibid.*, p. 472(698)

<sup>369</sup> “...Del tejido del mundo las matemáticas no han guardado otra cosa que la superficie mensurable y los juegos cifrados: pálida ciudad de números sobre un paisaje sin fondo, sin pátima, sin historia, sin alma. El mundo los consideraba de una pureza y de una firmeza desconocidas. Pero el hombre estaba ausente de ellas y no encontraba allí más que ausencia...” Óp. cit. Mounier Emmanuel, O.C. I, *Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.186 (48)

<sup>370</sup> Para un estudio más detenido y sintético del tema: Cfr. de Benoist Alain, *El burgués; paradigma del hombre moderno*.

Traducción de Gabriel Morante.

<sup>371</sup> Mounier en *Esprit* p. 13

Confundido con un mundo cada vez más impersonal, el hombre se distancia por igual de próximos y lejanos, de conocidos y desconocidos; no es sólo la alienación con respecto a su trabajo y al fruto de este, sino también la alienación cultural, social, personal, política, étnica; en suma la alienación de identidades que conduce a su pérdida o debilitamiento.

“Se encuentra incluso en la teoría marxista de la alienación una de las primeras formas de crítica contemporánea a la “objetivación”, a la transformación del hombre en cosa por ciertos modos de vida, y particularmente de la materialización; por el dinero —el objeto puro, lo puro impersonal—, del mundo viviente de las mercancías y de los intercambios”<sup>372</sup>

Esta división de clases la sustentaba el propio sistema social, el capitalismo, teorizado por Adam Smith a finales del siglo XVIII, y que se fue desarrollando estableciendo como principio legítimo la búsqueda del provecho individual. El burgués es así un yo individual recluido en sí mismo.

“Un tipo de hombre absolutamente vacío de toda locura, de todo misterio, del sentido del ser y del sentido del amor, del sufrimiento y de la alegría, dedicado a la felicidad y a la seguridad; barnizado en las zonas más altas con una capa de cortesía, de buen humor, de virtud de raza...”<sup>373</sup>

La coherencia de Emmanuel Mounier en su descalificación global del capitalismo como sistema y del talante burgués como cultura y modo de vida, es total a lo largo de su obra.

“En este régimen capitalista conocemos las razones de las crisis, las guerras y la corrupción, las huelgas y los odios. La cuestión ya no es para nosotros saber si el régimen responde a la definición de tirano. Es necesario decir más bien que jamás tirano alguno dispuso de un poder tan universal para triturar a los hombres, por la miseria o por la guerra, de un extremo al otro de la tierra; hay que decir que ningún tirano acumuló, en el silencio de la normalidad, tantas ruinas e injusticias”.<sup>374</sup>

Si es verdad que aquí hay una certera intuición de la soberanía del hombre sobre las cosas, también lo es que hay una malversación de valores, puesto que la persona no es considerada como algo propio, algo que le sea inmanente, sino por algo circunstancial y añadido: lo que tiene. Hasta entonces el dinero jamás había sido lo primero. Y es que:

“El dinero pone una medida matemática en toda vida, una avaricia en toda generosidad: tiende a transformar todos los intercambios humanos en un perfecto sistema de equivalencias. Invitación por invitación, regalo por regalo, etc.”<sup>375</sup>

El mundo se convierte entonces en una cosa repleta de cosas. Cosas evaluables y calculables, que tienen un precio, que no valen por sí mismas. Cosas u precios que arrasan los antiguos valores: honor, gratuidad, belleza, coraje, don de sí.

<sup>372</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. III, La cristiandad difunta*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 612 (836)

<sup>373</sup> *Ibíd.* Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O. C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.215

<sup>374</sup> *Ibíd.* p. 427

<sup>375</sup> *Ibíd.* p.396

El lucro y la utilidad los remplazan. Es un hecho evidente en la sociedad que constata Emmanuel Mounier a principios del siglo pasado.<sup>376</sup>

Se desvirtúa así la función personalizante de la propiedad que nacía de la aventura y el esfuerzo y el trabajo.

“Las cosas con su ritmo, las resistencias, el paso del tiempo, se disuelven bajo el poder infinitamente multiplicador que confiere, no ya un trabajo a la medida de las fuerzas naturales, sino un juego especulativo, el de la ganancia obtenida sin prestar ningún servicio”.<sup>377</sup>

El mundo ya no será igual después de la burguesía, menos el ritmo de la vida y la conciencia del tiempo. Todo sucedía muy lentamente antes de su nacimiento.<sup>378</sup> Todo ese panorama histórico lo va a hacer cambiar la burguesía. Los descubrimientos técnicos rompen la monotonía y la quietud de la anterior forma de vida. Persona-empresa requería un espíritu de lucro.

“Se podría hacer un psicoanálisis a este individualismo, cuyo lenguaje sublimado en términos de libertad, autonomía, tolerancia, ha cubierto el reino brutal de las rivalidades y de los actos de fuerza. El instinto subyacente se ha cubierto con todas las dignidades de la persona: la prudencia sobre la avaricia, la independencia sobre el egoísmo, el dominio de la acción sobre los pequeños sentimientos de propietario”.<sup>379</sup>

La Edad Media era severa para comprar y revender con beneficio algo cuyo valor de uso no se hubiera aumentado con el trabajo. Le parecía que entonces el beneficio no quedaba justificado mediante ningún servicio prestado por el vendedor al comprador. En este sentido Mounier hace ver cómo.

“La persona ya no es un servicio dentro de un conjunto, un centro de fecundidad y de don, sino un foco de irritación”.<sup>380</sup>

Ahora bien, conforme se va afirmando la burguesía, se asiste a un auténtico vuelco de valores. La codicia de la ganancia se considera en lo sucesivo una virtud.

---

<sup>376</sup> “El mundo occidental cristiano regula hoy sus comportamientos medios a través de una escala práctica de valores en los que el componente sociológico, principalmente burgués y pequeño burgués desde hace un siglo, ha adquirido una importancia tal que enmascara a menudo con su extensa sombra la escala de valores propiamente cristianos. Esta sobreimpresión se presta a todas las confusiones. ¿Marca una desaparición definitiva, en Occidente, del mensaje cristiano bajo revestimientos parásitos?” Mounier Emmanuel, *O.C. III, La cristiandad difunta*, Sígueme, Salamanca 1990, p.563

<sup>377</sup> *Ibíd.* Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 592

<sup>378</sup> “En otro tiempo había un pueblo. El sentía el paso de las horas, el olor de la tierra y de los paisajes, el múltiple rumor de las almas. Carecía de sueldo. Pues bien, miraba a los hombres, su oficio, los acontecimientos que venían, nos los sucesos diversos, no, los acontecimientos, los suyos y los de los otros. No conocía todas las noticias del mundo, nunca abandonó –ni con las piernas no con la mente- los alrededores de su pueblo. Se trataba también de un pueblo de pequeños, pequeño por el rincón de tierra y de ciencia que lo llevaba. Pero él comulgaba en un espíritu: el alma del pueblo, y por encima, muy frecuentemente, el alma de su religión. Algo le unía al papa de Roma con más fuerza que lo que hoy sus descendientes están unidos al hombre de moda, del que conocen cada detalle por los periódicos. Sus días tenían conciencia de ello, recibían una luz, tenían espacio para asentar allí catedrales” *Ibíd.* p.277

<sup>379</sup> *Ibíd.* p.192

<sup>380</sup> *Ibíd.* p.192

La actividad económica cambia entonces de naturaleza. Era empírica, y pasa a ser racional. Tenía que satisfacer los fines humanos, y es el hombre quien tiene ahora que plegarse a sus dictados. Desde entonces... “Las necesidades crecen más aprisa que las riquezas, cuando se les ha aflojado las riendas”.<sup>381</sup> Una vez que se han internado por los caminos de esta facilidad inhumana, una civilización no crea ya para suscitar nuevas creaciones, sino que sus mismas creaciones fabrican una inercia cada vez más tranquila.

“A las pasiones de la aventura le sustituyen entonces los bandos goces del confort; a la conquista, el bien mecánico, impersonal, distribuidor automático de un placer sin exceso ni peligro, regular, perpetuo. El que distribuyen la máquina y la renta”.<sup>382</sup>

En sus inicios, con su enfoque modernista, el utilitarismo se definió con aquella idea de Stuart Mill que podemos enunciar resumidamente como que lo *útil* “es aquello que lleva el mayor bien al mayor número de personas”<sup>383</sup>. A pesar de las lagunas sociales que deja, las cuales no son graves sólo por su extensión, sino también por presentar brechas entre utilidad y justicia, lleva en sí una idea de progreso social. El comercio ha acostumbrado al hombre a orientar su espíritu hacia la cantidad, a concentrar su atención e interés en el aspecto cuantitativo de las cosas...

“El mundo burgués ha reabsorbido todo valor en la <carrera por el dinero> bajo sus formas <avaras> e <insolentes>. Por encima de la vida, de las cosas, ha colocado, finalmente, su <visión utilitaria>, <esquemática> y <cuantitativa> que las despoja de su esplendor. Así lo que había de simple y acogedor en la intimidad personal se vuelve <cerrado> y <excluyente>.”

Uno de los principales legados del espíritu burgués es el *individualismo* que empobrece a la sociedad porque reduce las posibilidades de encuentro entre las personas que la componen; aborta los ámbitos relacionados, cargados de fraternidad y fragmenta a la sociedad entre sí. Mounier hace observar en su crítica cómo realmente...

“El universo humano, bajo su esfuerzo desordenado se ha diseminado en una polvareda de mundos cerrados: profesiones, clases, naciones, intereses económicos. Las fronteras ya no introducen contactos; todas las fuerzas se repliegan sobre sí mismas, espacios infinitos las separan”.<sup>384</sup>

En un mundo como este, las sociedades no son más que individuos agigantados, igualmente replegados sobre sí mismos, que encierran al individuo en un nuevo egoísmo y le consolidan en su suficiencia.

“Nos engañamos sobre el valor de humanidad de estos magmas sociales. No elevan al individuo por encima de él mismo, sino que le hacen enmohecer en otro individuo, más implacable, galvanizado por la conciencia del número y las amplificaciones de la mitología colectiva...”.<sup>385</sup>

<sup>381</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, Sígueme, Salamanca 1992. P. 529

<sup>382</sup> *Ibíd.* p. 377

<sup>383</sup> Mill Stuart James, *a study of his philosophy*, Edimburgo, 1985, de Douglas.

<sup>384</sup> *Óp. cit.* Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.192

<sup>385</sup> *Ibíd.* p. 192

El factor más dañino de este *individualismo* es la erosión de la base moral de la persona humana, que horada su capacidad de relación, su incorporación a los distintos ámbitos que la sociedad ofrece para su desarrollo.

“El individualismo ha cambiado a la persona por una abstracción jurídica sin vinculaciones, sin tejido, sin entorno, sin poesía, intercambiable, entregada a las primeras fuerzas que llegan”.<sup>386</sup>

## 6.2 EL DUALISMO CARTESIANO EN EL ORIGEN DEL PROBLEMA

Es aceptado comúnmente que el primer filósofo moderno que hizo hincapié en la división entre cuerpo y alma fue René Descartes. Su antropología es dualista y reduce el ser del hombre a su pensamiento, a la *cogitatio*. Se crea una oposición entre estas dos *partes*. El alma es más que el cuerpo, el alma manda al cuerpo. Descartes parte de una absolutización del yo y finalmente niega él o sus epígonos el yo concreto y singular. Se absolutiza la importancia de la conciencia y se minimiza el peso de la materialidad. Esta situación tiene su origen en la antigüedad particularmente en el *orfismo* donde se hablaba de la divinidad del alma y de la impureza del cuerpo. Platón también enseña la misma visión del hombre. El alma es pura y contempla las esencias. Encarcelada en un cuerpo, busca su liberación sabiendo (recordando las Ideas) que existe otro mundo. El mismo cristianismo, tanto en los textos fundantes como en ciertas prácticas degradadas, deja la impresión de una visión igualmente dualista en nuevas expresiones del espiritualismo como lo reconoce en carne propia Federico Amiel:

“El hombre llega con frecuencia a polarizarse por entero en pensamiento o voluntad, e incluso a veces, a atrofiarse parcialmente y a ser hombre de pensamiento sin acción u hombre de acción sin pensamiento”.<sup>387</sup>

El rechazo del cuerpo en el cristianismo proviene de influencias “mundanas” que no han sido purificadas por la enseñanza ortodoxa.

“Puede establecerse su origen, o al menos su cristalización, en ese punto en que el dualismo cartesiano ha introducido decisivamente su fisura en el edificio cristiano”.<sup>388</sup>

En este nuevo clima en el que se desmorona la representación medieval de mundo. Sucediendo al nominalismo, el cartesianismo induce una relación con lo sensible

<sup>386</sup> Ibid. Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 213

<sup>387</sup> Amiel Henri Federico, *Diario íntimo*, Biblioteca EDAF, Madrid 1968. p.148

<sup>388</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 595

radicalmente transformada. Se divorcian el espíritu y la materia, al igual que lo divino y lo mundano, el cosmos y la vida y Mounier no lo desconoce.

El mundo, se transforma en un objeto (*res extensa*) del que es posible apoderarse mediante la actividad racional (*res cogitans*), un objeto al que se puede arrasar. Contra este separatismo profundo, contra esta fisura en el hombre moderno es contra la que va a luchar Mounier.

“Se ha visto cómo se condensaba de una manera totalmente artificial la noción de una materia inerte y dócil, cuyo trato fue despreciado durante mucho tiempo por una aristocracia del tiempo libre hasta que el burgués hizo de ella, por medio de la industria, el instrumento de su poder y, simultáneamente, el centro de su filosofía. Guiado por un instinto seguro, el burgués le anexionó esta razón científica, con el encargo de destruir las resistencias de la naturaleza y desterró a las nubes el residuo del hombre espiritual...es así como se formó la noción sin carne de un espíritu, desinteresado, sueño sin objeto, distracción distinguida, con tendencia a derivar a las elocuencias del corazón y, en el grado más bajo, signo externo de riqueza. Para soldar socialmente los dos universos a la deriva, el propietario sustituía al hombre honrado y un feudalismo del tener sustituía las jerarquías del ser”.<sup>389</sup>

El cuerpo deja de ser el hombre y ahora se dice que tenemos un cuerpo. El cuerpo pasa del ser al tener. Lo que se tiene es un objeto exterior, es una cosa.

“Nunca sentí como hoy la impresión de carecer de dimensiones secretas, de estar limitado a mi cuerpo, a los pensamientos ligeros que suben de él como burbujas. Construyo mis pensamientos con el presente. Estoy desechado, abandonado en el presente...Mi cuerpo es lo único que poseo; un hombre solo con su cuerpo no puede retener los recuerdos; le pasan a través...La Cosa, que aguardaba, se ha dado la voz de alarma, me ha caído encima, se escurre en mí, estoy lleno de ella. La Cosa no es nada: La Cosa soy yo. La existencia liberada, desembarazada, refluye sobre mí. Existo”.<sup>390</sup>

Después de Descartes esta manera de considerar al hombre no sólo se ha mantenido sino que se ha extendido.

“Esta simple prioridad de orden implica que el pensamiento no está considerado, del lado del ser del hombre, como una de sus expresiones, sino exclusivamente del lado de las cosas, como un medio de clasificarlas y de usarlas; en fin como un instrumento. Pero el instrumento tiene su propio imperialismo. El instrumento de transformación, tiende a convertirse en instrumento de producción, y después interviene la especulación, con sus juegos fantásticos”.<sup>391</sup>

De manera particular en las ciencias psicológicas donde, como lo anunciábamos, se habla del ego, del yo o de la conciencia de sí.

“Así, el yo tiene que apoyarse en el mundo de los objetos para conquistarse como existente contra los ataques del mundo objetivo; debe anonadarse a la vez que volverse a encontrar en el ser

<sup>389</sup> Ibíd. p. 13

<sup>390</sup> Sartre Jean Paul, *La Náusea*, Época, México 2008, p. 43, 81 y 120.

<sup>391</sup> Óp. cit. Mounier, Emmanuel, *O.C. II*, Introducción a los existencialismos, Sígueme, Salamanca 1990 p.98

trascendente que le atrae y le aplasta al mismo tiempo. Por todas partes reina la ambigüedad y el desterramiento. El ser sólo se descubre en perspectivas parciales y sin comunicación entre ellas”<sup>392</sup>

Esta reducción ha sido necesaria para el desarrollo de las ciencias; desgraciadamente, se ha producido una des-substanciación de la persona.

“En este acto el cognoscente no se coloca como retraído del mundo, delante del mundo, para mirar el mundo como un espectáculo y caracterizarlo desde fuera. Caracterizar a un hombre o a una cosa es el acto más superficial del conocer.

Cuanto más penetramos en la realidad, más deja de ser comparable a un objeto puesto delante de nosotros, sobre el que adoptamos puntos de referencia...La imagen de la posesión no logra establecer en contacto entre el cognoscente y el ser. No se posee más que lo inventariable”.<sup>393</sup>

El mundo se convierte en una cosa repleta de cosas. Cosas que son todas evaluables y calculables. Cosas que tienen un precio, es decir, un valor de cambio, en función de la oferta y la demanda que la escasez determina.

“Se ha dicho que en las fábricas Bata había suficientes zapatos para calzar al mundo entero: sería aún necesario que la congelación de los créditos y las murallas de los aranceles no les impidiesen llegar a los pies a que están destinados”.<sup>394</sup>

Además, la propia actividad económica se plantea como algo ilimitado: cualquier economía capitalista tiene la obligación de trabajar más allá de las necesidades para suscitar constantemente otras nuevas.

Y es que, al margen de una ética realista de las necesidades, la primacía del dinero y el lucro han acabado reduciendo al hombre a un ser que produce y consume y que produce para consumir. Se ha operado así una profunda transmutación de todos los valores personales de tal modo que el capitalismo, con la misma propiedad de la mentalidad burguesa de la que surge y a la que sirve, ha venido a ser una “enfermedad de la civilización” que configura un tipo de hombre.

“¡El hombre medio occidental ha sido configurado por el individualismo renacentista, y lo ha sido, durante cuatro siglos, en torno a una metafísica, a una moral, a una práctica de la reivindicación”...<sup>395</sup>

Pero ¿en qué consiste esta subversión de valores? Emmanuel Mounier ha analizado los principios de orden moral en que se apoya el sistema, formulando el principio de la triple primacía: La primacía de la producción sobre el consumo y la ética de necesidades.

<sup>392</sup> Mounier, Emmanuel, *O.C. II, Introducción a los existencialismos*, Sígueme, Salamanca 1990 p.99

<sup>393</sup> *Ibid.* 1990 p.97

<sup>394</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, Sígueme, Salamanca 1992. P. 529

<sup>395</sup> *Ibid.* *Ibid.* Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O. C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 192

La primacía del dinero sobre la economía y el trabajo y la primacía del provecho (lucro) sobre otros valores humanos, personales y colectivos.

“El consumo envilece a quien lo padece, con independencia de su estatus social: amortigua las energías, comenzando por la energía del trabajo, y produce el languidecimiento de las actividades del espíritu”.<sup>396</sup>

En el sentido que hoy tiene entre nosotros el término: consumo, el consumismo, evidencia para Emmanuel Mounier el fracaso de una civilización que podía haber tomado en la liberación material un apoyo para nuevos vuelos espirituales pero que se ha petrificado. Sigue aún en pie, por tanto, el reto creador para el hombre en la sociedad de la abundancia y de la técnica.

“Desarmados de la energía personal, separados de los apoyos que les aporta una amplia situación de inserciones mundanas, los individuos de la edad liberal en su ocaso, sin linderos y sin recursos, son una materia ideal para las aglomeraciones masivas. Es preciso pues, reanimar a los hombres singulares para suscitar colectividades que no sean opresivas. El árbol vivo raja la piedra; los bisques muertos se convierten en rocas”.<sup>397</sup>

El sistema capitalista, como hemos visto, se asienta en tres principios Inter-conexionados: El primado de la producción, el primado del dinero y el primado del provecho. El capitalismo degeneraba en un régimen cada vez más egoísta, en el cual la posesión material implicaba grados de valorar al hombre. Esto se puede resumir en la instancia popular “*tanto tienes, tanto vales*”. Sobre los tres principios antes mencionados el hombre burgués trató de edificar toda una ética que, paradójicamente, tomando la libertad como precepto restringía su propio uso para cualquier acción que no fuese poseer.

“Reducir el diálogo del hombre con las cosas y los seres vivos a la relación de posesión y de dominación es cristalizar el ser del hombre en el mundo que Gabriel Marcel ha descrito atan justamente como mundo del tener, en oposición al mundo de ser”.<sup>398</sup>

Por tanto nos encontramos ante una ética egoísta (precisamente lo que Emmanuel Mounier llama *Individualismo*) en la cual los hombres buscan dominar a otros hombres en beneficio propio, produciéndose así una despersonalización de los menos agraciados de la sociedad que constituían la mayor parte.

Se tiene, pues, que cambiar el mundo creando en él constantes novedades. Lo óptimo se reduce a lo máximo, lo mejor se confunde con lo más.

“Ya no hay conspiraciones sino para aquello que resulta mensurable. La grandeza es un cierto número de ceros a la derecha: renta, tirada, subastas.”.<sup>399</sup>

<sup>396</sup> Vlazquez Fernando, *Persona, poder, educación*, p. 97

<sup>397</sup> Mounier Emmanuel, *El pesronalismo, Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002, p. 650

<sup>398</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, La Cristiandad difunta*, Sígueme, Salamanca 1990, p.613 (837)

En los siglos XVII y XVIII, el burgués inventa la idea de que estamos en la tierra para ser *felices*, una idea que pronto parecerá lo más natural del mundo. El auge de las industrias y las técnicas permite pensar que la felicidad está al alcance de la mano.

“La vida del burgués esta ordenada para la <felicidad>. Felicidad quiere decir la <instalación>, el <disfrute al alcance de la mano> como la campanilla del sirviente. Una mediocridad de oro.”<sup>400</sup>

La felicidad es considerada ante todo como un bienestar material (comodidad y seguridad). La ideología de la felicidad se une, de tal modo, a la ideología del progreso, que constituye su aval.

“*La Felicidad es una idea nueva en Europa*”, decía *Saint-Just* al ver subir con éxtasis la incipiente revolución burguesa. Un grito demasiado temprano, un triunfo aturdido de doctrinario. ¿Qué diría él hoy? La desesperación es hoy un estado nuevo en Europa. Un estado, como lo tenía antaño la nobleza o la burguesía. Salvo en algunos islotes excepcionales, los hombres no creen en la felicidad. Y ¿qué decir del progreso?”.<sup>401</sup>

Maxence Van der Merch escritor contemporáneo de Emmanuel Mounier, reproduce muy bien el ambiente de las clases sociales de los años de entre-guerras. El progreso consiste, ante todo, en el constante desarrollo económico y en todo lo que se supone que éste trae consigo. La felicidad sí pero a costa de qué?

“Somos felices, nuestra civilización nos parece hermosa, disfrutamos del progreso. Y ni siquiera sospechamos que, por debajo de nosotros, existe una tragedia de sufrimientos e injusticias que pagan el progreso a un precio tan caro”.<sup>402</sup>

El desarrollo ya no constituye una maduración tendente a la plenitud, ni al cumplimiento de una norma o de una finalidad. El desarrollo es una indefinida adición de cantidades finitas. Y aquí constesto la cuestión que planteaba Vicente Guillamón:

“En cuanto al avance, o adelanto, admito sin vacilar como el más humano de los proyectos la preocupación por conquistar una situación más liberal gracias a la cual, menos esclavizados por ganarse el pan cotidiano, sea la vida más factible a los sueños y a las acciones en que se compromete el hombre profundo; pero ¿Cuántos de los que quieren avanzar tienen ese ideal preciso y perseveran en él una vez obtenidas las facilidades?. Para la inmensa mayoría, avanzar o empujar a sus hijos, ¿No equivale a conquistar un centro de consideración social o a aumentar indefinidamente sus beneficios?”.<sup>403</sup>

Al situar el progreso infinito en el mundo material, la burguesía, pese a su referencia formal a la religión, crea las condiciones de una clausura espiritual.

<sup>399</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.188 (50)

<sup>400</sup> Mounier Emmanuel, *El pesonalismo, Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002, p.295

<sup>401</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El El pequeño miedo del siglo XX*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 413

<sup>402</sup> Der Merch Van, *Leed mi corazón* p, 34

<sup>403</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.285

“En cuanto al misterio, es falso que lo rechace, pues ni siquiera lo encuentra previamente. Se ha creado un mundo al alcance de la mano. No deja que ese mundo participe de Dios, sólo participa de sí mismo”.<sup>404</sup>

Es lo que ha observado muy atinadamente *Nicolás Berdiaev*:

“El burgués, en el sentido metafísico de la palabra, es un hombre que sólo cree en el mundo de las cosas visibles y palpables, que sólo aspira a ocupar en este mundo una situación segura y estable (...). Lo único que toma en serio es la fuerza económica (...). El burgués vive en lo finito, teme las prolongaciones hacia lo infinito. El único infinito que reconoce es el del desarrollo económico”.<sup>405</sup>

Y Berdiaev concluye:

“Es el burgués quien crea el reino de las cosas, las cuales le gobiernan y dominan”.<sup>406</sup>

En un mundo transformado en objeto, el hombre mismo está llevado a convertirse en una cosa.

“Ahora bien, por su dialéctica interna, el mundo del tener, que es también el mundo de la codicia y del poder, realiza una especie de inversión clandestina de la relación de dominación por la que las cosas poseídas reducen poco a poco al poseedor a una esclavitud secreta, asimilándole a su naturaleza de cosa”.<sup>407</sup>

Todos los protagonistas de la *Revolución*, como se sabe, son burgueses. Pero la burguesía no hace la Revolución en su propio nombre. Reclama también los *Derechos del hombre*:<sup>408</sup>

“...Código de las conveniencias del perfecto egoísta o tratado de la yuxtaposición de los burgueses”.

A ellos increpa u reprocha Emmanuel Mounier como un San Francisco contemporáneo.

“Vosotros, que habéis sido revolucionarios contra el espíritu, que habéis matado el amor, ahogado la libertad, el intercambio honrado de corazones, la sinceridad de las palabras, el esfuerzo, la alegría de vivir, no creáis que es suficiente hoy con una limosna a la justicia para cerrarle la boca y borrar vuestra traición”.<sup>409</sup>

Es decir: disimula sus interés bajo la máscara de *lo universal*, al tiempo que da a entender (y ella misma, sin duda, lo cree sinceramente) que las cualidades particulares que son las suyas constituyen las virtudes humanas en general, las mismas que permiten revestir a cualquier individuo abstracto de una dignidad fundamental.

<sup>404</sup> *Ibid.*, p. 432

<sup>405</sup> Citado en Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002, p. 690

<sup>406</sup> *Ibid.* p. 690

<sup>407</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 613

<sup>408</sup> De hecho para Mounier “La burguesía ha nacido contra el espíritu cristiano, en el siglo XVI, de la moral de los financieros holandeses y florentinos. Se consolidó con el individuo y luego, con la vigencia de la ideología revolucionaria, consiguió una carta de nobleza: la declaración de los derechos. Código de las conveniencias del perfecto egoísta o tratado de la yuxtaposición de los burgueses, halló su metafísica natural en el volteranismo: una deidad constructora de mundos, insensible y técnica como uno de aquellos, y que ha establecido para comodidad de los burgueses esa seguridad inimitable del progreso indefinido, garantía contra todo riesgo, enriguecimiento continuo de los principales accionistas a expensas de vagas humanidades, como debe ser en una vaga empresa” Cfr Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.419

<sup>409</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.180

¿Dignidad? Veamos de qué tipo:

“Reviste de soberana dignidad a una especie de individuo abstracto, buen salvaje pacífico y paseante solitario, sin futuro, sin vínculos, sin carne, provisto de una libertad sin norte, ineficaz, juguete incordiante con el que no se debe molestar al vecino ni se sabe cómo emplear si no es para rodearse de una red de reivindicaciones que le inmovilizan con mayor seguridad en su aislamiento”.<sup>410</sup>

Con esto triunfa la idea de que el objetivo esencial de la vida es la búsqueda de lo que es bueno para cada individuo tomado por separado, es bueno para todos. El burgués se aísla en la propiedad:

“...No encontrarse – todo el problema estriba en no encontrarse con nadie- esa miseria sucia, grosera, inmoral, insolente y mediocre, tengamos nuestros barrios, nuestros hoteles, nuestros trenes, nuestras plazas reservadas, nuestras escuelas, nuestras culturas, nuestras salas de baile, nuestras iglesias, nuestras misas”.<sup>411</sup>

El resultado, en los hechos, será el que constata Emmanuel Mounier:

“Al reducir al hombre a una individualidad abstracta, sin vocación, sin responsabilidad, sin resistencia, el individualismo burgués es el precursor del reino del dinero; es decir, como lo dicen tan bien las palabras, de la sociedad anónima de las fuerzas impersonales”.<sup>412</sup>

El burgués del siglo XIX se define al mismo tiempo por su *estatus*, su rango, su fortuna y sus relaciones. Tanto sus costumbres como sus elecciones matrimoniales atestiguan su reverencia por la apariencia, las convenciones y el orden establecido.

“Detrás de esta barrera de protección y de cortesía que le separa del mundo vivo, el rico no conoce más que un único tipo de relaciones humanas: la consideración. Poco le importan las almas siempre que las ropas y las bocas satisfagan el código de la consideración. Todos los sentimientos decaídos quedan atados a esa correa”.<sup>413</sup>

La burguesía ha ahogado en las heladas aguas del cálculo egoísta los sagrados estremecimientos del éxtasis religioso, del entusiasmo caballeresco, de la sentimentalidad ingenua.

“Quien esta así, completamente cubierto, completamente protegido por sus posesiones, por su preciosa persona, se torna progresivamente indisponible, impermeable a la gracia. No tiene ya un empeño en ser lo que vale la pena de estar revestido, sino únicamente en tener la reputación de ser, o la apariencia o la ilusión de ser lo que socialmente goza de estima: (1)referencia social que no comporta ya una medida absoluta, sino únicamente relativa; competencia y no-aspiración: Un (2)cierto igualitarismo, más “pequeño burgués” que popular, cuyas exigencias serían de buena gana mediocres siempre que la persona no fuera más allá de ellas; (3)Cierta fiebre de promoción social, que es el sentimiento en el que se agitan el deseo de acumular y el deseo de igualar, la inquietud de las codicias y el tormento de abrazar las experiencias más inauditas y más contradictorias; (4)Cierta fanatismo ideológico o espiritual es muestra de esta fiebre profesional tanto como el sentido burgués

<sup>410</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 597

<sup>411</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 275

<sup>412</sup> de Benoist Alain, *El burgués; paradigma del hombre moderno*. Traducción de Gabriel Morante. p. 48

<sup>413</sup> Mounier Emmanuel, *El pesronalismo, Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002, p. 883

de la propiedad. “Llenos de sí mismos, hinchados de nada, a la vez ausentes y ofuscados; caras distraídas, caras abiertas, miradas lejanas...”<sup>414</sup>

El burgués ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio; ha sustituido las numerosas libertades, tan duramente conquistadas, por la única y despiadada libertad de comercio.

La burguesía ha despojado de su aureola todas las actividades que, hasta entonces, pasaban por venerables y eran consideradas con sano respeto. Ha transformado al médico, al jurista, al sacerdote, al poeta, al sabio en asalariados.

“No hay ya sobre el altar de esta triste iglesia más que un dios sonriente y horriblemente simpático: el Burgués. El hombre que ha perdido el sentido del Ser, que no se mueve más que entre cosas, cosas utilizables, privadas de su misterio. El hombre que ha perdido el amor, cristiano sin inquietud, incrédulo sin pasión, hace tambalear el universo de las virtudes en su loca carrera hacia el infinito, alrededor de un pequeño sistema de tranquilidad psicológica y social: dicha, salud, sentido común, equilibrio, placer de vivir, comodidad. La comodidad es, en el mundo burgués, lo que el heroísmo era en el renacimiento y la santidad en la Cristiandad medieval: el valor último, móvil de la acción”<sup>415</sup>

La burguesía ha desgarrado un velo de sentimentalidad que recubría las situaciones familiares, reduciéndolas a convertirse en meras relaciones de dinero.

“*Su familia* no está lejos de haberla convertido en una sociedad comercial, cuyos actos decisivos están todos regulados por intereses del dinero. El amor se determina en ella al nivel de la case social, y según el volumen de la dote; la fidelidad, mediante el código de la consideración; y los natalicios, con arreglo a las exigencias del confort...El matrimonio oscila en ella de la transferencia de cuenta a la ampliación de un negocio; de la operación publicitaria a la puesta a flote”<sup>416</sup>

Karl Marx atribuye una importancia determinante a la economía, pero sólo le resulta posible criticar a la burguesía desde un horizonte que no deja de ser el suyo. Su *economicismo*, con otras palabras, le impide efectuar una crítica radical de los valores burgueses como la que hará Emmanuel Mounier en cambio.

“He ahí el hombre nacido con la edad del confort. Que en la historia haya irrumpido semejante contrasentido de hombre, y que invada el mundo cristiano, nos daría ya suficiente motivo de aflicción. Que esté a punto de hacer saltar el mundo nos hace denunciarle y ponernos a la defensiva. Si intenta hacer pasar sus valores por valores cristianos quizá pueda tener ventaja sobre nosotros en todas partes, pero no impedirá que testimoniemos contra su hipocresía”<sup>417</sup>

En definitiva son los *no conformistas* de los años treinta en donde se hallan, en el siglo XX, la crítica más radical de la burguesía y de los valores burgueses. Heredada por el poeta Charles Péguy.<sup>418</sup>

<sup>414</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo*, Antología esencial, Sígueme Salamanca 2002 p.

<sup>415</sup> *Ibid.* p. 876

<sup>416</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.668

<sup>417</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 434

<sup>418</sup> Pues como él mismo dice “Sólo dos hombres, dos en cincuenta años, han tenido el valor de denunciar públicamente al burgués que se reviste de religión: Péguy y Bloy.

“Todo el mal ha venido de la burguesía. Toda la aberración, todo el crimen. Es la burguesía capitalista la que ha infectado al pueblo y lo ha infectado precisamente de espíritu burgués y capitalista (...) Sería difícil insistir más de la cuenta: es la burguesía la que empezó a sabotear, y todo el sabotaje surgió de la burguesía. Es porque la burguesía se puso a tratar como un valor bursátil el trabajo del hombre, por lo que el propio trabajador también se puso a tratar como un valor bursátil su propio trabajo”.<sup>419</sup>

A la burguesía siempre se la ha considerado a la vez como una clase y como la representante de una mentalidad específica, de un tipo humano orientado hacia un cierto número de valores.

“He aquí el tipo fanfarrón, el tipo cínico y el tipo gígolo. No le preocupan las dificultades de la lucha o de la vida disoluta; se distiende en una confortable buena ventura...Examinad esta argumentación en la ligereza de su marcha, en la tranquila seguridad de su gesto. Es la salud, el buen sentido, la seguridad, el equilibrio, un poco el honor –un poco, para brillantar, pero, ¡eso sí!, sin dramas-. Es la dulzura de vivir.

Aunque Karl Marx llama a acabar con la explotación de la que la burguesía se ha hecho responsable, se queda sumamente rezagado en cuanto a impugnar los valores burgueses: la sociedad sin clases, desde muchos aspectos, es la burguesía para todo el mundo. El realismo socialista no se plantea sistemáticamente el problema de la *conversión* del burgués; hacia él solamente vuelve un arma; la lucha de clases.<sup>420</sup>

Ya no hay ni gloria, ni honor, ni heroísmo que alcanzar. Lo que le importa al burgués es la apariencia—que implica el respecto de las convenciones. “*Lo sublime murió con la burguesía*” decía Sorel.

“Una degradación ininterrumpida vacía a las creaciones espirituales de su sustancia y de su densidad; el hábito dirige hacia allí sus garfios; esas creaciones mueren en nosotros a causa de nuestra apropiación, de nuestra cortesía, de nuestra indiferencia. Esta inercia, a la larga, origina un cierto número de automatismos que adoptan la figura de leyes, y entonces estamos totalmente entregados, atados de pies y manos, a tales causalidades materiales. De hecho, estas no crean nada, no inventan nada, pero entorpecen, desvían, afectan, desfiguran la vida, entretienen y endurecen determinismos allí donde se movían las organizaciones. No expresan el orden, sino los obstáculos y los límites del orden”.<sup>421</sup>

Bien, pero he llegado con toda esta crítica a un extremo para un objetivo preciso, ¿De dónde surge pues la crítica de Emmanuel Mounier al burgués? No es exactamente de la crítica que hace Karl Marx como se piensa comúnmente, sino de la que hace Bergson en el fondo de su filosofía que en este sentido había ya anotado:

<sup>419</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, El pensamiento de Charles Péguy*, Sígueme Salamanca 1992, p. 89

<sup>420</sup> ...La lucha dialéctica de clases que desemboca en la revolución del proletariado contra el capitalista. El fundamento de la revolución es intentar suprimir la causa que genera la ancestral opresión del hombre sobre el hombre y alcanzar así una sociedad sin clases. Esto se consigue aboliendo la propiedad privada, algo que omitían las revoluciones burguesas.

<sup>421</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.177

“La conciencia, originalmente inmanente a todo lo que vive, se adormece allí donde no hay movimiento, y se exalta cuando la vida se inclina hacia la actividad libre. ...la materia es necesidad, la conciencia libertad y la vida consiste precisamente en la libertad que se inserta en la necesidad y modela en su provecho”.<sup>422</sup>

El error burgués no es el estímulo del deseo de propiedad, sino haber olvidado el heroísmo que encierra todo acto de posesión, de forma que el hombre, seducido por los objetos, renuncia a la aventura y al riesgo. Así para el burgués

“El ideal de posesión es el descanso pasivo, la languidez amortiguada de las costumbres(...) El poseedor y su bien se rodean de una especie de inmunidad contra los intercambios de la vida y el contacto con los hombres (...). Por otra parte, no tienen tanto apego a la posesión real, auténticamente vivida y rejuvenecida por una conquista, como a la seguridad de no tener ya que conquistar, ni que luchar, ni que ser débil y pedir y esperar y temblar”.<sup>423</sup>

Según Bergson las cosas ocurren de otra manera: la conciencia o vida espiritual es irreductible a la materia; es una energía creadora, finita, que se enfrenta continuamente con condicionamientos y obstáculos que pueden bloquearla o degradarla.

“El mal no está en la complicación de la vida material: ¿Qué significan unas máquinas en una casa...Ni siquiera está en el amor al lujo, que representa en el deseo, un cierto análogo a la generosidad, un cierto sentido innato de la grandeza y de la sobreabundancia. No. El mal está en que el espíritu marcha con paso desigual. Prefiere la solución fácil y refugiarse en el confort”.<sup>424</sup>

De este pensamiento tomaré algunos puntos concretos de influencia del pensamiento de Henri Bergson en Emmanuel Mounier. En la obra de Henri Bergson “*La energía espiritual*”, encontramos un análisis en que muy seguramente Emmanuel Mounier toma inspiración y basa sus reflexiones:

“Dos caminos se abren a la materia en su forma elemental para que se engrandezca y evolucione. En la primera puede orientarse en el sentido del movimiento y de la acción- movimiento cada vez más eficaz, acción cada vez más libre-: este es el *riesgo* y la *aventura* pero es también la conciencia con sus grados crecientes de *profundidad* y de *intensidad*. Y puede, por otra parte, abandonar la facultad de actuar y de elegir que lleva en sí misma, y arreglárselas de tal manera que obtenga inmediatamente todo lo que le es preciso en lugar de ir a buscarlo: tiene entonces la existencia asegurada, tranquila, burguesa, pero también la torpeza, primer efecto de la inmovilidad; enseguida el *amodorramiento* definitivo, esto es, la *inconciencia*. La materia viviente está, en parte, ligada a uno de ellos; en parte, al otro”.<sup>425</sup>

En esta misma idea Emmanuel Mounier dirige su postura personalista, para él, la materia viviente de la que participamos, está permanentemente en una tensión de pasividad-

<sup>422</sup> BERGSON Henri, *La energía espiritual*, p. 845

<sup>423</sup> Vela López Fernando, *Persona, poder, educación, Una lectura de Mounier*, San Esteban, Salamanca 1989. p. 92

<sup>424</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.187

<sup>425</sup> BERGSON Henri, *La energía espiritual*, Obras escogidas, p. 846

acción; el *conformismo*, *adormilamiento* y la *dimisión* que hace del hombre un simple “individuo” y en otro polo; el *despertar*, *arriesgarse*, *moverse*, *decidir* y *aventurar*, que logra hacer del individuo una “persona”, ganando con ello profundidad e intensidad en la vida.

“Las cosas y hasta las obras del hombre, tienden a aprisionar conjuntamente como “aprisiona” el hielo, y a atrapar al hombre en su rigidez glacial; el hombre también tiende a “aprisionar” en la inercia de sus gestos y del sueño vital. Depende de él y sólo de él apresarse, liberarse y liberar al mismo tiempo los endurecimientos del medio. Pero no lo hace más que si vuelve a cuestionar .

En la siguiente frase, encuentro de forma muy nítida las conclusiones de Emmanuel Mounier a propósito de la “evolución creativa” del hombre, presentes en Henri Bergson;

“El surgimiento de la persona creadora puede leerse en la historia del mundo. Aparece como una lucha entre dos tendencias en sentido contrario:- Una es una tendencia permanente a la despersonalización. No afecta solamente a esta materia que es la impersonalidad, la dispersión, la indiferencia misma, que tiende a la nivelación (degradación de la energía), a la identidad o a la repetición homogénea como a su fin; ataca a la vida, rebaja su impulso, la expone en especies de ejemplares indefinidamente repetidos, hace degenerar el descubrimiento en automatismos, repliega la audacia vital sobre formaciones seguras de las que se aleja la invención, continúa por inercia movimientos que inmediatamente se vuelven contra su objetivo. Detiene en fin, la vida social y la vida del espíritu por relajamiento del hábito, de la rutina, de la idea general, de la charlatanería cotidiana”.<sup>426</sup>

Dice Emmanuel Mounier que la tendencia permanente a la despersonalización ataca a la vida, rebaja su impulso... Y Henri Federico Amiel dice en su *Diario Íntimo*:

“La pereza, lo ha invadido todo. Me mata. Pero no, yo la mataré. Desde ésta noche voy a dedicarme a un examen de mi vida”...“<sup>427</sup>

La despersonalización repliega la audacia vital que se atrevería a reformular sistemas sociales anquilosados, mantiene por inercia movimientos que inmediatamente se vuelven contra su verdadero objetivo. Ese Diario íntimo que Henri Federico Amiel pretende utilizar para examinar constantemente su vida contra la pereza se vuelve contra él como pretexto de esa misma pereza como él mismo reconoce:

“El diario íntimo es una almohada para la pereza; dispensa de girar en torno de los asuntos, permite todas las repeticiones, acompaña todos los caprichos y meandros de la vida interior, y no se propone ningún fin. Este diario representa la materia de muchos volúmenes. ¡Qué prodigioso desperdicio de tiempo, de pensamiento y de fuerza!, a nadie será útil, y aun a mi me habrá servido más bien para esquivar la vida que para practicarla. El diario es como un confidente, es decir, ocupa el lugar del amigo y de la esposa; substituye la producción, la patria y el público. Es un derivativo del dolor, un engaño, una fuga. Pero este factótum que reemplaza todo, nada representa bien...”<sup>428</sup>

<sup>426</sup> Mounier Emmanuel, *O.C III, La cristiandad difunta*. Sígueme, Salamanca 1990, p. 666

<sup>427</sup> Henri Federico Amiel, *Diario Íntimo*, EDALF p. 78

<sup>428</sup> Ibid. p. 89

Se considera que el principal valor de la vida está constituido por el interés económico (en el más amplio sentido de la palabra), o se vive para la economía o se vive para el amor. Vivir para la economía es ahorrar, vivir para el amor, gastar.

“El amor se determina en ella a nivel de la clase social, y según el volumen de la dote; la fidelidad, mediante el código de la consideración; y los natalicios, con arreglo a las exigencias del confort. El matrimonio oscila en ella de la transferencia de cuenta a la ampliación de un negocio; de la operación publicitaria a la puesta a flote. La mujer, siempre ella sirve de mercancía”.<sup>429</sup>

Los hijos han de triunfar mejor que los padres, y lo que ante todo se espera de la escuela es que les ayude a conseguirlo.

“ Toda la vida privada del pequeño burgués está dominada por un solo valor: el ascenso. Si no lo consigue, es necesario que su hijo “se eleve”, que “tenga la vida más fácil que nosotros la hemos tenido” (¡Cuánto amor hay en estas fórmulas padres, pero no se trata de vosotros, se trata del pequeño burgués, o de las palabras que le tomarías prestadas para mal expresar vuestro amor!). Llegar. Y para llegar, un solo medio: la economía”.<sup>430</sup>

Se trata en efecto, de esta idea profundamente burguesa según la cual el sistema educativo debe posibilitar, fundamentalmente, la adquisición de un oficio, razón por la cual las disciplinas más *útiles* son también las mejores.

“En fin, como la materia no es otra cosa que un instrumento servil de la industria, todas sus bellezas propias que constituyen el denso tejido de nuestra poesía y de nuestra vida se borran bajo la única admiración: la admiración de la potencia mecánica; al más inútil, por el fácil secreto de algún mecanismo, aporta la ilusión de un dominio; al más hábil, le confiere el prestigio de un dios”.<sup>431</sup>

Para el burgués formado a la antigua es necesario suprimir cualquier gasto superfluo. Y para ello, contar y volver a contar sin parar. Pero ¿qué es lo superfluo? Precisamente todo lo que no se puede contar, todo lo que carece de utilidad calculable, todo lo que no puede reducirse a una evaluación de términos de provecho individual, de rentabilidad y ganancia.

Para el burgués...

“Hay siempre dos categorías de las que sólo una le interesa, a saber, las cosas útiles y las cosas insignificantes; o dicho de otro modo, los negocios y el tiempo perdido. Tiempo perdido, el amor por las cosas y la liturgia del mundo. Tiempo perdido: precisamente porque él nada tiene que perder allí”.<sup>432</sup>

Las relaciones sociales acaban desarrollándose tan sólo conforme al modelo del mercado; es decir, de un sistema de objetos poseedores y objetos poseídos. Nadie ha descrito mejor esta reificación de lo social que Karl Marx cuando muestra la forma en que las

<sup>429</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.668

<sup>430</sup> Op. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.274

<sup>431</sup> *Ibid.* p. 188 (50)

<sup>432</sup> *Ibid.* , p.431 (293)

relaciones entre individuos, todos los cuales persiguen su mejor interés, acaban inevitablemente transformado a estos mismos individuos en cosas.

“Alienación del obrero en un trabajo ajeno, del burgués en unas posesiones que le poseen, del usuario en un mundo de mercancías deshumanizadas por la valoración comercial: formas todas, desde nuestro punto de vista, de una despersonalización, es decir, de una des-espiritualización progresiva que sustituye a un mundo de libertades vivas por un mundo de objetos”.<sup>433</sup>

El burgués quiere tener, parecer – y no ser. Toda su vida se orienta a la felicidad, es decir, al bienestar material; una felicidad que está ella misma relacionada con la propiedad, definida como la totalidad de lo poseído, sin la menor reserva, y de lo que se puede disponer a su antojo. Proviene de ahí la propensión burguesa a hacer de la propiedad el primero de los *derechos naturales*.

“No existiendo más que en el tener, el burgués se define, ante todo, como <propietario>. Está poseído por sus bienes: la propiedad ha sustituido a la posesión”.<sup>434</sup>

Para Mounier el tener o sea el objeto, es un sustituto degradado del ser. Se tiene lo que no se puede ser. El mal de burgués está en que quiere tener para evitar el ser.

“Esa misma vida se orienta hacia la *propiedad*, es decir, hacia el sentimiento de la solidez del confort. La preocupación del burgués es la de ser, pero su finalidad es la de <tener>. Oídle decir: mi mujer, mi coche, mis tierras. Queda perceptible que lo que cuenta no es la mujer, el coche, las tierras, sino el carnal posesivo. Por eso <ama el dinero>. Hay que ser <avaro> para no dejar presa alguna al destino.”

Proviene también de ahí que el burgués otorga a la *seguridad*, que es a la vez indispensable para proteger lo que ya tiene y para buscar racionalmente su interés futuro: la seguridad es, en primer lugar, una comodidad del espíritu, garantiza el mantenimiento de los logros obtenidos y permite calcular otros nuevos.

“El Burgués tiene alma de *hombre que teme*. Temor a las luchas, temor a ese día imprevisible que llegara mañana y chocara con sus *previsiones*, temor a cuanto no posee. Se rodea de seguros y de más seguros; no quiere crear su vida con las horas, con el dolor y con la incertidumbre; quiere todo *cerrado* y *garantizado*. Se rodea de seguridades y de aislantes, él, sus bienes, sus hijos. Concede su respeto a cuanto asegura el rostro exterior del orden: policía, ejército, *etiqueta*, *reserva* y *discreción*. Su medida ya no es el amor que ha lanzado los mundos, es un código de seguridad social y psicológica”.<sup>435</sup>

<sup>433</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 620

<sup>434</sup> *Ibíd.*, p. 594

<sup>435</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002, p. 294

La política del burgués es el reflejo directo de estas aspiraciones. Desconfiado frente a lo político, el burgués sólo espera de los poderes públicos la instauración de una seguridad que le permita disfrutar sin riesgo de sus haberes.

Emmanuel Mounier va al fondo de lo que Péguy perseguía con tanta aspereza en la *metafísica del partido intelectual*, esa necesidad de asegurar al espíritu contra todo riesgo intelectual, de ponerse a salvo para siempre de la gloriosa inseguridad del presente.

“En realidad, toda esa gran necesidad de fijar el espíritu es una necesidad de pereza, y la expresión misma de la pereza intelectual. Quieren, ante todo, estar tranquilos. Quieren, ante todo, ser sedentarios. Esa misma tentación de pereza, esa misma fatiga, esa misma necesidad de tranquilidad para mañana que los hace a todos funcionarios, es la misma que los hace a todos intelectuales. Así como todos corren tras las cátedras, no porque en ellas se enseñe, sino porque en ellas se está sentado, así también quieren ante todo una filosofía, un sistema de pensamiento en el que se esté sentado...Y todo lo que nos oponen, esa gran necesidad de consolidar las conquistas del hombre, ese gran establecimiento del espíritu humano, esa noble ordenanza, ese hermoso estatuto, son razones de sedentarios, de tranquilos y de funcionarios que, arrellanados en buenas carreras, piden tranquilidad”.<sup>436</sup>

Así como no le gusta al burgués ni el escándalo (que hace que las situaciones sean difíciles de controlar) ni el riesgo (cuando no es posible calcularlo), así también detesta las soluciones de fuerza, la autoridad, la decisión. H. Federico Amiel lo experimentaba en carne propia.

“Vivo en una blanda modorra, evito las decisiones, escapo a las resoluciones, todo lo cual entreveo como necesario. A veces pienso que no vale la pena decidir, y que la vida pasa tan rápidamente que no vale la pena hacer nada”.<sup>437</sup>

En suma, a la burguesía no le gusta lo infinito que excede a las cosas materiales, las únicas que puede controlar. Emmanuel Mounier, que veía en el espíritu burgués: “El más exacto antípoda de cualquier espiritualidad”, Habíamos dicho en el capítulo anterior que la persona es un concepto espiritual, si no es espiritual en el sentido burgués veamos en qué términos se dice que es realidad espiritual.

“El tener, si bien constituye la densidad de nuestro ser, también es su pesadez. Comienza por la ligera vibrante del deseo, por el triunfo exaltado de la conquista y el vencedor se torna enseguida usufructuario, el poseedor es poseído por sus bienes muertos, solo goza del prestigio que estos le conceden y muere sediento en el desierto de su abundancia. Esta degradación del tener nace en su corazón, como la mano del rey Midas, mi posesión tiende a degradar a los seres y los objetos de que me apropio; al presentarme a ellos como un conquistador que exige y un amo que somete, bloqueo a un tiempo su disponibilidad y la mía.”

### 6.3 ACTUALIDAD DEL HUMANISMO BURGUÉS.

<sup>436</sup> Péguy Charles, *Note conjunte sur M.Descartes* IX, 254 (II, 1436-1437)

<sup>437</sup> Henri Federico Amiel, *Diario íntimo*, Biblioteca EDAF, Madrid 1968. p.50

Frente al facilón maniqueísmo revolucionario, Emmanuel Mounier se impone el rigor del análisis y asume la impopularidad que en no pocas ocasiones acompaña a quien se empeña en demostrar mitos prefabricados.

Reconoce en la burguesía un inicio glorioso y grande, lleno de esfuerzos y sinsabores que, ocultos a veces tras su riqueza, son tan ciertos como ésta.

La aventura, la audacia, el esfuerzo de conquista están en la base de un desarrollo técnico que, pese a su ambigüedad, es patrimonio irrenunciable del presente y del futuro del hombre.

“El burgués no es en menor grado una entidad moral no imaginaria; una entidad histórica como el estoico, el epicúreo, el cristiano. No nos referimos de acuerdo con *Sombart*, a su sistemática, ni, con *Max Jacob*, a la sinfonía burlesca de sus variedades”.<sup>438</sup>

Se trata de valorar una civilización en la que a pesar de esas honrosas excepciones deben ser denunciados graves vicios anti-humanistas.

“Es absolutamente rechazable que en la zona corrompida por la decadencia burguesa los niños, empleando los términos del *Manifiesto comunista*, se conviertan en “simples objetos de comercio” o en “simples instrumentos de trabajo”; que la mujer no tenga allí otra función que la de ser también “un instrumento de producción”...Por debajo de esta podredumbre elegante se encharca aún de forma más triste la ciénaga pequeño burguesa, mundo sin amor, incapaz tanto de la dicha como de la desesperación, con su avaricia sórdida y su lamentable indiferencia... Es menester perseguir la decadencia del heroísmo y de la santidad hasta ese círculo encantado de dulzura e intimidad donde están situados, con sus miedos y sus niñerías, todos los que no conocen ni el hambre, ni la sed, ni la tranquilidad; todos los que cubren con un amor idólatra la tranquilidad de las atmósferas tibias; todos los que están sin agonías, los aceitados, los protegidos, los separados. La mortal seducción del alma burguesa les ha cazado por el relamo de algunos pseudo-valores: Mesura, paz, retiro, intimidad, pureza; pintores “sensibles”, poetas “delicados”, algunos filósofos de salón, la han dotado de amaneradas gracias; se han fabricado incluso una religión para andar por casa, bonachona e indulgente, una religión de los domingos, una teología de las familias. Es justamente en estos cálidos refugios donde debemos perseguir el mundo privado burgués si queremos desintoxicar a sus mejores víctimas: Es ahí donde la ternura mata al amor, donde el deleite de vivir ahoga el sentido de la vida”.<sup>439</sup>

Desde comienzos del siglo XX, una amalgama de origen profesional ha tendido a que la clase burguesa y clases medias se confundan cada vez más entre sí. Después de lo cual, las clases medias han ido dilatándose sin par. Hecho que atestigua y reconoce Mounier...

“El burgués frecuente todas las latitudes, todos los medios. Si su moral surgió de una clase, se ha deslizado hoy, como un gas pesado, a las regiones bajas de la sociedad”.<sup>440</sup>

Lo burgués es hoy, más que un sector social, una forma de pensar y de vivir, un talante más que una clase. Actualmente todo el mundo es burgués. Las conductas individuales y

<sup>438</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 431

<sup>439</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 662

<sup>440</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 431

los comportamientos sociales se homogenizan y modifican profundamente, en especial bajo la influencia de la televisión y la publicidad.

“Y esto es lo que es necesario comprender: que el burgués no es la definición de una clase, sino de un espíritu, que este espíritu se ha remontado hasta los capitanes del régimen para descender en pesada carga sobre las masas populares”<sup>441</sup>

Péguy, lo había dicho en términos rudos

“Una desmoralización del mundo burgués en materia económica, en materia industrial, y en cualquier otra materia en el campo del trabajo y en cualquier otro campo, descendiendo cada vez más a ras de suelo, ha desmoralizado al mundo obrero y del mismo modo a toda la sociedad”<sup>442</sup>

Lo burgués pertenece no a una clase, sino al un clima espiritual caracterizado por el miedo a vivir, el envilecimiento en el confort, la estrechez de miras, la mezquindad, un placer loco por la seguridad y felicidad, una total indiferencia respecto al otro.

“...Se ve claramente donde comienza la inhumanidad. Un hombre está hecho para entrar en contacto directo con fuerzas o con personas. Las facilidades del dinero se introducen entre el dinero y la experiencia.”<sup>443</sup>

Amiel mismo, reconoce con frustración la necesidad que tiene de acción:

“La meditación perpetua afemina al hombre de la misma manera que la inacción ablanda su cuerpo. La virilidad del hombre exige energía, acción, lucha. Ni el espíritu ni el brazo ganan lo más mínimo en estado cartilaginosa”<sup>444</sup>

No es pues, moralismo interclasista o pudorosamente reformista el discurso de Mounier, sino una acertada percepción de la gangrena ética burguesa. Hay pues, que resistir a la tentación de simplificar la historia de los hombres haciendo de ella una maquinal dialéctica entre buenos y malos.

“Existe, pues, muy claramente, en el mundo una dialéctica revolucionaria. Pero no es, o no es únicamente, una batalla horizontal entre dos fuerzas materiales, oprimidos y opresores. La opresión está en el tejido de nuestros corazones. Es un desgarramiento vertical en el seno de la vida espiritual de la humanidad, es la pereza misma del esfuerzo espiritual cayendo sobre sí mismo bajo una pesadez extraña que no afloja nunca su presión”<sup>445</sup>

¿Qué decir hoy de la burguesía? Estaríamos mintiendo si dijéramos que se trata de un ideal mortecino o en vías de extinción, por el contrario, constatamos que corresponde a una mentalidad que lo ha invadido todo.

“Los que no han visto el ser metafísico, profundo, que define al burgués – pérdida del sentido del ser, pérdida del sentido del amor, pérdida del sentido de la aventura y del sufrimiento, sustitución por los valores de ordenamiento exterior de los valores de santidad-solamente esos han querido fijar al burgués en una clase: el patrón (socialismo), el tendero (Flaubert), el filisteo ( Montpartnasse), el

<sup>441</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002, p. 492

<sup>442</sup> *Ibid.* p.284

<sup>443</sup> *Ibid.* p. 547

<sup>444</sup> Amiel Henri Federico, *Diario íntimo*, Biblioteca EDAF, Madrid 1968. p. 148

<sup>445</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.178

hombre funcionario ( Courteline), etc...La única posición sana es la de llegar a saber cuál es el ser del burgués y la de buscarlo asimismo en nosotros.!”<sup>446</sup>

Charles Péguy decía que el burgués es el individuo que todos llevamos para vencerlo. Y aquí me encuentro en el corazón de tema, Mounier que es su fiel discípulo va a desvelar lo que detrás del individuo se esconde, no una clase social, sino el burgués que todos llevamos dentro:

“Cada uno de nosotros lleva en sí una mitad, un cuarto, un octavo, o un doceavo de burgués, y el burgués se irrita a la mención de su nombre como un demonio en un poseído. Entendámonos. No se traspasa la frontera del burgués con una cierta cantidad de ingresos...”<sup>447</sup>

El problema del burgués es que ha creado una ruptura, al menos valorativa, pero indudablemente funcional, entre tener y ser. Es bien cierto que entre ambos no hay identidad, pero tampoco una oposición radical.

Lo que ocurre es que, desordenados los valores, el burgués ha sobreestimado el tener, amenazando al ser con la asfixia. La búsqueda incansable de las cosas y más tarde su celosa posesión, paradójicamente, tranquilizante y angustiosa a un tiempo acaba ahogando al ser.

“El ideal de posesión es el reposo pasivo, la languidez mortecina de los hábitos...Rebaño sin dueño de amores anémicos, prostitución del espíritu en todas las encrucijadas del tópico y del ídolo colectivo, prostitución del corazón a la dulce mentira de las visiones tranquilizadoras, prostitución del cuerpo a las comodidades que crean una atmósfera y una preparación a las comodidades del corazón y del espíritu. El poseedor y su bien se envuelven en una especie de inmunidad contra los cambios de la vida y el contacto con los hombres. La conquistadora envidia, el apego apasionado, dejan lugar a un sentido miedoso y susceptible – solemne o delicado según el humor- de la inviolabilidad”.<sup>448</sup>

Es sin duda a lo que se refiere *Martín Buber* cuando afirma:

“Ocurre que en las épocas enfermas el mundo del individuo ya no está transido y fructificado por los flujos del universo personal como corrientes vitales: aislado y estancado, un gigantesco fantasma del pantano oprime al ser humano. En la medida en que éste se contenta con un mundo de objetos que para él ya no pueden llegar a ser una presencia, sucumbe a ese mundo”.<sup>449</sup>

El afán de posesión, o el legítimo deseo de poseer, ha frustrado así las posibilidades personalizadoras de los inicios de la Edad Moderna. Esta tenacidad posesiva lesiona también a la comunidad. Las tensiones sociales del último siglo y medio de nuestra

<sup>446</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo*, Antología esencial, Sígueme Salamanca 2002 p. 293

<sup>447</sup> *Ibíd.* (293)

<sup>448</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 514

<sup>449</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 188

historia han sido provocadas por un tipo de hombre, no necesariamente una clase<sup>450</sup>, que es víctima y verdugo de su propia condición.

“Condición alienada, ya que el ser se ha difuminado en las cosas, que han acabado siendo las auténticas poseedoras”<sup>451</sup>

Por esto Mounier insistía en que el burgués (y aquí estamos en la clave de la relación con nuestro tema): “Vuestro burgués no es un ser social, sino metafísico”.<sup>452</sup>

Péguy no estaba equivocado cuando decía que el burgués es el individuo que todos llevamos en nuestro interior para vencerlo. La primera definición de individuo en Mounier y la más completa es ésta:

“El individuo es la disolución de la persona en la materia. Pleonasma: el individuo es en sentido estricto, la disolución de la persona o incluso podemos decir, la reconquista del hombre por la materia que sabe imitar”.<sup>453</sup>

Puesto que su código de valores se reducen al confort, la tranquilidad, el orden, la paz externa, la seguridad, en una palabra: la mediocridad. En el acto de posesión:

“El vencedor se tornó rápidamente usufructuario, el poseedor es poseído por sus bienes muertos, sólo goza del prestigio que éstos le conceden y muere sediento en el desierto de su abundancia”.<sup>454</sup>

Mounier describe este proceso en su ensayo *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*. No procede hacer ahora una exposición detallada, del proceso menciono sólo algunos pasos: posesión -conquista, posesión-disfrute, posesión-confort y posesión-reivindicación.

### 6.3.1. Posesión-conquista.

La posesión soberana para primeramente por una fase heroica. La única que tiene una grandeza real frente a la actitud cristiana: la fase nietzscheana. El hombre solo ante el mundo hostil, entre hombres sin finalidad común, no tiene más que un recurso glorioso: la conquista de la dominación. Los conquistadores de reinos de los tiempos feudales han dejado el sitio a los grandes capitanes de industria de los tiempos capitalistas, al áspero pequeño aprendiz que algún día acabará en la piel de un Rochfeller, al aventurero, al nuevo Don Juan enamorado de las grandes ciudades. Hay que añadir que, en todos los tiempos, muchos se comportan con los hombres como aquellos con las riquezas.

<sup>450</sup> Precisión que le valió a Mounier ser tachado de moralizante y reformista.

<sup>451</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002, p. 94

<sup>452</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 283

<sup>453</sup> *Ibíd*, p. 211

<sup>454</sup> Mounier Emmanuel, *El pesonalismo, Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002, p. 778

La apropiación deriva entonces del golpe de fuerza y de los métodos de violencia. La posesión del bien conquistado se nutre de todos los valores que acompañan a la violencia.

Placeres de la conquista misma –juegos, aventura, riesgo, dureza de la vida de campamento, fiebre de las vigilias y de las noches de batalla-, momento el más humano sin duda porque en él el hombre es débil, contradictorio, inseguro. Placer considerablemente más sumario de la violencia o del éxito, que amenaza con ser una satisfacción en vez de una plenitud. Placer de la dominación después de la victoria, que inclina ya al encasillamiento mortal y confortable de la autoridad por la supresión de las resistencias.

Placer celoso de la exclusividad: el puro conquistador quiere ser el instrumento total de su conquista, y, una vez que la ocupa, exige que nadie tenga parte en ella, la aísla en una perfecta soledad de soberanía y se forja un honor capaz de ese aislamiento. Nueva y mortal dimisión; él ya no posee su bien por una constante y siempre precaria reconquista, sino que busca asegurarse por decretos el disfrute tiránico de la misma.

Ahora bien, defender lo adquirido es ya una debilidad, una actitud negativa, un amortiguamiento: la derrota del victorioso vencido por su victoria.

Cuando el victorioso tiene recursos, resiste. Pero como no ha tomado los caminos por donde se descubre lo infinito de las pobres fortunas, necesita alimentar incesantemente su pasión con nuevas conquistas. Así ha hecho el capitalismo. Primeramente se ha atribuido sobre las cosas, y de rechazo sobre las personas, un derecho ilimitado de “usar y abusar”, una propiedad monstruosa que le reconoce hasta el poder de aniquilar la cosa poseída. Después, cuando su deseo ha desbordado las primeras harturas, necesita extender las posibilidades de expansión. Las guerras existían: él las ha captado y generalizado en la vida económica cotidiana. Se ha asentado en las carabelas de la aventura y de la cruzada para transportar en ellas sus colonizaciones más mercantiles que militares. Ha dirigido el maquinismo a hacer milagros de producción. Finalmente ha inventado un último juego diabólico para multiplicar por una riqueza artificial e instantánea las riquezas naturales, limitadas, resistentes, largas de conquistar: la especulación con el dinero y las diversas formas de usura que aseguran la proliferación del dinero y le dan la llave de poderes monstruosos.

Es una carrera loca. No preguntéis las razones. Uno de ellos respondía a Sombart: Porque no puedo detenerme. En efecto, si se detenía y se sacudía el fervor de la caza y la velocidad, le era necesario confesarse: ¿cuándo posee? ¿qué posee?. Él no busca más

que dominación material, rápida hartura: en la materia no es ni encuentro ni presencia. De igual forma, puede multiplicar las conquistas y su velocidad, para la ilusión. Únicamente respeta lo que desea.

No se arroja sobre unos bienes, se arroja únicamente sobre su deseo. Cada una de sus victorias, que parece impulsarle fuera, es un cerrojo que corre tras de sí.

Semejante movimiento, semejante tensión son contenido, no tiene recursos inagotables. Nosotros hemos denunciado el temible confort que amenaza a toda conquista orientada al éxito temporal y que se inserta incluso en los valores de victoria o de dominación. (incluso en los valores de revolución; hay personas que quieren la revolución por el confort de un estado que ha de venir; toda revolución después del éxito, conoce la lucha entre sus conservadores y sus continuadores).

Los órganos del régimen capitalista debían favorecer fastidiosamente este amortiguamiento de la posesión. El vigor del espíritu de conquista exige un objeto que resista, cierta dificultad, una situación perpetuamente precaria. Ahora bien, al multiplicar y al estandarizar, no lo que es deseable – los bienes de uso vital-, sino todas las riquezas cualitativas y hasta las riquezas de diversión, hace fácil y automático para todos lo que debería ser conquistado mediante una elección y un esfuerzo de la persona. Sobre todo por la fecundidad artificial del dinero, por todas las formas de usura y de especulación, ha sustituido las dificultades, las etapas y las duraciones que impone la lucha con la materia viva, sino de evitar las dificultades. El rico es el hombre al que nada se le resiste. Da la impresión de que el dinero ha laqueado su vida. No siente ya el contacto de los hombres. Apenas siente, si quiere, el contacto con los acontecimientos. Ni siquiera siente el contacto con su bien, que se define más por estadística que por disfrute real, más por créditos e hipótesis de créditos que por riqueza asignable. Se fabrica un sistema: posesión anónima, garantía del Estado, que le libera de la carga de sus propias responsabilidades. Y los menos ricos son aún ricos en espíritu, pues solo aspiran a esa facilidad a la que los estimulan la centralización espiritual, el periódico diario, el aparato distribuidor de música, y otras mezquinas riquezas automáticas.

El mundo del dinero, pasadas las primeras aventuras, es el mundo de la facilidad. Conduce indefectiblemente a la decadencia de la posesión.

“En otro tiempo era necesario conquistar la diversión misma: caza, arte, aventura; hoy ya e presenta cumplida: radio, discos, espectáculos deportivos, el hombre que se distrae es un hombre sentado que mira”.<sup>455</sup>

<sup>455</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.187

### 6.3.2. Posesión - disfrute.

Entonces, cuando las conquistas se han hecho muy fáciles, nos deslizamos a la posesión-disfrute, este disfrute pasivo que se niega a elegir o ser fiel para dejarse poseer por el objeto más de lo que él posee a éste. Incluso cuando se da la apariencia del fervor, se disuelve en una amarga monotonía.

De la conquista al gozo hay deslizamiento de calidad. Yo entiendo aquí ese gozo pasivo que puede ser durmiente receptividad, pero también puede ser durmiente receptividad en el fervor, hacerse la ilusión de dominio.

Atento entonces a hacer fulgurante la posesión sensible, se deja sin embargo sugestionar y conducir por el objeto. Es amor a lo poseído, más que poseer. El dominio de la verdadera posesión elige sus caminos, desbroza, define, construye. El fervor del que aquí se habla rechaza los límites, el sacrificio, la elección. Se niega a ser fiel para no renunciar a nada. Estima que la elección da testimonio de un estómago melindroso o de un espíritu indiscreto. Pretende huir del confort de las vidas bien construidas manteniendo siempre disponible el ardor de un alma infiel. Piensa resolver a fuerza de tiempo las antinomias de la posesión mediante la alternativa de las posesiones contradictorias y la perpetua novedad de los encuentros. Aún cuando no obtenga de ello una embriaguez divina, halla en lo efímero su gusto y en el fluir de las sensaciones tranquilas su dulzor.

Una vez más es el confort el que impulsa sin saberlo a esta repulsa del sacrificio y de la determinación, el que inclina a uno mismo hacia esa pendiente en la que se establecen las persecuciones aparentemente más eventuales. Todavía, cuando los bienes son escasos y los medios difíciles, ofrece una aventura amarga pero atrayente. Pero el reinado del dinero y sus facilidades mecánicas disuelven poco a poco, con la lucha del hombre por la posesión, el gozo mismo de la posesión. Cuando el poseedor está enteramente poseído, para insensiblemente del reino de la posesión al reinado del confort.

### 6.3.3. Posesión - confort.

“Cuando el poseedor está enteramente poseído, pasa insensiblemente del reinado de la posesión al reinado del confort”.<sup>456</sup>

<sup>456</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, Sígueme, Salamanca 1992. p.513

Cuando el poseedor está totalmente poseído, se degrada en la posesión-confort. El ideal del bien deseable es entonces el bien mecánico, impersonal, distribuidor automático de un placer sin excesos ni peligros (arquetipos: la máquina y la renta).

El ideal de la posesión se ha convertido en costumbre pasiva, recubierta de un sentimiento de seguridad y de inviolabilidad: el poseedor poseído.

“Mi auto, dice el burgués. Se equivoca: es el auto el que le posee; él se le impone cuando el cielo está claro, le llama a la marcha y la carretera vibra bajo su paso; apenas se ha montado, el coche le acoge entre sus cojines, atrae sus brazos hacia los mandos y toma la iniciativa. A la vuelta todos sus otros propietarios le esperan: su sillón, su puro, su periódico, su radio, su café, su teléfono, y dentro de sí mismo, ese otro él mismo que a veces desprecia, y que le aburre siempre”<sup>457</sup>

### 6.3. 4 Posesión – consideración.

Toda la realidad llega a desvanecerse en la posesión y del objeto poseído; el perfecto propietario en moral burguesa ya no se aferra sino al prestigio de una posesión vacía y a los derechos que ella le confiere. Es el estadio que llamaremos de la propiedad-consideración-reivindicación.

“Todos estos niveles están hoy en día mezclados en el corazón de cada uno de nosotros.”<sup>458</sup>

Al fin del proceso, el tener se ha constituido así en una categoría yuxtapuesta al ser, falseando la entidad personal que queda desprovista de misterio y profundidad.

Este tipo de posesión se identifica con la avaricia, por lo que se ha podido decir con propiedad que:

“El propietario burgués es avaro porque exalta groseramente el instinto de dominio sobre los bienes materiales”

Y es que en su análisis sobre la persona Emmanuel Mounier va más allá, atrás de la persona, a la individualidad y en su análisis hace un descubrimiento:

“Existe en la individualidad una exigencia más mordiente, un *instinto de propiedad* que es en el dominio de sí mismo lo que la avaricia respecto de la verdadera posesión. Ofrece como actitud primera al individuo que cede a ella el envidiar, el reivindicar, el acaparar, el asegurar después sobre cada propiedad que ha logrado de esta forma una fortaleza de seguridad y de egoísmo para defenderla contra las sorpresas del amor”<sup>459</sup>

Diluirse en las cosas, aislarse en el propio yo, mercantilizar la cultura, son desviaciones que proceden no de un estatus social determinado, sino del hombre mismo, de su interior infectado por el poder fecundo del dinero. Y nos introduce Emmanuel Mounier al tema del individuo.

<sup>457</sup> Ibíd. , p. 514

<sup>458</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.324.

<sup>459</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 627

“Dispersión y avaricia, he aquí los dos signos de la individualidad. La persona es señorío y elección, es generosidad. Está pues, en su orientación íntima, polarizada justamente a la inversa del individuo”.<sup>460</sup>

Ahogando, por esta desviación inicial, una posible recuperación de lo humano integral tras la anónima sociedad medieval, el individualismo renacentista construyó, más que una ideología o una moral, una metafísica:

“La metafísica de la soledad integral, la única que nos queda cuando hemos perdido la verdad, el mundo y la comunidad de los hombres”

Retorno sobre sí mismo, manipulación de las cosas, olvido del otro: la ciudad burguesa ha destruido el sentido de la *persona* y de la *comunidad*.

“En fin, muchos, llevados por cuatro siglos de individualismo, han perdido la costumbre de pensar sus vidas y sus actos bajo aspectos comunitarios”.<sup>461</sup>

Creo que ahora queda explicada lo que se podría llamar la crítica metafísica al espíritu burgués de parte de Emmanuel Mounier, en esa dialéctica que muchos quieren falsamente leer en él, esquivando el concepto de individuo por incómodo y reduciendo su discurso a una especie de idealismo tierno sobre la persona y la comunidad, mientras que la dialéctica si es completa lo es porque incluye al individuo, a la persona y a la comunidad. El personalismo cristiano subraya el carácter comunitario demasiado descuidado desde hace dos siglos de la fe y la vida cristiana; reencontrando ahí en perspectivas nuevas el equilibrio de la subjetividad y de la objetividad.

“La verdadera posesión no es notoriedad o reivindicación, sino, por el contrario, un intercambio íntimo, es decir, personal. Sólo se posee aquello que se acoge. Esto equivale a decir que sólo se posee aquello que se ama. Hay que ir hasta el fin, pues el amor mismo tiene sus retrocesos egoístas. Sólo se posee aquello a lo que uno se entrega, y en ciertos casos no es paradójico decir que sólo se posee lo que se da. Separación del instante, liberalidad, abnegación, he ahí vuestra ascesis.”<sup>462</sup>

La evolución social carece de sentido y no alcanza su verdadero fin si no se pone al servicio del devenir personal del hombre, si no se impone explícitamente la tarea de servir como medio para ese devenir personal.

“El devenir humano es una perpetua conquista sobre la naturaleza; el primer hombre no la llevó a cabo de una vez por todas y para todos los hombres: cada uno debe volver a realizarla por su propia cuenta. Además en ningún momento de su existencia podría decir el hombre que ha realizado todo su ser, que su existencia coincide con su ser... Sin pausa alguna, cada día y cada instante, mientras permanezcamos en el tiempo, debemos continuar la lucha por nuestro ser, es decir, por la conciencia y la libertad, principal tarea del devenir humano. La contemplación, tal como la

<sup>460</sup> *Ibíd.* p. 627

<sup>461</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 370

<sup>462</sup> *Ibíd.*, p.324

comprendieron los griegos, es un acto de la eternidad, y la existencia humana no debe realizarse en la eternidad, sino en el tiempo, es decir, en el devenir.<sup>463</sup>

El devenir humano tiende a una espiritualización cada vez mayor de nuestra existencia, a la conquista de una libertad de más en más total.

El hombre debe adquirir conciencia de su calidad de persona, de los deberes y responsabilidades que de ello derivan. Puede ocurrir que objetivamente, el hombre de hoy no sea moralmente superior a su antepasado de hace mil años; pero al parecer, tanto para el bien como para el mal, se deja guiar menos por sus instintos que en el pasado. Su vida ha llegado a ser infinitamente más refleja, y es por lo tanto más responsable de sus actos, lo que representa un claro progreso en valor absoluto.

“La preocupación del cristiano es la de ser, pero la finalidad (del burgués) es la de tener...”.<sup>464</sup>

En el plano social, el devenir humano ha sido abandonado con exceso a las leyes deterministas de la economía, y a esto se debe que el devenir personal no se realice siempre armoniosamente.

“Los poderes del dinero han invadido todo el sistema. Un inmenso parásito se encuentra sobre el país, inmoviliza sus parlamentos, su información, sus voluntades, y envenena insensiblemente sus corazones”.<sup>465</sup>

El movimiento de aburguesamiento tiende incluso a acelerarse.<sup>466</sup> Y por tanto la individualidad del hombre, la despersonalización que denuncia Mounier. Ha quedado perfectamente asimilado el famoso “Disfruta sin trabas” de Mayo del 68. La cultura neo-burguesa ha transformado simplemente tal disfrute en confort. La gran cantidad de agresiones que recibe el hombre actual, entre las cuales se encuentran el estímulo al consumismo desenfrenado e innecesario, los estereotipos conductuales y la globalización de apetencias, a veces ajenas a las culturas de referencia, ofrecidas por medios que como señala Mac Luhan, son ellos mismos el mensaje que corroen la debida relación entre identidad y persona humana.

Emmanuel Mounier va a tratar a la persona en comparación con el individuo en una oposición no sólo social sino metafísica y actual (de acciones) mientras que defenderá a la

<sup>463</sup> Lepp Ignace, *La existencia auténtica*, Carlos Lohé, Buenos Aires 1977. p. 43 -45

<sup>464</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.433

<sup>465</sup> *Ibíd.* p. 422

<sup>466</sup> “...Una encuesta publicada en 1993 en Le Point proclama una “vuelta al espíritu burgués”, cuya viva encarnación estaría constituida por el primer ministro francés de esa época, Edouard Balladur: “Los franceses anhelan más que nunca la seguridad y la comodidad (...). Los valores burgueses, efectivamente, tranquilizan. Desprovistos de su dimensión “de clase”, se han convertido en el contrato de seguro, en la cara consensual, en el gran común denominador de una colectividad...(…) Todo el movimiento de la sociedad va hacia la coexistencia de las aportaciones irrefutables de la sociedad de consumo con el redescubrimiento de la herencia burguesa”.

persona incansablemente de los poderes que la despersonalicen. En esto consistirá el verdadero problema contemporáneo, el de fondo.

“Todo nuestro esfuerzo doctrinal, no lo olvidemos, se dirige a liberar el sentido de la persona de los errores individualistas, y el sentido de la comunión de los errores colectivistas”.<sup>467</sup>

Pero el espíritu burgués ya no es lo que fue. A primera vista, el burgués post-moderno parece haber cambiado mucho. Lejos de evitar los gastos superfluos, parece como dominado por una fiebre consumista que le hace buscar constantemente nuevos artilugios y cachivaches. Lejos de intentar moderarse, su modo de vida, centrado en el culto del ego, está, por así decirlo con Péguy: “Totalmente volcado al placer”.

La burguesía sólo ha desaparecido como clase para ceder su sitio a una sociedad en la que el espíritu y el hacer burgués hacen que todos compartan las mismas pasiones y repulsiones. En pocas palabras la burguesía invade la tierra entera. Tiene necesidad de implantarse por doquier, explotar por doquier, romper relaciones por doquier.

“Si hace falta una oposición para defender y salvar a la persona, nosotros estamos en esa posición. Pero al combatir por la persona nos negamos a combatir por esa realidad agresiva y avara que se oculta tras ella...Una persona no es un haz de reivindicaciones vueltas hacia adentro en el interior de una frontera arbitraria, y no sé que deseo inquietante de afirmación.”.<sup>468</sup>

“Llamamos individuo a la dispersión de la persona en la superficie de su vida y a la complacencia de perderse en ella.”.<sup>469</sup>

La finalidad del personalismo no estriba principalmente en reflexionar sobre la persona en abstracto; en ello se ha caído a menudo siguiendo la tradición racionalista de la modernidad europea. Lo que persigue el personalismo es ante todo luchar por la liberación espiritual y material del hombre, la emancipación de las cadenas del determinismo económico, político, cultural y de cualquier otro tipo.

“El personalismo reencuentra la encarnación de la persona en el sentido de sus servidumbres materiales sin renegar por ello de su trascendencia al individuo y a la materia. Sólo él salva a la vez la realidad viva del hombre y su verdad rectora”.<sup>470</sup>

El liberalismo, vacío de toda fe, ha trasladado el valor de la libertad, desde su fin, a los modos de su ejercicio. La espiritualidad del acto libre le parece ser entonces no el darse un fin, ni incluso elegirlo, sino el estar al borde de la elección, siempre disponible, siempre suspendido y jamás comprometido. En el concluir, en el actuar, ve la suprema grosería<sup>471</sup>.

Por esto...

<sup>467</sup> Mounier Emmanuel, *O.C III, La cristiandad difunta*, Sígueme Salamanca 1990 p. 582

<sup>468</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.194

<sup>469</sup> *Ibíd.* p.210

<sup>470</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 629

<sup>471</sup> *Ibíd.* p. 634

“El personalismo ordena elegir y obrar, incluso en la más dramática oscuridad de juicio. Sólo una elección es entonces susceptible de esclarecer las tinieblas. Vale más para hacer esto una elección errónea, que no elegir en absoluto. La única condición que se nos impone es que el desánimo o la incertidumbre no hagan de ella una elección ciega y pasiva”.<sup>472</sup>

Una es la libertad de indiferencia: libertad de no ser nada, de no desear nada y de no hacer nada. Haciéndole creer que es posible, se le ocultan sus opciones reales, o bien se le empuja efectivamente hacia el gusto mortal de la indiferencia. Cada vez que se la aísla de la estructura total de la persona, se deporta la libertad hacia alguna aberración.

”¿Puedo yo llamar yo a este individuo abstracto, buen salvaje y paseante solitario, sin pasado, sin porvenir, sin relaciones, sin carne, sobre el que ha descendido un fuego que no une nada, a saber, su libertad soberana? El mundo moderno lo ha querido suficiente como un Dios, libre de toda ligazón y viviendo del precioso desarrollo de su espontaneidad.”<sup>473</sup>

En una época de crisis, como la actual, el hombre va experimentando la miseria, el temor, la soledad, perdiendo su identidad; para aferrarse sólo a lo sensible, sin darse cuenta de que todo él se va reduciendo a objeto.

“La materia aísla, recorta, disimula las figuras. El individuo es la disolución de la persona en la materia. Pleonasma: el individuo es, en sentido estricto, la disolución de la persona; o incluso, podemos decir, la reconquista del hombre por la materia, que sabe imitar. La persona se opone al individuo en que ella es dominio, elección, formación, conquista de sí, corre el riesgo del amor en lugar de protegerse. Ella es rica en fin de todas las comuniones, con la carne del mundo y del hombre, con lo espiritual que la anima y con las comunidades de que la revelan”.<sup>474</sup>

Inmerso en instituciones, sistemas políticos, económicos y sociales, que han contribuido a la pérdida de su capacidad para decidir por sí mismo, a punto de perder casi por completo su identidad y la esperanza de superar tal estado.

“Y es que las cosas, en la realidad humana, no son tan simples. Las personas envuelven a individuos vivientes, todos insertos en la materia, respetables en tanto que son personas llamadas a ser tales, pero no en tanto que oscurecen y hacen más opaca a la persona. Esos individuos se encuentran insertos en las sociedades más o menos vitales, en las que como individuos son partes (mientras que la persona no puede ser considerada como parte de un todo).<sup>475</sup>

<sup>472</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas III, ¿Qué es el personalismo?*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 254

<sup>473</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.191

<sup>474</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 73

<sup>475</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 239

## 7. EL UNIVERSO PERSONAL: EXPLORACIÓN Y DIMENSIONES.

“La persona es el volumen total del hombre. Es un equilibrio en longitud, anchura y profundidad, una tensión en cada hombre entre estas tres dimensiones espirituales: la que sube desde abajo y la concreta en una carne, la que se dirige hacia lo alto y la eleva a un universal, la que se extiende en lo ancho y la dirige a una comunión. Vocación, encarnación, comunicación, tres dimensiones de la persona”

Emmanuel Mounier

### 7.1 METAFÍSICA DE LA PERSONA.

“Sólo se posee, decimos nosotros, aquello que se da. De esta verdad de nuestra naturaleza nosotros hemos podido hacer una metafísica de la persona”.<sup>476</sup>

Se podría esperar que el personalismo comenzara por definir la persona. Pero no se definen más que los objetos. Sería salirme de mi propósito querer dar al comienzo de este capítulo una definición *a priori* de la persona. La persona, efectivamente, siendo la presencia misma del hombre, su característica última, no es susceptible de definición rigurosa. No es tampoco objeto de una experiencia espiritual pura, separada de todo trabajo de la razón y de todo dato sensible. Se revela sin embargo, mediante una experiencia decisiva, propuesta a la libertad de cada uno; no la experiencia inmediata de una sustancia, sino la experiencia progresiva de una vida, la vida personal. Ninguna noción puede sustituirla. La persona no se define. Si se quiere una designación lo bastante rigurosa para el fin que me he propuesto diré con Emmanuel Mounier:

“Una persona es un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser; mantiene esta subsistencia con su adhesión a una jerarquía de valores

<sup>476</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme Salamanca 1992 p. 197

libremente adoptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desarrolla por añadidura, a impulsos de actos creadores, la singularidad de su vocación”.<sup>477</sup>

Por precisa que pueda ser, esta designación no se puede tomar como una verdadera definición. Emmanuel Mounier hace una exploración de la persona de la que se tiene registro:

“Cuando intento al principio encontrarme, lo hago de entrada difusamente en la superficie de mi vida y es más bien una multitud lo que se me aparece. Me vienen imágenes imprecisas y cambiantes de mí que me dan por sobreimpresión actos dispersos, y veo circular en ellas los distintos personajes entre los cuales floto, en los cuales me distraigo o me escapo”.<sup>478</sup>

Él ha dicho que no hay experiencia inmediata de la persona. Más la persona si es una experiencia de vida, a quien ni siquiera se ha acercado a esta experiencia, o no la ha comenzado, todas las exigencias de la persona le resultarán incomprensibles y cerradas.

“En los límites que nos dibuja aquí nuestro campo no podemos más que describir la vida personal, sus modos, sus caminos y hacer una llamada a ella. Ante ciertas objeciones que se hacen al personalismo es preciso admitir que hay gente ciega para la persona, como otra esta ciega a la pintura o sorda a la música, con la diferencia de que éstos son ciegos responsables, en cierto grado, de su ceguera: La vida personal es, en efecto, una conquista ofrecida a todos, y no una experiencia privada, al menos por encima de cierto nivel de miseria”.<sup>479</sup>

Diré inmediatamente que a esta exigencia de una experiencia fundamental el personalismo añade una afirmación de valor, un acto de fe: La afirmación del valor absoluto de la persona humana. No significa que la persona del hombre sea el Absoluto ( aunque para un creyente el absoluto sí sea Persona), y en el rigor del término sólo sea espiritual siendo personal) También pide Emmanuel Mounier que se tenga cuidado no confundiendo el absoluto de la persona humana con el absoluto del individuo biólogo o jurista (ya se ha visto la diferencia infinita al respecto). Lo que quiere decir Mounier es que tal como se designa a la persona es un absoluto respecto de cualquier otra realidad material o social y de cualquier otra persona humana. Jamás puede ser considerada como parte de un todo: Familia, clase, Estado, nación humanidad. Ninguna otra persona, y con mayor razón ninguna colectividad, ningún organismo puede utilizarla legítimamente como un medio. Dios mismo en la doctrina cristiana, respeta su libertad, aunque la vivifique desde el interior:

Todo el misterio teológico de la libertad y del pecado original reposa sobre esta dignidad conferida a la libre elección de la persona. Esta afirmación de valor puede ser en algunos el

---

<sup>477</sup> Ibid. 409

<sup>478</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002. p. 411

<sup>479</sup> Ibid. p. 753

efecto de una decisión que no es ni más irracional ni menos rica de experiencia que cualquier otro postulado de valor.

Para el cristiano se funda en la creencia de fe de que el hombre está hecho a imagen de Dios desde su constitución natural, y llamado a perfeccionar esta imagen en una participación cada vez más íntima en la libertad suprema de los hijos de Dios.

Si no se comienza por situar todo diálogo sobre la persona en esta zona profunda de la existencia, si nos limitamos a reivindicar las libertades públicas o los derechos de la familia, se adopta una posición sin resistencia profunda, ya que entonces se corre el riesgo de no defender más que los privilegios del individuo, y es cierto que estos privilegios deben ceder en diversas circunstancias en beneficio de una cierta organización del orden colectivo.

Terminaré con la exposición que se hará del ser personal y de sus aspectos fundamentales para dar claridad en la distinción plena entre individuo y persona.

“La persona se opone al individuo en que ella es dominio, elección, formación, conquista de sí; corre el riesgo del amor en lugar de protegerse. Ella es rica, en fin, de todas las comuniones, con la carne del mundo y del hombre, con lo espiritual que la anima, con las comunidades que la relevan”.<sup>480</sup>

Emmanuel Mounier da una idea sumaria del universo personal en donde asegura que puesto que la persona no es un objeto, es incluso lo que en un hombre no puede ser tratado como un objeto que se pueda definir, nada que lo expresa lo agota, nada de cuanto lo condiciona lo sojuzga. Así como no es un objeto visible, tampoco es un residuo interno, una sustancia oculta bajo nuestros gestos concretos: pues esto sería todavía una manera de ser objeto o fantasma de objeto. En uno de los acercamientos más interesantes que hace Emmanuel Mounier la persona es:

“Una actividad vivida de autocreación, de comunicación y de adhesión, que se aprende y se conoce en su acto como movimiento de personalización”.<sup>481</sup>

No la confina pues a lo indecible. Sino que agrega:

“A esta experiencia nadie puede ser condicionado ni obligado. Aquellos que la llevan a sus más altas cimas llaman a los demás a su alrededor, despiertan a los dormidos, y así, de llamada en llamada, la humanidad se libera del pesado sueño vegetativo que todavía la embota. Quien se niega a escuchar la llamada y a comprometerse en la experiencia de la vida personal, pierde el sentido de ella, como

<sup>480</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002, p. 73

<sup>481</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme Salamanca 1990 p. 453.

se pierde la sensibilidad de un órgano que no funciona. La consideran entonces como una complicación del espíritu o una manía de secta”.<sup>482</sup>

Hay pues, según Emmanuel Mounier, dos maneras de expresar la idea general del personalismo: Se puede partir del estudio del universo objetivo, mostrar que el modo personal de existir es la más alta flor de la existencia, y que la evolución de la naturaleza pre-humana converge sobre el momento creador en que surge esta culminación del universo.

Se dirá que la afirmación central del universo es un movimiento de personalización y que las realidades impersonales o más o menos impersonales despersonalizadas ( la materia, las especies vivientes, las ideas), no son más que pérdidas de velocidad o desfallecimientos de la naturaleza en el camino de la personalización.

“Aprehender a ser persona, implica de modo inmediato un trabajo continuo de perfeccionamiento contra todos los obstáculos venidos de la individualidad o de la personalidad que paralizan, desvían o falsean la obra de personalización: ídolos, exageraciones del lenguaje, pseudo-sinceridades, personajes, buena conciencia, adhesiones superficiales, ilusiones del entusiasmo, resistencias del instinto, persistencias de la costumbre”.<sup>483</sup>

O bien, una segunda forma es que se vivirá de forma pública la experiencia de la vida personal, esperando seducir a un gran número de hombres que viven como árboles, como animales o como autómatas. Pero estas palabras no deben inducir a error: La llamada persona en palabras de Emmanuel Mounier nace de la vida más humilde.

“Se trata de un estilo reductor de las influencias, pero ampliamente abierto a ellas, un poder orientado de espera y acogida.. Es una fuerza nerviosa de creación y de dominio, pero en el seno de comunión humana donde toda creación es un resplandor, todo dominio un servicio. Es una libertad de iniciativa, es decir, un foco de comienzos, una primera inclinación hacia el mundo, una promesa de amistades múltiples, un ofrecimiento de sí. Solamente nos encontramos al perdersnos; sólo se posee lo que se ama. Vayamos más lejos, hasta el límite de la verdad que nos salvará: sólo se posee lo que se da. Ni reivindicación ni dimisión. Rechazamos el mal de oriente y el mal de occidente. Creemos en un movimiento cruzado de interiorización y de don”.<sup>484</sup>

## 7.2 VOCACIÓN: DIMENSIÓN TRASCENDENTAL DE LA PERSONA.

<sup>482</sup>Ibíd. p. 453

<sup>483</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002 p. 239

<sup>484</sup> Mounier Emmanuel, *Obras completas I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.194

“Como la bicicleta o el avión sólo mantienen su equilibrio en movimiento y por encima de una cierta fuerza viva, el hombre no se mantiene de pie sino con un mínimo de fuerza ascensional...¿cuál es el término del movimiento de trascendencia?. Jaspers se niega a nombrarlo.

Varios pensadores contemporáneos hablan de los “valores” como de realidades absolutas, independientes de sus relaciones y conocidas a priori (Scheler y Hartman). El personalismo cristiano va hasta el límite: Todos los valores se agrupan para él bajo la llamada singular de una Persona suprema”.<sup>485</sup>

La vida humana solo sería un infierno sin salida si el hombre y el mundo se bastaran a sí mismos, si no hubiese nada más lejano y más alto, más profundo y misterioso en su vida. “El deseo de lo otro como tal es propio de un ser que no halla en sí mismo su suficiencia”.<sup>486</sup> La verdadera grandeza de la existencia humana se encuentra, en esa aspiración hacia Dios, en esa marcha siempre hacia delante, siempre tiene que llegar a más alto, para lo que debe huir de todo reposo y toda perezosa tranquilidad.

“El hombre decía Malebranche, es movimiento para ir siempre más lejos. El ser personal es generosidad. Asimismo, funda un orden inverso a la adaptación y la seguridad. Adaptarse es reducir su superficie amenazada y hacerse semejante a lo que es, al precio de los que puede ser. La vida en nosotros, sobre todo ante el peligro, sólo pide adaptarse, al precio más caro: es lo que se llama la felicidad. La persona arriesga y derrocha sin mirar precio”.<sup>487</sup>

Rechazando a Dios, ya no tendremos hombre; tendremos simplemente un *para sí* como el de Sartre, una realidad sin consistencia y sin razón de ser que no sabe de dónde viene, quién es y a dónde va.

“La aspiración trascendente de la persona no es una agitación, sino la negación de sí como mundo cerrado, insuficiente, aislado en su propio surgimiento. La persona no es el ser, es movimiento del ser hacia el ser, y sólo es consistente en el ser que divisa. Sin esta aspiración, se dispersaría (Müller-Freienfels) en “sujetos momentáneos”.<sup>488</sup>

Cada vez que se aísla, con la pretensión de bastarse en su narcisismo orgulloso, decae y se deshumaniza.

“El ser personal es un ser hecho para sobrepasarse...y no se mantiene en pie sino con un mínimo de fuerza ascensional. Al perder altura, no cae en cierta humanidad moderada, o como se dice, en el animal, sino muy por debajo del animal: Ningún ser vivo, salvo el hombre, ha inventado las crueldades y las bajezas en que él se complace aún”.<sup>489</sup>

<sup>485</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p.509 (733)

<sup>486</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, Sígueme, Salamanca 1992 p.519

<sup>487</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 509

<sup>488</sup> *Ibíd.*, p. 508

<sup>489</sup> *Ibíd.*, p. 509

Todo hombre que vence la dispersión de la cotidianidad y adquiere conciencia de su yo profundo, de su existencia metafísica descubre en sí una necesidad apasionada de grandeza, un llamamiento imperioso a salir de sí, a superarse.

“La superación de la persona por sí misma no es sólo proyecto: Es elevación (Jaspers), acto de sobrepasar. El ser personal es un ser hecho para sobrepasarse”.<sup>490</sup>

### 7.2.1 La Persona como búsqueda y gratuidad.

*“La misión primera de todo hombre consiste en descubrir progresivamente esa cifra única que marca su lugar y su deber en la comunicación universal y en consagrarse contra la dispersión de la materia, a ese reagrupamiento de sí”.*<sup>491</sup>

La persona posee una llamada interior que le mueve a buscar su realización más plena, y la manera más propia es la de tomar conciencia de su proyecto de futuro. Emmanuel Mounier lo define como vocación que cada uno descubre en su propia interioridad, con la ayuda y orientación de la comunidad que le acompaña en este proceso de desarrollo personal. Descubrir la vocación personal equivale a descubrir la propia grandeza, la posibilidad de proyectarse por encima de sí mismo; esta condición abre a la persona un horizonte de sentido que supera sus propias limitaciones.

“Mi vocación puede ser el desarrollo de mis talentos naturales, de mis iniciativas incluso espirituales, y puede estar también en su fracaso temporal total, porque, a decir verdad, una vocación es inimaginable en una perspectiva cristiana que no integre algo de la grandeza del fracaso, no compensado en heroísmo verbal y en lirismo interior sino orgánicamente transfigurado en ofrenda. . No es como una Idea totalmente acabada que no tendrá ya más que descifrar y realizar, sino que trasciende mi existencia como lo eterno trasciende lo temporal, y no obstante, anudada sobre el misterio de la libertad, está modelada muy realmente por mí mismo en colaboración con la intensidad divina; sufre retrocesos, variaciones, desviaciones, aceleraciones, según las respuestas que doy a los acontecimientos, a las instituciones divinas. El último trazo no le será dado más que por el acto de mi muerte”.<sup>492</sup>

Mientras el hombre no contraiga un compromiso que ligue irrevocablemente todo su ser, con todas sus situaciones pasadas, presentes y futuras, permanecerá inevitablemente en la condición infra existencial (de individuo), en estado de dispersión y de de pasividad.

“Esta unificación progresiva de todos mis actos, y mediante ellos de mis personajes o de mis situaciones, es el acto propio de la persona. No es una unificación sistemática y abstracta, es el descubrimiento progresivo de un principio espiritual de vida que no reduce lo que integra, sino que lo salva, lo realiza al recrearlo desde el interior. Este principio creador es lo que nosotros llamamos en cada persona: vocación. Que no tiene como valor primario el de ser singular porque, aunque

<sup>490</sup> *Ibíd.*, p. 509

<sup>491</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.224

<sup>492</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme Salamanca 1992 p. 873

caracterizándole de manera única, acerca al hombre a la humanidad de todos los hombres. Pero al mismo tiempo que unificadora, es singular por añadidura. El fin de la persona le es así, en cierto modo, interior; es la búsqueda in-interrumpida de esta vocación”<sup>493</sup>

Soy un ser singular, tengo un nombre propio, esta unidad nace del surgimiento de la libertad, mil sorpresas vuelven a cuestionarlo sin cesar.

“Todas mis determinaciones – desde las más groseras a las más delicadas: Temperamentos, aptitudes, componentes de constitución psíquica, carácter- son objetos de una fina adaptación: ninguna define una vocación. Ellas determinan un orden, susceptible de reglas más o menos generalizables; la vocación no es nunca generalizable. La Vocación de Abraham era el conducir a su hijo al sacrificio para testimoniar su fe. No se ha dicho “Inmolarás a tus hijos por el simple placer de Dios”. La vocación de Jacob era soportar la miseria de su estercolero, descubriendo en ello el perfecto despojo del corazón. No se ha ordenado a todos, para ser buenos cristianos, que adopten la miseria y el estercolero. Toda vocación es inimitable. Y sin embargo, no realiza su rostro único más que fuera de cualquier búsqueda de singularidad. Cada santo difiere infinitamente de cualquier otro, y sin embargo todos han buscado imitar un solo modelo: Cristo”<sup>494</sup>

Para responder al llamamiento, debe y realizar plenamente todas las virtualidades de su *yo situado*.

“Es necesario descubrir en sí, bajo el fárrago de las distracciones, el deseo mismo de buscar esta unidad viviente, escuchar largamente las sugerencias que nos susurran, experimentarla en el esfuerzo y la oscuridad, sin estar jamás seguro de poseerla. Se asemeja, más que nada, a una llamada silenciosa, a una lengua en cuya traducción se pasaría nuestra vida”<sup>495</sup>

La mejor vocación para cada uno será, la que exija de él mayor generosidad y superación del yo dado.

“La llamada permanente de la vocación implica una actitud permanente de ruptura respecto a todo lo que pueda ahogar su voz o desviar su sentido: Ruidos del mundo, egoísmos de las familias, conformismos públicos, usurpaciones de las colectividades que se arrojarían sobre esta intocable un derecho de inspección y de dirección”<sup>496</sup>

La comunidad apunta a la realización de la persona, por esta razón, no puede obstruir de ninguna manera el proyecto personal. Si bien la persona necesita de un entorno adecuado para que su vocación pueda llegar a desarrollarse plenamente, esto no quiere decir que la comunidad decida cuál es la vocación de sus miembros. En este aspecto tan íntimo, el proyecto de cada persona es intransferible, tal como lo presenta el autor:

<sup>493</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002, p. 384

<sup>494</sup> *Ibíd.*, p. 873

<sup>495</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme Salamanca 2002, p. 338

<sup>496</sup> *Ibíd.* p. 874

“Sólo la persona encuentra su vocación y hace su destino. Ninguna otra persona, ni hombre, ni colectividad, puede usurpar esta carga”.<sup>497</sup>

Vocación es el sentido pleno para el cristiano, que cree en la llamada envolvente de una Persona. Toda persona tiene una significación tal, que no puede ser sustituida en el puesto que ocupa dentro del universo de las personas.[Tal es la magnitud magistral de la persona, que la dota de la dignidad de un universo].

Porque el incesante descifrar, por una persona de su vocación, quiebra incesantemente toda mira mas cercana –interés, adaptación, éxito- se puede decir en este sentido que la persona es la gratuidad misma, aunque cada uno de sus actos están comprometidos y consagrados. Es lo que en un hombre no puede ser utilizado.

De aquí que el fin de la educación no sea adiestrar al niño para una función o amoldarle a cierto conformismo, sino el de madurarle y de armarle (a veces desarmarle) lo mejor posible para el descubrimiento de esa vocación que constituye su mismo ser y el centro de reunión de sus responsabilidades de hombre.

Por esto el personalismo dará siempre el primado a las técnicas de educación y de persuasión sobre las técnicas de presión, de astucia o de engaño. La unidad de un mundo de personas solo puede obtenerse en la diversidad de las vocaciones y la autenticidad de las adhesiones.

Toda la estructura legal, política, social, o económica no tiene otra misión última que

- ✓ Asegurar en primer término a las personas en formación la zona de aislamiento, de protección, de juego y de ocio que le permitirá reconocer en plena libertad espiritual esta vocación.
- ✓ A continuación, ayudarlas sin violencia a liberarse de los conformismos y de los errores de orientación.
- ✓ Finalmente, darles mediante la disposición del organismo social y económico los medios materiales necesarios para conceder a esta vocación su máximo de fecundidad. Hay que precisar que esta ayuda discreta, dejando al riesgo y a la iniciativa creadora todo el campo necesario. Sólo la persona encuentra su vocación y hace su destino. Ninguna otra persona, ni hombre ni colectividad puede usurpar esta carga. Todos los conformismos privados o públicos, todas las opresiones espirituales encuentran aquí su condenación<sup>498</sup>.

<sup>497</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 888

<sup>498</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.630

Lo cual no es aún más que una condición negativa para la libertad de la vocación; ella pide algo más que protecciones: Pide esa atención del corazón, ese hábito de recogimiento, que educa la virtud natural y sobrenatural del silencio a fin de que, de milagro en milagro, me acerque a este *intimus intimus meo*, a este corazón inaccesible de mi corazón, donde Dios me habla.<sup>499</sup>

## 7.2.2 La Persona como recogimiento y concentración.

*“La vida personal comienza con la capacidad de romper el contacto con el medio, de recobrase, de recuperarse, con miras a recogerse en un centro, a unificarse”.*<sup>500</sup>

La meditación, que implica auto-percepción y auto-conocimiento, representa para el autor el primer aspecto que debe considerarse. Quien dirige la mirada a su interior puede reconocerse y aceptarse como es, como paso previo para iniciar un proyecto de vida y reafirmar el sendero de su propia vocación personal.

“Si la persona es originalmente movimiento hacia el otro, “ser – hacia”, en oposición a las cosas, por el latido de una vida secreta en la que parece destilar incesantemente su riqueza. La fase de repliegue no es lo opuesto al movimiento de comunicación, sino una pulsación complementaria. El hombre puede vivir a la manera de una cosa. Pero como no es una cosa, tal vida se le aparece bajo el aspecto de una dimisión; es la “diversión” de Pascal, o el “estado estético” de Kierkegaard, la “vida inauténtica” de Heidegger, la “alineación de Marx, o la “mala fe” de Sartre. El hombre de la diversión vive como expulsado de sí, confundido con el tumulto exterior: así, el hombre prisionero de sus apetitos, de sus relaciones, del mundo que lo distrae. Vida inmediata, sin memoria, sin proyecto, sin dominio, es la definición misma de la exterioridad”.<sup>501</sup>

El recogimiento interior hace a cada persona dueña de sí misma, por eso la meditación integra desde dentro a la persona en la propia realidad, donde se descubre como una conciencia única y distinta.

“Las gentes totalmente volcadas al exterior, totalmente en exhibición, no tienen secreto, ni densidad, ni trasfondo. Se leen como un libro abierto y se agotan pronto. Al faltarles la experiencia de la distancia profunda, ignoran el “respeto al secreto”. Tienen un gusto vulgar por contar, por contarse y hacer contar, por exponerse y hurgar”.<sup>502</sup>

Sobre esta experiencia vital se fundan los valores del silencio y del retiro. Las distracciones de nuestra civilización corroen el sentido del ocio y dispersan las voces interiores que solo el poeta y el religioso escucharan. El vocabulario del recogimiento (recuperar- recobrar) nos recuerdan, que se trata de una conquista activa, lo contrario de una confianza ingenua en la espontaneidad y las fantasías interiores. El movimiento de

<sup>499</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p874

<sup>500</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p.485

<sup>501</sup> *Ibid.* p. 485

<sup>502</sup> *Ibid.* p.486

meditación es simplificador, va al centro y directamente, no es rumia o introspección mórbida. ¿Qué persigue en las profundidades este recogimiento?

El recogimiento, incluso si comienza por una des-adaptación o por un fracaso, no persigue un refugio, sino una recogida de fuerzas para un mejor empeño. No busca el silencio por el silencio o la soledad por la soledad, sino el silencio porque en él se prepara la vida, y la soledad porque en ella se reencuentra al hombre.

¿Qué es, pues, la interioridad? no es complacencia de sí. Esta complacencia es incluso su enemigo íntimo, el objeto de su constante vigilancia. Es renovación del actor y, a través de él, de la acción<sup>503</sup>.

La profundización personal se vale o ayuda de conceptos, esquemas y estructuras, pero la explicación deja escapar lo singular. La persona no es algo que se encuentra en el fondo del análisis.

“La misma fe en un Dios personal recurre a mediaciones impersonales: Nociones de bondad, de omnipotencia, de justicia, reglas morales, estructuras espirituales, etc.

La reserva en la expresión, la discreción, es el homenaje que la persona rinde a su infinitud interior. Jamás puede comunicar íntegramente por la comunicación directa, prefiere a veces los medios indirectos: ironía, humor, paradoja, mito, símbolo o ficción.

El pudor es el sentimiento que tiene la persona de no agotarse en sus expresiones y de estar amenazada en su ser por quien tome su existencia manifiesta por su existencia total.

El pudor físico significa que yo soy infinitamente más que este cuerpo. El pudor de los sentimientos significa que cada uno de ellos me limita y me traiciona, uno y otro expresan que no soy juguete de la naturaleza, ni del otro. Lo contrario es la vulgaridad, consentimiento en ser únicamente lo que ofrece la apariencia inmediata a exponerse<sup>504</sup>.

La intimidad. Lo Privado

En estas experiencias encontramos el sentimiento de “intimidad”. Expresa la alegría de redescubrir las fuentes interiores y refrescarse en ellas. Pero se ve a menudo entorpecida por el gusto de una vida cerrada y protegida, semejante a la que lleva el embrión, aislado, protegido de todo contacto. Así pues encierra una ambivalencia profunda: momento en el que me retiro del combate personal y entonces, representa una dimisión, aunque se cubra con los valores del recogimiento.

Vida Pública y Vida Privada

---

<sup>503</sup> Ibid. p.240

<sup>504</sup> Ibid. p. 487

Entre mi vida secreta y mi vida pública, lo privado delimita el campo donde trato de mantener, en mi ser social, la paz de las profundidades, la intimidad compartida de persona a persona.

Pero también el lugar donde busco la tibieza vital, pasividad nutritiva, despensa biológica. Los elogios de la vida interior y de la vida tranquila, de la familia, traicionan muy a menudo este doble origen. Es necesario pues vigilar el momento en que la pesadez vegetativa ahoga la vivacidad espiritual.

De lo contrario lo que había de simple y acogedor en la vida personal se vuelve cerrado y excluyente. Este es el punto en donde el pudor se cristaliza en afectación, la discreción se degrada en secreto, distancia o amaneramiento. La practica burguesa de la vida privada ha desarrollado ampliamente esta corrupción. Así pues, la reflexión no es solo una mirada interior replegada sobre el yo y sus imágenes: Es también, proyección de sí.<sup>505</sup>

### 7.2.3 La Persona como adhesión.

“La libertad de la persona es la libertad de descubrir por sí misma su vocación y de adoptar libremente los medios para realizarla. No es una libertad de abstención, sino una libertad de compromiso”.<sup>506</sup>

El ejercicio de la libertad hace parte del proceso de personalización del hombre y la mujer; cada vez que una persona actúa libremente, puede asumir voluntariamente las consecuencias de sus actos y por lo tanto puede poseer aquello que ha acogido. Quien adopta el riesgo de elegir, asume la aventura de conocer sus propios alcances y limitaciones, sus proyectos y posibilidades de futuro: “Al elegir esto o aquello, me elijo cada vez indirectamente a mí mismo, y me construyo en la elección”.<sup>507</sup>

Las personas ejercen su libertad sabiendo que de las elecciones depende su futuro. Esta certeza, no solo corresponde a la búsqueda de un bienestar externo, se refiere sobre todo a una construcción constante de la persona: tanto de su carácter como de sus relaciones con los demás. Elegir, hace al sujeto libre, a la vez que le reafirma en su libertad; cada vez que una persona opta libremente por algún bien elige su autonomía a pesar de que existan presiones externas.

Mounier manifiesta una visión positiva de la libertad. La apertura que caracteriza a la persona libre le lleva a comprometerse con su entorno.

<sup>505</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 488

<sup>506</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 635

<sup>507</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme Salamanca 1992, p.889

“Si no hay libertad, ¿qué seríamos nosotros? Juguetes del universo. Tal es nuestra mayor angustia. Para calmarla quisiéramos captar la libertad en flagrante delito, tocarla como a un objeto, al menos probarla como a un teorema; establecer que hay libertad en el mundo. Pero es en vano. La libertad no es una cosa. La libertad es afirmación de la persona; se vive, no se ve”.<sup>508</sup>

El liberalismo, vacío de toda fe, ha trasladado el valor de la libertad, desde su fin, a los modos de su ejercicio.

La espiritualidad del acto libre le parece ser entonces no el darse un fin, ni incluso elegirlo, sino el estar al borde de la elección, siempre disponible, siempre suspendido y jamás comprometido. En el concluir, en el actuar, ve la suprema grosería<sup>509</sup>. Una es la libertad de indiferencia: libertad de no ser nada, de no desear nada y de no hacer nada. Haciéndole creer que es posible, se le ocultan sus opciones reales, o bien se le empuja efectivamente hacia el gusto mortal de la indiferencia. Cada vez que se la aísla de la estructura total de la persona, se deporta la libertad hacia alguna aberración<sup>510</sup>.

“Es la persona la que se hace libre, después de haber elegido ser libre. En ninguna parte encuentra la libertad dada y constituida. Nada en el mundo le asegura que ella es libre si no penetra eficazmente en la experiencia de la libertad. La libertad no es un puro brote. Por el hecho de que la libertad no es una pura cosa, algunos niegan que sea objetiva en modo alguno. Si la ciencia no tiene nada que decir a favor de la libertad, debe renunciar cada vez más a refutarla. La libertad solo se capta desde dentro y de raíz, surgiendo con ella. Su naturaleza expresa que su existencia, al mismo tiempo que surgimiento, es también espesor, densidad, creación, es don. No soy solo lo que hago, el mundo no es sólo lo que quiero, me soy dado a mí mismo y el mundo me es previo, siendo tal mi condición, hay en mi libertad misma un peso múltiple, el que me viene de mí mismo, de mi ser particular que la limita, y el que llega del mundo, de las necesidades que la constriñen y de los valores que la urgen. La libertad de la persona es la libertad de descubrir por sí misma su vocación y de adoptar libremente los medios para realizarla. No es una libertad de abstención, sino una libertad de compromiso”.<sup>511</sup>

La libertad aparece aquí como una condición previa a la responsabilidad. La persona libre es capaz de afiliarse a un proyecto de vida y, a partir de él, expresar su compromiso con la sociedad que le rodea. Según el autor, quien es capaz de interesarse por resolver las inquietudes de su entorno puede autodenominarse como una persona libre, el compromiso por integrar el proyecto personal al proyecto comunitario hace de la libertad un aspecto humano que integra a todas las personas en la búsqueda de objetivos comunes.

Se es libre para colaborar en el crecimiento mutuo, la libertad estrecha los vínculos entre las personas que asumen como propio su mundo circundante.

<sup>508</sup> *Ibid.* p. 723

<sup>509</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 634

<sup>510</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 499-506

<sup>511</sup> *Ibid.*, p. 86

“La libertad de la persona es adhesión. Pero esta adhesión no es propiamente personal más que si es un compromiso consentido y renovado en una vida espiritual liberadora, no la simple adherencia obtenida por la fuerza o por el entusiasmo para un conformismo público. La persona no puede, pues, recibir desde fuera ni la libertad espiritual ni la comunidad”.<sup>512</sup>

Todo lo que puede hacer y todo lo que un régimen institucional debe hacer por la persona es nivelar ciertos obstáculos exteriores y favorecer ciertas vías. A saber:

1º Desarmar toda forma de opresión de las personas.

2º Establecer alrededor de la persona un margen de independencia y de vida privada que asegure a su elección una materia, cierto juego, y una garantía en la red de las presiones sociales.

3º Organizar todo el aparato social sobre el principio de la responsabilidad personal, hacer actual en él los automatismos en el sentido de una mayor libertad ofrecida a la elección de cada uno.<sup>513</sup>

No soy verdaderamente libre, sino cuando todos los seres humanos que me rodean, hombre y mujeres, son totalmente libres... no me vuelvo libre sino por la libertad de los otros, y se puede decir justamente que el sentido de la libertad comienza con el sentido de la libertad del otro. La libertad de la persona crea en torno a ella la libertad por una suerte de levedad contagiosa, tal como la alineación, a la inversa engendra la alineación.

Es verdad, sin embargo, que la libertad es fuente viva de ser, y que un acto sólo es humano si transfigura los hechos más rebeldes en la magia de esta espontaneidad. En este sentido y solo en este sentido el hombre es entera y siempre interiormente libre cuando quiere. Tal es la libertad que le queda al deportado en el momento mismo en que parece encerrado en la servidumbre y la humillación. La libertad del hombre es la libertad de una persona, y de esta persona, constituida y situada en sí misma así, en el mundo y ante los valores. Esto implica que está por regla general estrechamente condicionada y limitada por nuestra situación concreta. Ser libre es, en primer lugar, aceptar esta condición para apoyarse en ella. No todo es posible en todo momento. Estos límites, cuando no son demasiado estrechos, constituyen una fuerza. La libertad no progresa, al igual que el cuerpo, sino gracias al obstáculo, a la elección, al sacrificio. Pero la idea de gratuidad es una idea de existencia rica... quien no ve sus yugos es solo un esclavo, aunque sea feliz bajo aquel poder. Debemos asegurar las condiciones comunes de la libertad –biológicas, económicas, sociales, políticas– que permitan a fuerzas medianas

---

<sup>512</sup> Ibid, p. 33

<sup>513</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 635

participar en los más altos llamamientos de la humanidad; debemos preocuparnos por las libertades tanto como por la libertad.

No soy libre por el mero hecho de ejercitar mi espontaneidad; me hago libre si inclino esta espontaneidad en el sentido de una liberación, es decir, de una personalización del mundo y de mí mismo. Mi libertad no es solo un surgir; está ordenada, o mejor aún, es invocada.

De modo que al mismo tiempo que modesta, la libertad del hombre debe ser intrépida.

En una época cada vez más aplastada por lo que cree son fatalidades, tan carcomida de inquietud y angustia, que está pronta a entregar su libertad por un mínimo de seguridad, no es menos urgente denunciar el espíritu de servidumbre y sus formas larvadas. Una cierta complacencia pasiva en la autoridad, que surge más de la patología que de la teología, las adhesiones ciegas a las consignas de partidos, la indiferencia dócil de las masa desorientadas, revelan el retroceso del hombre libre. La libertad es obrera pero es también divina. Cuando los hombres dejan de experimentar la pasión de la libertad, no saben tampoco edificar las libertades. No se da a los hombres la libertad desde el exterior, con facilidad de vida o constituciones: se adormecen en sus libertades y despiertan esclavos. Las libertades no son sino oportunidades ofrecidas al espíritu de libertad <sup>514</sup>.

“La elección aparece en primer lugar como poder de aquel que elige. Al elegir esto o aquello, me elijo cada vez indirectamente a mí mismo, y me construyo en la elección. El hombre libre es el hombre a quien el mundo interroga y que responde: es el hombre responsable. La libertad en este punto, no aísla, une; no funda la anarquía; es, en el sentido original de estas palabras, religión, devoción. Ella no es el ser de la persona, sino la manera como la persona es todo lo que es. Él sabe que no hay libertad de hombre más que madurando un compromiso; que no hay, a su vez, compromiso de hombre más que madurando en libertad. Y que toda otra libertad, como todo otro compromiso, conduce a la servidumbre.

Libertad y responsabilidad van ligadas, esta dinámica hace posible que la persona no se extravíe en la búsqueda de su propio interés; quien procura el bien común se hace responsable de sí mismo, porque sus actos se instauran en medio de un proyecto de realización común con otras personas. Por esta razón, la libertad supera la necesidad; la capacidad de elección ofrece a cada persona la posibilidad de orientar sus actos en cuanto se siente motivada por objetivos más sublimes que aquellos motivados únicamente por las inclinaciones subjetivas.

---

<sup>514</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 505

“El liberalismo, que poco a poco ha conformado los espíritus, las instituciones y las costumbres de la edad moderna, arde en la impaciencia de una libertad sin límites... esa aspiración titánica; se ha apegado tan fuerte a los valores de la liberación pura y simple, sea cual sea su meta, que ha llegado a colocar la negativa por encima de la elección, la indeterminación por encima de la adhesión, el capricho por encima de la fidelidad, el acto inmotivado por encima del acto lleno de sentido como el fruto de su sabia...la libertad no nos es dada para que nos quedemos en suspenso, sino para que nos comprometamos<sup>515</sup>. la libertad es fuente viva de ser, y que un acto sólo es humano si transfigura los hechos más rebeldes en la magia de esta espontaneidad. Al elegir esto o aquello, me elijo cada vez indirectamente a mí mismo, y me construyo en la elección”.<sup>516</sup>

### 7.3. ENCARNACIÓN: DIMENSIÓN CORPORAL DE LA PERSONA.

“Vinculado al universo, yo soy aún un ser vivo en el tiempo. En el tiempo bautizado por Cristo ciertamente, que no es ya comparable a ningún otro. La eternidad, emergiendo en él por la presencia de la Encarnación,...Dios ha aceptado, para salvarnos, el revestir ese cuerpo singular de esta especie particular creada por él entre las legiones de seres espirituales existentes y posibles, en este rincón de Judea.. Que la condición humana sea la condición de un ser encarnado, en ningún sitio este resultado del análisis reflexivo recibe un soporte tan sólido, con tantas posibilidades de exploración, como en la religión del Verbo Encarnado”.<sup>517</sup>

Todo lo cual hace que el personalismo reniegue de todo tipo de «angelismo», al «encontrar la encarnación de la persona en el sentido de sus servidumbres materiales, sin renegar por ello de su trascendencia en el individuo y en la materia» (Oeuvres, 1, pp. 526-27>, al mismo tiempo que confirma que la interioridad sólo es comprensible en su versión a la exterioridad.

Cuando el personalismo habla de la existencia incorporada, del sujeto carnal que es la persona y punto arquimédico de la reflexión personalista, está postulando la tesis general de la inmersión de la persona en la naturaleza al mismo tiempo que la necesidad de trascender esa misma naturaleza al través de todo ese movimiento de personalización que es la persona misma.

*“Et incarnatus est.* La encarnación no es un relato exterior a la historia. Misterio que trasciende la historia, se desarrolla sin embargo, en plena historia. La encarnación no es una fecha, un punto, sino un centro de la historia del mundo, sin límite en el espacio y en el tiempo. Cada día la Iglesia la prosigue en el tiempo por su existencia continua. Cada uno de nuestros actos está llamado a prolongar sus efectos, y más aún a colaborar con ella de alguna manera...No sólo arrastro en la actividad de mi persona a mi cuerpo próximo, sino al universo entero al que, como anexo de mi cuerpo, hago por mi parte cooperar en la obra de la Redención. “.<sup>518</sup>

#### 7.3.1 La persona como presencia y compromiso

<sup>515</sup> Ibíd. p. 876

<sup>516</sup> Mounier Emmanuel, *O.C.I. Personalismo y cristianismo*, Sígueme Salamanca 1992, p. 875

<sup>517</sup> Ibíd. p.897-899

<sup>518</sup> Ibíd. p.897

“El primer deber de todo hombre, no es tanto dejar a salvo su persona, sino comprometerla en cualquier acción, inmediata o lejana, que le permita hallarse situado de nuevo frente a su vocación con un mínimo de libertad material...La vida de la persona como se ve, no es una separación, una evasión, una alineación, es presencia y compromiso”.<sup>519</sup>

Así pues, en la reflexión acerca del sujeto, de la persona o del sí mismo, aparece como condición esencial para su comprensión, la reflexión sobre el cuerpo, desde nuevas categorías que permiten superar el dualismo cartesiano imperante durante siglos.

“Lo espiritual, para el cristiano, es con todo rigor la presencia en nuestra vida de la vida eterna, en oposición a nuestras actividades naturales. Pero esta vida eterna “es ella misma carnal” y no se ofrece a nosotros comúnmente más que a través de esas actividades naturales. En lugar de mantener en toda ocasión este punto de vista central de una religión que tiene a la Encarnación como eje, hemos dejado poco a poco, que nuestra noción de lo espiritual se contamine con la noción ecléctica y desarraigada de un idealismo, en donde espiritual y moral significa el espíritu sin cuerpo, el aliento de vida sin vida, la buena voluntad sin voluntad, el cultivo de la cultura sin tierra. Pensando que el cristiano debe vivir en lo espiritual, se le envía bajo esa campana neumática, y cuando por fortuna encuentra ahí el aire enrarecido, se le dice que debe comprometerse en lo temporal, y lo temporal privado de espiritualidad. No tenemos que llevar lo espiritual a lo temporal, ya está allí, nuestro papel es descubrirlo allí y hacerlo vivir allí, propiamente comulgarlo allí. Lo temporal concreto es el sacramento de Dios”.<sup>520</sup>

Desde esta perspectiva, el cuerpo no es un instrumento, objeto positivo de investigación sino la condición necesaria del ser, del sí mismo, del ser persona, del sujeto.

“Yo soy persona desde mi existencia más elemental, y, lejos de despersonalizarme, mi existencia encarnada es un factor esencial de mi asentamiento personal. Mi cuerpo no es un objeto entre los objetos...No puedo pensar sin ser, ni ser sin mi cuerpo: Yo estoy expuesto por él, a mí mismo, al mundo, y a los otros...me arroja sin cesar fuera de mí, a la problemática del mundo y a las luchas del hombre. Por la sollicitación de los sentidos me lanza al espacio, por su envejecimiento, me enseña la duración, por su muerte, me enfrenta con la eternidad. Hace sentir el peso de su servidumbre, pero al mismo tiempo esta en la raíz de toda conciencia y de toda vida espiritual. Es el *mediador omnipresente de la vida del espíritu*”.<sup>521</sup>

Ya no se trata de una somatología que elabora un discurso aparte de la psicología o de la filosofía, sino que el mismo cuerpo humano empieza a ser entendido como realidad constitutiva del ser humano que implica su conexión con el mundo, y es eje de la individuación e identificación del sujeto y en la distinción radical de los géneros.

“El personalismo reencuentra la encarnación de la persona en el sentido de sus servidumbres materiales sin renegar por ello de su trascendencia al individuo y a la materia”.<sup>522</sup>

*Encarnarse*, es asumir la propia condición limitada, y circunscribirla en un entorno vital, para comprometerse con las personas que en él habitan, buscando posibles

<sup>519</sup> Mounier Emmanuel, *O.C.I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.628

<sup>520</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p.433

<sup>521</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme, Salamanca 1990, p. 469

<sup>522</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.629 (413)

transformaciones que promuevan la personalización su entorno próximo. Sólo quien se apropia de su propia realidad, personal y comunitaria, puede transformarla. La dinámica de cambios implica un firme compromiso, quien se encarna puede comprometerse, porque descubre que su realización personal comporta el perfeccionamiento de su enclave vital.

“La ruina del realismo encarnado es doble: la aventura de una materia al servicio exclusivo de la técnica que desarrolla ciegamente una virtuosidad sin finalidad, dominada por las pasiones del confort y del poder; y la carrera de un espíritu desencarnado, sin objeto, sin memoria, deslumbrado por el éxito de la ciencia, dándose a la elocuencia”.<sup>523</sup>

El cuerpo entonces no es simple presencia física sino manifestación profunda del ser personal y cultural del ser humano. A la pregunta de dónde ve su cuerpo en el mundo espacial, le sigue otra de igual importancia: cómo ve su cuerpo. No en vano, de la manera en que se auto-determine como tal o cual cuerpo, el sujeto será capaz de percibir su mundo y darle significado.

“Mi persona está encarnada en el individuo, ella no puede, por consiguiente, desentenderse enteramente de las condiciones en las que está situada, de las servidumbres de la materia. Es más, no puede elevarse si no es apoyándose sobre la materia. Pretender esquivar esta ley es condenarse de antemano al fracaso. El problema no está en evadirse de la vida sensible y particular, entre las cosas, en el interior de las sociedades limitadas, a través de los acontecimientos, sino en transfigurarla”.<sup>524</sup>

En consecuencia, la educación del cuerpo y lo corporal debe superar el dualismo cartesiano dominante en la epistemología y la pedagogía: un currículo de Cultura Física, por tanto, debería integrar el principio del “cuidado de sí” como las transformaciones sobre sí mismo en tanto unidad psicofísica en orden al mejoramiento propio y de los otros con una amplia comprensión del concepto y prácticas del mismo cuerpo. Una sana pedagogía sobre el sujeto como ser corpóreo no es solamente aconsejable sino indispensable, si deseamos que las futuras generaciones den cuenta de nuevas reflexiones sobre la integralidad del ser humano, de suerte que, en particular, el profesional en este campo esté en capacidad, no solo de interpretar, sino también de transformar las prácticas corporales derivadas de tales concepciones, desde una mirada integradora, donde el cuerpo se erige como fundamento de la propia existencia.

Podemos partir de la afirmación de que la mirada que se tenga sobre el cuerpo y por tanto sobre sí mismo, se relaciona con el modo de estar en el mundo, y con los usos y prácticas

---

<sup>523</sup> Ibíd. p.592

<sup>524</sup> Ibíd. p.689

corporales: no es posible hablar de un cuerpo que se piensa, como diferente de un cuerpo que actúa ni de un sujeto que se construye y expresa en él.

“Es decir, que la persona está en el hombre sustancialmente encarnada, mezclada con su carne aunque trascendiendo de ella, tan íntimamente como el vino se mezcla con el agua. La estrecha involucración de la persona espiritual con la individualidad material hace que el destino de la primera dependa estrechamente de las condiciones impuestas a la segunda. Mis humores y mis ideas son conformados por el clima, la geografía, mi situación en la superficie de la tierra, mis herencias. No hay nada en mí que no esté mezclado con tierra y sangre. La unión indisoluble del alma y el cuerpo es le eje del pensamiento cristiano. Este no opone el espíritu y el cuerpo o la materia en su concepción moderna”.<sup>525</sup>

La persona encuentra su realización cuando es capaz de descubrir su sentido de pertenencia a una comunidad más amplia. El compromiso de una persona con otras personas les lleva a todos a una profunda transformación personal y comunitaria, y les proyecta a una dimensión vital que les sobrepasa, es la dimensión trascendente.

Tomar conciencia de que la persona se encarna en una realidad, y que esta realidad es común a otras personas, equivale a asumir la centralidad de la comunidad como elemento cohesionador de la persona: “En fin, mi persona solo se encuentra dándose a la comunidad superior que llama e integra a las personas singulares”.<sup>526</sup> Los vínculos que establecen los miembros de una comunidad hacen posible que la persona se descubra en toda su riqueza, y así pueda auto-apropiarse.

“El hombre es como una planta fijada en la tierra, de donde extrae sus jugos, mantenido a ras de suelo por el ritmo de su destino; pero su finalidad atraviesa su destino como un brote de savia que, sin arrancarlo de la tierra, lo estira cada día más hacia arriba. No es imbuyéndose de fuerzas vagas y de actos elocuentes, ni sometándose a las tiranía interiores y colectivas, como el hombre de hoy se salvará del espiritualismo y del materialismo, sino situándose personal y colectivamente en un universo rehabilitado, y comprometiéndose por la decisión libre de un apersona renovada dentro de gestos responsables bajo una luz unificadora. Carnal por su atención al mundo, por su diligencia en el testimonio probatorio de cada una de sus palabras, y asegurando la calidad de su presencia a los hombres próximos y a los objetos amables”.<sup>527</sup>

Cómo la cosmovisión cartesiana parece seguir dominando el logos occidental al seguirse hablando del cuerpo como una máquina viva sometida al análisis de las ciencias positivas; desde la mirada fenomenológica, sin embargo, se ha intentado hacer otra lectura de la percepción corporal o desde el cuerpo que se vive como ser mismo de la persona.

“Es necesario acusar a Descartes de este divorcio? Tal vez, como Marx, Descartes expresó desde un punto de vista filosófico la falta que una civilización estaría cometiendo delante de él. Poco importa. Se sabe cómo ha separado la materia del espíritu, cómo ha barrido de ella todas las

<sup>525</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. III, El personalismo*, Sígueme Salamanca 1990 p. 464

<sup>526</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002, p. 580

<sup>527</sup> Mounier Emmanuel, *O. C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 360

llamadas y todos los ecos que la unían al hombre, cómo ese universo que respondía a nuestra voz, que tocábamos con nuestra mano y con el corazón al igual que el artesano acaricia su obra imbuida de su pensar, lo ha entregado, vaciado, al poder de las matemáticas”.<sup>528</sup>

El compromiso, es el segundo aspecto que considera E. Mounier, y sobre él argumenta que la persona capaz de asumir su realidad próxima –y remota-, puede incorporarse en un proyecto común, encontrando así, el medio óptimo para desarrollar su proyecto personal.

“El primer deber de todo hombre, no es tanto dejar a salvo su persona, sino comprometerla en cualquier acción, inmediata o lejana, que permita a estos proscritos hallarse situados de nuevo frente a su vocación con un mínimo de libertad material. La vida de la persona, como se ve, no es una separación, una evasión, una alineación, es presencia y compromiso.

La persona no es un retiro interior, un dominio circunscrito en el que se acotase desde fuera mi actividad. Es una presencia actuante en el volumen total del hombre y toda su actividad está interesada en ello”<sup>529</sup>.

### 7.3.2 La Persona como superación y desprendimiento.

*“Su realización pues, lejos de ser esta crispación del individuo o de la personalidad propietaria sobre sus riquezas adquiridas, es por el contrario a consecuencia de ese trascender, un esfuerzo constante de superación y desprendimiento; por tanto de renuncia, de desposesión, de espiritualización, es al mismo tiempo un proceso de desposesión y un proceso de personalización”<sup>530</sup>.*

El ritmo fundamental de la vida personal es afirmación y negación sucesivas de sí. Perpetua labor de asimilación de aportaciones exteriores. Afirmarse es, en primer lugar, darse un campo. Disponer para sí de un cierto campo de objetos con los que pueda intimar, un poco a lo largo del tiempo y del trato, es para la persona una necesidad fundamental.

No le es posible a la persona ser sin tener, aunque ser sea potencia indefinida de tener. Sin tener, el ser queda sin asidero, se desvanece en el objeto. Poseer es además, entrar en contacto, renunciar a estar solo, a ser pasivo; hay falsas pobrezas que son excusas. La propiedad, como la intimidad, es en este sentido una exigencia concreta de la persona. Ella expresa esta doble y solidaria vocación: centrarse desplegándose.

Sin embargo el tener, si bien constituye la densidad de nuestro ser, también es su pesadez. Comienza por la ligera vibrante del deseo, por el triunfo exaltado de la conquista y el vencedor se torna enseguida usufructuario, el poseedor es poseído por sus bienes muertos, solo goza del prestigio que estos le conceden y muere sediento en el desierto de

<sup>528</sup> Ibid., p. 186

<sup>529</sup> Óp. cit. Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.628

<sup>530</sup> Ibid. p.631

su abundancia. Esta degradación del tener nace en su corazón, como la mano del rey Midas, mi posesión tiende a degradar a los seres y los objetos de que me apropio; al presentarme a ellos como un conquistador que exige y un amo que somete, bloqueo a un tiempo su disponibilidad y la mía. El despliegue de la persona implica como condición interna una desposesión de sí y de sus bienes que despolarice el egocentrismo. La persona sólo se encuentra perdiéndose; su riqueza es lo que queda cuando se despoja de todo tener.

Quien está así, completamente cubierto, protegido por sus posesiones, por su preciosa persona, se torna progresivamente indisponible, impermeable a la gracia.

No tiene ya un empeño en ser lo que vale la pena de estar revestido, sino únicamente en tener la reputación de ser, o la apariencia o la ilusión de ser lo que socialmente goza de estima: (1) referencia social que no comporta ya una medida absoluta, sino únicamente relativa; competencia y no-aspiración: Un (2) cierto igualitarismo, más “pequeño burgués” que popular, cuyas exigencias serían de buena gana mediocres siempre que la persona no fuera más allá de ellas; (3) Cierta fiebre de promoción social, que es el sentimiento en el que se agitan el deseo de acumular y el deseo de igualar, la inquietud de las codicias y el tormento de abrazar las experiencias más inauditas y más contradictorias; (4) Cierta fanatismo ideológico o espiritual es muestra de esta fiebre profesional tanto como el sentido burgués de la propiedad. “Llenos de sí mismos, hinchados de nada, a la vez ausentes y ofuscados; caras distraídas, caras abiertas, miradas lejanas...

Por ello toda situación que merme el poder del tener para liberar la fecundidad del ser es una situación fundamental del personalismo cristiano. El sufrimiento, el riesgo, el exponerse, la inseguridad que desarma nuestra tranquilidad, el sacrificio que inmola un tener para abrirse a un proceso del ser; la muerte que significa el despojo definitivo de todo tener, el definitivo desnudarse de nuestro ser real, y que nos propone “la tensión de pensar que no tener ya nada, es no ser ya nada (G.Marcel). La humildad, en fin, que las resume a todas. Todas han sido tomadas, por quien confunde verdaderas y falsas riquezas, por valores de pérdida... pero ellas son, en la línea de la significación cristiana, valores de expansión, o mejor aun de realización, porque nos llevan a mas allá de nosotros mismos, y hacen saltar con golpes implacables de su burril el caparazón que nos cierra a la vida<sup>531</sup>.

---

<sup>531</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Personalismo y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p.869

Somos los primeros en proclamar que el despertar de una vida personal no es posible, fuera de las heroicas, más que a partir de un mínimo de bienestar y de seguridad<sup>532</sup>.

Su realización, pues, lejos de ser esta crispación del individuo o de la personalidad propietaria sobre sus riquezas adquiridas, es por el contrario a consecuencia de ese trascender, un esfuerzo constante de superación y desprendimiento; por tanto de renuncia, de desposesión, de espiritualización, es al mismo tiempo un proceso de desposesión y un proceso de personalización.

#### 7.4 COMUNICACIÓN: DIMENSIÓN COMUNITARIA DE LA PERSONA.

##### 7.4.1 La Persona como presencia dirigida al otro

*“Ella (la persona) no existe sino hacia los otros, no se conoce sino por los otros, no se encuentra sino en los otros”<sup>533</sup>.*

El primer movimiento que revela a un ser humano en la primera infancia es un movimiento hacia-el-otro. Por experiencia interior, la persona se nos aparece entonces como una presencia dirigida hacia el mundo y a las otras personas, sin límites, mezclada con ellos, en perspectiva de universalidad...Las otras personas no la limitan, la hacen ser y desarrollarse. Ella no existe sino hacia los otros, no se conoce sino por los otros, no se encuentra sino en los otros. La experiencia primitiva de la persona es la experiencia de la segunda persona. El “tu”, y en él el “nosotros” preceden al “yo”, o al menos lo acompañan.

Es en la naturaleza material donde reina la exclusión, porque un espacio no puede ser ocupado dos veces. Pero la persona, por el movimiento que la hace ser, se expone. De tal manera es por naturaleza comunicable... Cuando la comunicación se rebaja o se corrompe, yo mismo me pierdo profundamente: casi se podría decir que solo existo en la medida en que existo para otros y en última instancia “ser es amar”.

Estas verdades son el personalismo mismo, al punto de que constituye un pleonismo designar a la civilización que persigue como personalista y comunitaria. Estas verdades expresan(al individualismo y al idealismo), que el sujeto no se nutre por auto digestión,

<sup>532</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme, Salamanca 1992, p. 628

<sup>533</sup> *Ibíd.* p. 699 - 700

que no se posee sino lo que se da o aquello a lo que se da, que nadie alcanza su salvación totalmente solo, ni social ni espiritualmente.

El primer acto de la persona es, pues, suscitar con otros una sociedad de personas, cuyas estructuras, costumbres, sentimientos y finalmente instituciones, estén marcadas por su naturaleza de personas. La persona se funda en una serie de actos originales que no tienen su equivalente en ninguna otra parte dentro del universo:

- 1) **Salir de sí:** Desposeerse, descentrarse para llegar a ser disponible para otros.
- 2) **Comprender:** Situarse en el punto de vista del otro, ser todo para todos sin dejar de ser yo mismo.
- 3) **Tomar sobre sí:** Asumir el destino, la pena, la alegría, la tarea de los otros.
- 4) **Dar:** No-reivindicación, ni lucha a muerte, sino generosidad, gratuidad, don sin medida y sin esperanza de devolución, economía del don y no de la compensación.
- 5) **Ser fiel:** Vivir en una aventura continua, en una consagración a la persona, al amor y a la amistad, estas solo son perfectas en la continuidad, continuo resurgir, fidelidad creadora.

Esta dialéctica del comercio personal acrecienta y confirma el ser de cada participante. En cambio, yo trato al prójimo como un objeto cuando lo trato como a un ausente, como a un repertorio de informaciones para mi uso, como a un instrumento a mi disposición, cuando lo catalogo sin apelación que es lo mismo des-esperar de él.

Tratarlo como a un sujeto, como a un ser presente es reconocer que no puedo definirlo, clasificarlo, que es inagotable, que esta henchido de esperanzas y que sólo él dispone de ellas; es concederle crédito. Desesperar de alguien es desesperarlo, por el contrario el crédito de la generosidad es infinitamente fecundo, es “llamada”, “invocación” y esta llamada nutre. También se dice equivocadamente que el amor identifica. Eso solo es verdad en la simpatía, en las afinidades electivas, donde buscamos aún un bien para similar, una resonancia de nosotros mismos en un semejante.

El amor pleno es creador de distinciones, reconocimiento y voluntad del otro en tanto que otro. La simpatía es todavía una afinidad de la naturaleza. El amor es una nueva forma de ser. Se dirige al sujeto por encima de su naturaleza, quiere su realización como persona, como libertad, sean cuales sean sus dones y sus deficiencias, que ya no cuentan esencialmente a sus ojos: el amor es ciego, pero es un ciego extra lúcido. Al liberar a aquel al que la persona ama, la comunión libera y confirma a quien llama. El acto del amor es la certidumbre más fuerte del hombre, el “cogito” existencial irrefutable: Amo luego el

ser es y la vida vale la pena ser vivida. No me confirma sólo por el movimiento mediante el cual lo establezco, sino por el ser que en él el otro me concede.<sup>534</sup>

#### 7.4.2 La Persona como acto y elección.

La capacidad de elección es fundamental para el desarrollo de la persona, quien puede decidir cuál es su vocación puede también responder por ella. Cualquier intromisión ralentiza el desarrollo personal y pone en peligro la identidad de cada persona, y por lo tanto la identidad comunitaria.

Una comunidad de ideas homogéneas pierde la riqueza que aporta la diversidad pensamiento entre sus miembros, porque en sí misma no puede diferenciarse de otras comunidades que comparten este denominador común.

“Ser es amar. Pero ser es también afirmarse. Este acto tan simple en apariencia es el resultado de un cultivo complejo y de un equilibrio frágil: se endurece por el egocentrismo, delira en el reivindicador y el orgulloso, se derrumba en ciertas catástrofes psíquicas. Mi equilibrio biológico y sexual colabora en el proceso, tanto como la manera en que me sitúo en mi medio y el juicio moral que abro sobre mí en la intimidad de mi conciencia. Por rica que sea en otros aspectos la persona, se quiebra cuando este acto se quiebra”<sup>535</sup>

La persona que se siente amada, comprendida y aceptada, puede sentirse motivada e impulsada a elaborar su propio proyecto vital a la vez que a desarrollar sus propias potencialidades; el afecto que le permite establecer y cultivar los lazos familiares abre la puerta a sus relaciones con otras sociedades en las que puede descubrir y afianzar nuevos lazos interpersonales en una red social que irá consolidándose a lo largo de su existencia.

“Entonces obrar es elegir, y en consecuencia, dividir, zanjar, cortar por lo sano, al mismo tiempo, adoptar, rehusar, y rechazar. [721] Edificar es sacrificar. Pero la decisión no es un movimiento de fuerza interior ciego y arbitrario. Es la persona plena ligada a su porvenir, concentrada en un acto duro y rico, que resume su experiencia e integra en ella una experiencia nueva. Los rechazos de que viene acompañada son renunciaciones reales, engorrosas y, a veces, desgarradoras, pero no son mutilaciones. Parten de una plenitud exigente, y no de una indigencia. Por eso son también creadoras. Toda organización, toda técnica, toda teoría, que niega a la persona esta vocación fundamental de la elección responsable, o que enrarece su ejercicio, es un veneno más peligroso que la desesperación, aunque vaya acompañada de mil soluciones”<sup>536</sup>

<sup>534</sup> Mounier Emmanuel, O.C. III, *El personalismo*, Sígueme Salamanca 1990 p. 478

<sup>535</sup> *Ibíd.* p. 497

<sup>536</sup> *Ibíd.* p. 497

## 8. CONCLUSIÓN

“...Vamos a inventar una nueva clase de presencia en la inseguridad total.”<sup>537</sup>

Emmanuel Mounier

En un mundo dominado por la especulación, lo efímero, la obsolescencia acelerada, el capricho subjetivo, los “valores bursátiles”, el desarrollo de la dimensión material como fundamento de todo progreso, resulta inevitable que se sacrifiquen numerosos valores morales y espirituales. Es por esto que no me equivoco al afirmar que asistimos a una pérdida del sentido mismo de los valores y, más profundamente, a una ‘crisis de la persona’ y a una ‘crisis de los vínculos’ (con la familia, la escuela, la sociedad, la información tecnológica, la rapidez de los cambios de toda clase).

Cuando el personalismo habla de la existencia incorporada, del sujeto carnal que es la persona y punto arquimédico de la reflexión personalista, está postulando la tesis general de la inmersión de la persona en la naturaleza al mismo tiempo que la necesidad de trascender esa misma naturaleza a través de todo ese movimiento de personalización que es la persona misma.

Contrario al significado de la persona, como nos lo ha expuesto Emmanuel Mounier en el mundo moderno se llergue el personalismo donde la persona nace cuando se atreve a decir “tú”, cambiando de esta manera el centro de gravedad del mundo social: de las leyes superiores –el servicio a Dios, al Estado, a la familia–, la persona se vuelve sobre el otro y lo convierte en el fin y la norma de todas las cosas. Uno de los problemas más claros para mostrar la “crisis del valor de la persona” es el ascenso de un individualismo que ignora los vínculos heredados y las identidades establecidas entre el individuo y la persona.

---

<sup>537</sup> Mounier Emmanuel, *Cartas desde el dolor*, Jus, México 2005. p. 38

El individuo moderno está continuamente bombardeado por “falsos y engañosos” paraísos creados por un mundo de la comunicación y la tecnología.

El mal extremaamente agudo es que muchos pierden el dominio sobre su ser y tiempo interior, la capacidad de re-cogerse, de re-mirar el mundo. Ante esto la invitación de Emmanuel Mounier es clara: “Cambiemos el sentido de nuestras relaciones con el mundo, arrojemos nuestras riquezas descoloridas a la luz que sólo ilumina en un sentido, aquel en el que ellas se dan” <sup>538</sup>

Concluiré en el hecho de que más progreso no significa más felicidad; que los avances tecnológicos no siempre aprovechan a todos y para muchos se ha convertido en una fuente de tensión continua al querer estar a la par de sus avances.

Desconocer esto en la educación, ha llevado a tener una educación arcaica o reproductiva o extraña que ayuda en muy poco al fin y misión de la labor educativa. Los alumnos son los primeros en “sentir” que esto no marcha y no responde a su propia realidad, es decir, que el mundo *ad-intra* de la escuela es una isla en el ancho mar de la realidad social, regional, nacional, continental y mundial, lo cual tiene una clara influencia en el desarrollo de cada persona. Es necesario dejarse inundar por el acontecimiento pues... “El acontecimiento será nuestro maestro interior. Pensar al filo de los hechos puede tener su parte lúcida y su aspecto ciego, pero pensar sin los hechos, o al margen de los hechos, no sería rigurosamente pensar: no es filosofía lo que es sólo filosofía”. Es verdad que el hombre está en constante relación con el mundo, pero su inserción es profundamente crítica, es un sujeto activo que transforma el mundo que le rodea.

La educación ha de buscar la formación completa del hombre, de manera que éste comprenda el mundo y la sociedad en que vive, para que pueda ejercer su derecho a transformarlos según criterios que aseguren el desarrollo integral de la persona.

Es pues, fundamental la actividad del hombre dirigida a erradicar aquellas condiciones objetivas que le impiden su propia realización. La escuela, por ello debe estimular la toma de conciencia del hombre cuando actúa, cuando se relaciona con el mundo a través del trabajo y el conocimiento.

El papel de Emmanuel Mounier en la historia de la filosofía muy bien podría considerarse como el de la sirvienta de Tracia de que habla Patón en el diálogo del *Teetetes*, que viendo cómo el filósofo Tales de Mileto observando las estrellas y filosofando, cayó de pronto en un pozo.

---

<sup>538</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Revolución personalista y comunitaria*, Sígueme Salamanca 1992 p. 197

La Sirvienta de Tracia le hace una especie de reproche, con ironía o sarcasmo “tu por ir observando lo que hay en el cielo no ves lo que está inmediatamente delante de ti”.

El llamado de Mounier es a “despertar”, en la línea de Péguy, que denunciaba los sistemas pedantes y pueriles, redes que se creen espirituales y que sirven a un solo designio: *vivir tranquilos*, adormilados por un mundo invasor del espacio interior, de la mente y del ser para evitarle la inquietud que mana naturalmente de las profundidades inquietantes del ser.

Esta inquietud, rechaza el pecado original filosófico que consiste en “entregarnos a las ficciones de la tranquilidad, hacemos dejación de nuestro ser de existentes; es decir, dejamos de ser un ser ferviente, libre y responsable que desafía su destino con toda lucidez y valentía”

La polarización creada por este ascenso del individualismo, el consumismo, la obsolescencia rápida de todo lo nuevo que nos propones la ciencia y la técnica, tiene un efecto ‘bumerang’, ya que está invitando por doquier a una reflexión más profunda sobre la persona, su ser y posibilidades como ser individual y social, material y espiritual, en proceso continua de “construir-se”, de “rehacer-se.

La educación es entendida, por tanto, como un proceso que estimula la inserción de los alumnos en la sociedad en que viven, de tal forma que puedan participar activamente en la transformación de la misma. Ya no se trata, como en los modelos anteriores, de promover la adaptación de los individuos a un sistema de valores, sino de fomentar el descubrimiento propio y consciente de la «persona<sup>^</sup>», para que ésta se comprometa como tal en la marcha de la historia.

De estas consideraciones, se deduce la necesidad de establecer un nuevo modelo pedagógico especialmente sensible a las interrelaciones persona-sociedad. El alumno, ya desde la infancia, debe de ser educado como «persona<sup>^</sup>», en el nivel profundo que propone la filosofía de Mounier, para que sea capaz de ejercitar un libre compromiso.

El maestro ha de estar atento en todo momento al <sup>^</sup>despertar » crítico de la persona; la educación, por ello, no tiene como finalidad modelar al educando para que sea capaz de integrarse confortablemente a un medio social dado, sino que ha de procurar la adhesión responsable y lúcida a un sistema de valores libremente adoptado por el educando, y que constituye, sin duda alguna, la vocación original siempre revivida y reactivada de su propia persona.

Lo importante es formar personas que sean capaces de integrarse críticamente en el medio social que les rodea, de manera que ofrezcan una solución positiva a aquellos

problemas que se les planteen, superando los obstáculos y alienaciones que impiden su propio desarrollo.

Nuestro concepto totalizador de la educación implica justamente lo contrario: el fin último de la educación es el compromiso vivo y crítico de la persona.

Un aporte significativo es el de Emanuel Mounier, que haciendo frente a ideologías y totalitarismos destructivos de la persona, propone líneas de reflexión muy actuales para hacer frente a situaciones cada vez más angustiosas del hombre moderno.

¿Cuál sería la actualidad de este filósofo francés en cuanto a sus propuestas y fundamentos teóricos? y ¿en qué medida esto nos puede ayudar para hacer frente a los “atentados” contra la persona del mundo moderno?.

La *civilización* no depende exclusivamente del desarrollo de las técnicas, ni de las ideologías dominantes; no puede poner la meta por encima del esfuerzo y de la libertad de la persona, o reducir el objetivo de la ciencia a la simple utilidad y el arte a un pasatiempo. La civilización, en línea personalista, debe ser ante todo “una respuesta metafísica a un llamamiento metafísico, una aventura en el orden de lo eterno propuesta a cada hombre en la soledad de su elección y de su responsabilidad

“Pensamos- y aquí nos acercamos al marxismo- que una espiritualidad encarnada, cuando es amenazada en su carne, tiene como primer deber liberarse y liberar a los hombres de una civilización opresiva en lugar de refugiarse en temores, en lamentaciones o en exhortaciones. Pero contra el marxismo afirmamos que no existe ninguna civilización ni cultura humana más que metafísicamente orientadas.

Sólo un trabajo que pone la meta por encima del esfuerzo y de la producción, una ciencia cuyo objetivo está por encima de la utilidad, un arte por encima del pasatiempo y, finalmente, una vida personal dedicada por cada uno a una realidad espiritual que le lleva más allá de sí mismo, son capaces de sacudir el peso de un pasado muerto y alumbrar un oden verdaderamente nuevo. Por eso, al margen de la acción, pensamos ante todo en tomar una medida del hombre y de la civilización”.<sup>539</sup>

Por esto, Emmanuel Mounier propone tres etapas ascendentes de un humanismo total: la *civilización*, entendida como el progreso coherente de la adaptación biológica y social del hombre a su cuerpo y a su medio; la *cultura*, como la ampliación de su conciencia, la soltura que adquiere en el ejercicio del espíritu, su participación en cierta forma de reaccionar y pensar, particular de una época y de un grupo, tendente a lo universal; y la *espiritualidad*, definida como el descubrimiento de la vida profunda del ser humano.

<sup>539</sup> Mounier Emmanuel, *O.C. I, Manifiesto al servicio del personalismo*, Sígueme Salamanca 1992 p. 586

Las estructuras exteriores no pueden ni deben tener dominio sobre todo el hombre; es posible favorezcan o impidan, pero *no crean* al hombre nuevo, quien nace por el esfuerzo personal.

Los interesantes análisis que hace Mounier de *La civilización burguesa e individualista*, el *fascismo y el nacionalsocialismo*, y del *marxismo*, y sus atentados a la persona son un llamado a no ser ingenuos que nuevas ideologías: políticas, religiosas y sociales.

En su análisis de la *civilización burguesa e individualista* Mounier nos habla de la decadencia del individuo de héroe al burgués. *Burgués*, es, entonces el hombre que ha perdido el *ser*, centrado sobre todo en las cosas y apegos individuales; es aquel que se contenta con tener *tranquilidad psicológica* y social: dicha, salud, sentido común, equilibrio, placer de vivir, confort, elementos que siguen siendo los adalides de la sociedad de consumo, el materialismo.

Mounier denuncia además atentados contra la persona como el *juridicismo*, la transformación de ser propietario a ser poseído por los bienes, la economía a costa de la alegría, la fantasía, la bondad y la confianza.

En el fondo se ha llegado a este lamentable estado contra la persona a consecuencia del “divorcio entre el espíritu y la materia, entre el pensamiento y la acción, creándose una raza sorda al sufrimiento de los hombres, insensible a la dureza de los destinos, ciega ante las desgracias que no son desgracias íntimas”

Por último, Mounier aborda *El hombre nuevo marxista*. Si bien el marxismo tiene un valor distinto al individualismo y al racismo fascista, Emmanuel Mounier es tajante al afirmar que es el personalismo el único terreno sobre el cual puede trabarse un combate honrado y eficaz con esta ideología. Ni Marx ni sus discípulos pueden presentar una antropología sólida, peor aún, prescinden de ella sin ninguna inquietud. Mounier, qué conoció de fondo la doctrina y praxis marxista, señala el grave y absurdo error del marxismo de reducir la sociedad a dos clases los hombres: los explotadores y los explotados.

En la base de los marxismos no cabe la forma última de la existencia espiritual que es la persona, ni sus valores propios: la libertad y el amor, considerados simples reflejos ideológicos. Con esta doctrina y praxis se da una evidente negación de lo espiritual como realidad autónoma, primera y creadora, y el rechazo de toda forma de realismo espiritual. Se olvida que, desde la dimensión de la persona, lo espiritual se nutre constantemente de lo temporal, y lo temporal se ve iluminado incesantemente por lo espiritual.

Un ejemplo de ello es cuando, para el marxismo, el problema del sufrimiento y del mal se falsea totalmente cuando la vida de los hombres en su integralidad, hasta su vida privada y su vida interior, tiene que soportar el obligación de aceptar sin contradecir un régimen ideológico, económico y social que impide el ejercicio a la libertad. Sólo la capacidad de grandes hombres y mujeres libres en su espíritu y sin miedo a afrontar la defensa de la libertad y de los suyos, fue capaz de vencer estos obstáculos muchas veces derramando su propia sangre. Para la educación, estos ejemplos deben ser paradigmas de reflexión para un mundo que a veces “imperceptiblemente” está llevando a mayores esclavitudes y enajenaciones.

Pretender que la suficiencia material trae la felicidad del hombre o proclamar una revolución por la abundancia, el confort, y la seguridad, como sus móviles no son más profundos, el marxismo ni el mundo consumista actual no pueden conducir a una auténtica liberación espiritual.

¡Hombre, despierta! La antigua llamada socrática, siempre actual, es nuestro grito de alarma a un mundo que se ha adormilado en sus estructuras, en sus comforts, en sus miserias, en su trabajo y en su ocio, en sus guerras, en su paz, en su orgullo y en su lasitud, en su libro *¿Qué es el Personalismo?*, Mounier nos habla de una *rabia antihumanista* fruto del poder de negación de ideologías teórico – prácticas que adquieren nuevos rostros en el mundo moderno no sólo de forma abierta como los fundamentalismos de corte terrorista, sino de los nuevos nacionalismos, imperialismos, socialismos (que de anti-imperialistas se convierte en no pocas veces en tiranías que niegan la libertad de otros), comercio indiscriminado de drogas y armas, guerras mercenarias, individualismos exacerbados, dinero y poder como amos absolutos del mundo en donde “el fin justifica los medios”, etc. Los retos de la educación ante este panorama sombrío junto con los grandes retos que nos trae el hombre “hipermoderno”, son enormes, pero no por ello menos fascinantes.

Como conciencia crítica de la sociedad y constructora de “personas” que sean capaces de hacer frente a todo lo que atente contra ellas, la educación no puede ignorar las herramientas que, para la crítica y el cambio, le ofrece un mundo en donde la innovación y las vertiginosas transformaciones, la sociedad del conocimiento y de la información, la posibilidad de vivir en una “aldea planetaria”, se presentan como nuevas posibilidades a los que debe hacer frente el mundo educativo.

La negación del hombre por el hombre lleva inevitablemente a la destrucción del hombre por el hombre; este es un aspecto de su insensatez, lo que exige nuevos modelos educativos que lleven a la responsabilidad personal y social. Es en el encuentro con el otro y no con las cosas y menos, como estamos viendo, esclavos de una pantalla de TV o de videojuegos, como se va construyendo la persona; lo que prima es el encuentro del yo con el tu y viceversa. El individualismo, la cerrazón del hombre sobre sí mismo, son un atentado a la “persona”, término que define un ser abierto, que se construye con, un ser en relación:

Es por esto que, desde la responsabilidad social, es necesario tomar en cuenta la dimensión ética del acto educativo, que no es tan evidente como lo podríamos creer. Al contrario, educar con responsabilidad social implica tener en cuenta dos elementos: la *humanización* y la *socialización*, muchas veces colocados como contradictorios. Tener en cuenta la complejidad del mundo y del hombre, en la línea de Edgar Morin, es el único modo desde el cual la educación, puede responder a las turbulencias de la sociedad contemporánea y del futuro que se avecina, respondiendo a la vez a los esfuerzos de autonomía y socialización.

El inicio de la obra intelectual de Mounier se sitúa en su preocupación por la “desolación del hombre sin dimensiones interiores, incapaz de encuentros”; frase que bien puede resumir la situación del hombre posmoderno. Esta visión crítica responde a una decadencia en la concepción de la persona en el medio social; la despersonalización de la sociedad deriva en una falta de solidaridad y, por lo tanto, en un debilitamiento de los lazos comunitarios; la apertura de una persona hacia la otra hace posible la acogida recíproca; cuando una persona acoge otra, la acepta tal como es, con sus cualidades y debilidades, para compartir juntos la mutua realidad personal.

Una persona que acoge a otra puede descubrir su complementariedad de su ser, su libertad para optar por compartir un proyecto de vida y la posibilidad de experimentar el misterio del otro, viviendo en común.

Esta experiencia del amor personal, como apertura y acogida, es tan profunda que no se limita a ellos dos, pueden compartirla con una nueva vida, una nueva persona, porque: “no se posee más que aquello que se acoge”.<sup>540</sup>

---

<sup>540</sup> Mounier Emmanuel, *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, en: O.C. I. Salamanca, Sígueme, 1992, 519.

Si queremos diseñar una educación para el mundo posmoderno no podemos olvidar ni estas “dimensiones” de la persona humano, ni la ingente producción del pensamiento humano a través de la historia, ni las preguntas de la antropología (filosófica, teológica, cultura, social, etc.), ni las transformaciones del hombre en la sociedad del conocimiento y de la información, ni los complejos problemas que enfrenta el hombre en la actualidad, y que hemos tratado de esbozar en la primera parte de este artículo. Pero para ello necesitamos volver a hacernos la pregunta: ¿quién es el hombre? (no “qué” es). Acercándonos a la complejidad del ser.

Quedarnos simplemente con la búsqueda de la “esencia” de lo humano (centrado en el individuo) es negar su historicidad; preocuparnos solamente por su “historicidad” (ser social en la trama de espacio y tiempo con sus semejantes) es olvidar, como lo veremos en un próximo apartado, que el hombre es ante todo “ser personal” y que ello trae connotaciones de una riqueza pocas veces abordada y para muchos insospechada. En el fondo, nos preocupamos mucho de la(s) pedagogía(s) y de la(s) didáctica(s) en la enseñanza-aprendizaje, sin embargo nos hace falta preguntarnos no solamente cuál es su sustento antropológico sino ese sustento qué validez tiene para el mundo posmoderno.

El problema de la pregunta por el hombre que debe hacerse en educación se hace difícil, ya que el hombre no es un ser estático; es un ser en continuo proceso de cambio, inasible y con múltiples influencias exteriores que le pueden hacer dar giros insospechados; a esto le añadimos su “mundo interior” que se presenta desconcertante, complejo y no suficientemente comprendido por cada uno.

La educación debe plantearse la pregunta de qué es el hombre pero ésta debe tener una característica principal: ¿qué puede llegar a ser el hombre? Es decir el hombre es proceso, construcción continua, es un “hacerse”, un crearse una vida. “Ni reivindicación ni dimisión. Creemos en un movimiento cruzado de interiorización y de don. Ser persona se trata de un estilo reductor de las influencias, pero ampliamente abierto a ellas, un poder abierto de espera y acogida. Es una fuerza nerviosa de creación y de dominio, pero en el seno de una comunión humana donde toda creación es un resplandor, todo dominio un servicio. Es una libertad de iniciativa, es decir, un foco de comienzos, una primera inclinación hacia el mundo, una promesa de amistades múltiples, un ofrecimiento de sí”.<sup>541</sup>

---

<sup>541</sup> Mounier Emmanuel, *El personalismo, Antología esencial*, Sígueme, Salamanca 2002 p. 56

El hombre es un ser dentro de un entramado llamado humanidad, históricamente situado, con un *pasado* de luces y sombras; en perspectiva de un *futuro* siempre acuciante; pero, sobre todo, dentro de un *presente* pleno de límites y posibilidades.

En el fondo, el hombre no es una “esencia”, más bien, su esencia es la movilidad, el cambio, la transformación, la aventura, la posibilidad siempre abierta.

Necesitamos volver a la tarea de volver sobre nosotros mismos (yo) y sobre los demás (tú), para darnos cuenta que la tarea educativa implica dar las herramientas esenciales y existenciales que permitan al alumno ser “forjador de él mismo”, de su vida, de su destino, y por ende de la humanidad; que la responsabilidad y compromiso ante sí mismo y la sociedad es una misión indelegable, y que el mundo será mejor o peor en la medida que cada uno busque ser él mismo.

Estamos, como lo vimos en la primera parte de este texto, ante fuerzas externas e internas que están llevando a la despersonalización masiva, a una individualización y materialismo creciente con el consecuente rompimiento de los lazos con los otros, con la naturaleza, consigo mismo y con el Ser Superior. Como dice Mounier, “el mundo pierde el gusto por la vida personal”, con el agravante que al reducir el hombre a simple “instrumento” se pierde el límite para la inhumanidad. Una educación que no esté continuamente formando para “rebelarse” contra toda forma de instrumentalización y objetivación, especialmente contra todas aquellas que sutilmente se imponen a través de las ideologías y de los medios de comunicación, tiene el peligro de ser “reproductora”<sup>33</sup> del *statu quo* atentando gravemente contra la conciencia personal

Una educación para el mundo actual, reconoce el ser personal del niño, del joven, del anciano, del “loco”. Tradicionalmente el niño y el joven han sido tratados como menores y nos hemos olvidado que ellos tienen mucho que decirnos de su visión del mundo y de la vida, de sus búsquedas y expectativas; si nos detuviéramos un poco a pensarlo, ellos pueden ser para los adultos verdaderos “maestros” de la vida personal.

La función educativa debe retomar, teniendo en cuenta el panorama esbozado, una nueva importancia: debe formar sujetos con una identidad sólida, autónomas, responsables, capaces de tomar compromisos y de respetarlos, inventivos, teniendo una imagen positiva de sí mismos y aptos para asumir sus roles sociales.

Mucho y con razón, se ha señalado la educación como débil a la hora de formar con responsabilidad social, de no tener miedo de fundamentar los más grandes valores humanos a través de una ética y moral sólidas, de crear seres insensibles y extraños a un mundo que exige creatividad, cambio, lucha y esfuerzo.

La educación, entonces, está comprometida a buscar que los procesos educativos se orienten sin miedo a dar un aporte sólido a las grandes cuestiones de la humanidad y de nuestra sociedad, suscitando continuamente interrogantes, develando las mentiras de una educación empobrecida por sus prisiones ideológicas o el abandono de su libertad y audacia.

La educación no se concibe a espaldas de los problemas de nuestros alumnos, de nuestras regiones, de nuestro país. No lo olvidemos: no debe existir la educación *neutra* que no quiere comprometerse con el cambio, la duda y la transformación, sino un gran mundo educativo que piensa y propone soluciones, abre caminos y crea nuevas perspectivas ante los numerosos problemas que aquejan a la persona y la sociedad.

En una sociedad cada vez más laica y pluralista, la educación, en todos sus niveles, debe buscar darle a los niños, jóvenes y profesionales los instrumentos que les permitan reflexionar sobre el sentido de tomar una opción, una decisión con libertad, así como la capacidad de cuestionar, de criticar, de proponer soluciones a los problemas que les aquejan.

La educación, en sí misma, para lograr este tipo de sujeto crítico y constructivo, necesita un importante trabajo reflexivo sobre los valores y prácticas educativas habituales.

La educación hoy se percibe, entonces, como la clave para estimular el pensamiento divergente, la curiosidad, aventurándose sin miedo a proponer nuevos espacios de formación e interacción. Es por esto que la investigación educativa, desde la responsabilidad social, se asume hoy como una aventura crítica en la cual se remueven convicciones y todo tipo de obstáculos, se redefinen posicionamientos conscientes o inconscientes, se examinan ideas y procedimientos, se promueven nuevas miradas y se construyen nuevos objetos posibilitando así nuevas posturas hermenéuticas y críticas. No sin razón nos atrevemos a afirmar que la educación está llamada a asumir consciente y decididamente su papel de arquitecto de una nueva sociedad, cuestionando sus defectos y vicios, potenciando todas sus posibilidades. Esto exigirá cuestionar las pedagogías que se presentan como fórmulas acabadas, procesos en serie que den resultados deseados para todos los casos.

La finalidad última de una educación es la búsqueda de formas de libertad, de igualdad, de solidaridad, de dignidad, de bienestar en la sociedad posmoderna. La educación para el hombre de hoy, en clave personal, tiene la delicada tarea de proponer pistas de reflexión, puntos de referencia indispensables al desarrollo humano; proponer vías de acceso más complejas para la acción pedagógica en vista de ayudar a construir una sociedad pedagógica innovante y mejor adaptada a la posmodernidad; reflexionar sobre la didáctica, es decir, sobre los dispositivos y métodos de educación que, día a día, son practicados por el educador; vislumbrar el acto pedagógico teniendo en cuenta el encuentro entre lo macro social y lo micro personal hasta encontrar el lazo que una lo distante de estos universes. Será sin duda una búsqueda paciente del reino del amor el que siga revelando su nexo, pues tanto en la individualidad donde el hombre busca su auto-realización, sin el amor las personas no consiguen llegar a ser ellas mismas, de la misma forma en la auto-trascendencia la vocación responde al llamado del amor. Y toda la humanidad es una inmensa conspiración de amor volcada sobre cada uno de sus miembros. Pero a veces faltan los conspiradores.

## 9. BIBLIOGRAFÍA

### 9. 1. BÁSICA.

- Mounier Emmanuel. Obras completas en IV tomos, Sígueme Salamanca 1992.
- Bombaci Nunzio, Una vida un testimonio Emmanuel Mounier, Kadmos Salamanca 2002.
- Vela López Fernando, Persona, poder, educación; Una lectura de E. Mounier San Esteban Salamanca 1989.
- Mounier Emmanuel, El personalismo antología esencial, Hermeneia Salamanca 2002
- Moreno Villa Mariano, El hombre como persona, Caparrós, Madrid 2005. p. 18
- Buber Martín, Yo y tu, Caparrós Madrid 1998
- Buber Martín, ¿Qué es el hombre?, FCE México 2005.
- Marcel Gabriel, Homo viator, Sígueme Salamanca 2005.
- Lepp Ignace, La existencia auténtica, Carlos Lohlé Buenos Aires 1977.
- Unamuno Miguel, Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos, Espasa Calpe México 1976.
- Eudokimon P, El misterio conyugal a la luz de la tradición ortodoxa, Ariel Barcelona 1966.
- Urcanoz Teófilo, *Historia de la filosofía VII*, BAC, Madrid, 1998

### 9.2. COMPLEMENTARIA.

- Diaz Carlos, Emmanuel Mounier, Sinergia ..
- Bueno Gustavo, El sentido de la vida, Pentalfa, Oviedo 1996
- Amiel H. Federico, Diario íntimo, EDAF, Madrid 1986.
- Domínguez Prieto X. M., Antonio Calvo y Luis Narvarte, La revolución personalista y comunitaria en Mounier. Persona Salamanca 2002.
- Diaz Carlos, ¿Qué es el personalismo?, Persona Salamanca 2002.
- Aristóteles, Etica a Nicomaco-Política, Porrúa México 1982.
- Scherer George, Nueva comprensión de la sexualidad, Sígueme Salamanca 1982.
- 10. Marías Julián, El tema del hombre, Espasa Calpe Madrid 1981.
- 11. Domínguez Prieto X. M, Para ser persona, Sinergia Salamanca 2002.
- M. Valenzuela Dr. Alvarado. El Universo personal. Misterio y sentido. (Almas y cuerpos) Viña del Mar Chile Diciembre 2007.
- Cobo Cobo José Antonio, El concepto de reflexión en el joven Mounier 1931-1939, Universidad de Granada Facultad de Filosofía Granada 2006.

- Riego de Moine , Hombre y filosofía Una mirada desde la mística, Universidad Nacional de Cuyo Facultad de Filosofía y letras, Córdoba 2006
- 4. Persona y Dios en el pensamiento de Jean Lacroix Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filosofía.
- Aparicio Gómez Oscar Yecid, El nexos Familia-Persona en la filosofía personalista, Universidad de Baercelona, Departamento de Filosofía teórica y práctica, Barcelona 2006
- Guy Alain. Jacques Chevalier, testimonio del bergsonismo católico. *Convivium*, n. 2, 1956, p. 189-198.
- Cobo Antonio “Sugerencias sobre la violencia de Emmanuel Mounier, *Thémata* n.35, 2005, p. 371-378.
- Bombaci Nunzio, “Mounier y el padre Pouget, La fe y la razón: un binomio posible, *Acontecimiento* p. 47-52. Traducido por *Acontecimiento* del original italiano publicado en revista *Prospettiva Persona*.
- González Roberto, “Emmanuel Mounier y el existencialismo ateo: debate en torno a la intersubjetividad y la muerte, *Persona y Bioética*, vol, n. 1, 2010, pp. 67-83 Universidad de la Sabana Colombia.
- Blazquez Feliciano, “Vecindad humana y filosófica de Mounier /Gabriel Marcel.
- Vazquez Borau José Luis, “Maritain-Mounier; La acción política personalista, *Ars Brevis* 2006 pp. 242 -254
- Domínguez Prieto Xosé Manuel, “Familia y militancia en Emmanuel Mounier” *Acontecimiento* n.61 pp. 56 – 60
- Roulliére Yves, “El personalismo comunitario de Emmanuel Mounier a la luz de sus escrito íntimos inéditos” *Acontecimiento* n.95, pp 21- 26
- Sastre Cifuentes Asseneth y Arlés Gómez José, “Concepciones del cuerpo en la filosofía francesa contemporánea” *Hallazgos Universidad Santo Tomás* pp.75 -101
- Peces Barba Gregorio, “El personalismo hoy”
- Segovia Juan Fernando, “El personalismo, de la modernidad a la postmodernidad individualismo y reflexividad”.
- Rodríguez Lizano, “El personalismo, sus luces y sus sombras”
- Martínez Consuelo – Sepúlvesa Sicluna, “El personalismo contemporáneo”
- Arias Muñoz Adolfo, “El papel del sujeto en la “conversión personalista” Esta conferencia fue impartida por el Prof. Dr. O. Adolfo Arias Muiloz en el Curso *Grandes corrientes de la Filosofía Actual*, celebrado en Alcalá de Henares en junio de 1979, dirigido a profesores de toda España y organizado, como otros varios, por el Catedrático de Ética y Sociología de la Universidad Complutense y Director del CISER —Centro de Investigaciones Socio- ético-religiosas—, Dr. D. José Todoh’ Luque
- Zavala Silvio, “Emmanuel Mounier; de la persona humana”
- Diaz Carlos, “Persona, sujeto, yo” *Arbil* n. 75
- Roman Joel, “-Sartre, Nizan, Mounier, Aron- Un mundo perdido” *Letras libres* dic. 2005, pp 62-65

- Domínguez Michel Christopher “-Emmanuel Mounier (1905-1950) Buscar a los bárbaros” Letras libres Agosto 2005, pp- 58-60
- Díaz Carlos “La posesión, problema espiritual del burgués” Acontecimiento pp. 25 - 29
- De Benoist Alain, “El burgués: paradigma del hombre moderno” A fondo. [www.manifiesto.org](http://www.manifiesto.org) pp. 41 -60.
- Calvo Antonio, “El arte de ser persona” Acontecimiento n. pp. 41 -46
- Cañas Fernández José Luis, “De la deshumanización a la re-humanización (el reto de volver a ser persona) Persona. Revista iberoamericana de Personalismo Comunitario n.13, año V, Abril 2010 pp. 34-42.
- Díaz Arturo, “La concepción de la persona en Jacques Maritain, Desde la noción de individuo a la libertad personal.
- Paula Donoso Vergara, *Una revisión al concepto de persona y sociedad en cuatro autores comunitarios: Charles Taylor, Alasdair MacIntyre, Jaques Maritain y Emmanuel Mounier.* Universidad de Chile, Santiago Enero de 2007.
- E. Mounier: “Péguy, mediateur de Bergson, en Temps nouveaux, Lyon, 17, 1, 1941
- MOUNIER Emmanuel, *El pensamiento de Charles Péguy*, Obras completas
- Vila Juan Carlos, Péguy y Ladsberg en Mounier. Su influencia para una lectura de Mounier hoy. Asociación Cultural Tremn. C/Grecia 6 06100 Olivenza, España.
- Donald De Marco, El personalismo cristiano de Jaques Maritain,

## 10. GLOSARIO.

- **Acontecimiento:** Manifestación en el espacio y el tiempo de una realidad espiritual. El principal acontecimiento y fuente de todos los demás es la vida de la persona. Frente a ella no cabe una actitud éticamente neutra: es necesario tomar partido asistiendo o desistiendo. Asistir y acontecer son conceptos correlativos.
- **Amistad:** Trato de afecto y confianza recíprocos entre dos personas, del mismo o distinto sexo, fundado en un valor compartido: un mismo ideal, una afición, un proyecto o un compromiso común.
- **Amor:** Tendencia a la plenitud existencial y a la felicidad inscrita en el corazón humano, que se realiza en la práctica mediante la aceptación complacida de la existencia del otro.
- **Complementariedad:** Cualidad propia de la condición sexuada del hombre, en virtud la cual cada persona se encuentra ordenada a la de sexo opuesto, y sólo logra su plena realización asumiendo, valorando y promocionando tanto la diferencia como la igualdad.
- **Comunión de personas:** Aquella aquella unión efectiva y afectiva que resulta de darse y recibirse por amor un determinado grupo de personas, a través del el diálogo, el servicio mutuo y el intercambio de bienes.
- **Contemplación:** Actividad humana en que la verdad se revela como belleza. Por referirse a la verdad, la contemplación es, por un lado, asunto del intelecto, y así lo entiende la filosofía clásica al definirla como *simplex intuitus veritatis*, mirada directa a la verdad, sin mediación de razonamiento o discurso alguno.
- **Corazón:** En la tradición cristiana de occidente el corazón simboliza la intimidad de la persona y su tensión dramática, que acontece de tres modos simultáneos: darse por el amor, conocerse por el diálogo, e integrarse por las virtudes.
- **Cosa:** De tan general, la palabra *cosa* apenas significa nada, sin embargo desde Kant adquiere enorme calado personalista al proponerla como lo opuesto a persona.
- **Cuerpo:** Símbolo real de la persona o palabra total con que cada cual se conoce, se expresa, se sitúa en el mundo y lo transforma.
- **Desorden establecido:** situación de la sociedad en que el orden social se fundamenta exclusivamente en lo económico y cuya vigencia degrada a la persona.

- **Derilección:** Abandono de una cosa con ánimo de poner fin a la propiedad que se ostentaba sobre ella.
- **Diálogo:** Comunicación específicamente humana, inexistente entre animales, por la cual las personas se tratan como tales: no por lo que tienen, pueden o saben, sino por ser quienes son.
- **Encarnar, encarnado:** Encarnado significa que el hombre no sólo tiene cuerpo sino que lo vive: puede (e ineludiblemente debe) decidir sobre su corporeidad: no sobre tenerla, pero sí sobre interpretarla, humanizarla, asumirla, expresarla.
- **Encuentro:** Se llama así a cualquier experiencia en que una persona se abre intencionalmente a otra, o bien a realidades no personales pero revestidas de significado espiritual, como sucede en el arte.
- **Gnosticismo:** es una corriente herética del cristianismo iniciada en el s. II, que respecto del hombre piensan que está compuesto de dos elementos contrapuestos, uno malo, la materia, y otro bueno, el alma, la cual procede de un mundo superior y está en el cuerpo encarcelada.
- **Lenguaje del cuerpo y cuerpo como lenguaje:** El lenguaje del cuerpo es el que se expresa a través de los *gestos*, mientras que el cuerpo como lenguaje es la *persona misma*, que se da a conocer, se “pronuncia”, de modos diversos, no sólo por el gesto, también por la simple presencia, la fisonomía, y otros muchos modos.
- **Persona:** Sujeto único, irrepetible, valioso por sí mismo, original, irreductible a mero animal, como quiere el naturalismo que a veces impera en las ciencias biomédicas.
- **Misterio:** es todo aquello que no puede resolverse de forma objetiva ni racional; el misterio trasciende toda solución y sólo permite la confianza y, si corresponde, la adoración.
- **Paradoja:** Idea extraña u opuesta a la común opinión y al sentir de las personas.
- **Personalismo:** Más que una escuela filosófica el personalismo es más bien una corriente de pensamiento surgida después de la II Guerra Mundial en Europa y cultivada por autores principalmente franceses, alemanes y polacos: Mounier, Maritain, Nedoncelle, Buber, Ebner, Marcel, Guardini, Wojtila, etc.
- **Posmodernidad:** Término adoptado por la arquitectura que define la posición artística desde principios de los años 80. Su rasgo distintivo es la preocupación por la forma y la falta de compromiso político y social.

- **Valor:** Esta pista etimológica insinúa que el concepto de valor se refiere ante todo a la persona, realidad valiosa por excelencia y fuente de todo valor ~ Valores son pues aquellos aspectos de la realidad que provocan en mí una reacción específicamente personal: tiran de mí hacia lo mejor.
- **Rehacer el Renacimiento:** alternativa al desorden establecido, que no podrá llevarse a cabo mientras no se separe lo espiritual de lo político y de lo económico para recuperar la espiritualidad ocultada por el pensamiento técnico
- **Revolución personalista:** en el primer número de Esprit (1933), Mounier proclamó: «la revolución será moral o no será». También la definirá como: «una técnica de los medios espirituales»; en otras palabras: se trata de asumir que la sensibilidad y la personalidad de la persona representan una fuerza transformadora.
- **Stimmungen:** Del alemán atmósfera, humor, estado de ánimo, ambiente.
- **Tercera fuerza:** espacio político definido por la doctrina social de la iglesia, entre el comunismo (ateo) y el liberalismo (explotador, utilitarista).
- **Trans-personalismo Político:** El trans-personalismo político se manifestó desde la antigüedad clásica con Platón y Aristóteles, quienes califican al hombre en su calidad de ciudadano, no tanto como seres humanos.